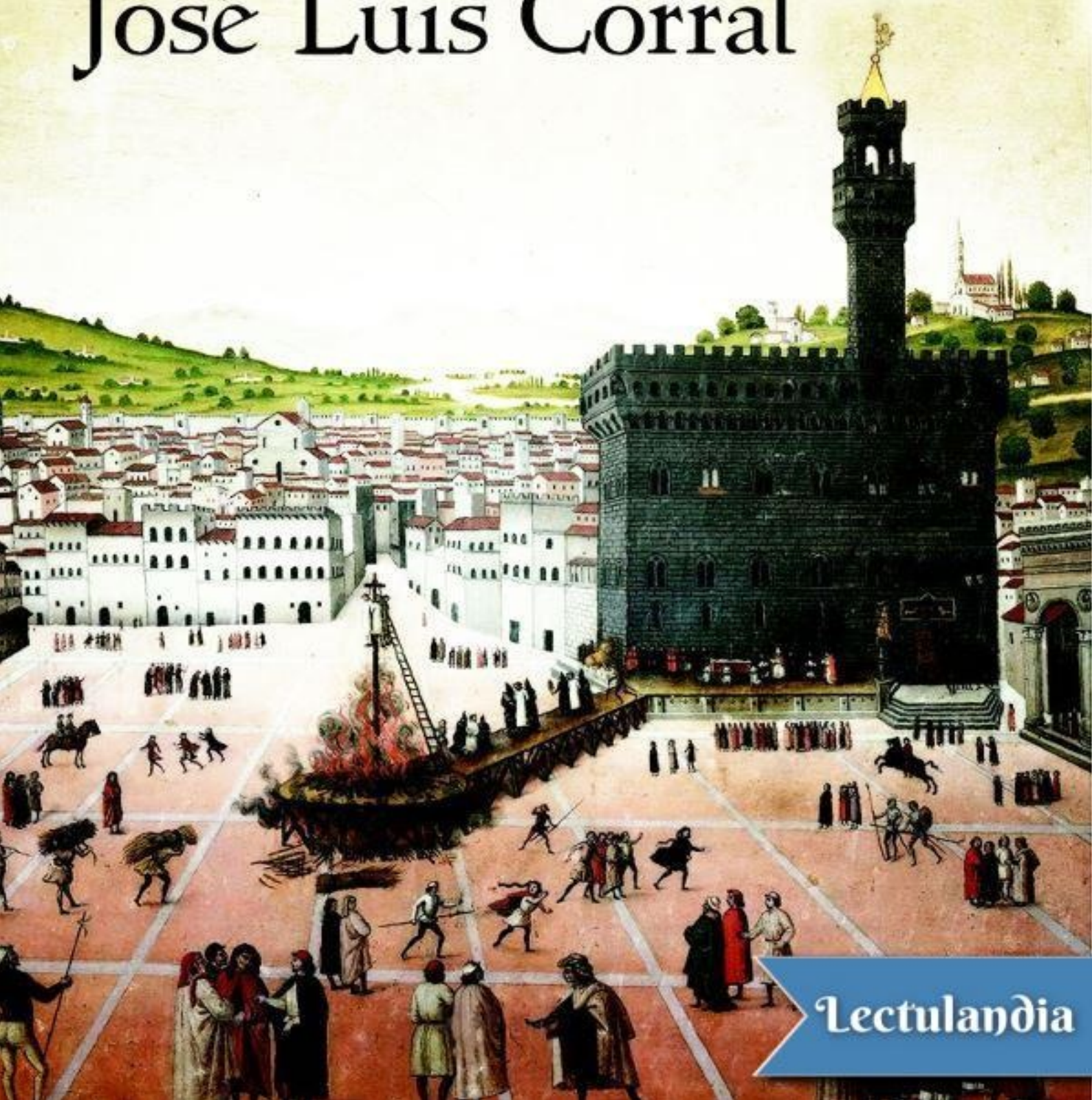


EL MÉDICO HEREJE

José Luis Corral



Lectulandia

A mediados del siglo XVI, en plena Reforma protestante, un hombre retará a todos los poderes religiosos y laicos en defensa de la libertad de conciencia y de opinión. Un relato cargado de intriga, emoción, pasiones, traiciones y denuncias centrado en la figura de Miguel Servet, un médico que morirá en la hoguera acusado de herejía y que nos traslada a los inquietantes tiempos de la Inquisición.

Lectulandia

José Luis Corral

El médico hereje

ePub r1.0

libra 28.02.14

Título original: *El médico hereje*

José Luis Corral, 2013

Editor digital: libra

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A José Calvo Poyato, escritor e historiador, quien, como Miguel Servet, ama la libertad, la paz y la justicia

Capítulo I

Vienne del Delfinado, diciembre de 1552

—Nadie debe saber qué es lo que estamos imprimiendo, ni siquiera vuestros operarios más fieles. Este libro contiene revelaciones que conmocionarán al mundo y sacudirán las bases de la Iglesia romana. —Miguel Servet dio un sorbo a su jarrita de cerveza y miró a su interlocutor.

—Descuidad. Los tres empleados que trabajan en la impresión de vuestro nuevo libro, Straton, Du Bois y Papillon, ni siquiera saben latín; pueden leer lo que están imprimiendo, pero no son capaces de enterarse de nada de cuanto habéis escrito. Además, cada día componemos las planchas y tal cual se imprimen se destruyen. Y los pliegos impresos se guardan bajo llave en un estancia secreta a la que sólo vos, mi cuñado Baltasar y yo mismo tenemos acceso.

Guillermo Guérout, maestro impresor y cuñado de Baltasar Arnoullet, el dueño de la mejor imprenta de la ciudad de Vienne del Delfinado, conversaba en su casa con Miguel Servet, quien hacía tres meses, en la fiesta de San Miguel de septiembre, le había encargado la edición de un libro cuyo contenido iba a convulsionar los fundamentos doctrinales de la Iglesia católica.

—Mantener en secreto esta edición es imprescindible. Si la Inquisición se enterara de lo que aquí estamos haciendo, la impresión de mi libro se interrumpiría de inmediato, y se daría al traste con muchos años de trabajo y estudio —asentó Servet.

—Yo soy el principal interesado en que se guarde el más absoluto sigilo. Cuando acepté editar vuestra obra sabía bien que me jugaba algo que tengo en muy alto aprecio.

—¿Vuestro dinero?

—Mi cuello, querido amigo, mi cuello. ¿Sabéis que el impresor Étienne Bolet, uno de los más prestigiosos de París, ha sido quemado en la hoguera por imprimir libros prohibidos? ¡Maldita sea! —se lamentó Guérout tras apurar su cerveza—, todavía no entiendo por qué acepté vuestro encargo. Soy un estúpido, y mi cuñado Baltasar también. Aún me pregunto cómo pudisteis convencerme para realizar este trabajo. Debería haber hecho lo mismo que Marrinus, ese editor de Basilea que hace unos meses se negó a imprimirlo cuando conoció el contenido de vuestro texto.

—Marrinus es un cobarde. Lo conocí en una época en la que estuve viviendo en Basilea varios meses, y creí que era un hombre arrojado y dispuesto a difundir la verdad; por eso le envié mi manuscrito para que lo editara en su taller, pues estaba convencido de que él sí se atrevería a darlo a la luz. Pero en cuanto lo leyó, me lo

devolvió, renegando de mí como de la peste. Me decía en una carta que no podía editar mi libro sin contar con el visto bueno de Juan Calvino.

—¿Calvino, el reformador de la Iglesia de Ginebra?

—El mismo. Marrinus no se atreve a editar un solo libro sin la aprobación de ese hombre.

—¿Y vos os negasteis a que Calvino lo revisara?

Servet miró al maestro impresor con seriedad.

—Por supuesto. Hace unos años mantuve una seria disputa con él; de ningún modo puedo aceptar que sea Calvino quien decida si una obra mía debe publicarse o no.

—Ese editor de Basilea es un hombre sensato que huele el peligro, estima su cabeza y quiere seguir con ella sobre sus hombros. Todavía me pregunto cómo fuisteis capaz de convencerme para que montara este taller clandestino para dar rienda suelta a vuestra locura. Incluso tuve que engañar a mi cuñado Baltasar. — Guérault alzó los brazos y los agitó en el aire, como si se tratara de las aspas de un molino—. Me costó convencerlo para que aceptara imprimir vuestro libro en condiciones tan misteriosas. Menos mal que apenas sabe latín y no alcanza a comprender del todo las ideas incendiarias que habéis puesto por escrito en vuestra obra. Mi cuñado se sorprendió cuando exigisteis que sus operarios tendrían que jurar que guardarían secreto sobre esta edición, y que no la imprimiríamos en el taller sino en ese almacén clandestino de las afueras de la ciudad, pero accedió porque imagino que vio en ello un buen negocio.

—Os sugerí adoptar esas medidas tan cautelosas porque eran imprescindibles.

Servet apoyó sus puños en la mesa y apretó sus mandíbulas, marcando los músculos de sus enjutos carrillos. Miguel Servet se había instalado en Vienne del Delfinado hacía ya casi doce años. Perseguido primero por los inquisidores de Toulouse y luego por el tribunal del Parlamento de París a causa de sus escritos, tachados de heréticos, había vagado por varias ciudades de Francia, estudiado medicina en París y Montpellier y viajado al fin hasta Vienne, donde se instaló y se convirtió en médico personal del arzobispo don Pedro Palmier. Con este prelado había trabado una sincera amistad, hasta tal punto que en la Navidad de 1548 había dejado su casa y se había trasladado a vivir a unas dependencias del palacio arzobispal.

—¿Sabéis, don Miguel?, mis tres ayudantes todavía se preguntan qué es lo que están imprimiendo. Dado el secretismo con el que trabajan, creen que se trata de un memorial contra el papa.

—Y en cierto modo, así es. Hace ya diez años que comencé a escribir este libro y es ahora cuando puedo imprimirlo al fin. En él explico y razono todas mis ideas sobre cómo debe ser el verdadero cristianismo y cuál ha sido la tergiversación que de la

auténtica doctrina de Cristo han realizado los perversos papistas y los errores que han difundido los reformadores.

—Por cierto, ¿cómo pensáis titular vuestra obra?

—*Christianismi restitutio* —respondió Servet en latín.

—«Restitución del cristianismo» —tradujo Guérout.

—Aquí está la que va a ser la primera página, con ese título. —Servet entregó a Guérout el manuscrito, pues se había dejado casi para el final el primero de los cuadernillos.

El impresor cogió el folio y lanzó un bufido.

—«Restitución del cristianismo. Llamada a toda la Iglesia apostólica para volver a sus orígenes, a devolver la integridad del conocimiento de Dios, de la fe de Cristo, de nuestra justificación, de la regeneración del bautismo, del banquete de la cena del Señor. Debemos restituir el reino del cielo, acabar con la impía cautividad de Babilonia y destruir al Anticristo y a sus esbirros» —leyó Guérout—. ¿Y estas frases en hebreo y en griego? —preguntó, pues no comprendía esas lenguas.

—«Y apareció Miguel en el cielo»; eso significa la frase en hebreo. «Y se desencadenó una batalla en el cielo»; así reza la escritura en griego —le aclaró Servet.

—Es un buen título. —Guérout calló que aquellas frases le parecían un tanto pretenciosas, pues entendió que ese Miguel que aparecía en el cielo para librar una batalla era el propio Servet, adulándose a sí mismo.

—Que expresa perfectamente lo que pretendo alcanzar: la necesidad del regreso de la Iglesia a los limpios ideales del cristianismo primitivo, que se basaban en el verdadero amor a Dios, en la fe sincera en Cristo, sin la cual no habiéramos podido acceder al conocimiento de Dios, y la obligada regeneración humana mediante el acto del bautismo. Y la restitución, al fin, del reino de los cielos tras la impía y pecaminosa nueva cautividad de Babilonia a que el Anticristo y sus secuaces han sometido a la Iglesia.

—¿Os referís al papa de Roma y a sus cardenales? Si es así, estamos de acuerdo.

Guérout dejó la hoja de papel con el título encima de la mesa y se frotó las manos con energía, como si estuviera apretando entre ellas a todas las altas dignidades de la Iglesia católica.

—Por supuesto —asentó Servet—. ¿Quién si no encarna ahora a ese ser maléfico y terrible que anuncian las Escrituras? Roma se ha convertido en la gran ramera y el papa es su principal mentor. Familias como los Borgia o los Médici han contribuido a corromper, más si cabe de lo que ya estaban, al papado y a la Iglesia. Hay que acabar de una vez con esta nueva Babilonia y destruir al Anticristo y a sus acólitos, que se agazapan en las estancias del Vaticano ensuciando en sus labios el nombre de Dios y urdiendo una conjura tras otra en los lujosos salones de sus ostentosos palacios.

—Quizá católicos y reformadores lleguen a un acuerdo y vuelvan a unificarse.

—No es posible. Algunos lo han intentado pero no han conseguido que se reanude el concilio que el pasado mes de abril suspendiera el papa Julio III en la ciudad de Trento, adonde también habían acudido representantes de príncipes partidarios de la Reforma.

—El emperador don Carlos se ha dirigido a varios de ellos y les ha pedido que convenzan a los clérigos que siguen las doctrinas de Lutero para que acudan de nuevo a Trento y eviten el cisma en el seno de la Iglesia —dijo Guérout.

—Éstos se niegan a hacerlo y recriminan a los católicos que los definan como protestantes en vez de reformadores.

—Dicen que ha habido conversaciones secretas entre ambos bandos en Hagenau, Regensburg y Worms, incluso en presencia del propio emperador don Carlos.

—Pero no han obtenido resultado alguno, pues los reformadores siguen el ejemplo de Lutero, que jamás se retractó de sus tesis —comentó Servet—. Sus posturas son irreconciliables: para los reformadores la Iglesia católica es una impostora que ha usurpado la legitimidad del verdadero cristianismo, y para Roma los reformadores son protestantes equivocados que se han autoexcluido de la verdadera fe. No; no hay solución pacífica a este conflicto.

—En cualquier caso, con este libro os jugáis la vida, Miguel. Hasta ahora habéis tenido suerte y habéis logrado escabulliros de la Inquisición, pero en cuanto esta obra salga a la luz, los sicarios del papa se lanzarán sobre vos como aves de presa y os perseguirán sin descanso hasta que vuestros huesos se pudran en una prisión o vuestras carnes ardan en una pira de leña.

Guérout dio unos pasos y se dirigió hacia la ventana. Era un hombre alto y fornido, de miembros poderosos. Su cabello entrecano y rizado estaba marcado por unas profundas entradas. Su mirada limpia denotaba que era un hombre de fiar.

—Sé el peligro que corro, pero tengo que hacerlo; este libro debe publicarse. Es mi legado a la razón. He invertido diez años de mi vida en escribirlo y deseo que se conozca mi trabajo y que esta obra contribuya a desenmascarar a tanto rufián como se esconde tras los hábitos religiosos.

—Al menos se editará sin firma de autor, supongo...

—Lo he pensado mucho, y lo firmaré con tres iniciales: MSV.

—Miguel Servet... ¿de Vienne?

—No. La uve hace referencia al lugar de mi nacimiento, Villanueva, en el reino de Aragón. MSV: *Michael Servetus Villanovanus*.

En Vienne utilizaba el nombre de Miguel de Villanueva, para evitar ser identificado por sus perseguidores, pues todavía estaba en vigor la orden de captura dictada por sendos tribunales en Toulouse y en París. Hacía ya varios años que había adoptado la nacionalidad francesa y tres que había obtenido la ciudadanía en Vienne,

donde era considerado un hombre sabio, un médico notable y un ciudadano ejemplar. Su actividad profesional como físico le proporcionaba una renta suficiente para vivir con toda comodidad, poder mantener una buena casa, aunque ya no le hacía falta al haberse trasladado al palacio, y un criado.

Guérout se echó las manos a la cabeza y sopló con fuerza.

—¿Estáis seguro? Si imprimimos esas iniciales en el libro, media Francia intuirá que el autor sois vos, y la otra media no tardará en enterarse.

—¿Eso creéis?

—Por supuesto. La Inquisición indagará por todas partes, pondrá todos sus sabuesos a rastrear y lo descubrirá enseguida; esas iniciales serán una pista que lucirá como una linterna en la noche más oscura. Los perros del papa vendrán a por vos, os apresarán y os veréis obligado bajo tormento a revelar dónde se imprimió. Y entonces nos torturarán hasta que confesemos ser servidores del mismísimo Satanás y arderemos todos en la hoguera, o colgaremos de una soga o perderemos nuestras cabezas bajo el hacha, según sea el grado de indulgencia de los inquisidores.

—Si así sucediera, yo nunca os delataré. En ese sentido podéis estar tranquilos.

—¿Sabéis cuáles son los medios que utiliza la Inquisición en sus interrogatorios para hacer hablar a los reos? —demandó Guérout.

—Sí, los he leído, y en más de una ocasión he estado a punto de sufrirlos.

—Pero nunca los habéis probado en vuestras propias carnes. Nadie puede resistir un interrogatorio de un tribunal de la Inquisición y seguir callado tras sufrir sus pavorosos tormentos. Sus verdugos son muy eficaces en la tortura y saben bien cómo extraer del acusado hasta la más íntima de sus confesiones. El potro, la rueda... son instrumentos cuyo castigo nadie puede soportar. ¿Por qué no dejáis vuestro libro sin firma alguna? Que aparezca como un texto completamente anónimo, sin la menor pista sobre la identidad de su autor. El efecto que pretendéis desencadenar será el mismo, y no os expondréis a ser descubierto tan fácilmente.

—Eso sería una cobardía.

—¡Y qué importa! Vuestra verdadera intención es denunciar la corrupción que ha podrido a la Iglesia de Roma, y por la fe de Cristo que lo vais a conseguir con cuanto habéis escrito en este libro. Pero no es necesario que os arriesguéis a una terrible condena facilitando que descubran que vos sois el autor. Ni siquiera vuestro prestigio os salvará de una muerte cierta.

Servet era muy querido en Vienne. Con su trabajo de médico se había ganado el respeto de todos los ciudadanos y de sus colegas. Sólo un año después de quedar inscrito en el padrón como ciudadano fue elegido prior de la cofradía de San Lucas, que congregaba a los médicos de la ciudad. Él mismo había promovido que todos los miembros del gremio de médicos realizaran turnos para atender gratuitamente a pacientes y enfermos pobres que no pudieran pagar sus servicios, lo que lo había

convertido en una especie de nuevo apóstol de la caridad en su ciudad.

—Se trata del más importante de cuantos trabajos he escrito hasta hoy; y debo firmarlo, aunque sólo sea con mis iniciales. Tal vez en otra época, en el futuro, entiendan lo que quiero decir y consientan que mis ideas puedan difundirse libremente. —Servet se mostró firme en su posición. Su mirada serena dejaba claro que no pensaba renunciar de ninguna manera a incluir sus iniciales en el libro.

Guérout, al contemplar los ojos del aragonés, supo que no podría convencerlo de lo contrario, aunque realizó un último intento.

—En estos tiempos la soberbia de los escritores y de los artistas no tiene medida. Hace siglos casi nadie firmaba sus obras.

—No siempre fue así. Platón, Aristóteles, Séneca o Cicerón sí lo hicieron.

—Bueno, me refería a los autores que se han jugado la vida.

—También éstos. Recordad que Sócrates y Séneca fueron obligados a suicidarse y que Cicerón fue asesinado.

—Pues aprended de su ejemplo y escarmentad en cabeza ajena. Podéis evitar muchos problemas si os refugiáis en el anonimato, al menos por el momento. Si queréis que la posteridad os recuerde como autor de este libro, dejad legado en alguna parte que vos sois quien lo escribió, pero que quede en secreto hasta vuestra muerte o hasta que se puedan difundir vuestras ideas sin que corráis peligro de ser ejecutado.

—Está decidido: las siglas MSV figurarán en la última página del libro.

—En ese caso, es probable que estéis firmando vuestro suicidio.

—Debo hacerlo así.

—Terco aragonés... Como preferáis; y que el cielo nos ampare —se resignó Guérout.

Tal cual se imprimían los pliegos de *Restitución del cristianismo*, Miguel Servet destruía cada una de las hojas correspondientes al manuscrito original que él había comenzado a escribir a pluma diez años atrás. Una vez compuesta una plancha, se imprimía una sola copia en papel, que Servet cotejaba con el original manuscrito para, tras realizar las correcciones y eliminar las erratas, imprimir ochocientos pliegos antes de eliminar definitivamente esa plancha. En la chimenea que calentaba el taller clandestino, Servet quemaba cada día las hojas manuscritas que ya se habían compuesto e impreso, y el maestro impresor Guérout se encargaba de destruir las planchas que se habían utilizado en la prensa editorial. Acabado este proceso, de *Restitución* no quedaba otra cosa que los pliegos impresos, que el propio Servet o Baltasar Arnoullet recogían con cuidado y trasladaban a un lugar secreto donde se guardaban en espera de acabar la edición de todos los cuadernillos, para proceder a la encuadernación de cada uno de los ochocientos ejemplares.

—Esta obra no está completa —soltó de pronto Servet.

—¡Cómo! —exclamó Guérout entre aspavientos de asombro.

—Quiero incluir unos comentarios a las treinta cartas que envié a Calvino hace siete años.

—¡Os habéis vuelto loco!

Guérout, que estaba componiendo una página, se levantó excitado. Solía ser un hombre tranquilo y sosegado, pero las últimas decisiones de Servet lo estaban sacando de quicio. Primero firmar el libro con las tres iniciales y ahora añadir más texto al contenido lo ponía nervioso.

—En la correspondencia que durante varios meses mantuve con ese reformador cuestioné y desmonté sus erradas tesis teológicas y algunas aseveraciones erróneas que desarrolla en sus libros —le comentó Servet al impresor mientras ambos examinaban un pliego recién impreso.

—Esto altera el plan de edición. ¿Se lo habéis comunicado a Baltasar?

—No. Pero estoy seguro de que aceptará este cambio.

—Si incluimos nuevos textos aumentará el número de páginas y vuestra obra no podrá estar finalizada antes de las Navidades. Si queréis recuperar el dinero invertido, el libro debe distribuirse en las ferias de primavera.

—No importa. Los comentarios a aquellas cartas deben figurar en este libro.

—¿Acaso es imprescindible para vuestra obra?

—Es necesario para mi tranquilidad.

—¿Habéis pensado que si uno de los ejemplares de vuestro libro cayera en manos de Juan Calvino, él descubriría de inmediato que el autor sois vos?

—Calvino también está perseguido por la Iglesia romana, no en vano es uno de los puntales de la Reforma. No creo que me denunciara ante la Inquisición católica.

—¿Por qué esta repentina idea de introducir vuestras disputas con Calvino?

—Tengo una deuda pendiente con él.

—Por lo que he oído, ese hombre no admite que lo contradigan. ¿Lo sabíais?

—Tengo experiencia en ello. Hace años, en París, debatí arduamente con él sobre teología.

—En ese caso, supongo que esas cartas a las que aludís son muy críticas con la doctrina de Calvino.

—Yo diría que demuelen su pensamiento y desmontan todas sus ideas.

—No contento con poner en vuestra contra a toda la Iglesia católica, pretendéis enfrenaros también con la Iglesia reformada... Permitidme que os diga que sois un insensato.

—Debo resolver esa deuda —se limitó a decir Servet.

—Como gustéis, pero este añadido retrasará el plazo de edición.

—Ya os he dicho que no me importa —asentó Servet.

—Tendré que consultarlo con mi cuñado, porque ese anexo supone más trabajo y

más papel, y se encarecerá la edición.

—Por supuesto, maese Guillermo, por supuesto.

Instantes después Baltasar Arnoullet entró en la sala y saludó a los dos hombres. Parecía malhumorado.

—¡Maldita sea! —exclamó Arnoullet a la vez que se quitaba su sombrero y su capote y los sacudía para librarlos de algunos copos de nieve que se habían posado sobre ellos.

Moreno, de pelo largo y oscuro que recogía en una coleta con un lazo negro, Baltasar era un hombre apuesto que gustaba de la buena vida y de ganar dinero.

—¿Qué te ocurre, cuñado? —le preguntó Guérout.

—Que se me acaba de escapar de las manos un gran negocio.

Arnoullet se dirigió hacia un perchero donde colgó su capa y se acercó a la chimenea para calentar sus manos en el fuego.

—¿Qué ha ocurrido?

—He estado a punto de contratar la edición de la nueva obra de François de Rabelais, nuestro mejor escritor. Acaba de finalizar un libro de aventuras llamado *Pantagruel* que será un éxito de ventas. Los libreros que acudan este año a la feria de Frankfurt comprarán un buen número de ejemplares. He hecho cuentas con el ábaco, y los beneficios serán extraordinarios: doscientos o tal vez doscientos cincuenta ducados en el primer año, y no menos de diez o doce ediciones en los próximos cinco años. Tenía el acuerdo casi cerrado, pero en el último momento me ha arrebatado el contrato un impresor de Lyon. ¡Maldita suerte! Ahora sólo me falta que estalle una huelga como la que paralizó durante semanas a las imprentas de París y Lyon hace ya trece años y me arruine.

—Es una pena, sí, pero de momento no nos falta trabajo —dijo Guérout.

—Espero que sigamos así. Tengo demasiados gastos... Y además hemos tenido que alquilar esta antigua tienda para imprimir vuestro libro en secreto, trasladar a este local la prensa, adecuarlo... Tengo ganas de acabar vuestro libro cuanto antes —le dijo a Servet.

—Pues me temo que habrá algún retraso ¿Comentáis vos mismo los cambios que queréis introducir en el libro, don Miguel? —le preguntó el maestro impresor.

—¿A qué te refieres, cuñado? —demandó Arnoullet con un rictus de preocupación.

—Poco antes de vuestra llegada le estaba comentando a maese Guillermo que he decidido incluir en mi libro dos comentarios a las treinta cartas que le escribí a Calvino hace unos años —se explicó Servet.

—¿Ya habéis escrito esos comentarios? —le preguntó Arnoullet, que se alejó del fuego para colocarse a la altura de su cuñado y de Servet.

—Éste es el manuscrito. —Servet le entregó varios folios al editor.

—¿Cuántas páginas más supondrá este añadido? —le preguntó Arnoullet a su cuñado, a la vez que le entregaba el texto.

El maestro editor lo hojeó, hizo un rápido cálculo mental y concluyó:

—Ochenta páginas, tal vez algunas más.

—Eso encarecerá la edición y la retrasará unos días, quizá un par de semanas —dijo Arnoullet, siempre preocupado por el dinero, como todo editor.

—No me importa, yo correré con cuantos gastos se ocasionen.

—Además, con ese añadido, cuando el libro llegue a manos de Calvino, como así ocurrirá, ni siquiera será necesario ocultar vuestro nombre tras las iniciales MSV. Todo el mundo intuirá que vos sois el autor; o al menos lo sabrá Calvino —intervino Guérout.

—¿Pretendéis incluir vuestras iniciales en el libro? —le preguntó Arnoullet.

—Así es, como colofón en la última página.

—Pero eso os delatará. Habíamos convenido que la obra sería anónima.

—Hace varios años que uso un nombre que no es el mío, pero no me gusta el anonimato. Quiero que aparezcan esas iniciales en mi libro.

—Por mi parte podéis hacer lo que gustéis, pero mi imprenta deberá quedar al margen, es lo acordado —dijo Arnoullet.

—Estáis jugando con fuego, don Miguel. Reconsideradlo, os lo ruego —terció Guérout.

—Lo sé, pero mi conciencia me obliga a ello.

—Muerto no conseguiréis nada, pero si ése es vuestro deseo... —Arnoullet se encogió de hombros y regresó junto al calor de la chimenea.

—Y si no intento cambiar tanta injusticia, tampoco lograré mis propósitos.

—Al menos conservaréis la vida —terció Guérout.

—Todos moriremos... algún día.

Vienne del Delfinado, 3 de enero de 1553

El maestro impresor Guillermo Guérout tomó en sus manos el último pliego del libro de Servet, recién impreso. En el improvisado taller olía a tinta fresca y a cera. La vieja tienda de telas del burgo de Vienne, ubicada en una discreta calleja apenas transitada, había sido habilitada como imprenta clandestina. En el centro de la sala se había colocado la prensa de tipos móviles y en las estanterías donde en otro tiempo se apilaban los lienzos ahora lo hacían cajas de madera con todo tipo de letras, botes con tinta y resmas de papel listo para ser impreso.

Para evitar miradas curiosas, la ventana había sido tapada con un panel de madera, lo que obligaba a usar luz artificial todo el día, y un amplio biombo evitaba

que pudiera verse desde la puerta lo que ocurría en el interior.

El impresor observó el pliego a la luz de los cirios y dio su visto bueno.

—Si otorgáis vuestra conformidad, podemos tirar el resto de la edición —dijo Guillermo.

Miguel Servet y Baltasar Arnoullet examinaron el pliego; en la última página, la 576, no había ninguna referencia a la imprenta donde se había impreso el libro, pero sí figuraban las iniciales MSV tras la breve conclusión y el año de edición, MDLIII. Servet comprobó que todas las erratas habían sido corregidas sobre la prueba de imprenta. Estaba perfecto. Guérout era un profesional extraordinario, tal vez el mejor maestro impresor de todo el este de Francia, además de un notable poeta.

—Magnífico trabajo. Las iniciales miniadas con figuras humanas y con motivos vegetales son excelentes. Lamento que no pueda llevar pie de imprenta, señores —asentó Servet, que extrajo de su bolsa de cuero las cuartillas manuscritas de las últimas páginas de su libro y las arrojó al fuego de la chimenea.

—Sí, es una lástima que tan buen trabajo no pueda ser rubricado con el reconocimiento de nuestra firma como impresores.

—¿Podemos imprimir, señores? —demandó Guérout.

—Claro, maestro Guillermo, claro, adelante con el trabajo —asintió Servet.

—Pronto tendremos listas las ochocientas copias del último pliego, y ya se podrá proceder a encuadernar los ejemplares.

—Traeremos todos los pliegos aquí. Lo haremos en un par de carretas pasado mañana, la víspera de la Epifanía. Comenzaremos a encuadernar esta obra el próximo lunes —dijo Arnoullet.

—¿No levantaremos sospechas?

—Éste es un taller de telas, querido amigo. Transportaremos los pliegos de papel ya impresos envueltos en talegas de dos codos de longitud, de manera que parezca que contienen paños de lana.

—¿Está prevista la distribución?

—Por supuesto. Mis agentes en Lyon y en Frankfurt ya han logrado colocar cien ejemplares en cada una de estas dos ciudades, que se venderán en las próximas ferias de primavera. Se trata de un pedido comprometido en firme, que abonarán de inmediato. Con eso podréis cubrir los gastos de edición, pero no habrá, por el momento, beneficios.

—¿Quién los ha comprado?

—Los destinados a Frankfurt un librero de Lyon, anticatólico y anticalvinista, acérrimo seguidor de Lutero y partidario de denunciar al papa como verdadero Anticristo y a su banda de cardenales corruptos como los esbirros del demonio. Su nombre es Juan Frellon; cada año abre un puesto en la feria de Frankfurt, donde día a día ganan espacio obras editadas en francés, alemán o italiano, y en él vende obras

que ningún otro colega puede ofrecer. Controla la distribución de libros en Suiza y en el sur de Alemania, sobre todo si se trata de textos en los que se cuestiona a los papistas y a sus dogmas. Y en Lyon y en las regiones de Borgoña y Saboya lo hará otro librero, que sería capaz de vender a un cardenal un manual para cometer pecados escrito por el mismísimo Satanás si con ello consiguiera que se tambalearan los cimientos del Vaticano, y de paso embolsarse un buen puñado de monedas. Su nombre es Pedro Merrin, que además trabaja en esa ciudad como fundidor de tipos de imprenta, uno de los mejores en su oficio —respondió Arnoullet a la pregunta de Servet.

—Los conozco, sí. Ambos son muy buenos libreros, pero ¿es que sólo interesa mi obra a los enemigos del papa?

—Por el momento, esos dos libreros antipapistas son los únicos que han pagado el adelanto por la compra de ejemplares de vuestra obra, pero espero que, conforme vuestro libro se vaya conociendo, aparezcan más clientes y aumenten los pedidos. Y si la polémica se desencadena, y ojalá ocurra de esa manera, mucho mejor, pues con ello se dispararán las ventas y podremos afrontar una segunda edición. El único problema es que si se agotara este mismo año no podríamos tirar una segunda edición de inmediato, pues no hemos guardado las planchas de la primera.

—Ochocientos ejemplares serán suficientes para la demanda del mercado, por el momento —supuso Servet.

—Y bien, ¿qué queréis que hagamos con los ejemplares que no hemos distribuido?

—Enviádselos a maese Bertet; es un buen amigo. Reside en la localidad de Châtillon. Él los custodiará hasta que puedan ponerse a la venta —dijo Servet.

—¿Es de fiar ese amigo vuestro? —preguntó Arnoullet.

—Sí. Tengo plena confianza en él.

—Tened en cuenta, don Miguel, que hemos de obrar con extrema cautela. Hasta ahora a los impresores no nos ponían demasiadas pegas, pues no había ningún criterio para condenar una obra, pero en este momento los inquisidores andan por ahí husmeando sobre cualquier libro que pueda ser considerado como herético. Y, aunque no conozco el contenido, supongo que éste será valorado como tal. Además, los inquisidores y los obispos ya disponen del *Índice*.

—¿El *Índice*...?, ¿qué es el *Índice*? —preguntó Servet un tanto sorprendido.

—¿Todavía no os habéis enterado? Claro, en estas últimas semanas habéis estado absorto en vuestro trabajo de corrección de *Christianismi restitutio* —Arnoullet había leído el título del libro en los últimos pliegos impresos— y no os habéis puesto al corriente de lo que ha ocurrido en Roma. El papa Julio III ha aprobado la publicación del *Índice*, un listado de los libros prohibidos por la Iglesia católica que acaba de ser aprobado; su impulsor es el cardenal Juan Pedro Caraffa, el gran inquisidor, el

hombre más poderoso del Vaticano, al que todos señalan como el siguiente sumo pontífice. Todas las obras cuyos títulos se encuentren citados y reseñados en el *Índice* deberán ser confiscadas y destruidas de inmediato por los inquisidores, y sus autores perseguidos y encarcelados; ésas son las instrucciones que se han emitido desde la curia romana —explicó Arnoullet.

—¿Y qué libros contiene ese *Índice*?

—Unos cuantos, y me temo que la lista irá aumentando: por ejemplo, entre esos títulos se encuentra el *Enchiridion* de Erasmo.

—¡Erasmo de Rotterdam! Pero si su doctrina está dentro de la ortodoxia católica; incluso estuvo a punto de ser nombrado arzobispo de Zaragoza hace treinta años.

—Pues ha caído en desgracia, y ahora algunas de sus obras figuran en ese listado de libros prohibidos. De seguir vivo, Erasmo sería ahora mismo reo de la Inquisición.

—La cultura escrita siempre ha sido fuente de poder, señores, y mucho más desde que Gutenberg inventó la imprenta de tipos móviles e hizo posible editar cuantos ejemplares se deseen en un taller que disponga de la prensa y las planchas necesarias para poder hacerlo. ¿Sabéis que en este medio siglo se han editado unos veinte mil títulos distintos en Alemania, unos diez mil en París y más de cinco mil en Venecia? Tal vez se hayan impreso en Europa alrededor de doscientos millones de ejemplares desde que Gutenberg imprimió su Biblia en Maguncia; probablemente más que manuscritos se han copiado a lo largo de toda la historia de la humanidad —explicó Guillermo Guérout.

—Así es; gracias a la imprenta, quien quiera disponer en su casa de un libro puede hacerlo por un precio asequible. Una buena edición de la Biblia puede adquirirse en el mercado de Venecia o de París por un par de escudos. Conozco a molineros que han comprado algunas ediciones para entender la creación del mundo por Dios; o al menos eso han declarado —dijo Servet.

—O para estar atentos a lo que acontecerá en el futuro —añadió Arnoullet.

—¿A qué os referís?

—Hace unos días llegó a mis manos un libro escrito por Michael de Nostradamus, un astrólogo de París que dice ser capaz de anunciar lo que ocurrirá en el futuro. Se rumorea que se han editado más de cinco mil ejemplares de la primera edición y que se han vendido todos en apenas unos meses; un buen negocio.

—La gente se muestra intranquila por el porvenir y por eso quiere saber qué le deparará el destino. Los libros de profecías siempre han gozado de gran éxito. Yo impartí clases de astrología en París, y os prometo que jamás disfruté de tan abundante número de alumnos como entonces. Se mostraban entusiasmados cuando les explicaba las teorías del sabio musulmán Alcabitius, que vivió hace quinientos años en las ciudades de Mosul y Alepo, y su método para la adivinación del futuro según la posición que ocupaban los astros en el momento del nacimiento de una

persona, o cuando les desmenuzaba el significado del *Libro cumplido de los juicios de las estrellas*, del gran Alí ibn Rajal. Y se asombraban al descubrir que el mismísimo Cicerón, el más sabio de los romanos, escribió un tratado en el que abordó el tema de la adivinación a partir de diversos augurios y presagios, tal cual creían los romanos —repuso Servet.

—Pero la Iglesia ha prohibido de forma terminante la práctica de la astronomía judiciaria, pues alega para ello que algunos astrónomos se han permitido predecir y juzgar el futuro, que sólo Dios conoce. Y los reformadores tampoco aceptan esas prácticas, que consideran propias del demonio —intervino Arnoullet.

—Pero, pese a todo eso, los libros de profecías basados en la astrología suelen causar a sus autores y a sus impresores menos problemas que los que desencadenan los libros de teología en los que se cuestionan los dogmas papistas, que no son sino enseñanzas del demonio —precisó Servet.

—Y más beneficios, queridos amigos, a lo que parece por las ventas de ese libro de Nostradamus —puntualizó Guérout.

Ginebra, finales de febrero de 1553

Aquella mañana de domingo, casi cumplido el mes de febrero, Juan Calvino, como acostumbraba antes de pronunciar su primer sermón dominical, paseaba cerca de la orilla del lago Lemán acompañado de su amigo Guillermo Farel, pastor de la Iglesia reformada de la ciudad de Neufchâtel.

Hijo de un juez muy severo, Calvino había estudiado leyes y teología en París. Allí había entrado en contacto con algunos reformadores que seguían las pautas dictadas por Lutero, a quien admiraban por las denuncias que este monje alemán había publicado contra las prácticas seculares de la Iglesia romana. En sus noventa y cinco tesis, Lutero se había rebelado contra la endeblez moral de la jerarquía del clero católico y se había mostrado absolutamente contrario a la concesión de indulgencias a cambio de dinero y al celibato de los clérigos.

Erigido en un firme defensor de la Reforma y convencido de que había que cambiar la Iglesia, Juan Calvino había decidido emplear toda su energía y toda su vida en la lucha por asentar en la cristiandad los valores y creencias que él consideraba justos, y que la Iglesia romana había olvidado desde hacía siglos, según denunciaban los reformadores.

Como tantos otros partidarios de la Reforma, creía que la jerarquía católica encarnaba la esencia del mal, y que los papas no se habían comportado como los vicarios de Cristo en la tierra sino como egoístas y perversos gobernantes temporales que habían corrompido y deformado en su beneficio el original mensaje evangélico.

Hacía ya ocho años que Lutero había muerto, pero sus ideas sobre la renovación de la Iglesia para recuperar el verdadero espíritu del cristianismo seguían avanzando y cosechando adeptos en el centro y el norte de Europa; cada día eran más los que se posicionaban del lado de la Reforma, el nombre que se le había dado a aquel movimiento regenerador, y los que se manifestaban en contra de los postulados tradicionales de la Iglesia de Roma.

—Cuando hace treinta y seis años Lutero clavó aquel papel con sus noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg, nos mostró el camino correcto a todos, amigo Guillermo. Y aunque yo considero que ese fraile alemán estaba equivocado en algunas de sus propuestas y que se quedó corto en las reformas necesarias, no obstante, debemos agradecerle que fuera el primero en anunciar que la oposición entre clérigos y laicos debía ser eliminada de la Iglesia, y que defendiera el derecho del hombre a entablar una relación directa con Dios al margen de cualquier intermediario, incluida la Virgen María o los santos —dijo Calvino.

—Los cristianos debemos estar atentos y vigilantes en todo momento, pues los enemigos de la fe verdadera acechan por todas partes, por eso debemos cuidarla con toda atención y perseguir a los que desean aniquilarla —añadió Farel.

—Lutero era un hombre íntegro, pero se mostró demasiado laxo con las normas morales y con su cumplimiento. Tenía razón en su repudio a las prácticas del papa y de su corrompida e indecente corte de cardenales. Como proclamara el fraile de Wittenberg, yo también reniego del pasado y de las costumbres presentes de la Iglesia romana y rechazo con todas mis fuerzas la idea de que el derecho a predicar la palabra de Dios o a dirigir el culto en el templo sea un privilegio exclusivo de los sacerdotes ungidos por esos hijos del demonio que son los papas católicos o por sus obispos acólitos.

—Roma es la nueva Babilonia, la gran ramera impúdica, el pudridero donde se amontonan todas las corrupciones y desvaríos de cuantos han detentado el poder terrenal en la Iglesia.

—Por eso Dios me ha conferido la defensa de la verdad y la misión de purificar a su verdadera Iglesia y librarla de todos los males que ahora la emponzoñan, para arrancar de raíz todo aquello que no esté conforme a las Escrituras y devolverla así a la pureza original que predicó Cristo. —Calvino hablaba con la convicción que sólo asiste a los que se creen iluminados.

—Con las indulgencias, la Iglesia vende el perdón de los pecados a cambio de un buen puñado de monedas que se destinan a construir los palacios en los que holgazanean los cardenales y los obispos, donde celebran con gula sus copiosos banquetes y fornican con sus lujuriosas meretrices en orgías escandalosas —precisó Farel.

—Roma se ha convertido en un gigantesco burdel en el que campean a sus anchas

las cortesanas y las concubinas de los cardenales. El papa León X, un miembro de la corrupta familia de los Médici, empleó el dinero de las rentas eclesiásticas para construir la basílica de San Pedro en vez de atender a las urgentes necesidades de los más pobres. Hace tiempo que el papado se ha olvidado de la sangre de los mártires, cuyo reino debe ser reconstituido.

—Contad conmigo para ello, Juan, contad conmigo —apostilló Farel.

El día era frío y gris; unas gotas de aguanieve comenzaban a caer sobre la ciudad. Calvinó se ajustó el cuello de su abrigo de lana negra, forrado con una piel de armiño, el único signo de lujo que se permitía en su vestuario.

El reformador de Ginebra tenía cuarenta y cuatro años; de estatura mediana, muy delgado, su rostro enjuto de rasgos adustos estaba cubierto por una larga barba en la que ya surgían algunas canas. El tono pajizo y apagado de su piel le confería un aspecto enfermizo y triste. Sus ojos profundos y negros, de mirada acuosa, denotaban fortaleza de ánimo pero a la vez transmitían una cierta desesperanza vital. La frente, amplia y recta, se prolongaba en el perfil en una nariz larga y afilada, signo, se decía, de un hombre franco y decidido a defender hasta el fin sus posiciones.

Conforme arreciaba el aguanieve, la pareja de reformadores caminó deprisa hasta llegar al templo de San Pedro, donde aquel domingo Juan Calvinó debía pronunciar su primer sermón del día, tan esperado cada semana por sus incondicionales seguidores.

Desde el púlpito, su voz tronaba poderosa y firme bajo las bóvedas de piedra:

—... los sacerdotes de Cristo no deben ser meros dispensadores de los sacramentos, sino los evangelistas sinceros que anuncien y prediquen la verdadera palabra de Dios. Los buenos cristianos nos negamos a que la Iglesia y el Estado sean una misma cosa. Así lo exige la sagrada sangre de los mártires...

Acabado su sermón matutino, Calvinó se dirigió a su casa, como acostumbraba a hacer tras el oficio religioso dominical y desde que regresara a Ginebra tras ser expulsado de la ciudad junto a su amigo Guillermo Farel, hacía de ello casi quince años, por el rechazo de los ginebrinos ante la rigidez de las normas que había aplicado a la práctica cotidiana de aquellos ciudadanos, acostumbrados a una vida pública más jocosa y a una intimidad personal un tanto disoluta.

Condenados al exilio, a ambos reformadores se les había prohibido el regreso, pero ante el caos que se apoderó de la ciudad tras su marcha, Calvinó fue requerido de nuevo por un grupo de notables y volvió a Ginebra para hacerse cargo de la dirección de su educación moral, en tanto Guillermo Farel se había convertido en el pastor de la Iglesia reformada de la ciudad de Neufchâtel, a dos días de camino al noreste de Ginebra.

Pese al retorno de Calvinó y a la recomposición de sus seguidores, el partido de

los llamados libertinos seguía siendo mayoritario en el Consejo Mayor o de los Doscientos, la principal institución de gobierno de los ciudadanos de Ginebra, y había logrado mantener a raya a los enfebrecidos calvinistas, partidarios de introducir en las leyes de la ciudad el conjunto de rígidas normas de comportamiento social que preconizaba Calvino y que se enseñaba en la academia donde se formaban los pastores de su Iglesia. En las últimas semanas, los libertinos incluso habían ganado posiciones y habían conseguido levantar la excomunión dictada por Juan Calvino contra el ciudadano Filiberto Berthelier, hijo de un patriota que había entregado su vida en defensa de las libertades urbanas hacía cuatro décadas, lo que habían festejado como un gran triunfo de sus posturas, más abiertas y laxas en cuanto a las costumbres y a la moral, frente a la intransigencia doctrinal de los calvinistas.

Por todo ello, la tensión que en aquellos días se percibía en la ciudad era extrema. En los últimos meses habían acudido a Ginebra en busca de refugio algunos grupos de partidarios de la Reforma y bastantes herejes hugonotes, que huían de las persecuciones religiosas a que los inquisidores los sometían en Francia, pero también seguidores de Calvino y otros clérigos reformadores que habían tenido problemas por exponer sus ideas reformadoras en los territorios de la cristiandad controlados por los católicos. En cualquier lugar público, iglesias, tabernas y en las mismas calles y plazas, se producían constantes enfrentamientos verbales, en los que no faltaban cruces de insultos y algunos empujones entre los partidarios de una reforma moderada de la Iglesia y los radicales moralistas ciegos partidarios de Calvino. Pero aun con esos conatos de violencia, Ginebra era la única ciudad donde todavía podían convivir diferentes doctrinas, y en la que, pese a los esfuerzos de Calvino por evitarlo, se podía respirar cierto aire de libertad y de acogida para cualquier disidente.

—Buenos días, señor, han traído este envío para vos.

Su criado, el único que tenía en casa además de su cocinero, le entregó un paquete a Juan Calvino. El reformador lo revisó y comprobó que no había escrito ningún remite.

—¿Quién lo envía?

—No lo sé, señor. Lo ha entregado un correo.

—Hoy es domingo; no debería trabajar.

—Me lo ha dejado en las manos y ha salido raudo como el viento, sin dar más explicaciones.

—Gracias; puedes retirarte.

Calvino se dirigió a la sala principal, donde unos leños crepitaban al fuego de la chimenea, se quitó el abrigo, se frotó un momento las manos al calor de la lumbre y abrió el paquete.

Contenía un libro. Calvino lo examinó con cuidado y hojeó sus páginas en busca de algún billete en el que se manifestara el autor del envío, pero no encontró nada

entre ellas. Lo abrió entonces por la primera página y leyó su título: *Restitución del cristianismo*. Por ningún sitio figuraba el nombre del autor de aquella obra. Sólo encontró unas siglas: MSV.

Juan Calvino frunció el ceño, se pasó la mano por la barbilla y se sentó frente al fuego, cerca de una ventana cuyos cristales emplomados dejaban pasar la luz grisácea y difusa del mediodía invernal ginebrino.

Y, embargado por una inquietante curiosidad, comenzó a leer...

Cerró el libro, apretó los puños, golpeó sobre la mesa y estalló lleno de ira. La lectura de aquella obra había despertado toda la cólera de Juan Calvino. *Restitución del cristianismo* constituía un demoledor alegato contra la doctrina y los dogmas de la Iglesia de Roma, pero también contra los postulados teológicos de la Reforma. Lutero, Melanchthon y Calvino, los tres cabecillas más influyentes del movimiento reformador, resultaban muy mal parados en aquel texto. Pero lo que peor le sentó fue ver comentadas aquellas cartas que siete años atrás se cruzara con Miguel Servet, su antiguo compañero de estudios en París, y en las que el autor aragonés lo descalificaba como teólogo, se burlaba de la inconsistencia de sus argumentos y denunciaba su endeblez intelectual.

Al pasar la última página del libro, tres días después de iniciada la lectura, Calvino dedujo que su autor no podía ser otro que Miguel Servet, con quien ya había polemizado años atrás en París, y con el que más tarde se había carteadado. Aquellos dos comentarios a las cartas que se habían cruzado hace unos años no dejaban lugar a ninguna duda.

Ocupaban de la página 199 a la 286 y eran los mismos que Servet le había enviado a Calvino siete años atrás. Además, en la primera página del primero de los comentarios, uno de los dos dialogantes, de nombre Miguel, decía esta frase al otro tertuliano, de nombre Pedro: «Pedro: ¡Aquí está! Éste es: Servet, a quien yo andaba buscando.»

El reformador apretó los dientes, se levantó de su sillón y se acercó al fuego de la chimenea. Observó las llamas rojas y amarillas que serpenteaban alrededor de los troncos de leña que ardían con viveza e imaginó consumiéndose en ellas al cuerpo de su enemigo. Sí, ése era el castigo que merecía un hereje como Servet; un tipo como él, obstinado en el error y contumaz en la herejía, sólo podía acabar abrasado en el fuego purificador. Aquel feroz ataque, aquellas despiadadas burlas y aquellas tremendas injurias no podían consentirse.

Regresó a su escritorio, un austero mueble de madera con dos estanterías al frente que incorporaba un banco con un cojín de lana, levantó la tabla de la mesa, que servía a la vez de tapa de un compartimento donde guardaba algunos utensilios de escritura, cogió papel y pluma, la mojó en el tintero de cerámica encajado en el ángulo superior

derecho de la mesita del escritorio y escribió dos cartas en las que demandaba a sus destinatarios sendas informaciones con toda urgencia.

Entre tanto aguardaba la respuesta, comenzó a maquinarse un plan para desenmascarar al insolente autor de aquel libro cuya lectura tanto le había escocido.

A los tres días recibió la información solicitada; para entonces, Calvino ya había pertrechado su plan. Llamó a su criado y le ordenó que acudiera en busca de Guillermo de Trie y que le comunicara que había un asunto que requería de su intervención inmediata. Mientras esperaba la llegada de Trie, comió con su proverbial frugalidad un poco de queso y un pedazo de pan, a la vez que, sin dejar de fijar la vista en las llamas que crepitaban en la chimenea, reflexionaba sobre cómo aplicar el plan que había maquinado en los días anteriores.

Trie se presentó en casa del reformador al cabo de una hora.

Ese tipo, de pasado oscuro, era un mercader de Lyon que había buscado refugio en Ginebra al amparo que le ofreció Calvino. Cuando llegó a la ciudad del lago Lemán aseguró que lo hacía porque estaba convencido de que la Reforma tal cual la postulaba su mentor era la única senda hacia la salvación y declaró que había tenido que huir de Lyon porque los católicos lo perseguían a causa de sus ideas reformadoras y porque había denunciado la podredumbre que campaba por toda la jerarquía de la Iglesia romana. Pero hubo quien receló de esa interesada versión, pues corrió el rumor de que este personaje había estafado a varios de sus clientes y que, en realidad, escapó de su ciudad natal porque estaba siendo investigado por la justicia a causa de los numerosos fraudes que había cometido en sus turbios negocios. No obstante, en Ginebra fue acogido y se le protegió, como se hacía con tantos otros refugiados, o que declaraban serlo.

Calvino rechazaba el lujo y la ostentación que permite la fortuna. Pero aquellos tiempos eran propicios para que los poderosos hicieran pública manifestación de su opulencia. Las riquezas fluían con abundancia entre las clases adineradas europeas. Hacía poco más de veinte años que en la floreciente ciudad de Amberes se había abierto una bolsa de contratación donde se prestaba dinero a muy corto plazo y en cuyas paredes se había colocado una inscripción que decía: «Para uso de los hombres de negocios de cualquier nación y lengua.» El descubrimiento del Nuevo Mundo, medio siglo atrás, había despertado la esperanza de abrir nuevos mercados y obtener en las nuevas tierras que se estaban explorando al otro lado del océano Atlántico abundantes cantidades de oro, plata y materias primas. Ciudades como Lisboa, Sevilla y la propia Amberes estaban creciendo al instalarse allí compañías mercantiles y empresas de burgueses que se enriquecían con el flujo de metales preciosos al abrigo de las posibilidades de negocio que llegaban de las tierras descubiertas por Cristóbal Colón y de la ruta abierta por los portugueses hacia la

India bordeando África.

—Buenas tardes os dé Dios —saludó Trie a Calvino besándole la mano—. He acudido a vuestra llamada en cuanto me ha sido posible.

—Necesito vuestra ayuda —le pidió Calvino.

—Contad con ella para lo que sea; sabéis que soy vuestro más fiel servidor.

—¿Habéis comido?

—Cuando me llegó vuestra llamada estaba acabando de hacerlo, señor.

—En ese caso, sentaos y escuchad, tengo muchas cosas que contaros.

—Soy todo oídos.

Calvino miró a través de la ventana. La luz todavía era intensa, aunque unas nubes grises cubrían el cielo de Ginebra y comenzaban a caer los primeros copos de nieve. Unos niños correteaban por la calle, saltaban alegres y alzaban sus manitas al cielo como queriendo atrapar la nieve, varios viandantes aceleraban el paso para buscar refugio y un par de ancianos se apoyaban el uno en el otro caminando pesada y torpemente para escapar de la nevada.

Se frotó las manos, se dirigió a un mueble, abrió una puerta de celosía y tomó una botella de la que sirvió a su acólito un vaso de vino semidulce.

—¿Conocéis este libro? —Calvino le mostró su ejemplar de *Restitución del cristianismo*, que había colocado sobre la mesa en torno a la cual se habían sentado.

—No. ¿De qué trata?

—Es una obra inspirada por el diablo. La recibí el pasado domingo en mi casa; venía sin remite, aunque he sabido que algunos ejemplares están siendo distribuidos por agentes del librero Juan Frelon, uno de los más importantes de cuantos operan por esta región. No figura ni la imprenta ni el editor ni el nombre del autor, sólo unas iniciales, pero he deducido que quien lo ha escrito es uno de esos corruptores de toda moral, que quieren convertir nuestra ciudad en un estercolero infecto, patria del pecado y de toda maldad. En este libro se cuestiona todo aquello en lo que creemos, y mina los cimientos esenciales de nuestra fe cristiana. Es un libelo satánico escrito por un demonio que firma como MSV.

—¿Sabéis al menos dónde ha sido impreso?

—Por su demoníaco contenido podría haberse editado en el mismísimo infierno, aunque he podido enterarme de que se ha realizado en un taller clandestino en la ciudad de Vienne, en la región francesa del Delfinado.

—¿Y qué es lo que tanto os preocupa de esa obra?

—En ese libro se incluyen los comentarios de unas cartas dirigidas a mí. Esas misivas me fueron remitidas manuscritas hace siete años por un antiguo compañero con el que compartí estudios y no pocas polémicas en París hace casi veinte años. Se trata de un hereje impenitente llamado Miguel Servet.

—¿MSV? Entonces... se trata de una especie de clave con sus iniciales. Miguel

Servet... ¿y la V?

—En efecto, MS es Miguel Servet, que es como se hacía llamar en París, pero he sabido que más tarde tuvo que cambiar su identidad porque estaba siendo buscado por la Inquisición y lo reclamaban en París, en Toulouse y Dios sabe en cuántos sitios más, pues allá por donde pasa siembra la cizaña y esparce la basura de su perversa doctrina. Creo que es originario del reino de Portugal, o de alguno de los dominios hispanos del emperador don Carlos. —Calvino confundió Portugal con el reino de Aragón, donde realmente había nacido Servet—. He averiguado que ahora vive en Vienne; allí ejerce la medicina y oculta su verdadera identidad bajo el falso nombre de Miguel de Villanueva, la V de las siglas con las que firma.

—¿Miguel Servet o Miguel de Villanueva, decís? —preguntó Trie.

—Sí; esas cartas a las que he aludido me las envió él. Estuvimos cruzándonos correspondencia durante poco más de un año sobre diversas cuestiones doctrinales y teológicas.

—¿Por qué lo hicisteis?

—Me convenció el editor y librero Juan Frellon, que se había comprometido a difundir los libros de los reformadores perseguidos por los católicos, porque, imagino, lo consideraba un negocio muy lucrativo. En las cartas que yo le envié a Servet usé el pseudónimo de Carlos Despille, por si caían en manos indeseables. —Calvino no le dijo a Trie que con la lectura de cada una de las cartas que había recibido su ánimo se encrespaba más y más—. Ante la contumacia de Servet y la magnitud de sus desvaríos mantuve la polémica y el cruce epistolar para intentar corregirlo de sus errores, aunque pronto comprendí que no existía la menor esperanza de convencerlo para que se retractase de sus pervertidas ideas, porque se trata del más pérfido de los herejes y su alma está poseída por el Maligno.

—¿Y por qué mantuvisteis una correspondencia tan prolongada con semejante individuo si lo considerabais un caso perdido? —demandó Trie.

—No lo sé. Tal vez pequé de soberbio, Dios me perdone. En sus cartas, Servet me planteaba cuestiones teológicas básicas como la edad a la que una persona debe ser bautizada, y yo me sentía en la obligación de contestarle.

—¿Os obcecasteis en la polémica?

—Sí, ése fue mi gran error, y acabé perdiendo la paciencia; en algunas de mis respuestas lo llamé blasfemo y sacrílego. Me molestó de manera especial su furibundo ataque a la Reforma y a todos sus promotores, y que negara la fe en Cristo, que es la que nos mueve a todos los reformadores. Como último recurso para intentar su conversión a la verdad le envié un ejemplar de mi obra *Instituciones de la religión cristiana*, recomendándole que lo leyera como guía para retornar a la senda del verdadero cristianismo. —Calvino se sirvió un vaso de agua y le dio un buen sorbo.

—Vos escribisteis ese manual como guía de la nueva religiosidad; es el libro que

ilumina mi existencia. —Trie no perdía ninguna oportunidad para lisonjear a Calvino.

El reformador se levantó de la silla y alimentó el fuego de la chimenea con un par de troncos. Sobre la ciudad de Ginebra nevaba en abundancia. En la calle sólo los niños jugaban amontonando nieve sobre la que se lanzaban como si de un colchón se tratara.

—Ésa es una de las obras de la que me siento más orgulloso. En ella expuse que los sucesos que acontecen en la vida de cada hombre están dictados por los designios del mismísimo Dios, pero que es Cristo quien los elige mediante su propia mediación, y es el hombre quien debe reconocer la llamada de Dios y adecuarse a Sus planes.

—Con la brillantez argumental que os caracteriza, señor...

—También sostuve que la Iglesia ha de organizarse con rigor y que los ministros designados para dirigir el culto deben ser elegidos por la comunidad, y no escogidos por una privilegiada jerarquía.

—Supongo que tratasteis de convencer a ese hereje de la certeza de todo esto.

—Le expliqué que el comportamiento de los hombres ha de juzgarse sólo por su fe, que ha de ser el único sustento del verdadero cristianismo, y que cada hombre puede acceder personalmente a esa fe y poner a su alma en comunión directa con Cristo mediante la lectura de la Biblia.

—¿Y cómo reaccionó ese tal Servet ante vuestras doctas enseñanzas?

—A los pocos días, el muy canalla me devolvió el ejemplar que yo le había enviado, y lo hizo con abundantes anotaciones en los márgenes y con todo tipo de citas injuriosas contra mí y mis obras. Algunas semanas después recibí un manuscrito de su autoría, con una dedicatoria irónica en la que me decía que, leyéndolo, yo aprendería lecciones magníficas, y me anunciaba, lleno de altivez, que se mostraba dispuesto a acudir en persona a Ginebra para enseñármelas y para explicarme los fundamentos de la teología —dijo Calvino.

—Maldito engreído; deberíais haberlo denunciado ante la Inquisición católica. Los dominicos hubieran dado buena cuenta de ese hereje, que para eso son maestros en la práctica de la tortura —masculló Trie, antes de beber un poco de vino.

—Tras aquella última impertinencia decidí no responderle más e interrumpí mi correspondencia con él. El manuscrito que me remitió contenía muchas de las ideas expresadas en el libro que ahora ha sido impreso en Vienne con el título de *Restitución del cristianismo* y firmado con las siglas MSV; por eso estoy totalmente seguro de que se trata de una obra del malvado Miguel Servet.

Calvino se acercó de nuevo a la chimenea y estiró las manos para sentir el calor de la lumbre en ellas. Trie se levantó tras él y le imitó el gesto.

—Si ese hombre es tan detestable, y por cuanto habéis dicho, en verdad lo es, ¿por qué mostráis interés en ese libro? —le preguntó Guillermo de Trie.

—Porque las ideas que contiene son muy perjudiciales para nuestra fe, y todavía

lo son más para nuestros intereses en el gobierno de Ginebra.

—Si de mí dependiera, arrojaría a ese engréido ahora mismo al fuego, y todos sus libros con él hasta que sólo quedara de ellos un montón de cenizas.

—Espero que ése sea su destino —sentenció Calvino.

—¿Sabéis si se han distribuido más libros como ése por aquí? —preguntó Trie señalando el ejemplar de *Restitución* que había quedado sobre la mesa.

—Desde luego, éste no es el único. He sabido que esta misma semana los libertinos han comprado varias decenas de ellos y que los están difundiendo entre nuestros inocentes y confiados convecinos, a los que explican las funestas ideas que contiene como si se tratara de una guía para la salvación. Es probable que hayan sido ellos mismos los que me remitieron a casa este ejemplar. Les están hablando de la necesidad del libre pensamiento, de acudir a la lógica y a la razón, y todo ello por encima de la fe y del dogma.

—Entonces... si consiguen que esas ideas triunfen en nuestra ciudad, la Reforma que vos impulsáis y en la que tantos confiamos quedará condenada al fracaso y tornarán los siniestros tiempos del dominio católico. —Trie exageraba su indignación para halagar a Calvino.

—Por eso se hace preciso desenmascarar cuanto antes al autor de ese libelo y que la justicia lo persiga hasta encarcelarlo. Hace ahora siete años juré que si algún día ese hereje de Servet se presentaba ante mí, aquí en Ginebra, y si yo tenía autoridad para hacerlo, no escaparía con vida, y así se lo confesé a mi amigo y más estrecho colaborador Guillermo Farel.

—Pues acabemos con él enseguida, señor.

—Reside en Vienne, en territorio católico francés. Ese maldito hereje queda fuera de nuestro alcance. Y, además, se ha revelado como un hombre muy hábil para escapar de situaciones comprometidas; ya lo ha hecho en otras ocasiones en el pasado. Él mismo me lo confesó en una ocasión —dijo Calvino.

—¿Llegasteis a conocerlo personalmente?

Calvino se mantuvo un buen rato en silencio. Con la mirada perdida en las llamas, sus pensamientos volaron casi veinte años atrás, a París, en el colegio de los Lombardos; ambos eran jóvenes; Servet acababa de llegar de Toulouse, de donde había huido al ser perseguido por sus ideas heréticas; se jactaba de haberse librado de la Inquisición de aquella ciudad y de haber burlado a la justicia; tuvo suerte, pues el concejo de esa ciudad aplicaba un terrible castigo a los herejes; hacía tiempo ordenó construir una jaula de hierro sobre una plataforma a orillas del río Garona donde encerraban a los acusados de herejía y blasfemia para sumergirlos en sus aguas hasta que confesaran sus crímenes o se ahogaran.

Tras viajar a esos recuerdos, Calvino respondió a la pregunta de Trie:

—Sí, lo conocí bien. Servet era entonces un joven ufano y altivo; jamás he tratado

a un hombre más vanidoso. Estaba obsesionado por convertirse en un teólogo de fama, y pretendía entrevistarse con el ilustre Erasmo de Rotterdam, el cual vivía en el mismo colegio que nosotros. Ya lo había intentado un par de años antes en Basilea, pero el sabio holandés no quiso recibirlo, pues imagino que intuía qué clase de pájaro arribista era Servet; en esta segunda ocasión tampoco logró hablar con Erasmo, a quien yo sí conocí, aunque ya era un anciano sin otra ilusión que morir dignamente.

—Un engreído petimetre, ese Servet...

—En aquellos días en París, Servet se hacía llamar Miguel de Villanueva, o mejor aún Michael Villanovanus, pues prefería que se dirigieran a él en latín. Procuraba ocultar su verdadero nombre por los problemas que había tenido con la justicia en Toulouse, por lo que todavía era buscado. Recuerdo que él estudiaba el *Quadrivium* en la Facultad de Artes y que fue entonces cuando comenzó a mostrar una especial atención por la medicina.

—No contento con satanizar las almas, también pretendía corromper los cuerpos...

—Entonces ya era un engolado y arrogante impertinente que buscaba la polémica con todo el mundo como el recurso más rápido para alcanzar la notoriedad que ambicionaba. Hasta tal punto llegaba su altanería que incluso llegó a enfrentarse con los médicos más ilustres de París, a los que acusó de ejercer malas prácticas profesionales y de incompetencia porque decía que recetaban fármacos a sus pacientes sin siquiera examinarlos.

—¿Convivisteis mucho tiempo con él?

Calvino calló de nuevo y regresaron sus recuerdos, cuando ambos se hospedaban en unas lúgubres habitaciones destinadas a los estudiantes en el semisótano del ruinoso colegio de Montaigu, también llamado de los Lombardos, una residencia húmeda y sombría cuyos bajos olían a orines y a miseria; tan era así que los alumnos de la universidad se referían a ese colegio como «la hendidura entre los cachetes del trasero de la madre teología»; allí fue donde en una ocasión, tal vez aquejado de soledad, Servet se sinceró con Calvino y le reveló que su verdadero nombre era Miguel Servet, o Serveto en su versión hispana, y que había tenido que ocultar su identidad tras huir de Toulouse, donde fue denunciado ante la Inquisición católica junto con otros cuarenta individuos por prácticas heréticas; él figuraba como el primero de la lista de acusados por el tribunal de esa ciudad; hasta en eso le gustaba destacar; también le confesó que la causa de su persecución había sido la publicación de una obra de su autoría sobre la Trinidad, *Dialogum Trinitate* la llamaba, donde cuestionaba ese dogma y negaba que Cristo fuera Hijo eterno de Dios.

—Varios meses —respondió al fin Calvino.

—¿Y de qué vivía ese hereje en París? —Trie comenzaba a mostrarse interesado en la vida de Servet.

—Se ganaba la vida y se pagaba el hospedaje en el colegio impartiendo clases de matemáticas, disciplina en la que demostraba una notable habilidad, y de astronomía y astrología, la ciencia del diablo que tanto lo atraía.

Al mentar Calvino al diablo, Trie se persignó tres veces.

—¡Un enviado del Maligno, sin duda!

Otra vez regresaron los recuerdos. Calvino rememoró que Servet solía jactarse con manifiesta altanería de haber estudiado la obra, entonces todavía inédita, de Nicolás Copérnico, un notable matemático polaco a quien la Iglesia encomendó la edición de un calendario que resultara fiable; le gustaba explicar a quienes lo quisiesen escuchar que en 1514 Copérnico le presentó al papa el resultado de su trabajo como astrónomo, un libro llamado *De revolutionibus orbium coelestium*, que no se editó hasta treinta años después; en esa obra, Copérnico intentaba demostrar, contradiciendo cuanto enseñaban las Sagradas Escrituras, que el Sol se encontraba en el centro del universo, y que la Tierra giraba a su alrededor; y Servet se mostraba entusiasta seguidor de esas tesis, que comentaba con la soltura del más experto de los astrónomos.

Copérnico se retractó al final de su vida de lo que consideró errores de juventud, y admitió la idea de sabios como Aristóteles y Ptolomeo, que ya dejaron claro que es la Tierra la que ocupa el lugar central, porque así lo quiso Dios y así lo manifiestan Sus palabras en la Biblia. ¿Acaso no le ordenó Josué al Sol que se detuviera en su marcha por el firmamento en la conquista de Jericó? Y Dios, con Su infinito poder, lo detuvo, lo que demostraba sin equívoco alguno que es el Sol el que se mueve en torno a la Tierra.

¿Quién se atrevería, siguió Calvino con sus recuerdos, sino un necio insensato como Servet a colocar la autoridad de Copérnico por encima de la del Espíritu Santo? El Sol, como ya indicara Platón, representa la idea suprema del bien, y su luz es una creación de Dios, e incluso emana de Él mismo, pero la Tierra es el centro de todo el universo, y por eso los hombres, hechos a Su imagen y semejanza, fueron creados aquí.

—Los herejes abundan como los copos de esta nevada —dijo Calvino, que se acercó de nuevo a la ventana; en el exterior la nieve había cubierto por completo todo el suelo, los niños habían desaparecido de la calle y las nubes se habían oscurecido hasta adquirir un tono plomizo.

—¡Maldito demonio!

—Sí, Servet es un demonio, pero, pese a sus tremendos errores doctrinales y a sus graves desviaciones intelectuales, las clases de astronomía que dictaba en París siempre estaban llenas de alumnos —Calvino lo reconoció con un tono de envidia—, aunque sus enseñanzas fueran perversas y diabólicas. Ante semejantes desvaríos, se presentaron varias denuncias en las que se pedía al decano de la facultad, el maestro

Jean Tagault, que suspendiera de inmediato esas lecciones insensatas que impartía Servet.

—¿Nadie denunció a ese corrupto malvado ante la fiscalía?

—Sí, las denuncias llegaron hasta la justicia parisina, que lo conminó a que las suspendiera, pero él no hizo ningún caso y continuó impartiendo sus perversas clases en el colegio de los Lombardos, por lo que fue acusado de desacato al tribunal. Para entonces, su altivez y su bravuconería no conocían límites. Llegó a predecir un eclipse de Marte por la Luna en el sector celeste de la estrella Regulus, en la constelación de Leo, jactándose por ello de ser el mejor astrónomo de la ciudad. Servet, que entonces creía en la adivinación, entendió que aquel eclipse de Marte era una señal que anunciaba que los príncipes de Europa iban a empuñar las armas muy pronto, que se desencadenaría una guerra devastadora, que sobrevendrían terribles epidemias de peste y que la Iglesia padecería persecución y muerte. Y, henchido de orgullo por el alcance de sus profecías, proclamó que los soberanos cristianos deberían dejarse guiar por los mensajes de los cuerpos celestes, y defendió la práctica de la adivinación a partir del estudio de los movimientos de las estrellas y los astros.

—¡Un verdadero insensato!

—En aquellos tiempos de estancia en París y crecido por su éxito como profesor de astronomía y astrología, Servet publicó un libro al que tituló *Discurso en pro de la Astrología*. Aquello le ocasionó nuevos problemas.

Calvino recordó que Servet fue denunciado y fue juzgado en la universidad por un tribunal académico, pero resultó absuelto, pues a sus clases asistían gentes notables y de cierta influencia que salieron en su defensa y lo protegieron; mas las denuncias no cesaron, pues había gentes de bien que pretendían que se detuviera aquella locura. El Parlamento de París intervino al fin. Sus miembros no se dejaron amilanar por los amigos de Servet y se mostraron inmisericordes.

A instancias de un poderoso grupo de médicos de la ciudad, a los que Servet había criticado con dureza y tachado de ignorantes e incompetentes, los parlamentarios dictaron una resolución por la cual se confiscó aquel libro. Los médicos parisinos estaban muy molestos con Servet porque les había recriminado que no supieran astronomía y que trataran a sus pacientes con displicencia y sin profesionalidad.

Fue acusado de practicar la astrología profética y declarado culpable de ese delito, pese a que quien lo defendió fue Marillac, uno de los mejores abogados parisinos, que alegó que su defendido no había dicho nada sobre astrología judiciaria, sino que se había limitado a tratar sobre las causas naturales y que siempre se había sometido a la voluntad de Dios.

El Parlamento, presidido por el juez Pedro Lizet, se mostró inflexible y sentenció que los astros no influían para nada en el devenir de los seres humanos, pues decretó

que sólo rige en ellos la voluntad de Dios. Servet había llegado a explicar que los órganos del cuerpo humano se identificaban con los astros y, sin ser médico todavía, se arrogó la prescripción de medicinas según la correlación que él estimaba que existía en los cuatro humores del cuerpo y los cuatro elementos de la naturaleza que ya señalara Aristóteles. Los ejemplares de su libro sobre astrología fueron confiscados, y Servet resultó gravemente amonestado por ejercer una profesión para la cual carecía de título. Para evitar la prisión, a la que hubiera sido conducido sin remedio de seguir el proceso adelante, tuvo que escapar de la ciudad.

—¿También en París logró sortear la justicia, como hiciera en Toulouse? — preguntó Trie.

—Imagino que fue prevenido por alguno de sus influyentes amigos, y se marchó antes de que lo prendieran.

—¿Y vos no lo volvisteis a ver?

—No. La última vez que lo vi fue dos días antes de desaparecer de París, una tarde que me crucé con él en la escalera del colegio donde ambos residíamos. Y ya no volví a tener noticias suyas hasta que años después nos enviamos esas cartas que os he comentado.

Calvino volvió a beber un largo trago de agua; la tarde declinaba. A su cabeza no cesaban de acudir recuerdos en tropel, y se quedó ensimismado observando el fuego. En su memoria, Servet aparecía como un admirador de Erasmo, el sabio de Rotterdam que era plenamente consciente de su caída en desgracia en el seno de la Iglesia, y por ello no quería conceder al papa más motivos para que la Inquisición lo condenara. Tenía miedo a morir excomulgado, de modo que nunca quiso recibir a Servet a pesar de que ambos se hospedaban en el mismo colegio, aunque Erasmo residía en el ala reservada en exclusiva a los profesores, una zona a la que no tenían acceso los estudiantes. Además, en ese tiempo Erasmo era un anciano de aspecto cansado y enfermo, que murió dos años después, desencantado con la Iglesia católica y con sus ministros, pero sin atreverse a denunciar tácitamente sus prácticas.

Servet y Calvino coincidían en las críticas a la corrupta jerarquía católica, a la pútrida Roma y a su mendaz Iglesia tan desviada del mensaje de Cristo, y ambos creían que era preciso desarrollar la Reforma y llevarla adelante aun a costa de ingentes sacrificios personales. En aquellos meses en París los unía la defensa de esas nobles ideas, y conversaron sobre ello largamente. Calvino acababa de escribir su primera obra, *De clemencia*, en la que aceptó la doctrina de la predestinación y denunció las prácticas viciadas del catolicismo romano. En el rechazo a las prácticas mundanas del papa de Roma, ambos jóvenes rebeldes estaban de acuerdo, de modo que al principio mantuvieron una relación cercana e incluso estrecha, pero todo cambió cuando Servet pretendió imponer su criterio y sus tesis sin admitir corrección alguna a ellas.

Calvino lo consideró entonces como un hombre altanero y ufano, henchido de soberbia y de insolencia. Servet creía que nadie lo superaba en criterio y en inteligencia. Según él, todos los reformadores estaban equivocados, todos eran una pandilla de incompetentes y de inexpertos incapaces de entender los textos sagrados y de darles una explicación lógica. Creía que sólo él entendía los arcanos más profundos de las Escrituras.

Así, los desencuentros entre ambos se intensificaron y fueron creciendo hasta que Calvino retó a Servet a un debate público para dejar al descubierto sus mentiras y embustes. Servet aceptó, y ambos acordaron que el combate dialéctico se celebraría en la iglesia de San Antonio.

—Entonces ¿el muy cobarde huyó de París? —La pregunta de Trie sacó a Calvino de sus pensamientos.

—Sí. Escapó como un ladronzuelo. Y lo hizo cuando yo lo reté a un debate sobre teología.

—Tuvo miedo de que lo derrotarais con facilidad. Sabía que iba a ser vencido por vuestra superior capacidad y tuvo miedo de enfrentarse con vos; no tenéis rival en el debate teológico. —Trie aduló a Calvino, como acostumbraba.

—Tal vez, aunque también es probable que ese individuo no quisiera adquirir más notoriedad. El conde y la Inquisición de Toulouse lo buscaban para juzgarlo por herejía y él estaba obligado a mantener oculta su verdadera identidad para evitar la cárcel.

Calvino calló que ese mismo año de la huida de Servet de París había muerto el débil papa Clemente VII, y lo primero que hizo su sucesor, el perverso Pablo III, un destacado miembro de la poderosa familia romana de los Farnesio, al sentarse en el trono de San Pedro fue rodearse de un grupo de intelectuales católicos a los que pidió consejo sobre cómo enfrentarse doctrinalmente a los postulados que se planteaban desde la Reforma desencadenada por Lutero, a la que se fueron sumando otros muchos. Algunos de aquellos consejeros papales propusieron pactar con los luteranos y con los demás reformadores para evitar el cisma abierto en la cristiandad, pero en Roma triunfó la postura de los más intransigentes, la que preconizaba el pérfido Juan Pedro Caraffa.

Este individuo era el cardenal inquisidor, que aspiraba a convertirse en el siguiente papa. Los reformadores estaban convencidos de que algún día lo conseguiría, porque era el más podrido de los purpurados y la más perversa alimaña de cuantas se cobijaban en la guarida de fieras en que, según los reformadores, se había convertido la curia pontificia. Caraffa se había erigido en el cabecilla de los partidarios de perseguir y acabar con la Reforma y con los reformadores con toda dureza y sin la menor concesión. Aconsejado por él, Pablo III reorganizó la Inquisición y confió la defensa de la fe católica a una comisión integrada por los

cardenales más corrompidos, que fueron los que nombraron a los inquisidores locales de entre los frailes dominicos más duros y reacios a cualquier cambio en la Iglesia y a cualquier intento de diálogo con los reformadores. Ésos eran los que los llamaban protestantes y herejes y quienes no admitían ni acercamiento ni diálogo alguno con los reformadores. Lo único que aceptaban era que pidieran perdón y se sometieran a Roma sin condiciones.

Universidades como las de Wurtemberg, Ginebra, Heidelberg y Leiden se habían convertido en los principales bastiones de la Reforma, en cuyas aulas se explicaba la necesidad de un cambio de rumbo en la Iglesia, pero la Roma católica reaccionó. El vendaval contrarreformador se extendió por las universidades católicas y llegó pronto a París. En el mismo colegio de Calvino y Servet también residía en aquellos días un clérigo español que preconizaba la obediencia ciega y fanática a la jerarquía de la Iglesia romana, sobre todo al papa. Se llamaba Ignacio de Loyola, considerado por algunos como un orate alunado que no paraba de perorar con toda vehemencia sobre la necesidad de dedicar todas las horas del día a la práctica de ejercicios espirituales como único modo de purificarse de los pecados y librarse del mal.

En aquellos tiempos, el tal Ignacio andaba rumiando la idea de fundar una nueva orden dentro de la Iglesia, una especie de nueva milicia de Cristo cuyos miembros, además de profesar los tres votos tradicionales de pureza, castidad y obediencia que han de jurar todos los clérigos, deberían añadir el de sumisión absoluta a la voluntad del papa y el estricto cumplimiento de sus órdenes. La pretendía llamar «Compañía de Jesús» y, cuando Calvino se asentó en Ginebra, ya lo había conseguido.

Había pasado tanto tiempo... París era en aquellos años el centro intelectual del cristianismo y quizá el único lugar donde se podía debatir con cierta libertad sobre cuestiones teológicas que en otro ámbito la jerarquía católica no hubiera consentido. Pero Roma no estaba dispuesta a permitir la menor disidencia... Por eso, precisamente, el papa reafirmó la autoridad de los tribunales de la Inquisición otorgándoles más competencias, más poder y más capacidad de decisión. La obsesión de Alejandro Farnesio, el papa Pablo III, no era otra que perseguir a todos a cuantos Roma consideraba como herejes, incluidos todos los reformadores, hasta el último rincón de la cristiandad y meterlos en una mazmorra hasta que renunciaran a sus ideas o se pudrieran en la cárcel. Precisamente aquel mismo año se produjo una terrible matanza de anabaptistas que se habían rebelado en Westfalia y habían protestado contra las imposiciones y abusos de Roma.

—Por lo que decís —Trie volvió a interrumpir los pensamientos de Calvino—, ese Servet no es sino un hijo de Satanás, un engendro del Anticristo.

—O tal vez un iluminado que no encontraba acomodo alguno en ninguna parte, fruto de su extrema vanidad, sin duda.

—Capturémoslo antes de que perpetre más daños. Yo cumpliré cuanto vos me

ordenéis, señor —propuso Trie.

—No es tan sencillo. Como os he dicho, Miguel Servet reside, bajo el nombre de Miguel de Villanueva, en la ciudad de Vienne, en territorio católico, de manera que no tenemos ninguna jurisdicción sobre nuestro enemigo, ni siquiera la más remota posibilidad de ejercerla. Y bastaría que se enteraran de que nosotros tenemos interés en acusarlo para que quedara libre.

—Entonces ¿qué podemos hacer? —demandó Trie.

—He pensado que ya que no estamos en disposición de apresarlo, que sea la Inquisición romana la que se encargue de ese hereje, sin que se sepa que somos nosotros quienes nos encontramos detrás de este asunto. Y aquí es donde os necesito, amigo Guillermo.

—Brillante idea, señor. Estoy a vuestro servicio para lo que dispongáis.

Guillermo de Trie había sido acogido en Ginebra por Calvino, que lo había apoyado de tal manera y lo había promocionado con tanta fuerza que había logrado incluirlo entre los miembros del Consejo Mayor de la ciudad, en donde el comerciante lionés actuaba como testafarro del reformador.

—Escuchad mi plan. —Calvino le sirvió a Trie otra copa de vino blanco semidulce, reavivó el fuego de la chimenea removiendo las brasas y encendió un candil. En el exterior la oscuridad del ocaso comenzaba a ganar la partida diaria a la tenue luz del atardecer—. Podríamos idear alguna treta para atraerlo a esta ciudad, pero Servet jamás se atreverá a venir a Ginebra, y menos aún si sabe que yo estoy al frente de su Iglesia, de modo que tendremos que obrar con habilidad para conseguir que sean los católicos los que realicen el trabajo por nosotros.

—¿Y cómo lo lograremos? —Trie dio un sorbo de vino y se relamió los labios.

—¿Tenéis algún amigo de confianza en Vienne?

—En esa ciudad no, pero sí en la de Lyon. Allí vive mi primo Antonio Arney. Es católico y fiel a Roma, pero me ayudó a escapar de Lyon cuando los papistas quisieron ejecutarme por manifestar mi oposición al papa y a la jerarquía romana.

—¿Es de fiar ese primo vuestro? —Calvino dibujó un gesto de ironía en su rostro. Sabía que Trie había tenido que huir de Lyon por las estafas que había cometido en sus negocios comerciales, pero ahora era un peón que servía fielmente a sus intereses; y esos servicios eran precisamente los que necesitaba.

—Estoy seguro de ello. Seguimos escribiéndonos con asiduidad, aunque en cada una de sus cartas no deja de echarme en cara mi adhesión a la Reforma, me recrimina mi fervor por vos, me llama apóstata y me recomienda que me arrepienta y retorne al seno de la Iglesia romana.

—Por lo que me decís, en vuestras cartas habláis a menudo de religión.

—En todas y cada una de ellas; la religión suele ser nuestro principal tema de debate epistolar, y os aseguro que mi primo se enerva cada vez que se me ocurre

emitir una crítica al papa —asentó Trie.

—Perfecto; en ese caso utilizaremos a vuestro pariente en Lyon para que sea él quien denuncie a Servet y lo desenmascare ante la Inquisición de su diócesis.

—¿Y cómo vamos a conseguirlo? Si los católicos se enteran de que vos estáis al tanto de este asunto, no sólo no perseguirán a Servet, sino que son capaces de proclamarlo santo.

—Dejadlo de mi cuenta; y coged papel. —Calvino le señaló a Trie unos pliegos sobre un estante junto a la mesa donde estaban sentados y le acercó un tintero y una pluma—. Comenzad el encabezamiento de esta carta a vuestro pariente...

—... Arney, Antonio Arney —precisó Trie.

—... Antonio Arney, como lo soléis hacer habitualmente, y copiad lo que os voy a dictar.

Trie mojó la punta de la pluma entre sus labios, la introdujo en el tintero y escribió el encabezado de la carta.

—Vos diréis, señor.

Calvino apoyó sus codos sobre la mesa, cerró los puños y descansó sobre ellos sus mejillas.

—«... Aquí no consentimos, cual hacéis vosotros, que se blasfeme sobre el nombre de Dios y que se difundan ideas demoníacas sin pudor alguno.» ¿Tomáis nota?

—Al pie de la letra, don Juan.

—«Sobre esto conozco un ejemplo que es suficiente para confundirte, querido primo.» ¿Así es como lo tratáis habitualmente?

—En efecto.

—Continuad copiando: «Ha llegado a mis oídos la noticia de que los católicos permitís actuar libremente a un hereje que merece ser quemado tanto por vosotros los papistas como por nosotros los reformadores. Se trata de un individuo que ha escrito un libro en el que se refiere a la Trinidad cual si fuera un monstruo del infierno. Ese hereje, al que consentís que viva en libertad, está demoliendo las bases de nuestra fe común, enseña y difunde los errores de los herejes más pérfidos y afirma que el bautismo es un invento del diablo. Incluso asegura que el bautismo no es necesario para la salvación, pues coloca a los profetas no bautizados en el cielo. Ese hombre malvado, que sería condenado por todas las iglesias, imprime ante vuestras narices sus libros difamadores contra la fe en Cristo, en los que abundan las más infames blasfemias y proliferan los pecados mortales, y lo hace con vuestra indiferencia, cuando no con vuestro consentimiento e incluso vuestra colaboración. Se trata de un...» —Calvino dudó un momento sobre la nación de procedencia de Servet.

—¿Un...?

—¡Vaya!, no estoy seguro de si Servet es hispano o lusitano. Dejadlo así: «Se

trata de un individuo cuyo verdadero nombre es Miguel Servet, aunque ahora se hace llamar Miguel de Villanueva, que se gana la vida como médico. He podido saber que vivió algún tiempo en Lyon, pero me han informado que hace varios años que reside en Vienne, donde ha impreso su libro herético, probablemente en una imprenta clandestina propiedad, según he averiguado, de un tal Baltasar Arnoullet. Y para que compruebes que estoy en lo cierto, te adjunto con esta carta el primer pliego de esa obra que de manera tan insensata habéis permitido difundir.»

—¿Eso es todo?

—Firmadla: «En Ginebra, a veintiséis de febrero de 1553.»

—Brillante, don Juan, brillante. Pero... ¿cómo habéis averiguado el nombre del impresor? —Trie apuró su copa de vino.

—Juan Frellon, el librero que distribuye este maldito libro en Frankfurt, me debe algunos favores; gracias a mi intercesión gana mucho dinero, y si quiere seguir con su negocio y vender libros en Ginebra...

—¿Creéis que esta carta surtirá efecto? —preguntó Trie.

—Si vuestro pariente en Lyon es tan fervoroso católico como me habéis asegurado, no tardará ni un instante en acudir al tribunal de la Inquisición para presentar la denuncia. Y en ese caso, Servet es hombre muerto.

Calvino atizó el fuego, aspiró el denso olor a resina ardiendo y contempló el chisporroteo de las brasas consumiéndose en la chimenea mientras en el exterior, ya casi totalmente a oscuras, no cesaba de caer una copiosa nevada.

Trie apuró su copa, saboreando el último trago del vino semidulce procedente de cepas cultivadas en las laderas de las orillas del Rin, y se despidió con una impostada reverencia.

Cuando se quedó a solas, Juan Calvino regresó a sus pensamientos. Recordó el impacto que supuso el que Lutero publicara su traducción de la Biblia al idioma alemán, lo que enervó todavía más los ya encendidos ánimos de los obispos católicos y su animadversión contra la Reforma, pues los papistas no podían consentir que la verdadera palabra de Dios se extendiera por todo el mundo sin que ellos lo controlaran todo, ya que, hasta entonces, los prelados de Roma se proclamaban los únicos intérpretes fieles y legítimos, los únicos depositarios de las Sagradas Escrituras. Y sufrió al recordar cómo el emperador Carlos derrotó a los anabaptistas, que se oponían al poder del papa, en Münster, y cómo sus tropas asesinaron a muchos hermanos reformadores, sin distinción de creencias, cumpliendo así la voluntad de la jerarquía católica de exterminar a todos cuantos cuestionaban la dictadura de Roma.

Rememoró la historia del rey Enrique VIII de Inglaterra, quien se proclamó jefe y cabeza de la Iglesia de su reino, rompiendo relaciones con el papado, y fue por ello excomulgado. Enrique Tudor no fue precisamente un ejemplo para los reformadores; no tenía la menor intención de sustituir a la corrupta y servil jerarquía eclesiástica

inglesa, cuyos obispos, en opinión de Juan Calvino, eran los más perversos canallas de toda la cristiandad, por preladados honrados y decentes; lo que realmente pretendía ese libidinoso monarca era justificar sus deseos lascivos y apoderarse de las rentas de las parroquias y obispados de Inglaterra en su beneficio. La lujuria y la avaricia fueron los principales pecados que cometió Enrique VIII, que repudió a su esposa, la gentil princesa española Catalina de Aragón, y decapitó a su segunda mujer, la pérfida Ana Bolena; luego tomó hasta cuatro esposas más, un total de seis, y alguna de ellas también sufrió su tiranía y su perversidad: la quinta, Catalina Howard, fue decapitada, como su prima Ana Bolena. Ese rey ni siquiera dudó en asesinar a Tomás Moro, el que había sido su canciller y su mejor amigo, un hombre cabal y honesto.

Absorto en su memoria, deseó que ese monarca sádico, lascivo y criminal estuviera ardiendo por toda la eternidad en el infierno.

Capítulo II

Lyon, principios de marzo de 1553

Mateo Ory, fraile dominico e inquisidor general de Francia, escuchaba con atención los argumentos de la denuncia presentada por Antonio Arney. El primo de Guillermo de Trie se había personado en el tribunal de la Inquisición en Lyon nada más recibir la carta de su pariente desde Ginebra, en la que le adjuntaba el primer pliego de la obra *Restitución del cristianismo*, sobre cuya autoría los inquisidores de la región del Ródano, que habían detectado algunos ejemplares, no habían logrado obtener hasta entonces la menor pista. No habían podido siquiera imaginar que el autor de aquella obra tan crítica con la Iglesia y sus dogmas pudiera haber salido de la pluma del médico personal del arzobispo de Vienne.

Arney había elegido bien a quién dirigir su denuncia. El inquisidor Ory había realizado toda su carrera política a la sombra del rey Enrique II de Francia. Hombre de pocos escrúpulos, había hecho de la persecución contra los herejes y los brujos el principal incentivo de su vida. En sus discursos y alegatos solía decirles a los inquisidores bajo sus órdenes que en el Nuevo Testamento se aconsejaba quemar los libros de magia junto a sus autores. Aseguraba que los herejes eran brujos espirituales y, a pesar de que el manual de inquisidores escrito dos siglos atrás por el fraile Nicolás Eimeric recomendaba que los que ejercieran ese puesto, además de tener más de cuarenta años cumplidos, debían ser honestos en su vida privada, prudentes en sus manifestaciones públicas, firmes en la defensa de la fe, virtuosos en su comportamiento y eruditos en el conocimiento de la doctrina católica, Ory creía que para medrar en su oficio era mucho mejor adular al poder secular y ponerse siempre al servicio del rey y del papa que imitar el ejemplo de Cristo.

El inquisidor sostenía con su mano izquierda la carta firmada por Trie pero dictada por Calvino mientras repiqueteaba sobre la mesa con los dedos de la derecha como si se trataran de unos palillos redoblando sobre la piel de un timbal.

—Puede ser una trampa, una denuncia falsa. No me fío de nada ni de nadie que proceda de ese nido de protestantes en que se ha convertido Ginebra. Miguel de Villanueva es el médico personal del arzobispo de Vienne, y me consta que también es su amigo íntimo. No deseo enemistarme con este prelado; algún día podría convertirse en el papa de Roma —se previno el inquisidor.

—Mi pariente Guillermo de Trie es un descarriado que ha adoptado las ideas perversas del malvado Calvino, pero es un hombre honrado que jamás me engañaría en un asunto tan grave como éste —se explicó Arney.

—¿Honrado? Si no recuerdo mal, tuvo que huir de esta ciudad por graves problemas con sus negocios de telas, y no parece que dejara precisamente aquí fama de honradez. ¿Qué puede inducirme a pensar que esta carta no es un engaño de los protestantes para dejarnos en ridículo?

—Sus enemigos lo difamaron con tal de acabar con él; si mi primo escapó de Lyon fue para salvar su vida. Y además, ¿qué interés podría moverlo para hacer una denuncia falsa? Ni tan siquiera habrá supuesto que yo pudiera presentarme ante este tribunal. En su carta, simplemente se limita a recriminarnos a los católicos que no hagamos nada por detener al hereje anónimo autor de esa obra que ensucia la fe en Cristo y en la Trinidad con su diabólico libelo.

—Humm..., puede que tengáis razón, don Antonio —reflexionó el inquisidor—. De acuerdo, interrogaremos a ese tal Miguel de Villanueva y veremos si es verdad que tras su nombre se oculta ese otro Miguel Servet, a quien reclaman la Inquisición de Toulouse y el Parlamento de París.

—¿Y si el médico del señor arzobispo de Vienne fuera el autor de ese libro herético y blasfemo al que hace referencia mi pariente?

—En ese caso deberá comparecer ante este tribunal. Ningún protestante ha de darnos lecciones de rectitud contra la herejía. Y que sea o no amigo personal de monseñor Palmier es lo de menos —zanjó el inquisidor, que sonrió al pensar que de ser cierta la acusación el arzobispo de Vienne sería un rival menos hacia la consecución de un capelo cardenalicio.

—¿Existe alguna recompensa por el desenmascaramiento y la captura de ese hereje?, porque de ser así... —preguntó Arney.

—El deber cumplido como buen cristiano debería ser la mejor recompensa; pero sí, vuestro celo en defensa de la verdadera fe bien merece una generosa compensación. Aprovechando la ausencia de Vienne de su protector, el arzobispo Palmier, cursaré una acusación por herejía contra Miguel de Villanueva ante la curia de su eminencia el cardenal Francisco de Tournon, el antiguo arzobispo de Bourges, quien estos días reside precisamente en su villa de Roussillon, muy cerca de Vienne. Le recomendaré que encomiende la instrucción de este caso al señor Villars como fiscal, es el más implacable perseguidor de herejes de esta región. Pero antes de todo ello necesitaremos pruebas indiciarias de que Miguel de Villanueva es la misma persona que el hereje llamado Miguel Servet y que se trata del autor de ese libro. Para que la acusación de la Inquisición se ponga en marcha basta con una denuncia ante el tribunal, pero en este caso estamos hablando de un personaje importante que disfruta de la amistad de un arzobispo; deberemos tener algo más que indicios o meras suposiciones.

—¿No basta con la denuncia de mi pariente, y con los datos concretos que ofrece en esta carta? —preguntó Arney.

—Vuestro primo es protestante y confeso seguidor de Calvino. Si se tratara de un engaño para ridiculizarnos, cometeríamos un estúpido error del que se beneficiarían los protestantes. Debemos asegurarnos sobre quién es el verdadero autor de ese libelo. Le escribiréis una carta a vuestro pariente de Ginebra en respuesta a su misiva; en ningún caso deberéis rebelarle que os habéis presentado ante este tribunal, y le demandaréis pruebas más concretas de la acusación que ha realizado.

En los días siguientes los dos primos se cruzaron varios mensajes; el católico Arney pidió pruebas desde Lyon y el protestante Trie se reafirmó desde Ginebra en acusar a Servet como autor de aquel libro en el que se demolían los cimientos doctrinales del catolicismo e incluso de todo el cristianismo, pero no remitió ningún otro testimonio concluyente.

Nervioso ante la ausencia de pruebas pero ansioso por desenmascarar al autor de *Restitución del cristianismo* (el libro del que ya se comenzaba a hablar y cuyo contenido estaba levantando un gran escándalo), pues con ello ganaría prestigio ante el rey de Francia y ante el papa, el inquisidor general hizo correr por toda la región el rumor de que el médico Miguel de Villanueva era en realidad un hereje que ejercía su profesión en la ciudad de Vienne oculto bajo un nombre falso, e instó a varios inquisidores de aquella diócesis para que se dirigieran a su arzobispo para transmitirle la denuncia de que su médico personal ocultaba en realidad la personalidad de un peligroso hereje llamado Miguel Servet, reclamado por el tribunal de la Inquisición en Toulouse y por el Parlamento de París. Hombre peligroso cuyas perniciosas doctrinas podrían socavar los cimientos de la propia Iglesia, acabar con Servet se había convertido en un objetivo primordial.

Vienne, 16 de marzo de 1553

Apenas había amanecido, pero Miguel Servet ya había salido del palacio arzobispal de Vienne cuando se presentaron unos hombres armados ante la puerta de su estancia.

—¡Abrid a la justicia del rey! —gritó alguien desde fuera.

El joven criado de Servet se colocó una capa de paño por encima de los hombros y acudió a la puerta. Seis guardias escoltaban al secretario del inquisidor y al vicebaile real de Vienne, con quien el médico aragonés tenía una excelente relación pues unos pocos meses atrás había tratado y curado a su hija de una extraña enfermedad que el resto de físicos de Vienne había desahuciado por incurable. Servet había sanado a la niña y el vicebaile Antonio de la Court le había prometido por ello amistad eterna.

—¿Qué ocurre, caballeros? —preguntó el criado sobresaltado y todavía medio adormilado ante la presencia de hombres armados.

—¿Se encuentra aquí el médico que se hace llamar Miguel de Villanueva?

—No. Ha salido muy temprano, todavía de madrugada, a visitar a un paciente.

—Ha sido acusado de herejía, y de ser el autor de un libro blasfemo y contrario al dogma romano. Tenemos orden de registrar esta casa —le respondió el secretario.

—Es propiedad del señor arzobispo. No tenéis derecho...

—Somos agentes de la Inquisición, nosotros dictamos el derecho. ¿Acaso se oculta algo aquí?

—No hay nada que ocultar, señores.

El secretario empujó a un lado al criado y, seguido del vicebaile y de los guardias, entró en las habitaciones que ocupaba Servet.

Tras un pormenorizado registro no encontraron otra cosa que libros permitidos (ninguno de los títulos que cotejaron estaba incluido en el *Índice*) y una caja con dos docenas de ejemplares de una obra que Miguel Servet había escrito contra los médicos parisinos, además de una notable cantidad de dinero oculta en el fondo de un arcón.

—¿Dónde está? —preguntó el secretario.

—Ya os he dicho que mi señor se marchó temprano a atender a un enfermo, mucho antes de la salida del sol —respondió el criado.

—No me refería a tu amo, sino al libro que ha escrito contra la Trinidad. Dinos dónde lo oculta y no irás a prisión con él.

—No sé de qué libro estáis hablando, señor; sólo soy un servidor de don Miguel. Además, yo no sé leer.

—Vuestro amo es el autor de una infamia contra la Iglesia de Cristo y contra sus creencias fundamentales. Dinos dónde ha escondido ese libro o tendremos que emplear contigo métodos de interrogatorio más convincentes.

—No sé de qué libro me estáis hablando, señor secretario. —El criado parecía sincero.

Uno de los guardias lo sujetó por los hombros y lo zarandó con fuerza.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó el secretario.

—Benito, Benito Perrin.

—Dile a tu amo que deberá presentarse de inmediato en el convento de dominicos; hoy mismo, a mediodía, y que si no lo hace lo declararemos prófugo de la justicia de la Santa Inquisición.

—Así lo haré, señor. —Benito temblaba de miedo.

Avisado por su criado a su regreso tras visitar al paciente, Servet se lo tomó con calma, pero no pudo evitar que una sensación de miedo le recorriera todo el cuerpo. Mientras ponía sus asuntos en orden, intentaba convencerse de que nada podía ocurrirle, pues contaba con la protección del arzobispo de Vienne, de modo que respiró profundamente, se armó de valor y acudió ante el tribunal dos horas más tarde

de lo convenido.

Servet llegó al convento de los dominicos de Vienne seguro de sí. Entró en el edificio y preguntó al guardia de la puerta por la sala del tribunal. Acompañado por un fraile, atravesó un patio construido a modo de claustro de un monasterio, con amplias arcadas de piedra, y avanzó por un amplio pasillo enlosado con baldosas de terracota gris, por el que transitaban varias personas que cuchicheaban entre ellas y comentaban lo sucedido aquel día en el tribunal.

Al llegar ante una puerta de madera labrada con escudos y emblemas de la Orden de Santo Domingo se encontró con el impresor Baltasar Arnoullet. Antes de entrar en la sala de interrogatorios pudieron cruzar unas palabras.

—Alguien nos ha denunciado, don Miguel —le musitó Arnoullet en voz muy baja, junto al oído—. Anoche varios oficiales de la Inquisición registraron la imprenta, pero no encontraron nada punible. Mi cuñado Guillermo Guérout fue avisado por uno de los trabajadores y sospechó que irían por él; esta madrugada ha huido de la ciudad. Creo que se dirigirá a Ginebra, donde conoce a quien lo puede proteger.

—¿A Ginebra? —se extrañó Servet.

—Sí, Guillermo es un hugonote, y hace ya algunos meses que la Inquisición andaba tras él. ¿No lo sabíais?

—No tenía ni idea. Por las conversaciones que mantuvimos mientras imprimíamos la *Restitución* deduje que la Iglesia de Roma no le hacía la menor gracia, pero nunca me confesó que fuera un hugonote. Ahora entiendo que se dedicara con tanta atención a la publicación de mi obra.

—Pues así es. Le han advertido a tiempo de que nos iban a interrogar y se ha escapado. Unos guardias nos han traído aquí a mí y a los tres operarios, que, como sabéis, desconocen qué es lo que imprimimos este pasado invierno.

—¿Os han torturado? —le preguntó Servet.

—No..., todavía no. Lo que andan buscando es alguna pista que certifique que vos sois el autor de *Restitución del cristianismo* y que ese libro se imprimió en mi imprenta. Está claro que alguien nos ha delatado, pero creo que carecen de pruebas para condenarnos. Cuando os pregunten, permaneced firme, mostraos seguro y negadlo todo, todo.

Nada más pudieron hablar. En ese momento dos guardias armados salieron de la sala del tribunal y conminaron a Servet a entrar para proceder al interrogatorio.

Una vez dentro y ante la presencia de los miembros del tribunal, el médico se quitó su gorra de terciopelo negro con la que siempre cubría su cabeza.

La sala era espaciosa, cubierta con una pesada bóveda de piedra, pero oscura, apenas iluminada por un par de aspilleras cerradas con una tela encerada que dejaba

pasar muy poca luz, y unos velones sobre sendos candelabros de hierro forjado.

Tras una mesa realzada sobre un estrado de dos palmos de alto, los tres jueces ocupaban sus sillones de asientos de anea y respaldos de tiras de cuero sujetas con remaches de bronce algo oxidados. El fraile dominico que presidía el tribunal era bajito y de aspecto blando, el de su derecha alto, nervudo y ososo y el de la izquierda aún más bajo y muy obeso. A un lado, junto a otra mesa más pequeña, se sentaban un escribiente y un notario dispuestos a dejar testimonio escrito de cuanto allí se declarase.

—Sentaos —le indicó a Servet el presidente del tribunal, un tipo de escasa talla, ojillos pequeños de ademanes falsos, pelo completamente blanco y rostro redondo, de gestos sombríos y actitud irónica; su sonrisa cobarde y falsa era cínica y cuando hablaba torcía el gesto y desviaba su mirada, sin hacerlo nunca de frente, con los ojos huidizos, como hacen los traidores. A pesar de estar ubicado a cinco pasos de distancia, Servet pudo percibir su mal aliento, como el hálito apestoso de alguien podrido en su interior. Quienes lo conocían, sabían bien que aquel tipo era una muy mala persona; había llegado a ocupar ese puesto de juez inquisidor tras adular hasta el vómito a sus superiores, tan incapaces como él, que lo habían aupado hasta ese lugar pese a carecer de mérito alguno.

—Gracias. —Servet se sentó en una incómoda banqueta de madera sin respaldo, frente al tribunal.

—¿Vuestro nombre es Miguel de Villanueva, ciudadano de Vienne? —demandó el inquisidor.

—Así es.

—Llegáis tarde; deberíais haberos presentado ante este tribunal a mediodía.

—Soy médico. He tenido que atender una urgencia; las enfermedades de mis pacientes no pueden esperar.

—Estáis aquí porque habéis sido denunciado como autor de un libro cuyo contenido es herético. Se titula *Restitución del cristianismo*. ¿Sois vos el autor de esta obra?

El inquisidor mostró un ejemplar del libro que dejó en pie sobre la mesa.

—No.

—Y, en ese caso, ¿conocéis quién es su autor?

—No.

—¿Vuestro nombre anterior era Miguel Servet, nativo del reino de Aragón, en los dominios hispanos del emperador don Carlos?

—No.

—¿Cuál es vuestro verdadero nombre?

—Me llamo Miguel de Villanueva, soy francés de nación, ciudadano de Vienne y médico de su excelencia Pedro Palmier, arzobispo de esta ciudad.

—¿Habéis mantenido en alguna ocasión relaciones profesionales con Baltasar Arnoullet, dueño de una imprenta aquí en Vienne, y con Guillermo Guérout, su maestro impresor?

—No.

—¿Sabéis cuál es la pena para los condenados por herejía?

—No. Jamás fui condenado por hereje —respondió Servet con seguridad.

—En el mejor de los casos, el castigo es la cárcel, a veces trabajos forzados en galeras y, en los más graves, la muerte en la hoguera.

—Nada tengo que temer. Me limito a curar enfermedades y a sanar a mis pacientes, no creo que exista el menor atisbo de herejía en ello.

—El impresor al que acabamos de interrogar ha negado que sea él quien ha impreso este libro —el juez señaló el ejemplar sobre la mesa—, pero sospechamos que se hizo en su imprenta y que vos sois el culpable de escribir, imprimir y difundir este libro, que contiene afirmaciones heréticas intolerables.

—No tengo nada que ver en este asunto.

—Algunos testigos os han visto alguna vez con Guillermo Guérout, el maestro impresor que ha huido de la ciudad. Creemos que ha escapado porque fue él quien se encargó de imprimir este libro en la imprenta de Baltasar Arnoullet, su cuñado.

—¿Tenéis pruebas de ello?

—Existe una denuncia contra vos, y sabemos cómo conseguir esas pruebas.

—Mediante la tortura, supongo...

—La Inquisición jamás inicia un procedimiento de acusación con torturas, sino a partir del interrogatorio que genera una denuncia. Vos habéis sido denunciado y existen sobrados indicios de vuestra autoría, de modo que no confiéis en vuestra suerte, pues en unos pocos días dispondremos de esas pruebas. Entre tanto, como persona sobre la que existe una denuncia en firme, permaneceréis recluido en vuestros aposentos del palacio arzobispal, a menos que deseéis confesar la verdad y así ahorrar tiempo. Os prometo que seremos indulgentes si admitís vuestra verdadera identidad y la autoría de este libro. —El pequeño inquisidor de pelo blanco mantenía su mirada aviesa y su rictus cínico. En el contorno de sus ojillos minúsculos, casi desprovistos de pestañas, se podía atisbar la maldad que anidaba en su miserable corazón.

—¿Quién me ha denunciado?

—Un buen cristiano. La orden de que os trajeran ante la Inquisición la ha dictado directamente don Mateo Ory; él ha sido quien ha ordenado que se reuniera este tribunal para iniciar las pesquisas contra vos.

—¡Vaya!, el mismísimo inquisidor general de Francia en persona.

—Así es. El vuestro se ha considerado un caso importante dado el peligroso ataque que el contenido de este libro supone para la Iglesia.

—En ese caso deberíais emplear vuestro tiempo en buscar al verdadero autor de esa obra y no perderlo con inocentes.

—Eso ya lo veremos.

Acabado el interrogatorio, Servet fue puesto en libertad, aunque bajo la sospecha de practicar la herejía. Se libró de ser arrojado a prisión en un calabozo del convento de dominicos gracias a que era el médico personal del arzobispo Pedro Palmier y que incluso vivía en el palacio arzobispal.

Pedro Palmier, arzobispo de Vienne, conde del Delfinado y primado de la Galia, había sido alumno de Servet en el curso de astrología que éste impartió en París en 1537, y conocía por tanto la verdadera personalidad de su protegido. El arzobispo había estado fuera de Vienne en las últimas semanas y, cuando regresó a la ciudad a finales de marzo, se encontró con que el tribunal ya había comenzado el proceso contra Miguel Servet, de manera que no pudo intervenir para detenerlo pues, una vez iniciado, había que resolverlo.

A pesar de que era amigo personal de Servet, el arzobispo no tuvo más remedio que ordenar a Luis Arzellier, su vicario en la diócesis de Vienne, que escribiera una carta al lugarteniente real en el Delfinado demandando que, si los rumores que estaban corriendo sobre las prácticas heréticas de su médico eran ciertos, se impartiera justicia de manera rápida y eficaz, a la vez que manifestaba que las acusaciones contra su amigo no estaban fundamentadas en pruebas sólidas, sino en una denuncia anónima, y manifestaba su confianza en Miguel de Villanueva, su médico personal y a quien había acogido en los últimos años en su palacio.

Vienne, 4 de abril de 1553

Miguel Servet se mostraba tranquilo; hacía ya varios días que había estado preparando su defensa en el juicio que contra él se iba a celebrar en el convento de los dominicos. Contaba a su favor con la fragilidad de la acusación, con la incompetencia de los tres jueces designados al caso, con la ausencia de pruebas concretas y con la confianza que le confería ser amigo personal del poderoso arzobispo Pedro Palmier.

Mientras desayunaba una rebanada de pan tostado y queso fundido con hierbas en la habitación que ocupaba desde hacía más de cuatro años en el palacio arzobispal, un elegante edificio de piedra blanquecina ubicado junto a la catedral de San Mauricio, repasaba las respuestas que iba a dar esa misma mañana, a mediodía, a las preguntas que suponía que le iban a plantear en el tribunal de la Inquisición.

Le habían comunicado que en la cárcel había varios presos que estaban enfermos de viruela y de sarna y le habían pedido que se acercara hasta allí para visitarlos. Los

jueces habían planeado aquella excusa para atraerlo y evitar su posible fuga, como había ocurrido con el impresor Guérout, pero el médico aragonés no tenía ninguna intención de escapar, al menos por el momento. De modo que salió de palacio, atravesó la plazuela de la catedral frente a la fachada con sus dos torres mochas, y se dirigió al convento de dominicos, confiado en que no le sucedería nada y que solventaría el nuevo interrogatorio con éxito.

Los tres jueces lucían un talante serio y pretendían parecer solemnes aunque en realidad eran patéticos. Acomodados en sus sillones sobre el estrado, un destello en sus miradas le decía a Miguel que algo había cambiado desde el primer y único interrogatorio a que había sido sometido.

Y así era. Ante la ausencia de pruebas determinantes para resolver el proceso contra Servet, el inquisidor Ory había ordenado a Arney que escribiera de nuevo a su primo Trie para que éste le remitiera desde Ginebra un ejemplar de *Restitución del cristianismo* acompañado de copias de declaraciones y testimonios que dejaran patente que Miguel Servet y Miguel de Villanueva eran la misma persona y, además, el autor que firmaba con las iniciales MSV esa obra tan abominable a los ojos de la Iglesia.

La respuesta de Trie, dictada como todas las demás por Calvino, resumaba hipocresía en cada línea. En primer lugar se lamentaba de que su revelación hubiera provocado semejante revuelo, para pasar enseguida a acusar a Servet de ser un hereje inmundo y maléfico, una especie de peste de la que la humanidad debía librarse cuanto antes. Luego decía que no podía enviarle el libro en cuestión, pero le adjuntaba copia de dos docenas de cartas escritas años atrás por Miguel Servet y dirigidas a Juan Calvino, en las cuales el aragonés mostraba los mismos errores heréticos que los contenidos en el libro, e incluso con palabras y expresiones tan similares que parecían haber salido de la misma mente. Esas cartas se presentaban como la prueba concluyente de que Servet, Villanueva y el autor de *Restitución del cristianismo* eran la misma persona. Ofrecía además datos muy precisos de la estancia de Servet en París y de su verdadera personalidad.

El presidente del tribunal ordenó al secretario que leyera un párrafo de la carta remitida desde Ginebra por Guillermo de Trie, en la que acusaba a Miguel Servet, alias Miguel de Villanueva, de ser el autor de *Restitución del cristianismo*:

—«Disponemos en Ginebra de algunos de los abominables tratados escritos por Miguel Servet. Y yo os aseguro que es el autor de ese libro despreciable que supone el más terrible ataque contra Dios y contra nuestra fe en Cristo. He tenido que convencer a Juan Calvino para que me prestara las cartas a que me refiero, tras mucho insistir, pues él no deseaba participar en este asunto, y si al fin ha accedido ha sido porque el reformador quiere que todos los herejes sean perseguidos por la justicia, en el lugar que sea, ya que es imposible convencerlos y corregirlos de su

error. En esas cartas, cuya copia os adjunto convenientemente certificada por un notario de Ginebra y que Servet dirigió a Juan Calvino hace unos años, podréis comprobar que son las mismas que aparecen al final del libro en cuestión. Con ellas ya tenéis pruebas suficientes para condenar a ese hereje llamado Miguel Servet que ahora se oculta entre vosotros bajo el nombre de Miguel de Villanueva, y que es el autor de esa obra satánica impresa en Vienne. Y quiero manifestar que mi único interés en este caso es que Dios abra los ojos de quienes atentan con tanta perfidia en contra de la obra de su creación. En Ginebra, a veintiséis de marzo de 1553.»

—Y bien, Miguel de Villanueva, o Servet, o como quiera que deseéis ser llamado, ¿qué tenéis que alegar ante este contundente testimonio? —le preguntó el dominico.

—Esas cartas no prueban nada. Sí, ahí se dice que figura en ellas la firma de Miguel Servet y que hace unos años las envió a Juan Calvino, un fiero detractor de la Iglesia romana, por cierto, pero nada presupone deducir de ellas que yo sea el autor de ese libro ni que haya sido impreso aquí en Vienne.

—Hay más. —El juez principal del tribunal indicó al secretario que leyera otra de las cartas dirigidas por Trie a su primo Arney, también dictada por el propio Calvino.

El secretario cogió esa otra carta y volvió a leer con voz impostada:

—«En una de las cartas cuyas copias os he enviado, querido primo, el propio Miguel declara su verdadero nombre, Miguel Servet, alias Revés, y pide excusas por haber tomado el apodo de Villanueva, del que dice que es el nombre de su lugar de nacimiento. Os envió también ahora el ejemplar de *Restitución del cristianismo* que he cotejado con las cartas que me ha dejado copiar Juan Calvino. Comprobaréis que Miguel Servet, alias Miguel de Villanueva, y el MSV que firma el libro son la misma persona. Y todavía hay más. Ese hereje llamado Servet se ha empeñado en alterar la paz de la Iglesia y de todos los cristianos. Hace más de veinte años ya fue expulsado de varias iglesias de Alemania y de Francia, en las que pretendía introducir sus perversas ideas, y también escribió cartas en las que arremetía contra grandes hombres e ilustres sabios como Ecolampadio, en las que escupía su rencor y vomitaba su ira. He conseguido copia de una de ellas, que encabeza así: “Serveto Hispano niega que Cristo sea hijo de Dios y consustancial con el Padre.” Y por lo que respecta al impresor del libro, he podido saber que se trata de Baltasar Arnoullet. Estoy seguro de que todavía mantienen ocultos ejemplares de esa edición en algún lugar de Vienne. En Ginebra, a treinta y uno de marzo de 1553.»

—Y ahora la prueba definitiva —intervino el juez principal—: Juan Calvino ha revelado bajo juramento ante un amigo que hace siete años vos le enviasteis un borrador de una obra que estabais escribiendo y a la que pensabais titular como... ¡*Restitución del cristianismo*! Y lo hicisteis por arrogancia y como respuesta a un libro que el propio Calvino os remitió llamado *Instituciones*.

—¿Admitís como prueba la palabra de un protestante? —demandó Servet.

—Vuestra soberbia os perdió —el inquisidor ignoró la pregunta—, pues llegasteis a escribir que «Ahí aprenderás cosas estupendas e inauditas; si quieres, yo mismo iré a Ginebra a explicártelas». A lo que Calvino os respondió que si hubierais tenido el valor de presentaros en Ginebra «no hubierais escapado con vida». Guillermo Farel, pastor en la iglesia de Neufchâtel, el amigo a quien Calvino le manifestó todo esto, lo ha testificado ante notario, y nos ha remitido esa declaración.

—Farel también es un pastor protestante —reiteró Servet.

—Ahora, este tribunal ya no alberga dudas —asentó el juez dominico canoso que parecía mascar su halitosis—: vos, Miguel de Villanueva, ciudadano de Vienne, sois en realidad Miguel Servet, natural de Villanueva en el reino de Aragón, y también sois el mismo que firma como MSV el detestable libelo titulado *Restitución del cristianismo*, obra diabólica que ha de ser perseguida por la Inquisición, condenada por herética y reducida a cenizas. Además de otras muchas blasfemias y pecados, en esas cartas negáis la inmortalidad del hombre tras la resurrección del cuerpo, asegurando que sólo vivirá en la idea de Dios, la misma doctrina herética que expresáis en vuestros escritos. Sin duda, vos sois el hereje que buscamos.

—Siempre habéis necesitado de un chivo expiatorio en el que descargar vuestras miserias: los judíos, los gitanos, los forasteros, los pelirrojos, las brujas, los zurdos, los utópicos, los pobres, los zambos, los librepensadores... Siempre estáis buscando a alguien que acarree con vuestros miedos. Yo soy un hombre inocente.

—¡Callad! —tronó el pequeño dominico de pelo blanco, faz aviesa y aliento fétido—. Rumiad vuestra herejía en vuestra celda. Y recordad que la Inquisición aplica la pena de muerte a quienes se resisten a la conciliación con la Iglesia, a los reincidentes en el error, a los que niegan la divinidad de Cristo y a los que no admiten la Trinidad.

Los inanes jueces del tribunal quedaron impresionados con el contenido de las cartas remitidas por Guillermo de Trie desde Ginebra. En su inutilidad, ni siquiera sospechaban que era Juan Calvino quien había instigado toda aquella trama y quien había dictado en persona cada una de las frases de las cartas que firmaba Guillermo de Trie.

—Esas cartas sólo dicen mentiras, y no aportan una sola prueba de cuantas falacias denuncian —adujo Servet.

El juez de pelo blanco no lo escuchó y se limitó a leer un papel que llevaba escrito; era incapaz de pronunciar un discurso coherente si no leía.

—«Este tribunal, tras consultar con el inquisidor general de Francia don Mateo Ory, con el cardenal y obispo de Sabina-Poggio Mirtito monseñor Tournon, y con el arzobispo de Vienne monseñor Pedro Palmier, y previo informe de los vicarios de los arzobispados de Lyon y de Vienne y de varios reputados teólogos, ordena el inmediato encierro en prisión de Miguel Servet, alias Miguel de Villanueva, físico de

profesión y ciudadano de Vienne, y de Baltasar Arnoullet, impresor y ciudadano de Vienne, acusados de ser, respectivamente, el autor y el editor del libelo *Restitución del cristianismo*, libro herético cuyo contenido atenta contra las sagradas enseñanzas de nuestra Santa Madre Iglesia y niega las verdades supremas reveladas por Nuestro Señor Jesucristo. Asimismo, ordena la búsqueda y captura del maestro impresor Guillermo Guérault, a quien se cree huido a Ginebra.

»"El vicebaile procederá de inmediato al traslado a la cárcel de ambos individuos y a su custodia en calabozos separados en el convento de dominicos.»

La sonrisa con la que el juez acabó la lectura de la resolución del tribunal era la de un miserable.

Vienne, 5 de abril de 1553

La puerta de gruesos tablones de madera chirrió al abrirse; instantes después la celda se iluminó con la tenue luz amarillenta de un farol.

—Levantad, don Miguel. Debéis comparecer de nuevo ante el tribunal. —El vicebaile de Vienne mantuvo el farol elevado mientras revisaba la celda donde Miguel Servet había pasado su primera noche en prisión.

—¿Qué hora es? —preguntó el aragonés un tanto confuso.

—Está amaneciendo. Vamos, señor, salid; ahí afuera tenéis una palangana con agua para asearos. Debéis presentaros en buen estado ante el tribunal. Os he traído un poco de pan, queso y un buen pedazo asado de lomo de carnero, todavía está caliente.

—Gracias, don Antonio, pero no suelo comer carne, no es buena para la salud, perjudica a la sangre.

—Nunca os agradeceré cuanto hicisteis por mi hija, señor —dijo el vicebaile De la Court.

—No tenéis nada que agradecerme. El juramento que profesé como médico me obliga a curar a los enfermos.

—Pero todos la dieron por desahuciada, y sólo vos la salvasteis. Os debo su vida.

Servet tuvo que esperar un buen rato al tribunal. Los tres jueces se habían reunido durante buena parte de la mañana con el inquisidor general de Francia y con el arzobispo de Vienne. El dominico Ory consideraba probadas las acusaciones con las declaraciones de los testigos y era partidario de un juicio rápido que desembocara en una sentencia de muerte, en tanto Palmier sostenía que las pruebas presentadas no eran suficientes como para condenar a muerte a su amigo y médico personal. Los dos dignatarios intentaron persuadir al tribunal con argumentos y presiones.

El menudo dominico de pelo blanco que presidía el tribunal, un italiano llamado Angélico, fue el primero en sentarse, y luego lo hicieron los otros dos jueces a sus

flancos.

El alto y nervudo debió de haber tenido de joven el cabello casi pelirrojo, pero ya había encanecido, estaba ligeramente rizado y presentaba unas notables entradas en las sienes; su nariz era larga y aguda, los ojillos pequeños de mirada fría, cobarde y esquiva, y el mentón prominente bajo una boca pequeña de labios lascivos; sus manos afiladas y largas eran las de un traidor; era bien conocido por su actitud sumisa y en extremo servil ante los poderosos, y su talante soberbio y cruel hacia los débiles. Se jactaba de ser un experto en teología, pero sus conocimientos eran tan escasos como inconsistentes.

El tercero de los jueces era muy bajito y obeso, de pelo tan ralo que dejaba entrever la cerosa piel del cráneo, con ojos saltones como de sapo, amplia papada grasienta y mirada acuosa y falsa; sus manos eran pequeñas y sebosas y los dedos regordetes y cortos, como salchichitas; se movía con la lentitud y el aspecto de una babosa y, a veces, sus ademanes resultaban afeminados, aunque toscos y desaliñados; quienes lo conocían resaltaban su egoísmo y su capacidad para la autoadulación, a pesar de ser un consumado inútil. Vago e indolente, solía aducir a menudo diversas enfermedades para no cumplir con sus obligaciones. El propio Servet lo había atendido en una ocasión y le había extirpado un bultito inofensivo de grasa junto a una costilla, que el dominico utilizó como excusa para permanecer varios meses sumido en la indolencia.

Ambos resultaban inanes e irrelevantes y se limitaban a escoltar al presidente como tiralevitas y lacayos, a acatar sus dictados y a lisonjearlo hasta la zalamería más servil y rastrera. Ninguno de los tres destacaba por su inteligencia o por su grandeza de espíritu, y no debían sus puestos a sus méritos y a su preparación, sino a su trágala, a su servilismo y a su codicia.

—Comienza una nueva sesión del interrogatorio a Miguel Servet, alias Miguel de Villanueva —anunció el presidente del tribunal. El canoso dominico se dirigió a su ayudante alto y delgado situado a su derecha—: Fray Carlos, podéis interrogar al reo.

Aquel tipo era un perfecto imbécil, incapaz de expresar oralmente una sola idea si no la había escrito previamente. Desplegó un folio de papel en el que había anotado las preguntas y leyó la primera:

—En vuestro libro hacéis una fervorosa loa a Cristo y le pedís que dirija vuestra mente y vuestra pluma para que os otorgue la capacidad de contar su gloria. Pero a la vez negáis la divinidad de Jesucristo. ¿No es eso herético?

—Yo no soy el autor de ese libro —Servet insistió en negar esa acusación—, pero he de deciros que creo que Cristo es el Hijo de Dios eterno, y que contiene en sí la potencia, la sustancia y la virtud de Dios.

—¿También negáis ser Miguel Servet, el hereje a quien reclaman los tribunales de Toulouse y de París como prófugo de la justicia? —insistió el juez otrora pelirrojo.

—Mi nombre es Miguel de Villanueva, ciudadano de Vienne y médico personal de su excelencia el arzobispo Pedro Palmier.

—Mentís. Sois un hereje, un maldito servidor del Maligno, un enemigo de Cristo. —El juez más alto olvidó sus papeles y comenzó a proferir insultos contra Servet. Sin un guión que leer, farfullaba como un idiota, incapaz de enlazar dos frases coherentes seguidas.

—Cristo es la representación ideal de la palabra del Padre, que se manifestó en su forma humana. Cristo es el Verbo y la idea, y gracias a Él vemos a Dios —explicó Servet.

Aquellos tres jueces no entendían nada. Su incompetencia era patente pues los tres debían sus puestos a su sometimiento y adulación para con las jerarquías eclesiásticas, y no a su competencia y preparación, que eran muy escasas.

—¿Acaso sois teólogo? —le preguntó con cierta inseguridad, aspecto asustadizo y voz aflautada el juez obeso y bajito, con cara de pez y afeminados ademanes nerviosos, que había permanecido callado hasta entonces.

—Como buen cristiano, me interesa la teología. Dios es inabarcable e inimaginable para la mente humana, pero podemos comprender su grandeza gracias a la sustancia y a la esencia universal que lo impregna todo. Dios es la luz que alumbra el mundo y su hálito vital está en el aire que penetra por los pulmones hasta el alma y el espíritu, como la del sol calienta y fertiliza la tierra.

Los tres jueces se miraron sorprendidos y ninguno supo reaccionar. Dada su incapacidad y su incompetencia, si no leían lo que decían, estaban perdidos, y carecían de respuesta escrita alguna para contrarrestar aquella reacción de Servet.

—Esto es todo por hoy. Mañana continuará el interrogatorio a la misma hora.

El presidente del tribunal dio por concluida la sesión.

El notario y el escribano que actuaba como secretario del tribunal se cruzaron una mirada cómplice; aquellos tres jueces no eran rivales para Servet.

Vienne, 6 de abril de 1553

—Miguel de Villanueva es un hombre honrado y muy querido en esta ciudad. Durante dos años ha ejercido el cargo de prior de la cofradía de San Lucas, a la que están asociados los médicos de Vienne. Sus colegas lo admiran y todos aseguran que ha realizado un buen trabajo. Su dedicación a los pobres está conforme a la doctrina y las enseñanzas de Cristo. Este hombre es inocente de cuanto se le acusa. —El arzobispo Pedro Palmier intentaba influir en los jueces del tribunal a los que había invitado a desayunar en su palacio, recién remodelado, junto a la catedral.

—No lo estimamos así, eminencia —se limitó a comentar el presidente del

tribunal—. Las pruebas y las informaciones que nos han remitido desde Ginebra son contundentes; ese hombre nos ha engañado a todos, a vos incluido, pero gracias a Dios hemos logrado desenmascararlo.

El pequeño dominico de pelo blanco comía con fruición y avaricia unas costillas de cordero al estragón, unas patatas asadas (ese tubérculo traído del Nuevo Mundo y que comenzaba a cultivarse en algunas zonas de Europa) y un pan blanco recién horneado. Los otros dos jueces ni siquiera procuraban ocultar su gula; el más alto se relamía de gusto ante una succulenta comida gratis, con sus ojillos lascivos entrecerrados cuando mordisqueaba con sus dientes afilados como de rata un pedazo de carne, mientras el bajito y obeso engullía un bocado tras otro sin apenas masticarlos con sus dientes pequeños y sucios, entornando sus ojos saltones, en tanto un hilillo de aceite le recorría la abundante papada.

—Si condenáis a don Miguel, cometeréis un terrible error. Por el bien de todos nosotros, os propongo que lo absolváis. Me he molestado en preparar este escrito en el que el acusado queda libre. Leedlo.

El arzobispo le entregó un pliego de papel al dominico canoso que, tras ojearlo, lo ofreció al gordito de cara de pez y ojos de rana, indicándole que lo leyera en voz alta.

—«Nosotros, fray Angélico de Siena, fray Carlos de la Línea y fray Carmelo de Gracia, de la Orden de Predicadores, jueces del tribunal de la Santa Inquisición en Vienne, con autorización de la Santa Iglesia de Roma, declaramos que tú, Miguel de Villanueva, vecino de Vienne, médico de la cofradía de San Lucas de dicha ciudad, has sido acusado de prácticas heréticas y de ser autor del libro *Restitución del cristianismo*; nosotros, los jueces de este tribunal, hemos indagado acerca de estas acusaciones de las que has sido objeto, y hemos escuchado tus alegaciones, te hemos concedido un defensor y hemos realizado cuanto conviene con arreglo a las disposiciones canónicas para estos casos. Visto y examinado todo esto, y solicitada la opinión de teólogos y jurisconsultos, y asentados en nuestro tribunal conforme a la función de jueces que nos ha sido encomendada por la Santa Madre Iglesia, con nuestra mirada puesta en Dios y sólo en el interés de obtener la verdad, y sobre los santos Evangelios que tenemos delante para que nuestro juicio emane del rostro de Dios y que nuestros ojos vean la verdad, pronunciamos sentencia y establecemos que no hemos hallado en cuanto hemos visto y oído en esta causa nada que se haya probado legítimamente sobre dichas acusaciones de herejía de las que había sido acusado el dicho Miguel de Villanueva, por lo cual, invocando el nombre de Cristo, pronunciamos, declaramos y resolutoriamente definimos que no hay y que no ha habido nada contra ti que pueda dar pie a tenerte por hereje ni por sospechoso de herejía, y por tal motivo te liberamos mediante esta sentencia del juicio inquisitorial.»

Una vez leído el escrito redactado por el arzobispo, el inquisidor gordito, un tonto de remate y redomado egoísta, dejó el pliego encima de la mesa y continuó comiendo

con fruición.

—Sólo tenéis que firmar la sentencia tal cual ahí está redactada y todos nos libraremos de problemas —dijo el arzobispo intentando disimular el desagrado que le provocaba el olor a orines que emanaba el cuerpo del dominico gordito.

—Siento contravenir vuestra opinión, eminencia, pero la Inquisición no puede permitir que este tipo de libros circulen por la cristiandad, pues minan nuestra fe y son alimento espiritual para herejes y protestantes. La llamada Reforma se extiende por media Europa y amenaza con manchar a la otra media. Nosotros somos los garantes de la fe, del dogma, de la verdad evangélica y de la interpretación correcta de la palabra de Dios y de sus Sagradas Escrituras. Creemos que el acusado Miguel de Villanueva es culpable de herejía y que debe caer sobre él un castigo ejemplarizante —asentó el dominico canoso sin perder bocado.

—Nadie duda de vuestra lealtad a la Iglesia, pero en este caso debéis tener en cuenta la ausencia de pruebas contundentes para condenar a mi médico. Toda la acusación contra él se basa en meras suposiciones y en unas cartas enviadas desde Ginebra por un individuo que huyó a esa ciudad al ser acusado de fraude y engaño por las autoridades, y que, además, se manifiesta afecto a los protestantes, tal cual puede colegirse de otras cartas enviadas a su primo en Lyon —insistió el arzobispo.

Monseñor Palmier era un hombre alto y robusto, de voz rotunda y verbo convincente. Se expresaba con serenidad y manifestaba una enorme seguridad en sí mismo. Amigo de la buena vida, le gustaba comer y beber bien; era conocido en toda la ciudad que en su mesa se servían los más sabrosos manjares de la región del Delfinado, regados con los más refinados caldos del valle del Rin, de Borgoña y de Champaña.

—En el libro *Restitución del cristianismo*, el acusado se pone del lado de los anabaptistas cuando acusa de los peores delitos posibles al papa y a la Iglesia. Afirma que el reino de Dios que los católicos defendemos es en realidad el dominio del Anticristo, llama al papa «bestia de las bestias», «diablo» y «Satanás», a la Iglesia la califica como «meretriz imprudente», «dragón gigante» y «serpiente antigua». Dice que ya se han cumplido más de mil dociientos años desde que triunfó la soberanía de la bestia babilónica sobre el mundo, en referencia al decreto del emperador Constantino por el que la Iglesia comenzó su reinado en la tierra, y tilda de apóstatas a los verdaderos cristianos —dijo el dominico, a quien el inquisidor general Mateo Ory había instruido convenientemente, mientras los dos inanes acólitos asentían cabeceando como cabestros.

—Pero no olvidéis que ese tal Servet, sea quien sea, ha criticado a los protestantes y ha acusado de fanatismo a los principales autores de la Reforma, como Lutero o Calvino.

—Obraremos en conciencia, monseñor, pero recordad que si la Iglesia no es

infalible, nadie es infalible; salvo el papa cuando habla en nombre de Dios, claro —se limitó a replicar el dominico canoso mientras los otros dos jueces comían con avaricia y se limitaban a ratificar con gestos sumisos lo que mascullaba el del cabello albo con su torpe verbo y su endeble bagaje intelectual.

Acabado el desayuno, los tres jueces inquisidores se dirigieron de nuevo al convento de dominicos, donde esa misma mañana celebrarían un nuevo interrogatorio a Servet. El arzobispo se adelantó, se presentó en la celda que ocupaba el aragonés y ordenó a los carceleros que lo dejaran pasar. Ante la figura imponente de Palmier ninguno de ellos se atrevió a plantear la menor objeción.

La celda era oscura y carente de ventilación; olía a podredumbre y a rancio. Palmier atravesó la puerta empuñando una linterna y, en cuanto reconoció a Servet, le indicó al guardia que lo acompañaba que los dejara solos.

—Monseñor, es grato ver un rostro agradable en esta prisión.

—¿Cómo os encontráis?

—Confuso —respondió Servet.

—Iré directo al asunto; disponemos de poco tiempo. Cuando os acogí en Vienne supuse que jamás os descubrirían.

—Eminencia, yo...

—Yo os aprecio, Miguel, y deseo que recuperéis pronto la libertad, pero debéis comprender que vuestra situación es muy complicada.

Servet inspiró el aire viciado de la celda e hinchó sus pulmones.

—Sí, así es, pero...

—He intentado abogar en vuestro favor, pero esos tres jueces ya han decidido condenaros, sin atender a pruebas ni a razones. Son tres incapaces que sin duda cumplen órdenes del cardenal Tournon y del inquisidor Ory; imagino que ese ambicioso prelado les ha prometido un ascenso si logran vuestra condena, quizá una cátedra de teología o una canonjía donde seguir demostrando su incompetencia. En sus aspiraciones a ocupar el trono papal, el cardenal Tournon pretende acumular méritos condenando a cuantos acusados queden a su alcance, sean culpables o no. En eso compite con el cardenal Caraffa, el otro gran aspirante al papado. Pese a vuestra manifiesta probidad, sería capaz de acusaros de proxeneta, adúltero, violador o sodomita si ello contribuyera a alcanzar sus propósitos. Además, alguien os ha delatado y ha entregado datos precisos y algunas pruebas al tribunal; quien os ha traicionado desea para vos todo el mal.

—Creo que ha sido Juan Calvino, que ha sabido manipular a esos tres zoquetes desde la distancia —asentó Servet, que vio claro lo que había sucedido.

—¿Estáis seguro?

—Completamente. Calvino y yo nos enfrentamos hace tiempo en París; ocurrió

un par de años antes de que vos os encontrarais allí como estudiante. Años después nos cruzamos varias cartas; sé que le sentaron muy mal mis comentarios sobre una de sus obras y que su enfado fue tal que amenazó con ejecutarme si alguna vez yo caía en sus manos.

—Calvino es un protestante, ¿por qué tendría que enemistarse de esa manera con vos?

—Por despecho. El reformador de Ginebra es un hombre altanero que no admite réplica alguna a sus ideas. Se cree iluminado por Dios y no soporta que nadie lo contraríe.

—En estos tiempos hay mucha gente así, creedme, Miguel.

—Pero Calvino se considera portador de una especie de gracia divina, de un poder emanado directamente de Dios, como si el Creador lo hubiera designado para llevar adelante Su nuevo plan para cambiar el mundo.

—Dejemos eso ahora. Os conozco bien, e imagino que, en efecto, vos sois el autor de ese libro... *Restitución del cristianismo*.

—Sí, lo soy —aceptó Servet.

—No lo he leído, pero, a lo que parece, se trata de una obra que contiene graves desvíos doctrinales y que, entre otras cosas, comenta las setenta señales que aparecerán cuando se anuncie el reino del Anticristo, a quien identificáis con el papa.

—También incluí una apología contra el reformador Melanchthon y las razones para denunciar los errores de los seguidores de Lutero y del propio Calvino.

—¿Y qué decís de ellos en esa obra?

—Los trato de agnósticos por negar el poder de las buenas obras y resalto la contradicción en la que incurren cuando amenazan con la muerte en este mundo y la condena eterna en el otro a los que no sigan sus doctrinas. Ellos, que han acusado al papa de ser el Anticristo, a Roma de la nueva Babilonia y a la Iglesia católica de estar corrompida, actúan de la misma manera.

—Lutero era un piadoso monje agustino, pero se ganó la excomunión de la Iglesia porque sólo admitía el bautismo y la eucaristía como sacramentos, y rechazaba todos los demás. Y fue condenado como hereje por aseverar que en la eucaristía hay consustanciación, y no transustanciación.

—Lutero era un pobre iluso, aunque creía en el valor de la rebeldía y de la libertad del individuo frente a la autoridad monolítica de la Iglesia; pero Calvino es un ignorante engolado.

—Vaya, con semejante opinión no me extraña que Calvino desee vuestra condena. Y este tribunal de incompetentes también la busca; en eso sí están de acuerdo.

—No pueden condenarme por la inconcreta denuncia de un protestante.

—Claro que pueden, y lo harán sin dudarlo. Lo que no admiten es que un

protestante como Calvino les imparta lecciones de ortodoxia. El cristianismo se ha dividido, y Roma no puede consentir que se sigan produciendo nuevas fracturas. Primero fue Lutero con sus noventa y cinco tesis de Wittenberg, luego Calvino y su obsesión anticatólica, hace dos años el inglés Thomas Cranmer y sus cuarenta y dos artículos de religión, la base doctrinal de la nueva Iglesia anglicana que fundó el lascivo Enrique VIII, y ahora vos negando la Trinidad y la eternidad divina de Cristo. El papa quiere impedir que el poder de la Iglesia de Roma se siga desmoronando. Estáis irremediabilmente condenado, Miguel.

—No quiero morir. —Servet comenzó a preocuparse, ahora sí, por su destino. Por primera vez desde que fuera reclamado por el tribunal empezó a sentirse inseguro y temeroso.

—Eso no ocurrirá de momento, al menos si yo lo puedo impedir. Claro que también podríais haber sido más cauto y no haber escrito ese libro, y mucho menos incluir en él los comentarios a las cartas que cruzasteis con Calvino. Aquí erais un hombre reconocido y admirado como médico. Si no hubierais escrito ese libro... ¿Acaso os aburría el ejercicio de la medicina?

—No, monseñor. La medicina sigue siendo la gran pasión de mi vida. Cuando era más joven me atrajeron la filosofía, la teología y la astronomía, pero desde que estudié medicina en París con Sinforiano Champier y Hans Günther, y luego en Montpellier, donde me doctoré, no he dejado de ejercer este oficio. Esos maestros me enseñaron que además de curar el cuerpo y sanar las enfermedades hay que ser médico de almas. Champier me animó a completar los estudios de medicina y a su lado aprendí los secretos de la ciencia hermética. Lo sabéis bien, pues vos fuisteis mi alumno en las clases de astronomía judiciaria y astrología hermética en París. También me enseñó los libros de Galeno; y yo los ayudé a ambos en la edición de sus propias obras. Gracias a su magisterio y a sus ideas sobre los tres espíritus pude descubrir la circulación de la sangre, tal cual describo en mi obra *Restitución del cristianismo*. ¿Sabíais que siendo todavía muy joven Champier estudió filosofía con Savonarola?

—¿El clérigo demente que fue quemado en la plaza de Florencia por hereje? —preguntó el arzobispo.

—El mismo.

—Creo que Savonarola era un hombre virulento y ardiente, además de un loco de remate.

—En efecto, pero, según me comentó Champier, también destacó como defensor del ser humano.

—Su bonhomía no lo libró de la hoguera.

—Para convertirme en un buen médico —continuó Servet dejando de lado el tema de Savonarola—, yo necesitaba conocer por completo al hombre, tanto su

cuerpo como su alma. Por eso seguí las lecciones de los más afamados maestros en medicina y practiqué disecciones de cadáveres como ayudante de Hans Günther, a cuyas clases en París asistí con mi amigo Andrés Vesalio. Dirigidos por Günther, en París examinamos decenas de cuerpos de criminales ejecutados, que nos entregaban las autoridades, en los que aprendimos cómo son las entrañas de los hombres.

—¿Diseccionasteis cadáveres de humanos? —preguntó el arzobispo.

—En más de una ocasión abrí un corazón para ver su interior, y estudié su forma, sus cavidades, las venas y músculos que lo forman; y así pude entender cómo funciona ese órgano. ¡Músculos, venas, arterias, órganos, nervios, huesos!, toda la obra de Dios al crear al hombre se mostraba ante nuestros ojos. Cada día aprendíamos algo nuevo y comprendíamos mejor al hombre y por ello a su Creador.

»Nos hicimos médicos, defensores del hombre, porque eso somos los médicos: defensores del ser humano.

—Pues en próximas ocasiones procurad defenderos a vos mismo también. Y escuchadme ahora con toda vuestra atención. Alegando a los servicios que habéis prestado como médico y físico en Vienne, he logrado que no os torturen. En otras circunstancias el tribunal os hubiera interpelado con vuestro cuerpo colgado de una polea y los brazos atados a la espalda; os hubieran mantenido en esa posición durante una hora, antes de que os desmayarais, para volver a colgaros una y otra vez hasta que confesarais lo que el tribunal quisiera que declaraseis. He podido libraros del suplicio, pero no puedo evitar vuestra condena.

—¿Habéis hablado con los miembros del tribunal?

—Los he invitado a mi mesa, a los tres, a ese trío de imbéciles tragones y egoístas. Incluso he procurado convencerlos de vuestra inocencia y los he conminado a que firmaran una resolución dictando vuestra libre absolución, pero el inquisidor Ory y el cardenal Tournon los han presionado para que dicten sentencia de culpabilidad.

—Esos tres son lacayos rastreros y han acatado las órdenes de sus superiores sin rechistar.

—Y probablemente les hayan prometido un ascenso si os condenan a muerte, quién sabe si una canonjía o incluso un obispado. Francisco de Tournon es cardenal, ha sido arzobispo y aspira a ser papa algún día; y sabe bien que para ganarse el puesto como sucesor de Julio III debe condenar a la hoguera al mayor número posible de herejes. En la Iglesia actual, el que más hombres y mujeres envía al fuego es el que tiene mayores posibilidades de ser elegido papa.

—¿Y en cuanto a Ory?

—El inquisidor general de Francia ha hecho toda su carrera pisoteando a los más débiles, aprovechándose de sus artimañas y trampas y adulando a los más fuertes. Quiere agradar al rey de Francia y al papa a la vez, y en su ambicioso camino hacia lo

más alto contempla vuestra condena como un peldaño más. —El arzobispo se limpió los labios con un delicado pañuelo de seda y aspiró el perfume del que estaba impregnado para olvidar el mal olor de la celda—. No he podido conseguir la resolución de inocencia para vos y dudo que cuando os condenen pudiera lograr un indulto, pero sí estoy en condiciones de organizar vuestra evasión de esta cárcel, para que evitéis así la muerte.

—Los carceleros son perros fieles de los dominicos y sólo responden a su órdenes.

—Pero yo soy el arzobispo de esta jurisdicción eclesiástica. Dentro de un rato os volverán a interrogar. Mostraos sumiso, suplicad, llorad si es preciso, alegad cuanto estiméis oportuno, que os crean derrotado y entregado, responded con humildad y arrepentimiento. Si obráis de ese modo es probable que se compadezcan de vos y que bajen la guardia. En cuanto acabe la sesión os devolverán a esta celda, pero la vigilancia a que quedaréis sometido será muy relajada. El vicebaile De la Court está con nosotros, ya sabéis cuánto os aprecia don Antonio; él se encargará de facilitar vuestra huida.

—Pero ¿adónde iré?

—¿Disponéis de dinero?

—Sí; el suficiente como para vivir de él diez años, o incluso más.

—En ese caso decidle a vuestro criado que lo recoja y que os lo traiga esta misma noche, y que os espere junto al puente sobre el Ródano, al lado de la cruz de piedra; ordenadle que os aguarde allí con una montura.

—¿Y después?

—Eso es cosa vuestra. Yo no puedo hacer nada más.

—Puedo dirigirme a...

—No; no me confiéis nada sobre vuestro destino; prefiero ignorarlo.

—Gracias monseñor, gracias. —Servet inclinó la cabeza ante el arzobispo.

—Entre tanto, mi querido amigo, espero que reflexionéis y retornéis al camino de la verdadera fe, o, en caso contrario, que Dios se apiade de vuestra alma, Miguel.

—¿Por qué hacéis esto, monseñor?

—Podría deciros que por amistad hacia vos, por el ameno recuerdo de vuestras clases en París, o por haber sido mi médico personal estos años, pero tal vez en el fondo lo que me guíe sea el despecho hacia el cardenal Tournon. De ninguna manera soportaría que ese engreído fuera elegido papa alguna vez; no aguanto su altivez y su impostura. Si algún día, Dios no lo permita, alcanzara la cátedra de San Pedro, la Iglesia tendría a su frente al más perverso de sus prelados.

El carcelero regresó a la celda.

—Lamento interrumpiros, monseñor, pero los jueces reclaman la inmediata presencia del reo ante el tribunal —anunció el guardia.

—No olvidéis cuanto os he dicho, y quedad con Dios.

—Que Él os guíe, eminencia.

Los dos amigos se miraron por un instante y se mantuvieron alejados un par de pasos, pero al fin Palmier dio dos pasos hacia delante y le ofreció un abrazo a su amigo. Los dos se estrecharon con fuerza antes de que, al separarse, el arzobispo le diera su bendición a Servet.

Los jueces inquisidores formaban un trío detestable. El viejo canoso perfilaba en sus labios una media sonrisa falsa y cínica, como de chacal; el alto y otrora pelirrojo, la edad le había tornado el color del ya escaso cabello a un gris ceniza, miraba desde sus ojillos a Servet con la envidia del mediocre; y el orondo bajito respiraba con dificultad mientras sus ojos de sapo no dejaban de parpadear y su boca de pez se abría a bocanadas una y otra vez para tomar un poco de aire.

—Miguel Servet, alias Miguel de Villanueva, comparecéis de nuevo ante este tribunal acusado de practicar la herejía de manera contumaz. Tenéis algo nuevo que alegar antes de que se dicte sentencia.

—Sí. Mi nombre es Miguel de Villanueva, y reconozco ser autor de un tratado de medicina y de una edición comentada de la obra del sabio griego Ptolomeo. Pero niego ser Miguel Servet; sólo utilicé ese nombre.

—¿Qué queréis decir?

Miguel Servet se mostró abatido y forzó sus ojos para que brotaran algunas lágrimas, como le había recomendado el arzobispo.

—Jamás pretendí hacer nada contrario a la Iglesia de Cristo ni a la religión cristiana. Admito ser el autor de esas cartas a Calvino, pero lo hice como un mero ejercicio retórico. Quise demostrar los errores de ese protestante, enemigo de la verdadera Iglesia de Dios, y utilicé el nombre de Miguel Servet, un escritor al que conocía por alguno de sus libros. Sí, tomé su nombre pero lo hice para defender a la Iglesia ante uno de sus mayores enemigos: el protestante Juan Calvino —mintió Servet.

—¿Sois oriundo del reino de Aragón, en los dominios del emperador don Carlos?

—No. Soy parisino. Mi nombre es Miguel de Villanueva. El hereje es ese tal Servet del que tomé el nombre, aunque ignoro de qué reino procedía. Tal vez ya esté muerto.

—Vuestras respuestas son tan inconsistentes como vuestra fe. Ya hemos escuchado bastante. Dice el *Manual de inquisidores* —el juez señaló un libro que había sobre su mesa, obra del dominico catalán Nicolás Eimeric, escrito en el siglo XIV e impreso por primera vez hacía cincuenta años; era el que todos los inquisidores utilizaban como guía en los interrogatorios— que el acusado debe ser interrogado por

el tribunal en presencia de dos testigos; el notario y el escribano lo son. Y también indica que los reos de la Inquisición deben vestir un hábito marcado con una cruz, como símbolo de su infamia. Guardias, hacedle llegar al acusado la ropa propia de los presos.

Uno de los dos guardias que custodiaban a Servet cogió un hábito gris de encima de una silla y se lo entregó al aragonés.

—Éste es el hábito de los culpables, y yo no he sido condenado —alegó Servet.

—Os habéis opuesto al dogma de la Trinidad, a las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, a la palabra de Cristo y a las resoluciones de los santos concilios; habéis creado una doctrina falsa y demoníaca, no aceptáis los sacramentos y renegáis de la verdadera fe. ¡Qué otra locura necesitáis perpetrar para ser declarado culpable! —alegó el presidente del tribunal.

En ese momento, Servet se dio cuenta al fin de que la decisión de culpabilidad ya estaba tomada y que le esperaba la muerte en la hoguera. Y entonces cambió de actitud.

—Me arrepiento de cuantos pecados haya podido cometer y os pido clemencia, señores, clemencia para este pobre cristiano —suplicó Servet entre fingidos sollozos tal cual le había aconsejado su amigo el arzobispo.

—Entendemos que ésa es una declaración de autoinculpación. Dado el caso y vuestra voluntad de arrepentimiento, evitaremos que seáis sometido a torturas. Durante los siguientes seis meses vuestro nombre será leído los domingos y fiestas de guardar en una ceremonia pública en la escalera de la catedral de esta ciudad, para vuestro escarnio y para que sirva como ejemplo de la justicia divina ante los herejes.

»Poneos esa ropa y retiraos a vuestra celda. Mañana este tribunal dictará sentencia, que resultará de inmediata ejecución.

A primera hora de la tarde don Antonio de la Court se presentó en la cárcel acompañado por el criado de Servet y por unos guardias. Con la excusa de que eran necesarias algunas reparaciones en los cerrojos hizo salir al médico a un pequeño jardín. El vicebaile lo cogió por el brazo y los dos hombres se alejaron de los guardias.

—Escuchadme bien. Hemos preparado vuestra huida para esta misma noche. El arzobispo me ha comunicado que mañana os declararán culpable de herejía, y eso significa la condena a muerte en la hoguera. No tenemos tiempo que perder. Vuestro criado os ha traído todo vuestro dinero; lo necesitaréis. Quedad con él y que os aguarde, mediada la madrugada, junto al puente al lado de la cruz de piedra, como ya os indicó el señor arzobispo.

—Pero ¿cómo saldré de aquí?

—Recordad cada una de mis palabras y seguidlas sin vacilar: esta madrugada

llamaréis al carcelero; él os abrirá la puerta de la celda; entregadle por ello unas monedas. Después salid a este jardín y dirigíos a aquella baranda. —El vicebaile señaló una barandilla de piedra al fondo, junto a un árbol—. Al otro lado encontraréis una terraza y una escalera; bajad por ella hasta un patio. Sólo tiene una puerta, que esta noche permanecerá abierta. Salid por ella a la calle y acudid presto al encuentro con vuestro criado junto al puente.

—¿Y los guardias?

—No os preocupéis por ellos; esta noche no habrá guardias en vuestra prisión. Y si vierais a alguno en el transcurso de vuestra fuga, sabed que será para velar por vuestra seguridad.

—Os jugáis mucho por mí.

—Ya os dije que mi hija, a la que vos salvasteis de la muerte, es lo más valioso de cuanto tengo; y os debo que siga con vida.

—¿Qué les ocurrirá a don Baltasar Arnoullet y al resto de los impresores?

—Contra ellos no existen pruebas de que supieran lo que estaban haciendo. La imprenta clandestina no ha aparecido y nadie puede demostrar que ellos estuvieran al tanto de lo que se estaba imprimiendo, pues ninguno de los cuatro sabe latín. El arzobispo se encargará de que nada grave les suceda. Toda la culpa recaerá sobre Guillermo Guérault, pero ya ha huido y se dice que se encuentra refugiado en Ginebra, de modo que nada pueden hacer contra él.

El vicebaile hizo una señal al criado de Servet para que se acercara.

—Sois un buen hombre.

—Sólo pretendo devolveros una parte de lo mucho que os debo.

El vicebaile estrechó con fuerza la mano de Servet.

—Nunca olvidaré vuestra generosidad, don Antonio.

—Os deseo mucha suerte, don Miguel; y, por vuestro bien, espero no volver a veros nunca más.

El vicebaile se alejó unos pasos y el médico quedó a solas con su criado, el joven Benito Perrin.

—Os he traído todo el dinero que había en casa, señor, esta cadena de oro y estos seis anillos —le dijo Benito a la vez que le entregaba una bolsa con monedas.

—Necesitamos mucho más. Acude de inmediato al monasterio de San Pablo y pregunta por el prior de mi parte; cuando te reciba, muéstrale este anillo que ahora te entrego. Dile que necesito las trescientas coronas de oro que allí tengo depositadas y cita el nombre de San Andrés. Entrégale veinte de ellas para el culto del monasterio y guarda el resto. Coge dos mulas, una bolsa con algo de comida y el dinero, y acude esta noche, mediada la madrugada, al puente sobre el Ródano, junto a la cruz de piedra; y espérame allí. Nos vamos lejos.

—Así lo haré, señor.

—Mi vida está en tus manos, y en ellas deposito toda mi confianza.

—No os fallaré —asentó Benito.

Vienne, 7 de abril de 1553

A pesar del cansancio acumulado por los días de intensos interrogatorios, Servet se mantuvo despierto toda la noche. Tras la oración de maitines, antes de amanecer, aguardó paciente a que el silencio fuera total en el convento de dominicos y llamó con voz apagada al carcelero. Transcurridos unos instantes, que le parecieron eternos, oyó cómo se desplazaba el cerrojo de la puerta de su celda y el chirrido de las bisagras al abrirse.

Cogió su gorra de terciopelo negro y salió de la celda. Aquella estancia estaba tenuemente iluminada por un candil alimentado con sebo y grasa de vaca.

—Tomad. Estas ropas son para vos; no podéis salir a la calle vestido de penitencial.

Servet se despojó del hábito gris marcado con una cruz que le había impuesto vestir el juez inquisidor y se ajustó un traje propio de un burgués acomodado que le había ofrecido el carcelero; se quitó la gorra de terciopelo negro y, tras atusarse los cabellos, se caló un sombrero de fieltro de ala ancha.

—Espero que sea suficiente. —Servet le ofreció a su custodio un puñado de monedas de plata de la bolsa que la tarde anterior le había entregado su criado Benito.

El carcelero las sopesó en su mano y las guardó en un bolsillo de su chaqueta.

—Sois un hombre generoso; os deseo suerte, señor.

—Un momento: ¿qué vas a alegar para justificar mi huida? Te preguntarán por ello.

—Que me pedisteis permiso para ir al retrete y, tal cual me habían ordenado que hiciera, yo os lo concedí. Me golpeasteis en un descuido y me inmovilizasteis. —El carcelero salió a guardar a buen recaudo las monedas y regresó con una cuerda que le entregó a Servet, y se puso las manos a la espalda para que se las atara, y una tira de trapo para taponar la boca y que no pudiera gritar.

Una vez atado y silenciado el carcelero, Servet salió al jardín y lo cruzó en dirección hacia la barandilla que le había indicado el vicebaile. Cuando se disponía a saltarla se percibió de que en su mano todavía llevaba la túnica gris que vestían los reos de la Inquisición y su gorra de terciopelo. Sonrió y las depositó con cuidado al pie de un gran árbol. Luego saltó la barandilla de piedra y cayó a una pequeña terraza. Entre la oscuridad pudo percibir el arranque de una empinada escalera y bajó los escalones con todo cuidado hasta llegar al fondo de un angosto patio en una de cuyas paredes una mancha rectangular más oscura que el resto daba a entender que se

trataba de la puerta. Palpó la madera hasta encontrar la cerraja y dar con el pasador de hierro que levantó con cuidado. Tiró de él hacia dentro y la puerta se abrió sin un solo chirrido. Imaginó que alguien la había engrasado a conciencia.

Al instante se encontró en la calle. A pesar de la noche cerrada logró orientarse en medio de la oscuridad y se dirigió presuroso hacia el puente del Ródano. Las calles de Vienne estaban vacías y sólo en un par de esquinas le pareció vislumbrar sendas sombras, una de las cuales le hizo un gesto con la mano señalando que continuara adelante. Supuso que aquéllos serían los hombres del arzobispo Palmier y del vicebaile De la Court que protegían su fuga.

Una grisácea neblina, que de vez en cuando los rayos de luna que aparecían por unos instantes entre las nubes teñían de reflejos plateados, le indicó que el río se encontraba cerca.

Aceleró el paso y atravesó el puente en dirección hacia la cruz de piedra. Entre la bruma apareció su criado Benito Perrin con las dos mulas.

—Señor, me alegro mucho de veros. ¿No habéis encontrado ningún contratiempo?

—Ni el más mínimo. El arzobispo y el vicebaile han preparado mi fuga con gran cuidado. Y tú, ¿tienes el dinero?

—Aquí está, señor, doscientas ochenta coronas de oro. Le entregué veinte al prior de San Pablo, tal cual me ordenasteis. —El criado le alargó una bolsa de cuero que pesaba como un buen queso.

—Guárdala tú.

—Tomad, señor, cubríos. La noche está fría y mucho más lo estará cuando comience a amanecer. —El criado le entregó una capa de viaje fabricada con un tupido tejido de fieltro encerado.

Servet se la colocó sobre los hombros, se volvió a calar el sombrero que le habían entregado en la prisión y subió a la mula. Al hacerlo contempló a un hombre que presenciaba la escena sobre los lomos de un caballo. Enseguida supo que aquella figura recortada en la niebla era el vicebaile Antonio de la Court, quien le hizo una señal de saludo alzando el brazo antes de desaparecer entre la neblina.

—Vámonos.

—¿Adónde, señor?

—De momento lejos de Vienne, a salvo de la Inquisición, luego ya veremos.

Y los dos hombres se perdieron en la oscuridad de la noche, como dos espectros.

El inquisidor general de Francia iba y venía de lado a lado de la sala de audiencias del palacio arzobispal de Vienne hecho una furia. Lo habían despertado poco después de amanecer con la noticia de que el médico hereje, reo de la Inquisición en el convento de los dominicos, había desaparecido la noche anterior. Se había vestido a toda prisa

y se había dirigido al palacio arzobispal, donde esperaba ser recibido por monseñor Palmier.

Antes de salir hacia palacio, Mateo Ory había ordenado a la guardia de Vienne que hiciera sonar las trompetas y que revisaran las calles y las casas, e incluso los edificios ubicados en las afueras de la ciudad. El vicebaile se encargó de que los guardias a sus órdenes lo hicieran en primer lugar en la dirección contraria a la que había visto que habían tomado Servet y su criado.

—Don Mateo, ¿a qué viene este alboroto? —El arzobispo fingió con estudiada maestría su sorpresa, como si nada supiera de todo cuanto había sucedido aquella noche en la prisión del convento de los dominicos.

—Malas noticias, monseñor, el hereje Servet se ha escapado esta noche de la celda que ocupaba en el convento de dominicos —le dijo al arzobispo antes siquiera de saludarlo cuando éste apareció en la sala.

—¿Queréis desayunar conmigo? Mi cocinero ha preparado un exquisito pastel de verduras acompañado de carne estofada de ciervo con ciruelas e higos y confitura de manzana.

—Gracias monseñor, pero no tengo apetito. Ese maldito hereje se ha fugado y nos ha dejado en ridículo.

—¡Qué contratiempo! ¿Cómo ha podido ocurrir? —El arzobispo miraba a su interlocutor con un rictus entre burlón y divertido.

—Esta mañana no se encontraba en su celda. Golpeó al carcelero, lo ató con unas cuerdas, lo amordazó y luego se marchó por la puerta. Lo han buscado por todas las dependencias del convento pero sólo han encontrado su hábito gris de penitente y su gorra negra al pie de un árbol del jardín. No debimos confiarnos; debimos extremar la vigilancia y no dejarlo al cuidado de un solo carcelero.

—Según vuestra denuncia, ese hombre estaba poseído por el diablo, y como bien sabéis hay demonios súcubos que son capaces de surcar los aires. Tal vez haya escapado volando desde el jardín y ahora se encuentre a muchas millas de distancia —ironizó el arzobispo Palmier.

—No os burléis vos también de mí, monseñor. Todo el mundo en esta ciudad conoce el aprecio que vuestra eminencia sentía hacia ese médico. Vos lo trajisteis a esta ciudad y lo empleasteis a vuestro servicio. Incluso os dedicó una extensa loa en una edición del tratado de *Geografía* de Ptolomeo.

—Sí, lo recuerdo bien. Una excelente edición, por cierto.

—¿Sabéis algo de su huida que yo ignore?

—Mentir es un pecado, señor inquisidor, y un arzobispo de la Iglesia católica no debe incurrir en ello. Además, deberíais saber que la obligación de todo preso es intentar la fuga; no es la primera vez que ocurre. Al parecer no extremasteis la vigilancia lo necesario.

—Ese hombre iba a ser condenado a la hoguera hoy mismo y vos lo sabíais.

—No; en eso os equivocáis, don Mateo. No lo sabía, aunque lo imaginaba.

—¿Conocéis dónde se esconde?

—Os juro por lo más sagrado que no tengo la menor idea de su paradero: palabra de un siervo de Dios.

—Daremos con él, lo encontraremos, con vuestra ayuda o sin ella.

—¿Pretendéis insinuar que tengo algo que ver en todo esto, señor inquisidor? Que Miguel de Villanueva, o quien quiera que fuese, hubiera sido mi médico y me hubiera atendido en algunas ocasiones no significa que yo apruebe su conducta ni que comparta o siquiera justifique sus ideas. Ha habido papas que han dispuesto de médicos judíos para su servicio personal; ¿acaso los acusaríais por ello de congeniar con los hebreos y con su religión?

—No, monseñor, yo no he pretendido en ningún momento...

—En ese caso, señor inquisidor general de Francia, dejadme desayunar tranquilo y ocupaos de vuestros asuntos, que, a lo que parece, los tenéis últimamente un tanto descuidados. Y no me extraña, pues los dejáis en manos de ese trío de incompetentes cretinos a los que encargasteis este caso.

—Esto no quedará así. Buscaremos a ese hereje hasta debajo de las piedras, lo apresaremos y lo arrastraremos a la hoguera, que es donde merece acabar. Daremos con él aunque se haya refugiado entre los protestantes o entre los turcos.

—Tened cuidado con eso que decís. Hace unos años, cuando el sultán otomano Soleimán el Magnífico asedió la ciudad de Viena del Danubio, don Fernando, regente del emperador don Carlos, ofreció un pacto a los luteranos, e incluso pensó en cierto reconocimiento de su posición a cambio de ayuda militar contra los turcos. El propio Soleimán ha atacado de nuevo a la cristiandad, ahora en las tierras de Hungría que ambiciona anexionar a su imperio. Ochenta mil hombres amenazan el flanco oriental de la cristiandad; los otomanos han cruzado el Danubio y han ocupado varias ciudades; sólo ha resistido la ciudadela de Erlan. Ante semejante peligro, el emperador busca de nuevo firmar la paz e incluso alcanzar una alianza con los protestantes para reconciliar a la cristiandad y repeler juntos el avance turco. Los que ahora son enemigos de la Iglesia y del imperio, quizá se conviertan en futuros amigos. ¡Ah!, y no olvidéis que nuestro rey Francisco I fue aliado de los turcos hace algún tiempo.

El inquisidor dio media vuelta y se marchó contrariado, rumiando su desventura. La fuga de Servet significaba un grave contratiempo para sus intereses y para las aspiraciones del cardenal Tournon.

Las leyes de la Inquisición permitían despojar de todos sus bienes al reo evadido, pero cuando intentaron incautar las propiedades de Servet se encontraron con la sorpresa de que carecía de inmuebles. Todo cuanto poseía lo había convertido en

monedas de oro, que se había llevado consigo.

Capítulo III

Entre el Ródano y los Alpes, mediados de abril de 1553

Caminaron tres días, sin apenas detenerse, siempre hacia el este, durmiendo junto a sus mulas en casas abandonadas o al abrigo de algunas cuevas. Servet supuso que los inquisidores de Vienne los perseguirían aguas abajo del Ródano, de camino hacia Aragón, en las Españas, su nación de origen.

Pero el médico hereje y su criado tomaron el camino de Italia; tenía la intención de dirigirse hasta Grenoble y desde allí ascender por las laderas de los Alpes y atravesarlos por alguno de los puertos que a comienzos de mayo empezaban a quedar libres de las nieves invernales. Tal vez podrían unirse a algún grupo de mercaderes y pasar desapercibidos hasta alcanzar las tierras de Italia, lejos de los dominios de la Inquisición francesa.

—Italia es el único lugar adonde podemos ir —le confesó Servet a su criado mientras descansaban al pie de una empinada ladera, poco antes de llegar a la localidad de Briançon, donde comenzaba el último tramo del camino hacia Italia—. Sé de algunos perseguidos por la Inquisición francesa que han conseguido refugio en la ciudad y en el reino de Nápoles. Todos los que son acosados por los franceses encuentran buena acogida en esa ciudad, donde todavía se permite cierta relajación religiosa. Lo sé bien porque en Nápoles se pueden adquirir sin problemas ejemplares de uno de mis libros, *Sobre los errores de la Trinidad*, que Giorgio Filatello ha traducido al italiano.

—Pero Italia es católica; allí tampoco os dejarán en paz.

—Nápoles es una posesión del reino de las Españas y el papa Julio III acaba de librar una guerra contra el rey de Francia. Por consiguiente, los enemigos de Francia son bien recibidos por el papa y por el emperador. Y si las cosas fueran mal dadas, siempre queda la posibilidad de viajar al Nuevo Mundo. Desde Nápoles es fácil navegar hasta el sur de España, de cuyos puertos salen a menudo barcos hacia esa tierra de promisión; tal vez allí sí sea posible iniciar una nueva vida.

—¿Y si nos detienen en el camino?

—Tienes razón. Necesitamos un salvoconducto, y sé cómo lograrlo.

—¿Conocéis a alguien en esa ciudad? —preguntó el criado señalando el caserío de Briançon.

—No, pero disponemos de dinero suficiente para conseguirlo. Briançon es la última ciudad notable antes de Italia y lugar de paso de numerosos mercaderes, seguro que hay un notario con pocos escrúpulos que se dedica a falsificar pasaportes

a cambio de un buen puñado de monedas. No olvides, Benito, que el dinero abre todas las puertas.

Aguardaron pacientes bajo un saliente rocoso a que dejara de llover y arrearon a las mulas hacia la ciudad, ubicada en el cruce de dos valles, con el caserío de tejados de pizarra encaramado en la ladera de un escarpado cerro coronado por una fortaleza.

Al atravesar el angosto arco de su puerta oeste, entre dos torreones de la muralla, nadie les pidió cuentas; preguntaron por un buen albergue a un panadero que anunciaba sus productos a voz en grito, y éste les indicó que siguieran rectos por la calle Meana unos cincuenta pasos, hasta llegar a la calle Mayor, en cuyo cruce encontrarían la Oca azul, la mejor posada de la ciudad que disponía además de un establo propio.

Al salir a la calle Mayor, enseguida localizaron la taberna de la Oca azul; estaba ubicada en un notable edificio y tenía la fachada pintada de amarillo, con una gran oca dibujada en color azul encima de la puerta.

Servet entró en la posada mientras Benito se quedó afuera al cuidado de las mulas.

—Necesito cama y comida para dos personas, y una cuadra para mis dos mulas —le dijo al posadero.

—Primero decidme quién sois y luego enseñadme vuestro dinero.

—Me llamo Miguel de Normandía —Servet soltó el primer nombre que le vino a la cabeza— y soy ciudadano de París y físico de profesión. Me dirijo a Italia con mi criado para trabajar al servicio de los duques de Milán. Necesitaría, además, un salvoconducto, el que traía de París lo he perdido en el camino.

El mesonero se rascó la cabeza y observó con ironía a Servet.

—Creo que me estáis mintiendo, pero me importa un rábano quién seáis, adónde os dirigís y qué vais a hacer. Sólo quiero ver vuestro dinero.

—Tomad: una corona de oro por adelantado; creo que con eso llegará para unos días y para que mantengáis vuestra boca bien cerrada.

Los ojos del mesonero se abrieron como dos lunas llenas.

—Claro, señor, claro. ¡Rápido! —le ordenó el mesonero a uno de sus sirvientes —, sal ahí afuera y lleva las acémilas de este señor al establo. Que no les falte agua, cebada y heno. Y para vos y vuestro criado dispongo de una excelente estancia, la mejor de esta casa.

—Dejemos eso para más tarde. Ahora decidme dónde puedo encontrar a un notario que me extienda un pasaporte.

Un par de horas después Servet regresó a la posada con una flamante cédula de papel expedida por el preboste de París en la que reconocía al portador como Miguel de Normandía, ciudadano de París y miembro de la ilustre cofradía de médicos de San

Lucas de esa ciudad.

—Ya está —le confesó a su criado—. Tengo la cédula que me acredita como médico de París. Podremos pasar a Italia sin más problemas.

—Malas noticias, señor —le dijo Benito mostrando una notable excitación.

—¿Qué ocurre?

—El mozo de cuadras me ha informado de que unos oficiales de la Inquisición estuvieron aquí ayer preguntando por un reo fugado de la cárcel de la Inquisición en Vienne que tal vez viajara acompañado de un joven criado. La descripción de ese reo corresponde a la vuestra.

—Maldita sea... ¡Cómo han podido adelantarnos!

—Montaban caballos, señor, son menos seguros y resistentes pero mucho más rápidos que nuestras mulas.

—No podemos quedarnos aquí por mucho tiempo. Cenaremos caliente, dormiremos en esta posada y mañana saldremos temprano. Si nos apresuramos podemos cruzar los Alpes en dos días. Pasado mañana estaremos a salvo en Italia.

—Los inquisidores controlan el paso, señor.

—¿Todo eso te ha dicho el mozo de cuadras?

—Os aseguro que nadie dispone de más información sobre los viajeros que los que sirven en los establos.

—¿Qué podemos hacer?

—Me ha propuesto una alternativa. Lo más seguro es desandar nuestros pasos y tomar un camino hacia el norte, a algo más de media jornada de aquí. Esa ruta atraviesa un puerto llamado Galibier, que en esta época del año todavía tiene mucha nieve, pero que con esfuerzo tal vez sea transitable.

—¿Y ya estaremos en Italia?

—No, todavía no. Ese camino nos llevará a una localidad llamada San Miguel, de donde sale un camino hacia el col de Cenis; al otro lado está Italia.

—Al parecer no tenemos otra posibilidad.

—Creo que no, señor.

Cenaron una sopa de gachas con pan y queso fundido y unos huevos fritos; Servet retiró con su cuchara las dos tajadas de tocino que acompañaban a los huevos y se las ofreció a su criado, que las aceptó gustoso.

Poco antes del amanecer aparejaron sus mulas y cargaron una bolsa con dos panes, embutido de ciervo, un queso cremoso, un cuarto de costillar de cerdo ahumado, un buen pedazo de cecina de vaca y un bote lleno de cerveza. Al ver tanta carne, Servet le pidió al posadero que incluyera manzanas confitadas, un bote de miel y algunas legumbres.

—Si la administráis bien, tenéis comida suficiente para una semana —le dijo el posadero.

—Os agradezco la hospitalidad. Tomad, y compartidlo con vuestro mozo de cuadras.

Servet le entregó media docena de monedas de plata.

—Dejadlo. Con lo que me disteis ayer estoy muy bien pagado; y todavía sobra. Si alguna vez regresáis por aquí, la casa os invitará a un asado de buey y a una buena botella de borgoña. Id con Dios, quien quiera que seáis...

—Quedad con él.

Ginebra, fines de abril de 1553

Juan Calvino y Guillermo Farel, que seguía en Ginebra de visita, paseaban a orillas del lago Lemán. La mañana era agradable y luminosa y el sol comenzaba a calentar con cierta fuerza mediada la primavera.

—Echo de menos a mi esposa y a mi hijo. Ideleta era una buena mujer; murió demasiado joven —comentó Calvino al recordar a Ideleta de Bures, fallecida cuatro años atrás, y a su jovencísimo hijo, que lo hizo poco después de su madre. Cuando se casó con Calvino, Ideleta era viuda de un anabaptista convertido al calvinismo.

—Tenéis cuarenta y cuatro años, todavía podéis tomar una nueva esposa.

—No, estimado Guillermo, no. Dios lo ha querido así. Él ha decidido que ahora mi vida debe consagrarse en exclusiva a la defensa de la verdadera fe. Dios me ha elegido para ello y no puedo decepcionarlo. Si tomara una nueva esposa, debería prestarle parte de mi atención, como ordenan las Sagradas Escrituras, y eso detraería mucho tiempo del que debo dedicar a mis estudios, a mi misión y a mis lecturas.

»Además, nuestras ideas están ganando terreno en todas partes. Cada vez tenemos más partidarios en los Países Bajos, pues los mejores predicadores de Brabante se forman aquí, en Ginebra, en nuestro colegio. Muerto Enrique VIII, su débil hijo Eduardo VI ha continuado la segregación con Roma; incluso Catalina Parr, la sexta esposa de Enrique, fue fiel a nuestra doctrina hasta su muerte. Y hace cuatro años que la ciudad de Zúrich, gracias al recordado Zwinglio, que murió luchando por la Reforma, se ha unido a nosotros merced a su pastor Bullinger.

Los calvinistas habían firmado un acuerdo, conocido como el *Consensus Tigurinus*, mediante el cual la ciudad de Zúrich se comprometía a seguir las normas dictadas por la Iglesia reformada de Juan Calvino.

—La Reforma, impulsada por vos, triunfará en todo el orbe cristiano. El sacrificio de Zwinglio no será en vano.

—Dios lo quiera, pero para ello deberemos acabar con todos los herejes que cuestionan los fundamentos de nuestra fe. Y hay uno que debe ser el primero en caer.

—¿Os referís a Servet? —le preguntó Farel.

—Ese ser diabólico... Ha logrado escapar de la cárcel de la Inquisición en Vienne y todavía, que yo sepa, no han conseguido detenerlo.

—Los muy inútiles...

—No es tan fácil. Servet es un verdadero especialista en burlar a la justicia. Ya lo hizo hace unos años en Toulouse y en París, y ahora también lo ha conseguido en Vienne.

—Acabarán atrapándolo. No tiene adónde ir.

—Por lo que sé, los espías de la Inquisición francesa están desplegados por todos los caminos a cien millas alrededor de Vienne, y controlan los pasos hacia Italia y los embarcaderos del Ródano —explicó Calvino.

—En ese caso, tarde o temprano caerá en sus redes.

—No lo creo, al menos mientras tenga el apoyo del arzobispo de Vienne. Estoy convencido de que algunos soldados, si lo ven, harán la vista gorda.

—¿A qué se debe ese apoyo? —preguntó Farel.

—Monseñor Palmier fue alumno de Servet en París, donde asistió a sus clases de geografía, astronomía y astrología en el colegio de los Lombardos; allí se hicieron muy amigos. Cuando Palmier se convirtió en arzobispo de Vienne, llamó a su lado a Servet para ofrecerle refugio y para que le sirviera como su médico personal. Todos estos años ha permanecido allí, oculto bajo el alias de Miguel de Villanueva, protegido por el arzobispo, y creo que lo sigue estando. Sólo así se entiende la manera en que ha logrado escapar de la prisión y cómo ha eludido una muerte cierta. Si no se hubiera fugado, el tribunal de la Inquisición de Vienne lo hubiera considerado culpable de herejía y hubiera sido ejecutado de inmediato.

En una aldea de los Alpes, mediados de mayo de 1553

A pesar de que lo intentaron, el paso del Galibier resultó por el momento infranqueable. Servet y su criado tuvieron que desistir ante la gran cantidad de nieve acumulada en aquel puerto y descendieron el camino andando hasta una pequeña aldea.

Unos granjeros aceptaron cederles una habitación con unos sacos de paja limpia para dormir y comida a cambio de unas monedas en tanto el paso se mantuviera bloqueado por la nieve, lo que algunos años solía ocurrir hasta bien entrado el verano.

Conforme transcurrían las semanas, las jornadas se hacían cada vez más largas y la monotonía y la rutina se adueñaron de la vida de Servet, que pasaba los días aguardando a que la nieve acumulada en el Galibier disminuyera y le permitiera atravesar aquel puerto.

Tras la cena, Servet solía sentarse en un poyo a la puerta de la casa de los

granjeros y contemplaba el cielo estrellado, buscando en el firmamento las respuestas a las preguntas que se seguía haciendo. En el silencio de la noche solía observar las estrellas y recordaba las enseñanzas de Copérnico, el hombre sin dios, el primero que cambió la manera de entender el universo, el científico que desencadenó el estallido de la vieja tensión entre la razón y la fe.

En algunas ocasiones lo acompañaba su criado Benito, que escuchaba atento los relatos de la vida de su señor, una existencia repleta de experiencias asombrosas.

—Nací en una pequeña aldea de Aragón; se llama Villanueva y está ubicada en el centro de una estepa, casi un desierto. Aquella tierra es llana y amarilla, el sol y el viento la azotan sin piedad y apenas llueve media docena de días a lo largo del año —comentó el médico.

—¿La echáis de menos? Todo el mundo quiere volver alguna vez a su tierra natal —dijo el criado.

—A veces sí. En algunas ocasiones rememoro sus campos de cereales, tan ralos que apenas producen pan para sus vecinos, sus páramos reseco azotados por el viento de poniente y sus cálidos atardeceres rojos estivales, sin duda el momento más plácido del día. Pero sobre todo echo en falta a mis padres. ¿Sabes, Benito?, mi padre, Antón Serveto, era notario, heredero de una familia de infanzones, y mi madre, Catalina Conesa, pertenecía al linaje de los Zaporta, una rica e influyente familia de conversos.

—¿Conversos...? ¿Qué significa conversos?

—En el reino de Aragón se llama así a los judíos que voluntariamente abandonaron su religión y se bautizaron cristianos. Bueno, en realidad se bautizaron para evitar la expulsión de su país.

—Entonces ¿vos sois judío?

—No. Soy cristiano, como tú. Aunque algunos de mis enemigos me han acusado de ser judío tan sólo para desprestigiarme, como si haber nacido de padres de una determinada religión constituyera una mancha indeleble para cualquier hombre.

—Pero los judíos asesinaron a Nuestro Señor Jesús, por eso son malditos a los ojos de Dios.

—Ningún hombre es maldito a los ojos del Creador, no lo olvides.

—Pero no están bautizados, y rechazan los sacramentos.

—Los sacramentos son una creación humana, salvo el bautismo y la cena, que los católicos llaman eucaristía. Ningún niño que muera antes de recibir el bautismo irá al infierno, pues los pequeños no tienen percepción del mal y sin esa circunstancia no se comete pecado. Por eso nadie debería ser bautizado antes de cumplir los veinte años. El pecado se produce cuando existe el conocimiento de cometerlo, por eso los niños deberían ser educados poco a poco, pero no según las costumbres de los hombres, que han demostrado ser perversas, sino según la palabra de Dios.

—Pero los sacerdotes...

—La mayoría de los sacerdotes, obispos y cardenales se ha corrompido por el afán desmesurado de acumular riquezas. La pureza de la primitiva Iglesia de Cristo, que era la Iglesia de los pobres, resultó contaminada por el poder y el dinero cuando un emperador romano llamado Constantino la transformó en un brazo más del poder de su imperio. Desde entonces, el papado ha seguido la senda del error, Roma se ha convertido en la nueva Babilonia y el mal se ha adueñado de la Iglesia y de sus jerarquías. Ahora, el papa es el verdadero Anticristo que anunciaron los profetas, los únicos por los que Dios se reveló al hombre antes de que llegara su hijo Jesucristo. Por eso hay que acabar con esta Iglesia, restituir al cristianismo a sus orígenes puros, volver a las genuinas enseñanzas del Evangelio y rehacer las vivencias ejemplares de las primeras comunidades cristianas.

—Eso significaría que los poderosos perderían sus abundantes privilegios, y jamás lo consentirán —dijo el joven Perrin.

—Lo que dices suena a herejía; un tribunal de inquisidores podría condenarte por ello.

—Alegaría desconocimiento de la teología —repuso Benito.

—Ni siquiera eso te libraría de la hoguera. Los inquisidores sólo entienden de remedios ejemplares.

Vienne, mediados de junio de 1553

La fuga de Servet había dejado en ridículo a la Inquisición de Vienne. No obstante, Mateo Ory, el inquisidor general de Francia, ordenó a los jueces burlados que siguieran adelante con el proceso, pese a la desaparición del principal acusado.

El impresor Baltasar Arnoullet fue interrogado en varias ocasiones, pero, aconsejado por el arzobispo Palmier, negó una y otra vez conocer lo que estaba imprimiendo. Alegó que Servet encargaba cada día ocho páginas de su libro y que en cuanto eran corregidas y resultaban impresas, deshacía las planchas originales, quemaba las hojas manuscritas y se llevaba a un lugar secreto los cuadernillos impresos.

—Yo no sé latín y, aunque hubiera leído aquel texto, no hubiera podido entender lo que se estaba imprimiendo. Miguel de Villanueva me convenció cuando me dijo que aquella obra era un alegato contra la doctrina de los protestantes, y que con ella pretendía desmontar los argumentos de la Reforma —se excusaba el responsable de la imprenta.

—¿No sospechasteis nada cuando ese Villanueva, o mejor, Servet, os indicó que la impresión debía realizarse en un taller secreto y no en vuestra imprenta? —

demandaban los inquisidores.

—Yo desconocía que mi cliente era un hereje y que estaba utilizándome para difundir su doctrina; ni siquiera lo sospechaba. Hacía tiempo que ese médico vivía en Vienne; todo el mundo lo consideraba un ciudadano honorable, había sido prior de la cofradía de médicos y habitaba en unas dependencias del palacio arzobispal. Sus servicios como físico eran requeridos por los ciudadanos más notables de esta ciudad, e incluso por el propio arzobispo, de quien era médico personal. ¿Cómo podía dudar nadie de él? —Arnoullet respondía a las preguntas con seguridad—. Yo creía que las precauciones que nos hizo adoptar para imprimir su obra se debían a que los protestantes podrían causarle algún daño con agentes infiltrados si se enteraban de lo que estábamos editando, pues entendí que se trataba de un alegato contra ellos.

—A pesar de que no sepáis latín, deberíais haberos dado cuenta de lo que se estaba imprimiendo bajo vuestra dirección —le dijo uno de los jueces a Arnoullet.

—Ya os he dicho que nunca imprimíamos más de ocho páginas y, además, yo no soy teólogo; confié en la palabra y en las justificaciones de ese hombre —insistió el impresor.

—Vuestro cuñado, el maestro impresor Guillermo Guérout, sí que debía saberlo; él conoce el latín y estuvo al cargo de la edición. Hemos intentado localizarlo, pero ha desaparecido, lo que es una prueba de su culpabilidad. ¿No os dijo nada?

—Mis relaciones con mi cuñado eran bastante distantes. Sí, le pregunté alguna vez por ese trabajo pero se limitó a decirme que aquél era un libro contra los reformadores, y al tratarse de la autoría de un amigo del arzobispo, yo lo creí. Desde que mi cuñado desapareció de la ciudad hace unas semanas no he vuelto a saber nada de él.

Los tres empleados de Arnoullet que habían intervenido en la edición de la *Restitución* también se declararon inocentes de toda culpa y alegaron que ellos no comprendían el latín, y que no entendían nada de lo que estaban editando. Straton, Du Bois y Papillon declararon que se habían limitado a cumplir con su trabajo y con lo que les ordenaba el maestro Guérout, que eran buenos cristianos, que acudían a misa los domingos y que creían en la Trinidad y en los mandamientos de la Santa Madre Iglesia.

—¿Dónde imprimisteis esa obra llena de calumnias y mentiras? Desveladlo o acabaréis en manos del verdugo, que cortará las vuestras y las clavará en las puertas de la ciudad —les amenazó el juez si no confesaban.

Atemorizado ante las amenazas de que les iban a aplicar tormentos como la rueda o el potro, estirándoles con cuerdas sus miembros hasta que se descoyuntaran, Du Bois reveló el lugar donde habían instalado la imprenta clandestina, pero añadió que Servet les había dicho que era para despistar a los protestantes.

Todos sabían que los dominicos eran consumados maestros en extraer

confesiones de los reos de la Inquisición. Nadie podía mantener la boca callada cuando se le ataba a la rueda de tortura, un diabólico artefacto que estiraba los miembros de los interrogados hasta casi el desmembramiento, o cuando se aplicaban sobre la piel hierros candentes que la quemaban y dejaban en ella huellas indelebles. Habían visto en más de una ocasión a herejes ejecutados mediante el sistema de atar cada una de sus cuatro extremidades a cuatro caballos que tiraban en direcciones contrarias hasta despedazar al reo en caso de que mantuviera su boca cerrada. De vez en cuando algunos miembros de los ejecutados por la Inquisición eran colgados en lo alto de las murallas, junto a las puertas de la ciudad, donde se pudrían al sol o bajo la lluvia mientras sus despojos eran devorados por los cuervos.

Examinado el lugar donde se había instalado la imprenta secreta, los inquisidores no hallaron otra cosa que cinco paquetes cerrados y sellados que tenían cosido un pedacito de tela con el nombre del destinatario: «Pedro Merrin, librero, ciudad de Lyon.» Cuando los abrieron, comprobaron que contenían unos cuantos ejemplares de *Restitución del cristianismo*.

Arnoullet explicó que esos paquetes habían sido confeccionados por el propio Servet, a quien ayudaba su criado, un jovencito de apellido Perrin o algo parecido, con quien convivía, y que él no había tenido nada que ver en la distribución de aquellos ejemplares.

—Una vez que se acababan de imprimir los libros, Miguel de Villanueva y su joven criado los agrupaban por paquetes que envolvían en lienzos de tela y los cerraban cuidadosamente colocándoles un sello de lacre y el nombre con el destinatario. Yo no sé nada más —declaró Arnoullet.

El arzobispo Palmier y el vicebaile De la Court asistieron a varios de los interrogatorios que los inquisidores realizaron a los impresores. La sola presencia de Palmier, alto, serio, elegante, de mirada convincente y cargada de autoridad, era suficiente para amedrentar y condicionar a aquellos tres jueces cobardes e inmorales, el irónico e inane canoso, el desgarrado y cobarde pelirrojo y el afeminado gordito grasiento, incapaces de aguantar por un instante la mirada de unos ojos serenos y francos.

Cada vez que finalizaba uno de los interrogatorios, el arzobispo se acercaba a los jueces y con su voz profunda y cargada de sentido decía: «Esos hombres no han hecho otra cosa que ganar el pan para sus familias. Son inocentes.» Y los jueces callaban y agachaban sus cervices humillados ante la poderosa figura del arzobispo Palmier.

Por más que las buscaron, los inquisidores no dieron con las planchas de la edición; o habían desaparecido o, como alegaron los declarantes, se habían destruido, de manera que no fue posible encontrar pruebas materiales que acusaran a los impresores ni que contradijeran sus declaraciones ante el tribunal.

Mediado el mes de junio, Mateo Ory solicitó una entrevista con Pedro Palmier; el arzobispo accedió a recibirlo en su palacio de Vienne durante el almuerzo. La mesa arzobispal, siempre servida con las mejores viandas, estaba ocupada por una sopera de crema de puerros, ajos y queso, un asado de venado aromatizado con hierbas provenzales, salsa de arándanos y verduras, pan de cebolla, pasteles de pichón, salmón ahumado con estragón, truchas en escabeche, tarta de manzana, bollos de mantequilla, una botella de vino rojo de Borgoña, otra de blanco del Rin y una jarrita humeante con un líquido negro como ala de cuervo.

—¿Qué es esta bebida negra? ¿No pretenderéis envenenarme? —preguntó el inquisidor al arzobispo a la vista del humeante vaso que le estaban sirviendo.

—Se llama café; es muy estimulante, facilita la digestión y previene el sueño —respondió Palmier.

—Una bebida traída del Nuevo Mundo, supongo.

—No. Lo toman los turcos y se dice que proviene de las semillas de una planta que sólo crece en Arabia. Un tabernero de Viena, que había visto cómo lo preparaban en los campamentos que desplegaron los ejércitos otomanos durante el asedio a esa ciudad, se hizo con unos cuantos sacos que abandonaron tras levantar el sitio hace ya unos años, cuando el sultán Soleimán el Magnífico estuvo a punto de conquistarla. Comenzó a servirlo en su mesón de Viena y pronto alcanzó un éxito extraordinario.

—Bebida de paganos —masculló el inquisidor a la vista del café.

—Tomadlo sin miedo, pero hacedlo en poca cantidad o no podréis pegar ojo en un par de días. Y bien, ¿cuál es el motivo de vuestro repentino interés por hablar conmigo? —le preguntó el arzobispo.

—Quiero ofreceros un acuerdo. Tenemos que acabar cuanto antes con el proceso contra Servet y los impresores —le propuso el inquisidor general de Francia.

—¿Ya lo habéis atrapado?

—No. Tenemos a cincuenta agentes desplegados por el Delfinado y la Borgoña, pero ese hereje se escabulle como una anguila en el barro. Mis hombres lo andan buscando por los caminos que van hacia Hispania y hacia Italia, porque supongo que se dirige hacia el sur, aunque todavía no hemos podido dar con él. En esta época los caminos están llenos de mercaderes italianos, flamencos e hispanos, de soldados y de vagabundos. Supongo que de momento ha logrado ocultarse entre semejante tropel de gente.

—Entonces ¿no podéis seguir con el juicio?

—Claro que puedo. Sabéis bien que la ley nos permite hacerlo en ausencia del reo.

—¿Y qué requerís de mí?

—Que no pongáis ningún inconveniente a la condena de Servet por hereje y a la

quema pública de su efigie en caso de que no logremos apresarlos.

—¿Y qué me ofrecéis a cambio? —preguntó el arzobispo.

—La puesta en libertad sin cargo alguno de los tres empleados de la imprenta, y la aplicación de una ligera amonestación y una pequeña multa a Arnoullet.

—Todos ellos son inocentes; lo sabéis bien, y así ha quedado demostrado en el proceso.

—¿Aceptáis el trato?

El arzobispo se levantó de su sitial preferente en la mesa del comedor de palacio, tomó una copa del borgoña y la apuró despacio, saboreando el líquido rojo y degustando cada gota en su paladar.

—Magnífico; en Borgoña se han empeñado en elaborar los mejores vinos del mundo. ¿No lo creéis así?

—Por supuesto, eminencia, pero... ¿aceptáis el acuerdo?

—Si ésa es la decisión del tribunal, nada tengo que oponer, pese a la manifiesta incompetencia de esos tres ridículos idiotas que nombrasteis para juzgar este caso. No debo inmiscuirme en los asuntos de la Santa Inquisición, pero Arnoullet y sus empleados deben quedar absueltos.

—Así se hará —habló el inquisidor Ory.

El tribunal de la Inquisición de Vienne emitió su fallo al fin: los tres empleados de la imprenta fueron declarados inocentes de todo cargo y absueltos, y Arnoullet fue condenado al pago de una multa de una cuantía ridícula por no haberse dado cuenta de que en su imprenta Servet estaba editando un libro blasfemo y herético. Toda la culpa de la edición material de *Restitución del cristianismo* recayó en el huido Guillermo Guérout.

El diecisiete de junio de 1553, el tribunal de la Inquisición de Vienne emitió la condena a muerte de Miguel Servet por los cargos de herejía contumaz, traición, evasión y rebeldía. Fue sentenciado a morir en la hoguera, y se dictaminó que también ardieran cuantos libros de su autoría pudieran confiscarse, tanto por requisas de las autoridades civiles como de las religiosas.

Ante la ausencia del reo, cuyo paradero seguía siendo un misterio, la Inquisición ordenó que se fabricara un muñeco a modo de efigie que representara al médico aragonés y que ardiera en un auto de fe junto con los cinco paquetes con los ejemplares de *Restitución* que habían sido incautados en la imprenta clandestina con la etiqueta de envío al librero Pedro Merrin de Lyon y todos cuantos libros pudieron requisarse del médico hereje.

La pira de haces de leña se levantó delante de las puertas del palacio del Delfinado, en la plaza de Chêneve de Vienne. El vicebaile De la Court contempló las llamas de la mano de su hija, la misma que Miguel Servet había salvado de una muerte cierta, y sonrió al ver que era un muñeco lo que ardía, imaginando a su amigo,

libre ya, camino del cálido sur.

En una aldea de los Alpes, mediados de junio de 1553

Los días transcurrían con pesada lentitud en aquella pequeña aldea en la ladera del paso del Galibier. Todas las mañanas, poco después de amanecer, Servet miraba al cielo y observaba las cumbres de los picos aguardando una señal que indicara que el puerto quedaba libre de nieve.

El deshielo se había acelerado en la última semana con la subida de las temperaturas y los granjeros le advirtieron que estuviera preparado, pues en cualquier momento el puerto del Galibier sería practicable. También le previnieron de que, aunque el paso pudiera transitarse al derretirse la nieve y pese a la inmediatez del verano, podría ser sorprendido por una de las terribles tormentas que solían descargar en aquellas enormes alturas de manera imprevisible.

—Me hubiera gustado estudiar como vos —le dijo su criado mientras le servía el desayuno, unas gachas de avena con leche de vaca recién ordeñada y una manzana asada.

—Yo pasé toda mi juventud estudiando. —Servet hizo memoria—. Mi padre, que pretendía que fuera notario como él, me llevó a la escuela monacal de un convento cerca de mi aldea natal. Está ubicado en lo alto de un cerro y se llama Montearagón. En otro tiempo, cuando los cristianos de mi tierra luchaban contra los sarracenos, fue un castillo, del cual conserva todo el aspecto. Allí permanecí bastante tiempo, mientras los monjes me enseñaban las primeras letras. A la edad de trece años completé estudios de matemáticas y gramática en Zaragoza, y luego en Lérida y en Barcelona. En esta última ciudad fue donde conocí a mi maestro.

—¿Vos habéis tenido maestro? —se sorprendió el criado.

—Por supuesto, ¿acaso crees que alguien nace enseñado? Se llamaba Juan de Quintana; había sido secretario y consejero del rey Fernando de Aragón, al que llamaron el Católico, y luego lo fue de su nieto el emperador Carlos. Aunque era fraile franciscano, también se sentía un devoto adepto de las teorías del gran Erasmo de Rotterdam, y se había doctorado en París, la universidad más prestigiosa del mundo y la que disponía entonces de los mejores profesores. Hace siglos en sus aulas enseñó retórica Pedro Abelardo, el primer filósofo que situó a la razón por encima del dogma, y por eso fue perseguido. Con don Juan asistí a unas Cortes en la villa de Monzón. A su lado mejoré el latín que me habían enseñado los monjes de Montearagón y aprendí griego y hebreo; estas lenguas son básicas si se quiere ser un buen médico, pues en el pasado los mejores tratados de medicina los escribieron los griegos y ahora los más afamados médicos son judíos —precisó Servet.

El criado lo contemplaba con la boca abierta.

—¿Vuestro maestro era médico, como vos?

—Quintana sabía de medicina, la ciencia para conocer a los hombres, pero se había doctorado en teología, la ciencia para comprender las obras de Dios. Él también era confesor de don Carlos...

—¿Don Carlos?, ¡el emperador de Alemania! —El criado estaba impresionado.

—El mismo, Benito, el mismo. Durante siete años, el hombre más poderoso del mundo le confió sus pecados a mi maestro, y yo estaba a su lado. Siguiendo al emperador, que acababa de derrotar al rey Francisco I de Francia en la batalla de Pavía, asistí a los debates que mi maestro mantuvo con los moriscos de Granada, unos sarracenos que habían sido obligados a bautizarse tras la conquista de su reino por los reyes Fernando e Isabel, los abuelos del emperador. Esos moriscos fingían ser cristianos, pero mantenían de manera clandestina muchas de las prácticas relacionadas con su religión mahometana.

—El sacerdote de mi aldea natal decía que los mahometanos eran los hijos del diablo.

—Todos somos hijos de Dios, aunque algunos se descarrían y eligen el camino equivocado. A su lado —continuó Servet— recorrí Italia, y allí pude comprobar la voracidad humana y el ansia desmesurada de riquezas. Todavía me estremece recordar al papa Clemente VII refugiado en su fortaleza del castillo de Sant'Angelo mientras las tropas imperiales, formadas por católicos y luteranos, saqueaban y quemaban Roma sin que nadie pudiera evitar aquella barbarie.

—Los soldados siempre han saqueado las ciudades que han conquistado.

—Además del robo de más de diez millones de ducados y del expolio de cientos de obras de arte, hubo varios miles de muertos y violaciones. Mi maestro —Servet siguió recordando a Quintana— también me enseñó a debatir sobre teología. Recuerdo una conferencia que se celebró en la ciudad castellana de Valladolid en la que se cuestionó la ortodoxia de las teorías de Erasmo...; a esa reunión acudieron unos clérigos idiotas, incompetentes hasta el extremo, que renegaron de las ideas del sabio de Rotterdam, a pesar de que condenaba la guerra, defendía la justicia y preconizaba la práctica de un cristianismo interior más sincero y puro. Ninguno de cuantos lo acusaban de bordear la herejía le llegaba a la altura de la hebilla de su zapato.

—¿Y qué más estudiasteis? —le preguntó Benito.

—En aquel tiempo, y tras visitar los grandes monumentos de Roma y Florencia, me interesé por el arte de la construcción de edificios, y leí los libros de Vitrubio y de Serlio, dos arquitectos romanos que asentaron las reglas de la construcción, pero pronto dejó de interesarme la arquitectura; las grandes obras humanas, aunque a veces se pretenden levantar para mayor gloria de Dios, son demasiado terrenales y, en

verdad, suelen erigirse para engrandecer la soberbia de los gobernantes.

—¿Y el emperador, qué hacía entre tanto?

—En aquellos años don Carlos era joven, poderoso y arrojado; se sentía con la fuerza necesaria para conquistar el mundo y construir un gran imperio universal donde todos los hombres fueran cristianos, incluidos los habitantes de las tierras descubiertas por el almirante Cristóbal Colón al otro lado del océano. Algunos acólitos le regalaban los oídos diciéndole que era el monarca elegido por Dios para conducir a la cristiandad al triunfo definitivo sobre los sarracenos, como ya hicieran con su abuelo Fernando de Aragón. Todas las naciones de la tierra unidas bajo un mismo soberano y una misma religión: ése era el anhelo del emperador don Carlos, pero la amenaza de los turcos y los problemas y quebrantos en la Iglesia han acabado con su sueño, y él se ha convertido en un hombre taciturno.

—Y entre tantos viajes, ¿pudisteis seguir estudiando? —Benito Perrin continuaba atento a las explicaciones de su señor.

—Dios me ha dotado de buena memoria y suelo recordar con cierta facilidad cuanto leo. Sí, estudié derecho y leyes en Toulouse, pero allí fue donde decidí abandonar el estudio de la filosofía al comprender que lo que realmente me atraía era la teología y el aprendizaje de la Biblia. Las leyes son obras humanas, aunque algunos afirmen, por su propio interés, que han sido inspiradas por Dios. Pero la Biblia es la palabra de Dios, y yo la leí y la estudié con pasión. También leí las obras de algunos reformadores que cuestionaban los dogmas de la jerarquía católica. Recuerdo un libro de Melanchthon, *Lugares comunes* se titulaba, que hablaba de la teoría del libre examen; entonces me causó una buena impresión, pero luego lo he criticado en varias de mis obras. Fue en algunas de esas lecturas donde descubrí que había otro modo de ver, entender y explicar el mundo, de manera diferente a la que me habían enseñado los clérigos católicos. Y así fue como descubrí que el dogma de la Trinidad ha sido el gran obstáculo que ha impedido la evangelización de los judíos y de los musulmanes, porque, pese a todo, ellos también creen en nuestro mismo Dios, aunque lo hacen con visiones y prácticas erráticas.

—Hoy brilla el sol con fuerza y hace ya bastante calor —comentó el criado, que seguía atento aquellas disquisiciones cultas de su señor, aunque no entendía algunas cosas.

Servet se dio cuenta de que su criado había cambiado de conversación de repente al percibir que se acercaba el dueño de la granja.

—Sí; tal vez en tres o cuatro días podamos pasar al otro lado de ese collado.

—Señor —le anunció el granjero—, uno de los vaqueros me acaba de comunicar que el paso del Galibier ha quedado abierto. Todavía resta bastante nieve por derretirse, pero si salís de madrugada podréis llegar al otro lado antes de que anochezca.

—Gracias. Buena noticia. Lo haremos mañana mismo. —Servet miró a su criado y sonrió—. ¿Cuánto nos queda hasta llegar a Saboya?

—Si avanzáis a buen paso con vuestras mulas, cuatro, tal vez tres días desde el otro lado del Galibier. Las ranas croan toda la noche, las abejas vuelan tranquilas y las hormigas abundan por todas partes; son las señales que anuncian la llegada de unos días plácidos y sin tormentas. Deberíais aprovecharlos.

—Así lo haremos.

Ginebra, fines de junio de 1553

Hacía calor, mucho más calor del que era habitual a comienzos del verano en Ginebra. Juan Calvino, vestido con su sencillo hábito negro, repasaba unas cartas en su modesta casa. Las noticias que le enviaban sus partidarios en el Consejo Mayor de la ciudad no eran nada halagüeñas. Sus detractores, los miembros del partido de los libertinos, se habían hecho en la última elección con la mayoría de los puestos correspondientes a los consejeros urbanos y estaban en condiciones de seguir controlando el gobierno de la ciudad, aunque sin mayoría absoluta.

Una situación similar ya la había vivido hacía algunos años cuando, tras gobernar Ginebra por un tiempo, no tuvo otro remedio que exiliarse ante el rechazo que la dureza de sus decretos provocó entre los ginebrinos. Pero el caos que siguió a su marcha los obligó a reclamar de nuevo su presencia. En esta segunda ocasión, Calvino había impuesto a sus vecinos unas severas ordenanzas por las cuales se regía el gobierno urbano. Las normas que regulaban la vida pública de los ginebrinos debían estar en concordancia con la palabra y las leyes de Dios según la interpretación que les otorgaba Juan Calvino. Los ciudadanos podían elegir a sus consejeros, que conformaban un consistorio entre los que había ministros oficiantes del culto, burgueses laicos y ancianos venerables. Eran ellos los que, bajo la inspiración moral de Calvino y sus consejos, se encargaban de dirimir las cuestiones doctrinales, de aplicar las leyes y normas del gobierno y de preservar la disciplina eclesiástica y civil. Para educar a los más jóvenes en la nueva sociedad cristiana que se pretendía imponer se había instituido un sistema escolar supervisado por los pastores reformadores, que se debían instruir en una academia religiosa fundada a tales efectos y controlada férreamente por los calvinistas.

La estricta rigidez en el control de las costumbres que pretendía volver a imponer Calvino era implacable: se prohibirían otra vez todas las manifestaciones de lujo, las fiestas laicas y la mayoría de las expresiones artísticas, a las que tan inclinados estaban los comerciantes ginebrinos. Acostumbrados a celebrar brillantes festejos, a magnificar las diversiones, a conmemorar bautizos y bodas con banquetes

espléndidos que duraban varios días, los ginebrinos deberían resignarse y renunciar a los derroches de la fiesta, lo que mejoraría, según Calvino, la economía de las familias, pues algunas de ellas se habían llegado a endeudar e incluso habían estado al borde de la ruina por gastar demasiado dinero en las suntuosas celebraciones familiares.

Se prohibiría que los músicos itinerantes, agentes del demonio según Calvino, vagaran de fiesta en fiesta con sus violines, guitarras y trompetas, incitando al baile y despertando la lujuria, y sólo se consentiría la música dedicada al culto divino, ejecutada únicamente con instrumentos, sin utilización de la voz humana. Si alguno de los ciudadanos se desviara de las normas de conducta dictadas por los calvinistas, sería juzgado de inmediato y si su falta se estimara muy grave, se le condenaría a morir quemado en la hoguera.

Desde que Juan Calvino regresara a la ciudad por segunda vez, hacía ya una década de ello, habían sido ejecutadas más de quinientas personas acusadas de la comisión de diversos delitos y pecados por toda la región, la mayoría relacionados con el incumplimiento de las normas morales y por la falta de fe. Un clima de terror y de miedo atenazaba a los ginebrinos, quienes apenas se atrevían a oponerse a la voluntad de su verdadero regidor, aunque los libertinos habían logrado mantenerlo al margen del gobierno y no habían consentido que se le concediera el privilegio de ciudadanía.

A comienzos de aquel año, la estrella de Calvino parecía haber comenzado un segundo declive. La mayoría de los miembros del Consejo Mayor desaprobaba una aplicación tan estricta y rígida de las normas morales por las que se pretendía gobernar la ciudad, y cada día surgían más y más voces clamando por no regresar a los tiempos en los que vivir en Ginebra constituía un permanente agobio.

Ante las dificultades que se intuían, Calvino reunió en su casa a sus principales colaboradores. Estaba convencido de que o reaccionaba con firmeza o sus detractores acabarían por conseguir su expulsión de la ciudad por segunda vez, y en esta ocasión sería, sin duda, definitiva.

La casa de Calvino era una de las más modestas de la ciudad. El reformador vivía de una manera muy austera, con la renta de cien escudos anuales que le había asignado el Consejo Mayor como pensión a cambio de impartir clases de moral y religión en la academia donde se formaban los futuros pastores religiosos de la Iglesia reformada de Ginebra.

En torno a la mesa, presidida por Calvino, estaban sentados el radical Germán Colladon, hombre de la máxima confianza del reformador, el taimado Guillermo de Trie, quien le sirviera de ariete para la denuncia de Servet ante la Inquisición francesa, el fiel Guillermo Farel, que se había desplazado desde Neufchâtel, el fanático D'Arnold y el escocés Juan Knox, que había intentado introducir en ese

reino católico del norte de Gran Bretaña las doctrinas calvinistas pero que, ante su fracaso, había huido para evitar correr la misma suerte que su yerno, el joven y elocuente Jorge Wishart, asesinado a los treinta y tres años de edad por predicar e intentar aplicar en la católica Escocia las reformas de Calvino.

—Debemos reaccionar, y de inmediato. Los libertinos ganan terreno día a día en el gobierno municipal; ya controlan el Consejo Mayor, donde algunos de los magistrados que lo forman se han pasado a su bando; pronto vendrán a por nosotros —advirtió Colladon, verdadera mano derecha de Juan Calvino.

—Debemos confiar en Dios —se limitó a comentar el reformador.

—Si los dejamos crecer un poco más, cambiarán las normas de elección del Pequeño Consejo, donde todavía no alcanzan la mayoría, y luego acabarán con nosotros, y vos seréis humillado, exiliado o, quién sabe, incluso ejecutado.

—Confiad en Dios y tened fe; es lo que os he enseñado.

—Señor, los libertinos nos odian. ¿Sabéis que algunos de ellos llaman a sus perros con vuestro apellido?

—Eso no me ofende; los perros también son criaturas de Dios. He oído que hay gente que dice que prefiere escuchar los ladridos de los perros antes que mis sermones; me señalan con el dedo y me identifican con el demonio cuando paseo cerca del lago; y algunos niños me persiguen por las calles y me llaman Caín.

Pese a todo, Calvino parecía tranquilo; ya había vivido una situación similar hacía unos años y la había superado.

—Señor, esos tipos han conseguido que un magistrado afecto a sus tesis presida el Pequeño Consejo, y han logrado que se apruebe una ordenanza que prohíbe que nuestros pastores ejerzan la jurisdicción civil —añadió D'Arnold—. Si no logramos que nuestras enseñanzas se apliquen en la vida cotidiana de la ciudad, ¿para qué servimos?

Calvino tosió; hacía tiempo que sufría de asma y soportaba un catarro crónico que no lograba curar.

—¿Y qué proponéis que hagamos, mis queridos amigos? —preguntó el reformador.

—Actuar con toda contundencia —espetó D'Arnold—; con toda la fuerza que tengamos si es preciso.

—¿Acaso disponemos de ella?

—Vuestras enseñanzas no han caído en balde, señor. Si os ponéis al frente de todos los que rechazan a los libertinos, la inmensa mayoría de los ginebrinos os seguirá hasta la muerte. Esa mayoría cree en todo lo que le habéis enseñado: que la tierra debe gobernarse por la ley de Cristo, que el poder de Dios ha de primar sobre el de los soberanos terrenales y que el mayor objetivo de todo gobierno tiene que ser honrar a Dios —dijo Colladon reiterando lo que tantas veces había oído predicar a su

maestro.

—Para eso necesitamos fuerza, no sólo voluntad.

—O astucia —terció Guillermo Farel, que se había mantenido al margen hasta entonces.

—¿A qué os referís? —preguntó Trie, demasiado simplón como para entender las sutilezas políticas de Farel, cuya edad le otorgaba una gran experiencia.

—Si no podemos arrastrar a la gente tan sólo con las ideas, utilicemos sus estómagos. Ya se ha hecho en otras ocasiones y con éxito —dijo Farel.

Farel sabía bien lo que decía, aunque la torpeza de Trie no entendiera su sutileza. La Reforma había surgido como rechazo al acaparamiento de riquezas por parte de la Iglesia y ante el escándalo por el lujo con que vivían sus obispos y sus jerarquías, que cobraban enormes sumas de dinero a cambio de conceder indulgencias por los pecados cometidos. Lutero fue quien abrió el camino denunciando la entrega de dinero a cambio del perdón, y criticó el que muchos obispos vivieran ausentes de sus diócesis, abandonando su labor pastoral y dejando huérfanos a sus feligreses.

La Iglesia católica constituía una permanente fuente de escándalos. Hipólito d'Este, arzobispo de Milán, no visitó su sede apostólica ni una sola vez durante los treinta años en que ocupó esa sede metropolitana; y Cristóforo Madruzzo, el infausto obispo de Trento, ofreció a los padres del concilio reunido en su ciudad un banquete en el que se sirvieron hasta setenta y cuatro platos diferentes, acompañados del vino más caro que pudo encontrar, uno de Valtellina de cien años de antigüedad, lo amenizó con una orquesta integrada por los más virtuosos músicos, y pagó a decenas de mujeres públicas para que fornicaran con sus invitados en su palacio, en una fiesta en la que el mismo obispo bailó ante los ojos de los asistentes abrazado libidinosamente con varias damas y suripantas; ni en los más lascivos harenes de los más lúbricos sultanes sarracenos se había visto jamás una orgía semejante. Y entre tanto derroche, la Iglesia seguía cobrando impuestos abusivos que arruinaron a mucha gente, arrastrándola a la pobreza.

Frente a semejante despilfarro y derroche de lujo, los reformadores habían procurado poner orden en los gastos suntuarios de sus nuevas iglesias y en la moral de sus feligreses. En Ginebra se habían aprobado unas ordenanzas cuya aplicación moralizó la ciudad: los pecados mortales fueron considerados como crímenes y penados en sus códigos, los magistrados aplicaron los criterios contenidos en la Biblia y sus castigos a los actos cotidianos, nadie podía prestar dinero por encima del cinco por ciento de interés, nadie podía trabajar en domingo, toda la propiedad era privada y la riqueza había de ser fruto del trabajo honrado. Calvino había denunciado la avaricia, impuso la honestidad en las prácticas comerciales en los mercados y dio ejemplo de laboriosidad y modestia. Habiendo podido gobernar la ciudad de Ginebra como un monarca, renunció a ocupar cargo alguno, vivía con absoluta austeridad,

vestía de manera humilde, era el primero en dar ejemplo de disciplina y predicaba la manera de prevenir la decadencia de la moral y la depravación de las costumbres que, decía, suelen arruinar a los pueblos.

—Si no luchamos por mantener todo esto, Ginebra caerá de nuevo en las manos del Maligno, o en las de la Iglesia católica, que es lo mismo —intervino Germán Colladon.

—Tenéis razón, todos la tenéis. Lucharemos para que la Iglesia reformada triunfe definitivamente y la luz de Dios se instale en los corazones de todos los hombres —sentenció Calvino.

El reformador era un trabajador incansable; a sus cuarenta y cuatro años había escrito tres mil textos doctrinales, casi dos mil sermones y varios libros; había predicado incesantemente en los púlpitos de los templos, había impartido clases y se había convertido en uno de los reformadores más influyentes. De la mayoría de sus obras, en algunos casos opúsculos panfletarios como el titulado *Acerca de la libertad de un cristiano*, se habían editado miles de ejemplares. Tenía motivos para estar orgulloso de cuanto había conseguido, pero un extraño presagio le oprimía el corazón.

Paso del Galibier, finales de junio de 1553

Servet y su criado emplearon media jornada en ascender la ladera occidental del puerto del Galibier. A sus cuarenta y dos años bien cumplidos, el médico aragonés se mantenía en buena forma, pues comía aquellos alimentos que sabía que le proporcionaban energía y salud y rechazaba los que provocaban enfermedades como la gota o los que producían obesidad.

La nieve acumulada durante el invierno en lo alto de las montañas se fundía al calor del sol y las laderas de aquellos gigantes de piedra eran surcadas por crecidos arroyos que descendían presurosos entre cascadas de agua hacia los fondos de los valles, teñidos de un verdor exuberante.

Antes de iniciar el descenso del puerto hicieron un pequeño alto en el camino para descansar y alimentarse; la bajada prometía ser tan dura o incluso más que la subida.

—¡Qué diferentes son estos paisajes a los de mi tierra! —exclamó Servet a la vista de las montañas alpinas, con las cumbres eternamente nevadas y el verdor primero de los prados y luego de los bosques inundándolo todo por debajo de los canchales de piedra que dominaban en las cumbres.

—¿Tan distinto es vuestro país natal? —le preguntó el criado.

—Villanueva se encuentra en un llano árido y seco, azotado en invierno por el

cierzo, un viento frío que hiela hasta los huesos y que cuando sopla con toda su fuerza es capaz de tumbar a una carreta tirada por un par de bueyes, y abrasado en verano por un sol inclemente que convierte en polvo todo cuanto queda bajo sus rayos; aunque a una jornada de camino se alzan los montes Pirineos, unas montañas casi tan altas como estos Alpes, cuyas cumbres también albergan nieves perpetuas y sus laderas están cubiertas por bosques densísimos.

—Una tierra dura...

—En un libro que edité hace muchos años escribí una breve descripción de ella. Allí digo que es árida y que son frecuentes las sequías. La mayoría de sus habitantes no es nada inclinada al estudio, pero cualquiera que sepa leer y escribir ya se cree con méritos suficientes como para enseñar en París. Se trata de gentes con la cabeza llena de buenas ideas, que casi nunca ponen en práctica por pereza y desidia. Les gusta conversar en plazas y tabernas, pero son poco amigos de las letras, de modo que los libros más interesantes que allí se leen se han impreso en Francia. Los hombres son celosos de sus esposas, tal vez porque han heredado algunas costumbres de los tiempos en que esas tierras fueron dominadas por los moros. Las mujeres se colorean la cara con tintura de una planta llamada albaida y con minio, un óxido rojo que se extrae del plomo, porque creen que así lucen más sanas y hermosas. Son gentes austeras, tal vez a la fuerza por las carencias de la tierra, y supersticiosas, sin duda por la ignorancia secular en la que han estado sumidas. Pero hay algo en lo que resultan insuperables: el valor y el arrojo ante los peligros; por eso, hace siglos un puñado de agrestes montañeses consiguió vencer a los sarracenos y conquistar sus ciudades más populosas, y ahora han logrado extender el nombre de sus reinos por toda la superficie de la Tierra, y han sido los primeros en realizar grandes viajes y descubrimientos; por ello el Nuevo Mundo está en sus manos.

—Un país de contrastes, el vuestro —comentó el criado.

—De muchos contrastes; y no sólo en el paisaje. Ahí han nacido formidables conquistadores y magníficos soberanos, pero también individuos incultos y zafios, muy abundantes incluso entre los nobles y los potentados.

—Tal vez entre los vuestros encontréis acogida. ¿Por qué no nos dirigimos a vuestra nación? —le preguntó Benito.

—Porque allí también soy un proscrito. Hasta mi tierra han llegado las denuncias a causa del contenido de mis libros, y hace ya tiempo que la Inquisición española me busca para detenerme y juzgarme. No, no podemos ir a mi tierra natal; seguiremos hacia Italia, como estaba previsto. En Milán reside mi amigo Villamonti, médico personal del gran duque. Él nos acogerá y nos protegerá hasta que podamos seguir camino hacia el sur. Además, Milán es territorio del emperador y rey de las Españas. Cuando don Carlos derrotó en Pavía a Francisco I de Francia, incorporó ese gran ducado a sus ya extensos dominios imperiales. Fue una gran victoria que se culminó

con la firma de la paz entre ambos soberanos, aunque más tarde, tras ser liberado de su prisión, Francisco I traicionó a la cristiandad aliándose con los turcos, sin duda para vengar su derrota.

»Luego, don Carlos fue coronado en Bolonia por el propio papa Clemente VII, al estilo de Carlomagno. Yo estuve allí.

—¿Asististeis a la coronación imperial?

—Sí. Tras tres años con don Juan de Quintana, estudié derecho y leyes en Toulouse, pero sufrí persecución y tuve que huir de esa ciudad, y regresé al lado de mi maestro que seguía como confesor del emperador.

»Nos integramos en la comitiva imperial, con la que durante el mes de octubre de 1529 y en una gira triunfal recorrimos varias ciudades del norte de Italia, que rendían pleitesía al emperador, aclamándolo como al verdadero dueño del mundo. Entre tanto, el papa Clemente VII se había dirigido a la ciudad de Bolonia, donde aguardó pacientemente durante varias semanas la llegada de don Carlos.

»A comienzos de noviembre nos dirigimos al encuentro con el papa Clemente VII. Los embajadores de don Carlos ya habían acordado su coronación a manos del pontífice. Llegamos a Bolonia y entramos en la ciudad por la puerta de San Felice, donde el emperador fue recibido por el papa, rodeado de veinticinco de sus cardenales y escoltado por casi medio millar de soldados de su ejército. Lo recuerdo como si hubiera sucedido ayer mismo, ¡cómo olvidarlo! Atravesamos desfilando la Puerta Mayor, decorada para la ocasión con una arcada triunfal de tres vanos. Sobre el arco central habían colocado un enorme dibujo en el que se representaba el pasaje de la Biblia en el que Samuel unge como rey de Israel a David, y había medallones con las efigies de los emperadores romanos César, Augusto y Trajano, y estatuas de Carlomagno, del emperador Segismundo y del rey Fernando de Aragón, a los que se comparaba con don Carlos, y cartelas con leyendas que lo ensalzaban como defensor de la Iglesia, protector del mundo cristiano y heraldo de la fe. El papa vestía con el lujo del más rico de los príncipes; era la imagen contraria a la que Cristo predicó en vida.

»Allí permanecí cuatro meses, el tiempo que se tomó el emperador para preparar su solemne coronación y para acordar diversos tratados con el papa. Pero Clemente VII no se comportaba como el verdadero representante de Dios en la tierra, sino como un avieso mercader dispuesto a entregar la dignidad de la Iglesia a cualquiera que le garantizara el lujo y la riqueza para él y su caterva de cardenales.

—Cristo predicó la pobreza —alegó inocente el criado.

—Así fue, pero los que dicen ser sus sucesores en la tierra se han alejado por completo de su ejemplo y viven en la opulencia y el despilfarro. Aquellos meses en Bolonia cambiaron definitivamente mi actitud hacia la jerarquía de la Iglesia católica. En los numerosos conciliábulos que cada día se celebraban en palacios y posadas,

aquellos desvergonzados y egoístas cardenales no pretendían otra cosa que obtener beneficios personales. Nada les importaba la Iglesia que juraron defender, ni la fe que decían profesar, ni las gentes a las que debían pastorear. No se comportaban como pacíficos guardianes del rebaño de Cristo, sino como lobos feroces al acecho del dinero y la fortuna, y el papa era quien se encontraba a la cabeza de todos ellos y quien más conculcaba los principios contenidos en los Evangelios.

»Para entonces los que, encabezados por el monje alemán Lutero, rechazaban esa actitud de los príncipes de la Iglesia ya habían iniciado su movimiento de protesta y de reforma para acabar con aquella situación, pero los jerarcas católicos los condenaron como herejes y se produjo el cisma.

»En Bolonia se me abrieron definitivamente los ojos y pude contemplar la maldad del papa y de sus cardenales, y descubrí que eran ellos los auténticos sicarios del Anticristo anunciado en las Escrituras, si no su misma encarnación, la verdadera peste que ha contaminado y podrido a la Iglesia hasta sus raíces.

—¿Y el emperador no puso fin a esa corrupción? Se dice que es un gran hombre y justo.

—Lo que buscaba don Carlos era su coronación como emperador a manos del papa. Tras varios meses de espera, fue al fin coronado como emperador de romanos; dos días antes lo había sido también como rey de Lombardía, en una ceremonia triunfal como nunca antes se había visto. Para que la comitiva no pisara la calle, unos maestros carpinteros construyeron una enorme pasarela de madera que unía el palacio del Concejo de Bolonia con la iglesia de San Petronio. Parte de esa pasarela se vino abajo justo tras el paso del emperador, causando la muerte de tres personas y decenas de heridos. En otras circunstancias, aquello hubiera sido interpretado como un mal augurio, pero la ceremonia siguió adelante y Clemente VII colocó al fin la corona imperial sobre la cabeza de don Carlos.

—¿Y qué hicisteis entonces?

—Me indigné aún más cuando supe que el papa Clemente VII había concedido cien años de indulgencias a cuantos habían asistido a la misa de la coronación imperial. No pude soportar semejantes muestras de hipocresía y tal sarta de mentiras e imposturas. Yo era joven, tenía ideales y necesitaba respirar aire fresco, que no estuviera viciado por tanta ruindad.

—¿Abandonasteis todo aquello?

—Poco después de la coronación, abochornado por la falta de dignidad del papa y la voracidad y egoísmo de sus cardenales, dejé el cortejo del emperador. Sabía que en algunas ciudades de Alemania había sacerdotes que predicaban la Reforma, y que pretendían cambiar aquella Iglesia corrupta por una nueva Iglesia de Cristo. Me despedí de don Juan de Quintana, me marché de Bolonia y me dirigí a la ciudad de Basilea, donde enseñaba uno de los más prestigiosos maestros de la Reforma. Se

trataba de Juan Häusgen, un experto hebraísta al que todos conocíamos con el apodo de Ecolampadio. Yo había oído que era un hombre cabal, además de un magnífico docente. Me presenté ante él y le expuse mis ideas sobre la malignidad que se había instalado en la Iglesia, y eso fue suficiente para que me acogiera en su casa, donde permanecí diez meses.

—¿Vivisteis en casa de un protestante? —Benito se extrañó por ello, pues él mismo había habitado con su señor en el palacio del arzobispo de Vienne antes de huir de la prisión.

—Lo hice, sí. Aquel hombre estaba equivocado en muchas de sus apreciaciones doctrinales, pero era más honrado que cualquiera de los engolados cardenales de la emponzoñada Iglesia romana; y, además, su forma de comportarse como ser humano me fascinó. Ecolampadio había conocido a Lutero, y me contó muchas cosas sobre el iniciador de la Reforma, que por entonces seguía vivo y predicando en Alemania. En Basilea entré en contacto con varios pastores reformadores y comprendí por qué se habían visto obligados a dar ese paso tan trascendental y traumático para la unidad de los cristianos. Allí entablé amistad con varios impresores, aunque años después nadie quiso editar mi último libro.

»Ecolampadio me invitó a unirme a la Reforma, pero cuando le expuse mis ideas sobre la libertad de conciencia, sobre la negación de la Trinidad y la no eternidad de la divinidad de Jesucristo se enfadó mucho conmigo. Al principio quiso convencerme de que yo estaba equivocado y que no había entendido bien el mensaje evangélico, pero cuando comprobó que me mantenía firme en mis convicciones, perdió la paciencia, y nos distanciamos uno del otro. Aquellos días residía en Basilea el gran Erasmo de Rotterdam, a quien yo tanto había leído y al que admiraba, y su presencia era, además, una de las razones principales por la cual acudí a esa ciudad. Procuré conseguir una entrevista con él, pero, dadas mis ideas y lo que le dijeron de mí, supongo, me negó el acceso a su persona. Imagino que algo tuvo que ver Ecolampadio en ello. En aquellos meses en Basilea escribí varias páginas en las que desarrollé mis ideas sobre la negación del dogma de la Trinidad, y redacté un opúsculo que titulé *Jesús el Cristo, hijo de Dios*, que todavía no se ha editado, aunque algunas de esas ideas las he incluido en mi libro *Restitución del cristianismo*.

—Y entonces tuvisteis que abandonar la casa de ese reformador, supongo.

—Así fue. Me marché de Basilea, donde había comenzado a ser mal visto por los seguidores de Ecolampadio a causa de mis ideas sobre el libre pensamiento, y me mudé a Estrasburgo, donde edité mi libro *De Trinitatis erroribus*. Esta obra alcanzó un gran éxito y se difundió por media Europa, provocando un verdadero revuelo y no pocas ampollas entre los jerarcas católicos. En el pasado, algunos teólogos habían negado el dogma de la Trinidad, pero nadie lo había hecho como yo lo presenté en ese libro, argumentando mis tesis con contundentes fundamentos basados en la lógica

y en la razón.

»En Estrasburgo entré en contacto con Martín Bucer, quien ha fallecido hace poco más de un año, un antiguo fraile dominico admirador de Lutero y de Erasmo que ayudó mucho a poner en marcha la Reforma en Alemania y que acogió a Calvino cuando éste fue expulsado de Ginebra. Bucer era un buen hombre pero un tanto iluso, pues pretendió, en vano, conciliar a los católicos con los partidarios de Lutero, sin darse cuenta de que ambos bandos son irreconciliables. Su esfuerzo en pro del acercamiento de católicos y reformadores se vio truncado cuando los príncipes católicos alemanes desencadenaron una terrible represión y ejecutaron a numerosos reformadores con las excusas más banales.

—¿Nunca pensasteis en regresar a vuestra tierra? —le preguntó el criado.

—Sí, claro que sí. En alguna ocasión me planteé volver a Aragón y ejercer de profesor en la Escuela de Artes de Zaragoza o en el Estudio General de Huesca, pero me enteré de que la Inquisición aragonesa me buscaba, ahora con más ahínco si cabe, porque consideró herético y blasfemo mi libro sobre la Trinidad. Uno de mis hermanos, llamado Juan, quiso buscarme por Francia, según me enteré unos años después, pero desistió porque me consideraba un erasmista y los seguidores de Erasmo también estaban teniendo problemas; varios de ellos han acabado siendo perseguidos y procesados por la Inquisición en mi tierra.

»En aquellos años de juventud yo era un firme partidario de las tesis de Erasmo, y compartía sus críticas a las casas reales europeas; había leído todas sus obras, los *Adagios*, el *Enchiridion*..., y devoré con deleite el *Elogio de la locura*. Yo era joven, estaba lleno de vigor y sentía una enorme pasión por todas las novedades científicas y por el debate religioso que se había desencadenado por toda Europa, pero algunos eclesiásticos confundían la investigación y el ejercicio de experimentos de algunas ciencias con ciertas prácticas satánicas y decían que los investigadores no eran sino nigromantes invocadores del diablo o perversos alquimistas en busca de conocimientos que sólo competen a Dios. Uno de los sabios más insignes que ha dado mi tierra, el médico Arnaldo de Villanueva, nacido en una aldea con el mismo nombre que la mía pero ubicada en el sur de Aragón, a orillas de un río llamado Jiloca, había pensado y luego escrito eso mismo dos siglos atrás, y también fue tachado de hereje y perseguido; y algo similar le ocurrió a Ramon Llull, un sabio mallorquín al que algunos han llamado hereje impenitente, pese a que nunca fue condenado por ello. La Iglesia jamás ha consentido que se cuestionen los pilares que considera inamovibles en su doctrina.

—Y mientras mantenga el poder terrenal, no lo permitirá. —Benito sacó de su pecho un pedacito de tela que llevaba colgado del cuello con un cordoncito y lo besó.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó Servet.

—Un pedazo de tela del hábito de san Bernardo —respondió el criado.

—¿San Bernardo de Claraval?

—Sí, es un escapulario. Me lo entregó mi madre hace tiempo; me dijo que me protegería de todo mal; desde entonces siempre lo llevo conmigo.

—Reliquias... Otra de las grandes supercherías de la Iglesia. ¿Sabes que en Génova veneran la cola de un asno? La llevó hasta esa ciudad un inglés que aseguraba que era la del mismísimo burro sobre el que Cristo entró en Jerusalén el Domingo de Ramos. Imagino que unos astutos y sin escrúpulos clérigos genoveses pagaron una buena cantidad por ella para que muchos ingenuos acudieran a venerarla y dejaran sobre su altar una buena cantidad de limosnas. En muchas iglesias y monasterios guardan ampollitas con la leche con la que la Virgen amamantó a Jesús. Y en Liria, en mi nación, conservan una pluma de las alas del arcángel san Miguel. ¿Te imaginas...? Reliquias... ¿Sabes que el rey Enrique de Inglaterra ordenó que se arrojaran al mar miles de ellas cuando, tras promulgar el Acta de Supremacía, decidió separarse de Roma y fundar la Iglesia anglicana? Las reliquias son otra más de las muchas mentiras en las que la Iglesia ha basado su poder, su riqueza y su engaño.

El criado se guardó el escapulario dentro del pecho, se encogió de hombros y cortó un generoso pedazo de queso para Servet y una tajada de tocino ahumado para él, y dos buenas rebanadas de pan blanco.

—Comed, don Miguel, necesitamos reponer fuerzas para iniciar enseguida el descenso de este puerto o la noche nos caerá encima en estas alturas.

Comieron con ganas y apagaron la sed con una bota de piel de cabra que contenía agua fresca recién recogida de un arroyo de la montaña.

—Bebe con cuidado y despacio; el agua helada no es buena para el vientre, puede provocar diarreas y calenturas. Incluso se dice que el rey Felipe el Hermoso, el esposo de doña Juana de Castilla, murió por beber agua demasiado fría tras estar muy sudoroso por haber practicado el juego de la pelota en el trinquete —previno Servet a su criado Benito Perrin.

—Seguro que lo envenenaron sus adversarios —bisbisó Benito mientras daba buena cuenta de su pitanza.

Acabado el almuerzo aparejaron sus zurrones y alforjas, dieron de beber a las mulas y enfilaron el descenso del puerto con celeridad. La mañana se había mantenido soleada pero en aquellas alturas el viento era muy fresco y unas nubes se pegaron a las cimas de las montañas amenazando con descargar lluvia esa misma tarde.

Ginebra, principios de julio de 1553

Calvino se enteró por uno de sus colaboradores de que Servet había sido condenado a

muerte en Vienne y que, ante su inexplicable fuga y en su ausencia, se había quemado su efígie representada por un monigote en la plaza de Chèrneve, rodeada de algunos de sus libros.

—Lo andan buscando por todas partes, pero no consiguen dar con él —le informó Germán Colladon—. Los perros de la Inquisición católica han rastreado a fondo las regiones del Delfinado, Borgoña y Provenza, pero ese hereje se ha esfumado, como si se lo hubiera llevado el diablo.

—No podrá esconderse eternamente; acabará siendo detenido —comentó Guillermo de Trie, el comerciante que había servido a Calvino como instrumento para la denuncia de Servet.

—O tal vez jamás lo encuentren. Ese hombre es muy astuto. Supo escabullirse primero de los que lo perseguían en Toulouse, luego en París y ahora en Vienne. Los ha burlado a todos. Domina varias lenguas, es esforzado y parece que tiene la habilidad de un maestro en el arte del camuflaje y la ocultación —precisó Calvino.

—¿Dónde creéis que estará ahora? —le preguntó Colladon a Calvino.

—Hace ya tres meses que desapareció misteriosamente de la cárcel de Vienne. Durante este tiempo puede haber viajado hasta el rincón más apartado de la cristiandad, o incluso a tierras de infieles, a resguardo de la Inquisición; dicen que ese hombre también conoce la lengua de los mahometanos. Pero yo intuyo que no anda muy lejos.

—¿Cómo podéis saberlo, señor?

—Tengo un presentimiento; algo me dice que se halla escondido por estas montañas. Pero, aun así, ha demostrado tal habilidad en la ocultación que podría vagar por ellas el resto de su vida sin que la Inquisición papal diera con él —asentó Calvino.

—Me gustaría capturarlo y entregarlo a vuestros pies —dijo Colladon.

—Si está por aquí, tal vez eso sea posible —reflexionó Calvino.

Sus dos fieles, Colladon y Trie, se miraron sorprendidos ante el intrigante supuesto de su guía espiritual, que parecía estar tramando un plan.

—¿A qué os referís?

—Escuchadme los dos. Ese fugitivo está henchido de orgullo y soberbia. Cuando publicó el libro satánico que llamó *Restitución del cristianismo*, incluyó los comentarios a las cartas que nos cruzamos hace años, lo firmó con las iniciales MSV y citaba en una de las páginas el nombre de Servet, por el que algunos lo conocíamos. No tengo duda de que con ello pretendía que se reconociera que era él quien lo había escrito. Su vanidad no tiene límite, y ésa puede ser la causa de su perdición. — Aunque levemente, Calvino sonrió, lo que era muy extraño en él.

—¿Qué pretendéis, señor? —le preguntó Trie.

—Le tenderemos una trampa. Hace unos meses, tras escapar de Vienne, se

refugió aquí, en Ginebra, el maestro impresor Guillermo Guérout, el mismo que preparó la edición de ese libro de Servet. Guérout es un hugonote, firme partidario de la Reforma, y abomina de la Iglesia romana como el que más. Trabajó durante varias semanas con Servet en la imprenta clandestina donde se editó esa maléfica obra. Pues bien, ahora podría servirnos de anzuelo para atrapar a nuestra presa.

—Pero ¿cómo lo haremos?, ni tan siquiera sabemos dónde diantre se esconde ese condenado hereje —repuso Trie.

—Ya os he dicho que lo presiento cerca. Actuaremos del siguiente modo: agentes fieles a nuestra causa recorrerán todas las regiones entre el valle del Ródano y los Alpes, e incluso en la Saboya, y harán correr el rumor de que Servet jamás se atreverá a venir a Ginebra por miedo a enfrentarse conmigo, como ya ocurriera hace años en París cuando lo reté a un debate público y no se presentó. Pero también dirán que si se presenta aquí, quedará bajo la protección del concejo, y que se le tratará bien, pues al fin y al cabo es un enemigo de Roma, como todos los reformadores. Que anuncien que su amigo el maestro Guillermo Guérout vive en paz y en libertad en Ginebra y que ha podido desarrollar de nuevo su trabajo de impresor sin el menor contratiempo.

—Si es tan hábil como decís, no caerá en esa trampa, señor —supuso Colladon.

—Claro que lo hará. Si llegan a sus oídos esos rumores, no tardará en presentarse aquí.

—¿Tan estúpido lo consideráis?

—Su altanería y su orgullo son tan grandes que superan su sentido de la prudencia. Si lo retamos de este modo, no podrá resistir la tentación y caerá en nuestras manos.

—Pero si no se presentó a ese debate con vos cuando era más joven y, se supone, más arrojado, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

—Por orgullo y por vanidad. Hacedles saber cuanto os he dicho a varios de nuestros hombres y que recorran los caminos contando esta historia en todas las posadas a lo largo del valle del Ródano, al otro lado de los Alpes y por todas estas montañas.

Entre tanto Calvino y sus fieles seguidores maquinaban un plan para que Servet se descubriera, los enemigos del reformador seguían ocupados en dismantelar las rígidas ordenanzas que regían en la ciudad de Ginebra.

Pedro Ameaux, miembro del Pequeño Consejo, era uno de los más activos de entre los libertinos, bien secundado por Francisco Favre, su yerno Amadeo Perrin y Sebastián Castellio. Su estrategia consistía en intentar copar todos los puestos posibles de consejeros y, una vez obtenida la mayoría suficiente, suprimir las leyes y los estatutos de la ciudad autónoma de Ginebra que habían sido inspirados por Calvino y sustituirlos por otros más permisivos. Los libertinos rechazaban las

prácticas de la Iglesia romana y abominaban de las corruptelas de la jerarquía católica, pero también renegaban de la dureza normativa de los calvinistas y de la imposición de sus estrictas normas sobre la moral en todos los comportamientos públicos y privados.

—Tenemos que acabar con esta situación. Hemos logrado el control del Consejo Mayor, ahora debemos conseguir la mayoría en el Pequeño Consejo y lograr la condena de Calvino y su destierro; esta ciudad debe volver a ser lo que fue antes de que ese loco impusiera sus estrambóticas normas a todos los ginebrinos.

Quien hablaba con tanta contundencia era Pedro Ameaux, al que acompañaban Sebastián Castellio y Amadeo Perrin.

—El juez Filiberto Berthelier y el lugarteniente de la policía, el señor Pedro Tissot, están con nosotros. Si también logramos convencer a Claudio Rigot, el gobernador general, Juan Calvino puede darse por perdido —expuso el joven Perrin.

—No será tan fácil —terció Castellio—. Calvino mantiene un abundante número de fieles seguidores entre los ciudadanos de Ginebra. Todavía son muchos los que recuerdan el desgobierno en que se sumió esta ciudad cuando expulsaron a ese predicador de aquí, y cómo se vieron obligados a volver a llamarlo para que pusiera orden ante el caos que se desencadenó tras su marcha.

—¡Cómo olvidarlo! Varios de nuestros compañeros fueron decapitados por oponerse a sus normas —recordó Ameaux, que no olvidaba que fue Calvino quien hacía unos años lo condenó a pasearse semidesnudo, cubierto tan sólo con una corta camisola, y con una antorcha en la mano por las calles de Ginebra por decir públicamente que algunas doctrinas del reformador eran falsas—. Y creo que si consigue imponer de nuevo su voluntad en el Consejo Mayor, volverá a hacer lo mismo, y ahora con nuestros propios cuellos. —Tampoco olvidó que tuvo que pedir humildemente perdón por ello ante el tribunal que lo condenó. Cuando logró el poder en Ginebra, Calvino obligó a los disidentes a excusarse por sus críticas y a humillarse ante él.

—Calvino y sus reglas pacatas y puritanas son insoportables. Su obsesión por la disciplina, el cumplimiento del horario y el ejercicio de la moral que él predica son una obsesión a la que jamás renunciará. Se considera elegido por Dios y cree que así está educando a hombres nuevos, pero no hace sino formar una raza de idiotas incapaces de pensar por sí mismos —asentó Perrin.

—Para tu edad, hablas como un doctor en filosofía —le dijo Ameaux.

—He leído a Platón y a Aristóteles —se justificó Perrin.

—¿Y a Servet? —le preguntó Castellio.

—Es un hereje —precisó Perrin.

—Es un librepensador. Su libro sobre el cristianismo tiene desquiciado a Calvino y agitada a la Iglesia católica —dijo Castellio.

»Todos lo consideran un hereje, incluso ha sido quemada su efigie en Vienne.

—Parece que lo admiráis —le dijo Perrin a Castellio.

—Creo que es un hombre que busca la razón por encima de todo; es decir, lo contrario que Calvino o que el papa de Roma, que pretenden imponer sus criterios a sangre y fuego allá donde gobiernan. Por lo que he podido leer en sus libros, Servet ama la vida, esta vida, y la defiende como el bien supremo; por el contrario, calvinistas y católicos sostienen que la existencia terrenal no constituye sino un tránsito para preparar la otra, la eterna.

—¿Creéis que Calvino irá contra Servet? —preguntó Perrin.

—Si estuviera a su alcance, no me cabe la menor duda. Calvino no consiente que nadie le lleve la contraria ni que se cuestionen sus asertos, y Servet lo ha hecho de manera contundente, demostrándole con sus cartas y con su libro que sus argumentos son más sólidos y más convincentes. Y eso, un ser tan arrogante como Calvino no lo tolera. Pero creo que no hay que preocuparse por Servet. Es un hombre inteligente; a estas horas habrá puesto tierra de por medio y me lo imagino a muchos miles de millas de aquí.

Pedro Ameaux asintió ante las palabras de su amigo Castellio.

Cerca de la ciudad de Annecy, mediados de julio de 1553

Dos días más de camino y Servet y su criado alcanzarían los pies de las montañas que separaban Francia del Piamonte. El buen tiempo era propicio para atravesar los últimos pasos de los Alpes y, si todo salía conforme a lo previsto, a comienzos del mes de agosto llegarían a Milán, y allí disfrutarían de la protección de su amigo el médico del duque.

Con el pasaporte falsificado en Briançon a nombre de Miguel de Normandía, médico en París, no tendrían problemas si en la travesía de los Alpes o en el descenso hacia Italia por el valle de Aosta, mezclados con alguna caravana de mercaderes camino de las ferias de verano de la Lombardía, algún oficial les solicitaba sus credenciales.

Habían tomado aposento en la venta La Taza de Oro, en las cercanías de la ciudad de Annecy, y se disponían a cenar cuando escucharon una conversación en la mesa de al lado. Un hombre hablaba a voz en grito sobre lo ocurrido en Ginebra hacía unos días: el reformador Juan Calvino, al que tachaba de perro, había conminado en uno de sus concurridos sermones dominicales a un tal Miguel Servet para que se presentara en esa ciudad a fin de librar entre ambos un debate teológico sobre la existencia de la Trinidad.

—Claro que ese tal Servet no asistirá. Dicen que ya se retaron en París hace

tiempo y que ese falsario hereje se achantó y no acudió a la cita; debe de ser un consumado cobarde. Nadie tiene la inteligencia necesaria para rebatir los argumentos de Juan Calvino, a quien el diablo lleve consigo pronto —sentenció aquel hombre, que dio un buen tiento a su vaso de vino—. ¿Y sabéis por qué? —Los que lo escuchaban callaron y aguardaron expectantes la respuesta—. Porque sus palabras las inspira el demonio, y el demonio es más listo que cualquier hombre.

Servet, desde la mesa de al lado, aguzó sus oídos a cuanto decía aquel tipo envarado y que parecía algo achispado aunque lo suficientemente sereno como para no irse de la lengua más de lo necesario.

—Habla de vos, señor —bisbisó el criado al oído de Servet.

—Sí, no estoy sordo.

Servet parecía molesto aunque interesado con lo que aquel hombre estaba contando.

—Decidlo a cuantos os crucéis en los caminos: Calvino reta a Servet a un debate en Ginebra. Y a la vez, le ofrece acogida en la ciudad, a cubierto de la Inquisición romana, como ya ha hecho con un tal Guérout, uno de esos malditos chupatintas que ayudó a Servet a imprimir uno de sus libros, el que lo ha llevado a la hoguera en efigie en Vienne. Porque todos los enemigos del papa son bienvenidos en Ginebra. Pero descuidad, Servet se volverá a esconder como una rata y no acudirá, de modo que os perderéis el espectáculo.

Aquel hombre dio otro largo trago de vino rojo y rio a carcajadas, golpeando con el puño sobre la mesa. Luego siguió bravuconeando ante todos cuantos quisieron escuchar su relato sobre el enfrentamiento entre Calvino y Servet, maldiciendo a los herejes, a los reformadores y a cuantos se le ocurría mentar.

—Nos quedaremos aquí un par de días, de momento —le dijo de pronto Servet a su criado.

—Pero debemos avanzar cuanto sea posible, señor...

—Ya me has oído, Benito.

—Señor, si permanecemos demasiado tiempo en un mismo lugar podrían identificarnos...

—Has escuchado, como yo mismo, esa conversación. Calvino se está burlando de mí.

—¿No pensaréis dar pábulo a esas bravuconadas? —le preguntó Benito un tanto asustado.

Miguel Servet no contestó; se limitó a comer una manzana, que peló con un cuchillito. Cuando la terminó, se limpió las manos con un paño y bisbisó:

—Tal vez...

—¿Tal vez? ¿Qué queréis decir con «tal vez»?

—Que tal vez vaya a Ginebra.

—No, mi señor, no...

—La Inquisición católica ya me ha quemado en efígie en Vienne, no creo que los calvinistas hagan lo mismo en Ginebra.

—¿No estaréis hablando en serio?

—Por supuesto que sí. Incluso podría ganarme la vida como editor en Ginebra o en Basilea, donde ya viví unos meses. Suiza es una región de excelentes editores y abundan los lectores ávidos de buenos libros que cuestionan los dogmas de la Iglesia romana. Existe un buen mercado en ciudades como Zúrich y Basilea, y alemanas como Frankfurt, Colonia y Estrasburgo. En estos tiempos se están imprimiendo además muchas obras de geografía. El descubrimiento del Nuevo Mundo y las cada vez más frecuentes expediciones por el océano han provocado una notable demanda de mapas y de libros de geografía. Me podría dedicar de nuevo a ello, quizá con Guillermo Guérault, que se ha refugiado en esa ciudad.

—¿También sabéis de geografía? —Benito Perrin no dejaba de asombrarse ante la amplísima erudición de su señor.

—Me ocupé de esa disciplina en la época en que viví en Lyon, hace dieciocho años. Para ganarme la vida trabajé como editor en esa ciudad. Fue aquel infausto año en que el vanidoso y lascivo rey Enrique de Inglaterra ejecutó al honrado Tomás Moro tras mantenerlo durante muchos meses en prisión. Trabajé dos años en la imprenta de Trechsel como corrector de textos. En aquel tiempo editamos uno de los libros más célebres de la historia: la *Geografía* del sabio griego Ptolomeo. Hicimos un buen trabajo. Ya existía una edición impresa por Bilibaldo Pirkeimer, pero contenía decenas de errores. Para esa nueva edición manejé varias copias a las que pude acceder gracias a otros amigos impresores, y realicé una nueva traducción del texto griego. Además, enmendé las medidas de longitud y de latitud que presentaban algunos errores en esas otras ediciones y corregí los nombres equivocados que se asignaban a algunos países, ciudades, montañas y ríos. Cotejé los libros de grandes viajeros como Anglería, Grineo o Munster e incorporé algunas de sus descripciones sobre los pueblos que ellos visitaron. El texto se editó junto a cincuenta mapas que elaboramos a partir de planchas de madera, y que hubo que corregir minuciosamente para descartar cualquier errata. Tuvo mucho éxito, hasta el punto de que imprimimos una segunda edición cuatro años después, ya en Vienne.

»Pero antes de instalarme en Vienne visité Aviñón y luego ejercí la medicina durante algo más de un año en Charlieu; y viajé a Montpellier, donde obtuve el doctorado. En Charlieu fui feliz; allí conocí a una mujer... —Servet hizo un pequeño alto en su relato al recordar a la única mujer con la que había mantenido relaciones durante algún tiempo—, y también a varios anabaptistas, a los que la Iglesia romana condena como herejes a pesar de que son tan inofensivos como una mosca.

—Os admiro, señor —se limitó a comentar el criado, que lo observaba pasmado.

La posada había quedado en calma. Aquel tipo que vociferaba sobre el reto de Calvino a Servet se había marchado, y en las mesas sólo quedaban los clientes que habían reservado habitación para esa noche en La Taza de Oro.

Servet se retiró a descansar y no tardó demasiado en quedarse dormido. En el silencio de la noche, sólo interrumpido por los ronquidos de algunos clientes de la posada y el traqueo de algún catre desplazándose sobre la tarima bajo el movimiento de los cuerpos de dos amantes, el médico hereje se despertó alterado. Estaba sudando y tenía convulsiones en brazos y piernas. Abrió los ojos y apenas pudo entrever un resquicio de pálida luz amarillenta bajo la puerta, quizá el candil de algún cliente que bajaba a aliviarse a las cuadras.

Y entonces recordó lo que acababa de soñar, la causa de su sobresalto. Juan Calvino, muy joven, de rostro acerado, mirada irónica y risa burlona, lo señalaba con el dedo y lo acusaba de cobarde por haber evitado el envite dialéctico al que lo retó en París. En su sueño, Servet se alejaba cabizbajo y derrotado a través de un largo pasillo, bajo unas bóvedas sucias y desconchadas. Humillado y herido en su orgullo, el médico aragonés no podía dejar de ver el rostro burlón de Calvino, riendo a mandíbula batiente, burlándose de su huida y llamándole cobarde una y otra vez.

Y entonces no tuvo duda. Iría a Ginebra y se las vería con el reformador. Sí, eso es lo que haría. Derrotaría de una vez a los fantasmas del pasado y aquella pesadilla no se repetiría jamás.

A la mañana siguiente Servet desayunaba pan con mantequilla, un huevo cocido con col hervida y dos manzanas, mientras su criado engullía un buen pedazo de embutido ahumado y un cuenco de gachas aliñadas con manteca de cerdo.

—Esa comida es demasiado grasienta; no es buena para la sangre —le previno Servet.

—Pero es muy sabrosa y da mucha fuerza, señor.

—Uno o dos días por semana, a lo sumo y en cantidades moderadas, tal vez no resulte demasiado perjudicial. Pero si se consume en proporciones desmedidas y a diario, provoca la putrefacción del quilo, el líquido que se genera en las venas del mesenterio, y causa la enfermedad de la gota. ¿Te has fijado en que sólo padecen esa dolencia los ricos? Eso es debido a que abusan del consumo de faisanes y de perdices, y de carne de carnero y de vaca, regada con abundante vino o cerveza.

—¿Por eso los frailes apenas padecen gota, y en cambio los cardenales sí? —supuso Benito.

—Así es. En la mayoría de los cenobios suele seguirse una buena dieta, según prescribe la regla monástica; los monjes comen cada día verduras, legumbres, pan y frutas, pero sólo consumen carne y pescado, y en cantidades moderadas, dos o tres veces a la semana —precisó Servet—. Si sigues comiendo tanta carne, cuando

cumplas los cuarenta años comenzarás a tener problemas de gota, se te hincharán los pies, te saldrán úlceras en los dedos y las llagas te supurarán produciéndote un dolor insoportable.

—Como dicen que le ocurre al emperador Carlos.

—En efecto, como le ha sucedido a él. Cuando el papa lo coronó en Bolonia ya sufría intensos dolores en los pies. Entonces comenzaba su desayuno con cerveza bien fría y seguía después con empanadas de carne, lechón asado, faisán en salsa, cabeza de ternero al horno y varios platos igual de pesados e indigestos. Pero entonces era joven y fuerte; ahora sufre de hemorroides y arrastra un catarro mal curado. No quiero imaginar los dolores que lo atormentarán ahora que ya ha superado los cincuenta. Hay quien rumorea que podría estar pensando en dejar el trono de España en manos de su hijo Felipe y el imperial en las de su hermano Fernando, y así todos sus dominios quedarían en el seno de la familia de los Habsburgo.

—No creo que yo llegue a esa edad, señor.

—Si te alimentas así, ni lo dudes, Benito. Y sé bien de lo que hablo. Hace quince años publiqué un libro al que llamé *Tratado universal de los jarabes*, donde sostengo que muchas enfermedades se producen por la perversión de las funciones naturales, a veces causadas por la ingestión desordenada y excesiva de carne y de licores. De este modo, la enfermedad de la gota se desarrolla como consecuencia de un consumo abusivo de carnes, lo que provoca la descompensación de los cuatro humores del cuerpo. Para evitarlo, es necesario consumir alimentos vegetales, que actúan como medicinas naturales, así como disfrutar de un sueño abundante y relajado, y recibir masajes una vez a la semana —comentó Servet.

—Procuraré hacerlos caso.

—He decidido ir a Ginebra —soltó de pronto Servet.

Su criado dio un respingo y casi se atragantó con un pedazo de embutido.

—¿Lo habéis decidido esta noche?

—Sí; apenas he podido dormir. Me desperté mediada la madrugada y he tenido muchas horas para reflexionar sobre ello.

—Allí estaremos en grave peligro.

—Iré yo solo.

—Os acompañaré.

—Tú no vendrás conmigo.

—Pero, señor, ¿adónde puedo ir yo si no es con vos?

—A ti no te buscan.

—Quiero ir con vos; soy vuestro criado.

—Ya no lo eres.

—Pero, señor...

—Te daré sesenta coronas de oro.

—¡Sesenta coronas!

—Con ese dinero podrás vivir una larga temporada donde desees.

—¡Es una fortuna, señor!

—Te la has ganado; en Vienne te jugaste la vida por mí.

—Es mi obligación obedecer a mi señor.

—Sin tu ayuda me hubieran atrapado enseguida.

—Señor, yo preferiría seguir a vuestro lado.

—No. A donde yo voy nada puedes hacer.

—Si os vais a dedicar a ser impresor, yo podría trabajar en ese gremio.

—Desconoces ese oficio.

—Me encargaría de preparar los paquetes de los libros, de llevarlos al mercado, de...

—No, mi querido amigo, tu sitio no está en Ginebra, sino en tu tierra.

—Mi lugar está donde vos estéis.

—Cuando te contraté, me dijiste que habías nacido en una aldea de la región de Auvernia.

—Sí, allí florecen los campos de cereales y el agua es abundante y fresca.

—Bien, con este dinero podrás comprar una pequeña hacienda.

—No quiero dedicarme al cultivo de la tierra; no soy agricultor.

—Es un oficio digno y necesario.

—¿Yo, propietario? Si regreso a mi pueblo con tanto dinero creerán que lo he robado.

—Emitiré un documento en el que certificaré que es tuyo legalmente, y también las dos mulas; yo no las necesito. Lo firmaré ante un notario de esa ciudad cercana, Annecy creo que se llama. Espero que haya alguno.

Al día siguiente Servet y su criado se dirigieron a Annecy. El ventero de La Taza de Oro les confirmó que en la ciudad había tres notarios, y en casa de uno de ellos firmaron el documento por el cual el criado recibía sesenta coronas de oro y dos mulas como compensación a los años de servicio al lado de su señor, el médico Miguel de Normandía.

De regreso a la posada, Benito Perrin insistió en permanecer al lado de Miguel Servet, pero la decisión de éste era inamovible.

Tras el almuerzo, se despidieron a la puerta del establo.

—Señor, habéis sido muy generoso conmigo.

—Y tú un buen amigo.

—Pero os lo ruego, llevadme con vos.

—Acabamos de firmar un acuerdo.

—Romperé este papel, os serviré...

—No hay vuelta atrás. Regresa a tu pueblo, cástate con una muchacha de tu aldea, ten muchos hijos y recuérdame de cuando en cuando.

Benito entendió que resultaba inútil insistir, y se resignó.

—Si alguna vez tengo hijos, os prometo, señor, que mi primer vástago varón se llamará como vos.

—Te lo agradezco. Y ahora, debemos separarnos.

—Si alguna vez pasáis por Auvernia, no dejéis de visitarme.

—Así lo haré.

—Mi casa será siempre la vuestra.

—Vamos, márchate ya, tienes un largo camino por delante.

—¿Me permitís una última pregunta, señor?

—Claro —dijo Servet.

—¿Por qué habéis decidido ir a Ginebra?

—Tal vez porque no tengo ningún otro lugar a donde ir.

—Pero habíais pensado viajar a Italia, incluso al Nuevo Mundo...

—Mi destino está en Ginebra.

—Podríais venir conmigo a Auvernia.

—No me veo cultivando campos de trigo.

—Hacen faltan buenos médicos en aquellas tierras. Yo sería vuestro criado...

Servet alzó la mano silenciando a su criado. Apreciaba mucho a aquel muchacho, que durante varios años le había servido con lealtad absoluta. Le hubiera gustado mantenerlo a su lado y seguir compartiendo juntos el viaje, pero aquello estaba resultando demasiado peligroso, y aunque habían tenido mucha suerte hasta entonces, en Ginebra las cosas podían ser diferentes.

—Lo siento, Benito, sabes bien cuánto te aprecio y te considero más un amigo que un sirviente, pero a Ginebra debo ir yo solo. Eso es lo correcto.

—Pero así, de pronto... Yo quisiera permanecer a vuestro lado...

—No es posible. Deseo lo mejor para ti, y si sigues conmigo, tu vida también está en peligro. No quiero ser el causante de que te pueda ocurrir algún daño.

—Insisto, don Miguel, por última vez, dejadme ir con vos, os lo ruego, os lo suplico...

—No, nunca me perdonaría que pudieras sufrir prisión o algo peor por mi culpa. Regresa a tu pueblo y sé feliz.

Benito Perrin se convenció al fin de que no había manera alguna de persuadir a Servet para que cambiara de opinión y de lugar de destino, y mucho menos de que le dejara ir con él.

—Rezaré por vuestra alma, señor.

—Adiós, Benito, adiós.

—Id con Dios, don Miguel.

—Que Él te guíe, amigo, que Él te guíe.

Se dieron un abrazo y se alejaron en direcciones opuestas. Los dos sabían que nunca más volverían a verse.

Ginebra, finales de julio de 1553

—Ni rastro de Servet, señor —informó Germán Colladon a Calvino.

—No puede habérselo tragado la tierra —comentó el reformador.

—Nuestros agentes han rastreado los caminos de Borgoña y Provenza y los pasos hacia Saboya, y no han podido localizarlo. Yo creo que se ha marchado a su tierra, supongo que allí debe de tener familia y amigos que lo escondan y lo protejan.

—No. La Inquisición española también ha dado orden de buscarlo y detenerlo. Y además, Servet se naturalizó francés hace cinco años, de manera que en su tierra natal ahora sería considerado un extranjero. Intuyo que no está demasiado lejos. Sé que se esconde en estas montañas; lo presiento.

—Pero si no se ha dirigido a España, no tiene ningún otro sitio donde refugiarse —supuso Colladon.

—Es un hombre hábil en la huida y el disfraz, y podría permanecer oculto durante años, pero estoy seguro de que lo perderá su soberbia. No es uno de esos tipos anónimos que desean pasar el resto de su vida desapercibidos. Por lo que sé de él, le gusta mucho la notoriedad.

—Hemos hecho lo que ordenasteis. Varios de nuestros agentes han pregonado vuestro reto por ventas y tabernas y han comentado que si Servet se refugia en Ginebra gozará de inmunidad frente a la Inquisición católica. Tal vez así...

—Los libertinos son los únicos de los que se fiaría Servet. Si ellos le ofrecieran su protección, ese hereje podría aceptarla y venir a Ginebra —supuso Calvino.

—Desde luego, los libertinos han sido quienes han difundido su obra en nuestra ciudad, aunque tal vez Servet no lo sepa.

—Claro que lo sabe. En este mundo todos sabemos quién está de nuestra parte y quién es nuestro enemigo.

—Los libertinos siguen ganando terreno en el Consejo Mayor y en el Pequeño Consejo, y ya hacen ostentación de sus extravagancias del modo más impune. Imagino, señor, que los habéis visto utilizar en sus trajes los tejidos más vistosos, la lana más flexible, el algodón estampado y la seda más fina, y calarse esos estrambóticos y carísimos sombreros llenos de plumas multicolores.

—Sí, y eso repugna a los ojos de Dios. En cuanto nos hagamos de nuevo con el gobierno de la ciudad prohibiremos el uso de paños bordados con hilo de oro, el terciopelo y las telas adamascadas. Dios exige que sus hijos vistamos con decoro.

—Aunque esas telas suponen una importante fuente de riqueza para nuestra ciudad —alegó Colladon.

—Al contrario. Semejante derroche de damascos y rasos, de birretes y sombreros tocados con perlas y piedras preciosas y agujas de oro y exóticas plumas son un derroche innecesario y un lujo indecente que Dios no admite.

—Pero dejan dinero en los talleres...

—Y también hemos de acabar con esas fiestas irreverentes que repugnan a la fe. —Calvino estaba exaltado—. Hace unos días se celebró en esta ciudad la festividad de la Magdalena, el único día del año en que cierra el burdel, y yo mismo pude presenciar cómo la gente festejaba por las calles con máscaras y música, alardeando de su locura y realizando gestos procaces y voluptuosos. Incluso se ha vuelto a celebrar el impúdico baile que llaman «volte», ese en el que el hombre sujeta a la dama por un lugar indecoroso en el que se coloca un apósito de madera; y lo han hecho incluso en el interior de algunas iglesias, formados los bailarines en hileras, desfilando al modo de impúdicos ejércitos satánicos. Cada día proliferan por doquier los músicos con sus laúdes, guitarras, trompetas y timbales, que acompañan a cantantes que se mofan de la religión y la fe con canciones cuyas letras son un insulto para los creyentes y una afrenta permanente a Dios y a Su Hijo Jesucristo.

»No pasa un solo día sin que en tabernas y posadas se juegue impunemente a los dados o a los naipes; y durante esos juegos se blasfema y se menta el nombre de Dios en vano. —La indignación de Calvino crecía por momentos—. Las apuestas que se cruzan en las peleas de gallos, las carreras de caballos o los combates entre seres humanos provocan altercados cada vez más graves. Incluso los nobles han vuelto a dirimir sus diferencias batiéndose en duelos y retos a muerte que ofenden a Dios.

»Este mismo año todos hemos sido testigos de una nueva celebración del carnaval, esa maldita fiesta pagana en la que se pervierten todos los valores del cristianismo, se parodia el orden divino del mundo, se baila indecorosamente, se come y se bebe sin medida con una gula sin freno, se altera el equilibrio de las cosas y se burlan los principios de la doctrina cristiana. Todos los domingos se celebran obscenos espectáculos teatrales que incitan a la juventud al jolgorio y la alejan de la oración y de la asistencia a los oficios religiosos.

El reformador alzó su puño amenazante y prosiguió:

—Han vuelto a organizarse opíparos banquetes donde se derrocha comida y bebida con una ostentación escandalosa. Las surtidas mesas de los ricos rebosan de las viandas más exquisitas; no falta la carne de buey y de ciervo, gallinas trufadas, perdices escabechadas, capones, pollos y cisnes asados, salmones, carpas, esturiones y lucios. Entre tanto, las de los pobres carecen de un simple pedazo de pan. Comer sin mesura hasta hartarse y beber hasta resultar completamente ebrio se ha convertido para los ginebrinos en un signo de ostentación de la riqueza, algo totalmente contrario

a la moderación y a la frugalidad que debe observar todo buen cristiano a la hora de alimentarse.

»La ciudad de Ginebra no puede seguir por esta senda de locura y de sinrazón. Debemos hacernos con el poder en el consejo y prohibir todas esas manifestaciones que inspira el diablo para lograr la condena eterna de las almas de los hombres.

—No sé si los ginebrinos entenderán esas medidas, señor. Recordad que cuando quisisteis ponerlas en vigor hace unos años tuvisteis que huir de la ciudad...

—Pero regresé porque el pueblo de Ginebra me reclamó. En mi ausencia, esta ciudad se convirtió en un caos y yo la devolví al orden divino. Ahora es necesario acabar la tarea que comenzamos hace tiempo.

Calvino no albergaba la menor duda de que había sido elegido por Dios para hacer cumplir el plan divino en la tierra.

En una aldea cerca de Ginebra, principios de agosto de 1553

Miguel Servet había llegado sobre una carreta hasta una aldea situada apenas a poco más de dos jornadas de viaje de la ciudad de Ginebra. Pese a algunas dudas, había decidido presentarse en la ciudad donde Juan Calvino predicaba su peculiar visión de la Reforma protestante y donde había logrado establecer una Iglesia propia.

En los últimos días se había enterado de que el partido de los libertinos estaba ganando adeptos y que la posición de los calvinistas se había debilitado mucho en los últimos meses. Aquella situación jugaba en su favor; si conseguía que los libertinos lo protegieran de Calvino, y dado que los católicos no ejercían influencia alguna en el consejo de la ciudad, tal vez pudiera encontrar en Ginebra el asilo que necesitaba, al menos por un tiempo y en espera de continuar viaje hacia el sur, donde pensaba encontrar un lugar en el que librarse definitivamente de la persecución de la Inquisición católica. Y, además, podría tener la oportunidad de derrotar dialécticamente a Calvino, a quien consideraba inferior en inteligencia y en capacidad retórica, resolviendo así veinte años después aquel encuentro pendiente desde París. Servet estaba convencido de que el vencedor en ese debate sería él mismo. Su orgullo lo había empujado hacia el encuentro con el reformador, a pesar de que sabía que era muy peligroso.

La familia de campesinos con la que se había alojado Servet habitaba una casa alejada unos mil pasos de la aldea. Las monedas que les había ofrecido el viajero por unos días de cama y comida contribuirían a mitigar la escasez de ingresos, aquel año disminuidos a causa de una mala cosecha.

En aquellas montañas era duro y difícil ganarse la vida; la tierra cultivable era escasa y apenas rentaba, de manera que muchos jóvenes suizos, sobre todo los

segundones de cada familia, se veían obligados a emigrar y a alistarse como mercenarios en todos los ejércitos de Europa, donde su arrojado valor y su habilidad en el manejo de las armas eran muy apreciados, hasta tal punto que algunos generales los consideraban los mejores soldados de la cristiandad. Los que no podían heredar ya sabían desde muy jóvenes que debían aplicarse en el ejercicio de tiro con arco y con ballesta, en lo cual eran insuperables, y en el uso del mosquete y de otras armas de fuego, además de practicar la esgrima, el manejo de la lanza, la lucha cuerpo a cuerpo y diversos ejercicios físicos.

Tras varios días en aquella casa, la hija mayor del propietario, una joven de unos dieciocho años, de pelo pajizo, rostro redondo y risueño, piel lechosa y suave, pechos abundantes y carnes prietas, había intimado con Miguel. Era una joven atractiva a la que pretendían varios muchachos de la misma aldea y algunos de otras cercanas. No poseía una belleza extraordinaria, pero su aspecto era saludable, su faz risueña, sus modales agradables y su naturaleza exuberante. Sería una buena madre y daría numerosos hijos, sanos y fuertes, a su futuro marido.

Un día, al atardecer, la muchacha se acercó a Servet. El aragonés había cenado un poco de queso, un potaje de verduras y tarta de ciruelas, y tras un corto paseo por un sendero cercano se había sentado en un poyete de madera a contemplar la puesta del sol sobre las montañas azules del oeste.

—¿Puedo acompañaros? —le preguntó la joven.

—Por supuesto.

—Os he observado estos días y os he visto mirar al cielo todas las noches. ¿Qué buscáis en él?

—Respuestas.

—¿En las estrellas?

—En sus movimientos. ¿Te has fijado en ellas? Se trasladan por el firmamento, cada noche giran alrededor de la estrella polar, y lo hacen despacio pero sin cesar, y con una precisión extraordinaria. Esa perfección en sus movimientos sólo puede ser obra de Dios.

—Algunas se mueven muy deprisa; apenas se pueden seguir con la vista, y enseguida desaparecen.

—Ésas son las estrellas fugaces. Se mueven por debajo de las estrellas fijas. Y hay otras que lo hacen de forma diferente; son los planetas: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. Mira, ¿ves aquella estrella, la más luminosa, la de luz blanca que no titila? —Servet señaló la más brillante de la media docena de estrellas que comenzaban a dibujarse en el violáceo cielo del ocaso.

—Sí. Es el lucero del atardecer.

—Es el planeta Venus.

—¿Venus?

—Los antiguos le dieron ese nombre porque es el más hermoso de los astros. Y Venus era la diosa pagana del amor, la más bella de las deidades del Olimpo.

—No os entiendo.

—Es fácil de comprender. Los antiguos griegos y romanos creían que los astros eran sus dioses, y les pusieron sus nombres. Identificaron a Venus, la diosa del amor y de la hermosura, con ese astro, porque es el más rutilante de todos tras el Sol y la Luna.

—La diosa del amor...

La oscuridad iba ganando espacio a la luz, y el cielo parecía poblado de más y más estrellas conforme el rojo resplandor del sol se apagaba tras las montañas. La noche era cálida y una suave brisa del sur impregnaba el aire de una delicada esencia a hierbas aromáticas y a frutas en sazón.

La muchacha se acercó un poco más a Miguel hasta que el médico pudo sentir su calor y el roce de su pierna.

—Supongo que habéis amado a muchas mujeres —comentó de pronto la joven.

Servet se sobresaltó.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Se nota que sois un hombre experto, que habéis viajado mucho y que conocéis muchas cosas.

La muchacha colocó su mano sobre la rodilla de Servet y la deslizó despacio a lo largo del muslo. Cuando casi había alcanzado su entrepierna, el médico la detuvo con delicadeza.

—Lo siento... —bisbisó nervioso.

—¿No os gusto?

—No es eso...

—¿Estáis casado?

—No, no lo estoy, sigo soltero.

—¿Sois clérigo católico entonces? No me importa. Tampoco seríais el primer cura en conculcar el voto de castidad.

—No, no... Yo...

Servet estaba muy nervioso. La muchacha olía a lavanda y su generosa anatomía podría hacer las delicias de cualquier hombre..., pero no de él.

A los cinco años, Miguel Servet perdió un testículo en un accidente. Ocurrió en su aldea natal de Villanueva de Aragón, jugando con varios muchachos de su edad. Se habían subido a uno de los pocos pinos que quedaban en los Monegros, una comarca desforestada y árida pero que en otro tiempo albergó enormes bosques de pino negro. Empujado por uno de los chiquillos, Miguel resbaló, perdió el equilibrio y cayó desde lo alto del árbol golpeándose con varias ramas. Una de ellas, astillada, le rasgó el escroto y le arrancó uno de los testículos. Durante varias semanas el joven Miguel se

debatíó entre la vida y la muerte, pero un médico de Sariñena, una localidad cercana a Villanueva, logró salvarle la vida.

—Dejadme hacer; no soy virgen, como podéis imaginar.

Las manos de la muchacha acariciaban los muslos de Servet, que se sentía atorado y confuso.

—No puedo...

Servet se levantó y se alejó un par de pasos.

—No temáis, no soy un demonio.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Servet.

—El párroco de la aldea dice que algunas veces los demonios se convierten en mujeres para confundir a los hombres y acostarse con ellos.

—Los llaman súcubos, demonios que adquieren la forma de una mujer para seducir a los varones, ganarse su alma y arrastrarlos al infierno. Pero yo no creo en esas patrañas. Esa añagaza la emplean los clérigos para evitar la profusión del sexo fuera del matrimonio, lo que consideran un pecado —le explicó Servet.

—Tampoco soy una bruja. Algunas muchachas, e incluso algunas mujeres ya ancianas, han sido acusadas de brujería y quemadas en la plaza de la iglesia. Los oficiales del obispo suelen venir de vez en cuando por estas aldeas de las montañas y hacen lo que ellos llaman una encuesta para descubrir qué mujeres practican la brujería. A veces han encerrado en prisión a pobres viejas que sólo se dedicaban a recoger hierbas en los campos para curar males de tripas o dolores menstruales. Hace un par de semanas se llevaron a una mujer casada con un pastor que vive a una hora de camino de aquí. La acusaron de acordar tratos con el diablo y de acostarse con él, encarnado en un macho cabrío. Pero yo la conozco bien. Es una pobre desgraciada que rechazó las pretensiones de un cura que la pretendía, y éste la acusó de bruja por no aceptar acostarse con él. Dicen que la quemarán viva muy pronto.

—En eso, luteranos, calvinistas y católicos coinciden plenamente. Todos queman a mujeres acusadas de brujería, y lo hacen porque anhelan que sea su forma de entender el cristianismo la única que se imponga. No, no creo que tú seas una bruja.

—¡Vaya!, entonces... ¿sois marica? ¿Os gustan los chicos? Conozco algunos de éstos, pero no se comportan como vos.

—No, simplemente no me atrae el sexo. La ley de Dios prohíbe las relaciones entre hombre y mujer fuera del matrimonio —se excusó Miguel.

—¡Todavía no habéis conocido mujer! Se trata de eso, ¿verdad? No os preocupéis por ello, yo sabré cómo confortaros; dejadme hacer.

—No puedo, no puedo...

—¿Acaso...?

—No soy un hombre completo... —se sinceró Servet—. Siendo un niño sufrí un accidente y perdí uno de mis testículos...

—Lo siento. No podía imaginar... Pero conserváis el otro, ¿no? Basta con uno solo para satisfacer a una mujer, mientras mantengáis intacta vuestra verga.

—Sí, mi pene está bien, pero el otro testículo también resultó dañado más tarde, con una hernia.

—Entonces, ¿no podéis erguir vuestra verga? ¿Es eso...? Dejadme que lo intente.

Era la primera vez que Miguel Servet le confesaba a una mujer sus carencias. La pérdida de su testículo y la hernia del otro lo habían dejado impotente e incapaz de eyacular, o al menos así lo había asumido desde su adolescencia. A lo largo de su vida se le habían presentado numerosas ocasiones para acostarse con mujeres, pero ni tan siquiera lo había intentado, convencido de que sus problemas físicos le impedirían completar el coito.

En una ocasión, cuando vivía en Charlieu y ya era un afamado médico, tuvo una relación con una joven dama de esa localidad. Durante varios meses la estuvo visitando e incluso llegaron a hablar de un posible matrimonio, pero aquel noviazgo se interrumpió ante el miedo de Servet a no poder consumir el acto sexual y, aun si pudiera conseguirlo, nunca podría fecundar a su esposa al carecer de semen.

Durante la práctica de su oficio se le habían insinuado e incluso ofrecido abiertamente algunas mujeres, tanto solteras como casadas, y siempre las había rechazado; a las solteras les decía que Dios sólo permitía el sexo entre esposos y con la exclusiva misión de procrear, en tanto a las casadas les recordaba que el adulterio repugnaba a los ojos de Dios y que estaba prohibido y duramente castigado por las leyes terrenales. Solía asustar a esas mujeres, que le pedían que las montara, explicándoles que Dios castigaba a los fornicadores con la terrible enfermedad de la sífilis, que provocaba tremendas heridas y enormes aflicciones a los afectados, que no tardaban en morir aquejados de dolorosos sufrimientos.

En ocasiones, y para huir de una posible tentación, recordaba una carta que el emperador don Carlos le había escrito a su hijo Felipe, el heredero de los dominios hispanos, en la que le decía que el exceso de la práctica sexual podía llegar incluso a matar a un hombre.

La muchacha obvió las palabras de Servet y siguió masajeándole los muslos hasta alcanzar la entrepierna. El médico estaba ofuscado y le dejó hacer. Las manos de la joven se introdujeron dentro del calzón y buscaron el sexo masculino. Una sensación extraña se apoderó de ella cuando alcanzó su objetivo y palpó unos atributos carentes de uno de los testículos, pero de un considerable tamaño, aunque estéril, en la única gónada existente.

La verga de Servet seguía flácida, rendida en su permanente inapetencia pese a los tocamientos de la joven. Pero la muchacha no se arredró. Le bajó los calzones hasta dejarlos a la altura de las rodillas y se introdujo el pene en la boca, lamiéndolo una y otra vez, procurando proporcionarle el mayor deleite posible. Servet, paralizado

y rígido como una estaca de palo, miraba entre las sombras de la noche la cabeza de la joven, enterrada en su entrepierna, afanada en despertar aquel miembro dormido.

Tras un buen rato y numerosos intentos por enhestarla, la verga del médico continuó flácida y derrotada. Entonces, la joven también se rindió.

—Es la primera vez que me pasa. Hasta ahora ningún hombre había...

Servet le selló los labios con su mano.

—No es culpa tuya. Ya te dije que no me interesa el placer que deviene del sexo.

Miguel se subió los pantalones y se alejó sumido en un profundo desasosiego.

Las estrellas rielaban en un firmamento que ahora le parecía más oscuro y hostil que nunca.

Capítulo IV

Ginebra, 12 de agosto de 1553

Aunque hacía varios días que había tomado la firme decisión de acudir a Ginebra, Miguel volvió a tener dudas. Cuando en la posada escuchó decir a aquel hombre que Calvino lo retaba a un debate y que lo tildaba de cobarde, no pudo contenerse, y su primer impulso fue viajar a Ginebra y enfrentarse al reformador, a quien consideraba muy inferior en capacidad intelectual y en habilidad dialéctica.

Era verdad que en una ocasión, cuando Calvino quiso debatir con él en París, Servet no acudió a la cita. Pero no lo hizo por cobardía o por temer perder el envite dialéctico con el reformador; si no se presentó entonces fue porque no quiso participar en un espectáculo que consideraba denigrante para la forma en que entendía la disputa sobre la religión.

Lo recordaba bien de los tiempos en que ambos compartieron enseñanzas y residencia colegial en París. En una ocasión, Servet dictó una lección sobre la importancia de la astrología como disciplina para predecir el tiempo climatológico e incluso para la medicina. En la mente enciclopédica de Servet cabía todo, y su afán por saber y conocer todas las materias propias del ser humano lo habían hecho transitar por la filosofía más críptica, y había estudiado los textos herméticos y los tratados de los neoplatónicos. Nada escapaba a su curiosidad y a su afán por alcanzar las más altas cotas de la sabiduría.

Unos viajeros que procedían de Ginebra anunciaron en la aldea que los libertinos habían logrado derrotar a los partidarios de Calvino y que tenían en sus manos el gobierno de la ciudad. Se rumoreaba que el reformador había perdido toda su influencia, que sus partidarios habían sido alejados del control del gobierno local y que no pasaría mucho tiempo antes de que el propio Calvino fuera detenido y encarcelado, para tal vez sufrir un segundo y definitivo exilio. Esas noticias disiparon las pequeñas dudas de Servet y decidió que al día siguiente se dirigiría a Ginebra.

Dejó la casa donde había estado hospedado los últimos días. Al despedirse de la familia que lo había alojado le entregó al padre una decena de monedas de plata. Miró a la muchacha del pelo pajizo y recordó lo sucedido con ella un par de noches antes. Y lamentó no ser un varón completo.

Cargó la bolsa de viaje en la carreta de un comerciante de telas y partió en dirección a Ginebra.

Estaba cansado de huir, de ocultarse, de falsificar su verdadera identidad. Tenías ganar de anunciar quién era, qué pensaba, a qué se había dedicado todos esos años.

La nueva situación que esperaba encontrar en Ginebra se presentaba como una oportunidad extraordinaria. Confiaba en que el triunfo de los libertinos traería a esa ciudad un tiempo nuevo en el que fuera posible debatir sobre cualquier tema a la luz de la razón, sin miedo a ser denunciado por expresar ideas contrarias a los dogmas establecidos.

Arnoullet y Guérout, los dos impresores con los que había editado en Vienne *Restitución del cristianismo*, le habían hablado muchas veces de las ideas que inspiraban al grupo de los libertinos de Ginebra, y de cómo Amadeo Perrin, uno de sus máximos dirigentes, defendía una y otra vez que en esa ciudad debían tener cabida todos los seres humanos, sin distinción alguna por su manera de pensar o de creer.

Pasó la noche en una posada en L'Elmiset. Desde allí se desplazó a pie hasta el pequeño burgo de Sézenove, a un par de horas al oeste de Ginebra, donde alquiló un caballo. A media mañana de aquel sábado divisó la ciudad, orillada en el extremo occidental del lago Lemán. El sol lucía en lo más alto del cielo, las montañas se recortaban en el azul como recién esculpidas por la mano de un gigante y el aire transportaba aromas a flores y a hierbas. Varias carretas cargadas de diversas mercancías se dirigían por el mismo camino hacia la ciudad, en un tráfico ordenado que aumentaba conforme se iba acercando a sus puertas.

Más de quince mil almas vivían en la ciudad de Ginebra, cuyas calles empedradas estaban bastante limpias y las casas destacaban por los brillantes y variados colores que lucían sus pulcras fachadas. Miguel recordó entonces su aldea en Aragón, con aquellas calles llenas de polvo que la escasísima pero intensa lluvia tormentosa convertía un par de veces al año en un impracticable lodazal, y las casas de adobe y tapial, de humildes fachadas encaladas entre las que de cuando en cuando destacaba alguna de ladrillo, de mayor tamaño y prestancia.

El caserío ginebrino quedaba partido en dos mitades casi iguales por el río Ródano, cuyas aguas brotaban del lago y desde allí se dirigían serpenteantes hacia la lejana Lyon. A orillas del Lemán, junto al curso del río, se alzaba un puerto fluvial rodeado de una amplia valla, cuyos muelles se adentraban por ambos lados del cauce del Ródano. Una poderosa muralla protegía toda la ciudad, e incluía amplios espacios abiertos en los que se cultivaban pequeños huertos salpicados de árboles frutales. En la zona más alta, sobre un elevado promontorio, destacaba la antigua catedral católica, un gran edificio de piedra consagrado a san Pedro que Calvino había adoptado como templo matriz de su nueva Iglesia reformada.

A Servet le llamó la atención que apenas se intuían diferencias entre los ginebrinos en su modo de vestir e incluso en la forma exterior de sus casas; no había grandes palacios de piedra pero tampoco chozas míseras, como ocurría en otra ciudades. Las diferencias entre ricos y pobres, si es que las había, no se veían por

ninguna parte.

Los ginebrinos vestían sin mostrar lujo alguno, pero era evidente que sus ropas estaban fabricadas con paños de gran calidad y realizadas por expertos sastres. Abundaban las tiendas de artesanos orgullosos de ejercer sus oficios con maestría y de fabricar sus productos con la máxima calidad. Parecían gentes felices, dichosos por ser miembros de una comunidad en la que se valoraba el trabajo bien hecho, el esfuerzo personal y la excelencia en el ejercicio de cada profesión.

Poco después de mediodía Servet atravesó la puerta de la ciudad en el camino que llegaba de Borgoña. Le llamó la atención la ausencia de mendigos y vagabundos, que solían ser muy numerosos en casi todas las ciudades. Preguntó a unos arrieros por alguna posada y le recomendaron que se dirigiera a la hostería de La Rosa, ubicada a orillas del lago, junto a uno de los embarcaderos.

—¿Tenéis cama y comida para un viajero francés? Me han recomendado esta posada como una de las mejores de la ciudad —le preguntó Servet al mesonero.

—En La Rosa siempre hay espacio para un amigo francés —le contestó—. ¿Estáis de paso?

Servet dudó un instante, pero reaccionó enseguida.

—Sí; me dirijo a Zúrich —mintió Servet.

—Pues habéis elegido el lugar adecuado para pernoctar en Ginebra. Todos los días parte de este muelle una barca a Lausana, una ciudad en la orilla norte del lago, y desde allí sale un camino hacia esa ciudad, y en cuatro jornadas más estaréis en Zúrich. Y descuidad, esa ruta está libre de ladrones y salteadores; las autoridades de los cantones de esa región han organizado patrullas armadas que han acabado con ellos. ¿Sois letrado?

—No. Soy médico. Vengo de París y deseo establecer consulta en Zúrich.

—Otro hugonote perseguido —musitó el mesonero, que se encogió de hombros y, tras ordenar a uno de los criados que se llevara el caballo a las cuadras, cargó con la bolsa de viaje de Servet y le pidió que lo acompañara a la planta alta, donde se alineaban varias estancias.

»Dada vuestra condición, imagino que desearéis una habitación sólo para vos, sin compartir con otros clientes. Es más cara, pero estaréis mucho más cómodo. Nunca se sabe al lado de quién se va a dormir en una habitación múltiple.

Abrió una de las puertas y le mostró una pequeña salita en la que apenas cabía una cama, un baúl, una jofaina, un brasero y una bacinilla de cerámica con tapa para mitigar los malos olores de la micción nocturna. Una ventanita con vidrios emplomados se abría hacia el lago y permitía la ventilación de la estancia.

—Está muy bien. ¿Cuánto?

—La Rosa es la mejor hostería de Ginebra. Dos monedas de plata al día, por adelantado, e incluye la comida. Y otras dos monedas más si deseáis compañía

durante la noche. Ya me entendéis... —El mesonero le guiñó un ojo.

—De acuerdo. Pero ese tipo de compañía no será necesario.

—También puede ser un muchacho...

—No; prefiero dormir solo.

—Como gustéis, señor. ¿Cuánto tiempo pensáis quedaros?

—Cuatro, tal vez cinco días, lo que tarde en organizar mi viaje a Zúrich —respondió Servet.

Lo cierto era que Miguel nunca había pretendido viajar a esa ciudad, ni siquiera se había planteado cuánto tiempo iba a permanecer en Ginebra. Simplemente estaba allí, empujado por un impulso irresistible de encontrarse con Juan Calvino, arrastrado por su soberbia, su orgullo o sus deseos de saldar una deuda pendiente desde los días de París; o, quién sabe, tal vez cansado de huir y de esconderse.

Tras una frugal comida, el médico hereje salió de la posada. Recorrió los muelles, donde desde unas embarcaciones se descargaban y en otras se cargaban diversas mercancías, en sacas de arpillera y cajones de madera marcados con grandes letras y números con tinta negra.

En una explanada varios jóvenes jugaban con raquetas con las que golpeaban una pelota de cuero. Aquel divertimento consistía en pasar la pelota con habilidad de un lado a otro por encima de una cuerda que dividía en dos un campo marcado con unas rayas de cal, evitando que la pelota tocara en el suelo o que saliera fuera del recinto de juego. Cerca de ellos varias mujeres se lanzaban unas a otras una pelota y corrían para evitar ser golpeadas y eliminadas en un juego que llamaban «el volante», el cual era especialmente odiado por Calvino porque decía que fomentaba la desinhibición natural de la mujer y la incitaba a la risa y a la banalidad.

A media tarde se dirigió a la plaza del mercado. En la fachada de la casa del concejo un magnífico reloj mecánico marcaba las horas con precisión, regía el tiempo de la ciudad y se mostraba a los visitantes para orgullo de los ginebrinos.

Varios corros de curiosos rodeaban a comedores y escupidores de fuego, a prestidigitadores que hacían desaparecer objetos y aparecer palomas como surgidas de la nada o manejaban en el aire hasta siete pelotas sin que ninguna de ellas cayera al suelo, a funámbulos que caminaban en lo alto sobre una cuerda tendida entre dos edificios y a acróbatas que realizaban las más arriesgadas piruetas en cabriolas imposibles.

—No podemos consentir que los libertinos sigan adelante con sus planes —oyó Servet que comentaba un personaje vestido de negro, tocado con un sombrero cónico de ala ancha, a otro individuo a la sombra de un soportal en uno de los rincones de la plaza.

—Tienes razón —asintió el otro—. Esta ciudad ha vuelto a convertirse en un

permanente carnaval. Mañana predica Juan Calvino en San Pedro. Se comenta que va a condenar estas prácticas con toda firmeza y que va a dictar una serie de normas para devolver a Ginebra a la senda de la Reforma que nunca debió abandonar.

Servet aguzó el oído para no perder detalle de lo que aquellos dos hombres comentaban.

—¿En San Pedro, dices?

—Sí, en el templo que fuera la catedral de los papistas. El sermón de Calvino tendrá lugar a mediodía, y espero que sea el punto de partida para recuperar el gobierno de la ciudad.

O había entendido mal o acababa de escuchar el anuncio del inicio de una conspiración de los calvinistas para hacerse con el gobierno de la ciudad de Ginebra y desbancar del poder a los libertinos.

Y enseguida lo tuvo claro. Al día siguiente, domingo, se presentaría en la iglesia de San Pedro para escuchar a su enemigo y procuraría observar su comportamiento para evaluar las armas que necesitaría para derrotarlo.

Al entrar en Ginebra había pensado buscar a Guillermo Guérout, el impresor que huyó de Vienne poco antes de que se descubriera que él había sido el responsable de la edición de *Restitución del cristianismo*, pero aquella conversación que escuchó en la plaza del mercado cambió su prioridad. Ahora lo más urgente era presentarse en el sermón de Calvino, reencontrarse con su pasado y saldar una vieja deuda.

Ginebra, 13 de agosto de 1553

Pasó la mañana del domingo en su habitación, concentrado en la lectura de un librito de poemas de Horacio que había adquirido la tarde anterior en una librería de la calle principal de Ginebra.

Sólo bajó a la taberna de la posada de La Rosa una hora antes del mediodía, para comer un caldo de verduras y un poco de queso; apenas tenía apetito. Al acercarse la hora anunciada para el sermón de Juan Calvino, Miguel se aseó, ordenó que cepillaran su traje, se cubrió con su sombrero de fieltro y salió a la calle.

Los alrededores de la que fuera catedral católica de San Pedro, erigida como sede principal de los calvinistas, se encontraban abarrotados de gente. Sus dos rotundas torres de piedra blanca y el alto tejado de su nave central destacaban por encima de todo el caserío ginebrino, como recortados en el limpio cielo azul del estío suizo.

Por toda la ciudad había corrido el rumor de que Juan Calvino estaba preparando una ofensiva para contrarrestar el creciente poder de los libertinos, y recuperar la fuerza y la influencia que había perdido en el concejo.

Casi todas las personas que se arremolinaban a la entrada del templo vestían de

negro riguroso, y ninguna de ellas, ni siquiera las damas de más elevada posición, lucían el menor signo de lujo o de riqueza, salvo la calidad de los paños de sus ropajes o la del cuero de sus calzados.

Miguel Servet entró en el templo poco antes de que se iniciara la ceremonia. Contempló las naves de piedra y aquella vista le recordó el interior de la catedral de Nuestra Señora de París, con sus pilares fasciculados, sus vidrieras de colores y su cabecera iluminada por ventanas de arcos apuntados.

Quería ocupar un lugar destacado, lo más cerca posible del púlpito, para no perder detalle alguno de las palabras que en breve iba a pronunciar Calvino. Ardía en deseos de escuchar a su rival, al que no veía desde que compartieran colegio en París, hacía de ello casi veinte años.

Buscó un buen sitio en el que sentarse y localizó un hueco en un banco, muy cerca del lugar donde supuso que Calvino pronunciaría el esperado sermón. Atravesó la iglesia y se acomodó en el banco, junto a una pareja de ginebrinos que se bisbisaban al oído palabras ininteligibles. Todavía faltaban algunos minutos para que diera comienzo la esperada alocución del reformador y el templo ya estaba lleno de gente. Pese a lo sagrado del lugar, un murmullo de expectación flotaba bajo las bóvedas de piedra de San Pedro.

De pronto el rumor fue en aumento. Las cabezas se giraron hacia un lado y entre la multitud que llenaba las naves apareció la figura de Juan Calvino, escoltado por varios de sus colaboradores. El reformador avanzó entre la gente, que se abría a un lado a su paso, y se dirigió hacia el púlpito.

El templo estaba iluminado por varios candelabros en los que lucían gruesos velones y por la luz de la tarde estival que penetraba a través de las vidrieras multicolores.

Lo recordaba de otra manera pero no tuvo ninguna duda de que era él. Servet observó a Calvino y buscó en su memoria veinte años atrás. El reformador parecía más delgado, su porte era menos altivo y su rostro tenía un aspecto cerúleo, pero de sus ojos emanaba la misma mirada iluminada del joven reformador dispuesto a convencer al mundo de que tenía la razón, toda la razón, la única razón, porque Dios estaba de su parte.

El rumor se fue apagando hasta convertirse en un silencio absoluto cuando Juan Calvino llegó al pie del púlpito. En ese momento uno de los dos que estaban al lado de Servet se levantó, se dirigió al reformador y le bisbisó algo al oído. Calvino pareció sorprenderse, pero luego asintió con un gesto de su cabeza.

Con una estudiada pose, se apoyó en la baranda y se inclinó ligeramente hacia el auditorio, que esperaba impaciente sus palabras. Irguió la cabeza, desplazó sus ojos por toda la iglesia y cuando parecía que iba a iniciar su discurso, se detuvo como si hubiera tenido una visión.

Y así era. Juan Calvino clavó sus ojos en uno de los asistentes a su sermón, el hombre que estaba sentado al lado del que se había levantado para susurrarle algo al oído. El sujeto de la atención del reformador era un hombre delgado, de pelo entrecano y rostro sereno que lo contemplaba apenas a una docena de pasos de distancia. Calvino, pese a que le acababan de advertir de su presencia, apenas lo podía creer; allí mismo, delante de sus ojos, retando a la lógica y al sentido común, justo donde le acababa de indicar uno de sus colaboradores, estaba Miguel Servet. Lo reconoció enseguida, apenas con cruzar sus miradas, sólo con observar la actitud que el hereje había adoptado. A pesar de que habían pasado muchos años desde la última vez que se habían visto, aquel rostro le resultó inconfundible.

Aunque Calvino había previsto que Servet acudiría a Ginebra en cuanto se enterara del reto que le había lanzado, su sorpresa fue monumental y se quedó atónito. El silencio de los asistentes se tornó de nuevo en un rumor que fue en aumento cuando el predicador alzó los brazos y bajó del púlpito, y sin mediar palabra se dirigió hacia el banco donde estaba sentado Servet.

—Tú... tú eres el hereje. —Lo señaló apuntándole con el fino dedo índice de su mano derecha.

Los que estaban alrededor de Miguel Servet se quedaron pasmados por la acusación de Calvino, que agitaba amenazante su mano derecha ante el rostro sereno del médico aragonés.

—He venido a escuchar tu sermón, veinte años después. Aquí estoy —se limitó a comentar Servet.

—¡Detenedlo! —Calvino se giró hacia un grupo de sus más fervientes seguidores y señaló al hombre al que debían apresar.

Sin pensarlo un momento, varios calvinistas agarraron por los brazos a Servet y lo inmovilizaron. El murmullo se había convertido en un tumulto, y los asistentes a la ceremonia comenzaban a inquietarse.

—¿Por qué me detenéis? —preguntó en vano el médico aragonés sin obtener respuesta alguna.

—Llamad al síndico, de prisa —espetó Calvino.

Pocos minutos más tarde apareció el síndico de Ginebra escoltado por dos guardias, que tuvieron que abrirle paso en medio de la multitud que se arremolinaba en el templo.

—¿Quién es este hombre? —demandó el síndico.

—El mayor hereje del mundo —respondió Calvino—. Llevadlo a la prisión del obispado.

—¿Con qué cargos?

—Blasfemia y herejía. Yo respondo de esas acusaciones.

El síndico ordenó a los guardias que apresasen a Servet; la comitiva salió del

templo entre las increpaciones de algunos asistentes a la ceremonia, que ya se habían enterado de que aquel reo era un peligroso hereje.

Esa misma tarde Pedro Tissot, lugarteniente de la policía de Ginebra, se presentó en casa de Calvino.

—Señor, ¿puedo hablar con vos? —le preguntó.

—Por supuesto, Tissot, pasad y sentaos. ¿Qué os trae por mi humilde morada?

—Se trata de ese hombre al que habéis ordenado apresar. El síndico me ha informado que ya está encerrado en la cárcel del obispado, y que habéis sido vos quien ha ordenado su confinamiento.

—Así es. Ese individuo es el más peligroso de los herejes. Yo lo conocí en París hace unos años. Su verdadero nombre es Miguel Servet, aunque ahora se hace llamar Miguel de Villanueva. Es autor de un libelo en el que blasfema contra Dios y la verdadera religión. Lo he reconocido hoy mismo. Se encontraba en la iglesia de San Pedro, sentado delante de mis narices, con una sonrisa burlona como sólo un enviado del diablo es capaz de dibujar.

—¿Qué queréis que hagamos con él?

—Mantedlo bien vigilado en la prisión. Hace unos meses logró evadirse de la cárcel de Vienne, donde había sido juzgado por hereje y donde quemaron su efigie en su ausencia. Es un experto en fugas; hace tiempo que lo buscan los tribunales de varias ciudades francesas; hasta ahora había logrado burlarlos. Aquí también tendrá que responder de sus crímenes. Es un hombre muy peligroso, vigiladlo bien.

El lugarteniente de policía se rascó la cabeza.

—En ese caso, no entiendo por qué se ha presentado en Ginebra y mucho menos por qué ha ido a escuchar vuestro sermón. Si os conocíais..., bueno, él sabía que podíais identificarlo, y en ese caso... Sigo sin entender qué hacía en vuestra iglesia —se preguntó Tissot.

—Hace tiempo que este hereje merecería estar muerto y ardiendo eternamente en el infierno. El diablo lo ha enviado ante nosotros para propagar su doctrina herética y emponzoñar las almas de los fieles cristianos. Si dejamos que su voz se escuche y sus libros se lean, el éxito de la Reforma está en peligro y todo cuanto hemos logrado Lutero, Zwinglio, Melanchthon y yo mismo puede haber sido en vano. Sus perversas ideas ya se han difundido por el este de Francia y el norte de Italia, y si no las cortamos de raíz seguirán avanzando como una calamitosa plaga por el resto de la cristiandad. Es necesario liberar al mundo de este satánico individuo. Los papistas lo intentaron en Toulouse, París y Vienne, pero se les escapó. Ahora está en nuestras manos, y no podemos cometer el mismo error.

—Si eso es cierto, don Juan, ese hombre debe pagar por sus pecados, pero os recuerdo que nuestras leyes obligan al acusador a permanecer en la cárcel con el

acusado hasta que pruebe su demanda y el tribunal fije los cargos contra el reo. En este caso, si vos sois el acusador... —Tissot carraspeó— deberéis acompañarme a la cárcel y permanecer en ella hasta que se dicte veredicto al respecto.

Ante la inesperada sorpresa de ver a Servet en su iglesia, Calvinó no había reparado en esa ley vigente en el municipio de Ginebra.

—Tenéis razón. Todos estamos obligados a cumplir las leyes. La acusación de ese hereje la ejercerá mi secretario, Nicolás de la Fontaine. Él acudirá hoy mismo a la cárcel para encabezar la acusación formal y presentar los cargos correspondientes. Le avisaré enseguida.

—Como dispongáis, señor. Pero recordad que si el acusador miente y la denuncia es falsa, se le aplicará la ley del talió: ojo por ojo...

Pedro Tissot hizo una forzada reverencia ante Juan Calvinó y salió de la casa.

El reformador llamó a su criado y le ordenó hiciera acudir a toda prisa a Nicolás de la Fontaine, del que demandaba su presencia inmediata.

Nicolás de la Fontaine, estudiante en la academia de Calvinó y su secretario personal, aunque también ejercía como cocinero del maestro, presentó en la corte de justicia de Ginebra la acusación por escrito contra Miguel Servet a última hora de la tarde del domingo, y se quedó recluido en la prisión con el acusado, como dictaba la ley.

Esa misma tarde, Calvinó citó a sus principales colaboradores en su casa. Pese a sus planes, la presencia de Servet en Ginebra lo había sorprendido por completo, pero una vez realizada la acusación en firme era necesario preparar las pruebas y los argumentos que conllevaran la condena del médico de Vienne, o el reformador quedaría en el más absoluto de los ridículos, y su cocinero expuesto a un severo castigo por interponer una acusación falsa. Quedaron en trabajar duro toda la noche para al día siguiente tener dispuesta la lista de cargos contra Servet.

Ginebra, 14 de agosto de 1553

Alrededor de la humilde mesa de la estancia principal de la casa de Calvinó se sentaban el reformador, Germán Colladon, D'Arnold, Guillermo de Trie y Guillermo Farel, quien cada dos meses solía viajar a Ginebra para visitar a su amigo Calvinó.

—Señores, disponemos de muy poco tiempo. Esta misma mañana mi secretario debe presentar los cargos concretos para la acusación formal contra Miguel Servet. He pasado la noche en vela redactando estos folios. Quiero que escuchéis lo que he escrito y me deis vuestra opinión. —Calvinó se dirigió a sus colaboradores en tono más serio y con un semblante todavía más severo del que acostumbraba.

»Basaremos la acusación en esta obra, *Restitución del cristianismo*. —Calvinó

tenía encima de la mesa su ejemplar de ese libro—. Aludiremos a que Servet es un prófugo de la justicia, un delincuente irreducible que hace más de veinte años que es reclamado por varios tribunales de Francia. Comenzaremos denunciando sus comentarios a los textos de la Biblia, a los que Servet niega su sentido profético. Esto ya fue condenado incluso por la Iglesia de Roma, que ha puesto en el *Índice* de libros prohibidos las notas que este hombre añadió a la edición de la Biblia de Pagnini, de la cual se hicieron varias ediciones. Y continuaremos atacando su actitud a favor del paganismo a raíz de los comentarios que realizó en la edición que hizo de la obra de Ptolomeo.

»He anotado todos los errores que contiene su última obra, por la que fue condenado a muerte en Vienne, y creo que no admiten la menor duda sobre su herejía. Este hombre se ha propuesto destruir los cimientos del cristianismo: niega la Trinidad, la divinidad eterna de Cristo, la inmortalidad del alma e incluso se opone al bautismo de los niños.

—Algunos dicen que es judío —asentó Germán Colladon.

—Sí, eso se comenta en Lyon —terció Guillermo de Trie—. Me lo ha dicho en una carta mi primo Antonio Arney.

—Eso no lo podemos probar —añadió Calvino.

—Si lo es, sí se puede —intervino Guillermo Farel.

—Explicaos —le pidió Calvino.

—Como sabéis, los varones judíos son circuncidados en su niñez. Pidamos, con cualquier excusa, que un médico inspeccione los atributos varoniles de ese hombre; si tiene el pene circuncidado, la prueba de su judaísmo será irrefutable —concluyó Farel.

—Si es judío, se añadiría un cargo más a la acusación, y Servet sería irremediamente condenado —dijo Colladon.

—Vuestro cocinero...

—En este caso actúa como mi secretario —puntualizó Calvino a Farel.

—Vuestro secretario, quería decir, permanecerá en prisión, como marca la ley, en tanto no se acepten las acusaciones en firme. Por tanto, las que presentemos deberán estar bien argumentadas. De modo que debemos retirar la de judaísmo, al menos por el momento. Aunque no estará de más que corra el rumor de que ese hombre es un judío oculto —dijo Farel.

—Así lo haremos. ¿Alguna cosa más, señores?

Los consejeros de Calvino asintieron con gestos ostensibles.

—Cuarenta cargos contra él... Servet es hombre muerto —bisbisó Colladon.

—Llevad vos este escrito a la prisión, entregadlo a Nicolás y que lo presente ante el tribunal de justicia.

Nicolás de la Fontaine había pasado la noche en la prisión del obispado de Ginebra, en una celda al lado de la de Servet. Mediada la mañana se presentó ante él Germán Colladon, acompañado por uno de los guardias.

—¡Don Germán! —exclamó Nicolás—, pensaba que no vendríais nunca. Un día en la cárcel se hace eterno.

—Traigo estos pliegos con las acusaciones que don Juan ha preparado contra ese maldito hereje. Las hemos comentado esta mañana en su casa. Debes presentarlas hoy mismo ante el tribunal. Son cuarenta delitos los que le imputamos.

—Uno de los carceleros me ha dicho que si la acusación resulta falsa y ese hombre es inocente, el que arderá en la hoguera seré yo —dijo De la Fontaine.

—No te preocupes, tenemos todo bien atado. Hoy mismo el tribunal aceptará los cargos contra Servet y tú saldrás a la calle. Don Juan te agradece el servicio que has prestado; y no lo olvidará, ya sabes lo generoso que es. Y ahora, vamos, tienes que presentar los cargos.

Los dos hombres, acompañados por el guardia, se dirigieron al despacho que ocupaba Tissot, el lugarteniente de la policía de Ginebra.

—Señor lugarteniente —dijo De la Fontaine—, aquí presento estos pliegos de acusación contra Miguel Servet, alias Miguel de Villanueva, a quien ayer denuncié por hereje y blasfemo. Don Germán Colladon actúa como mi abogado.

Pedro Tissot cogió los folios de papel y los hojeó, leyendo algunas de las acusaciones, numeradas de la primera a la cuadragésima.

—Cuarenta cargos, ¿eh? Habéis trabajado duro toda la noche, supongo —ironizó el jefe de la policía.

—Así es, señor —dijo Colladon.

—Herejía..., varias herejías, blasfemia..., varias blasfemias, difamación de personas honestas y fieles cristianos, promoción de escándalos públicos, afrentas a las iglesias reformadas de Alemania, fuga de prisión... ¡Vaya!, si todo esto es verdad, ese hombre arderá sin remedio muy pronto.

—Lo es, señor —asentó Colladon.

—Bien, la ley dicta que el acusado debe escuchar los cargos del acusador, y a partir de ahí la autoridad obrará en consecuencia. ¡Guardias!, traed al reo Miguel Servet, enseguida.

Unos minutos más tarde se presentó el médico aragonés escoltado por dos guardias.

Miguel tenía aspecto cansado; aquella noche no había logrado dormir ni un solo instante. Todo había sucedido demasiado rápido: su apresurada decisión de acudir a Ginebra para meterse en la boca del lobo, su irresistible impulso para presentarse en la iglesia para escuchar el sermón dominical de Calvino, su detención en San Pedro ante la multitud allí congregada, la noche en prisión, y ahora el pliego de acusaciones

que presentaba el testamento de Calvino, a quien el reformador, en agradecimiento a haberse prestado a sustituirlo en prisión, llamaba «mi Nicolás».

—¿Vos sois Miguel Servet, alias Miguel de Villanueva, ciudadano de Vienne y francés de nación? —le preguntó Tissot.

—Sí, lo soy —asentó el médico.

—Don Nicolás de la Fontaine, ciudadano de Ginebra, representado por su abogado el señor Germán Colladon, presenta contra vos estos pliegos en los que se os imputan cuarenta delitos, y además, como prueba, estos libros en los que el denunciado expone sus herejías e injuria a nuestro buen pastor Juan Calvino. Escuchadlos.

El lugarteniente Tissot indicó al secretario de su corte que leyera los folios redactados por Calvino, lo que hizo muy deprisa.

Acabada la lectura, Tissot preguntó:

—¿Tenéis algo que alegar en vuestra defensa?

—No niego que yo soy autor de esa obra que ahí se cita, *Restitución del cristianismo*, ni de las cartas dirigidas a Juan Calvino, en la cuales le pedía su opinión sobre mis obras, quien, como yo, también ha sido condenado por la Iglesia de Roma, pero sí rechazo que yo haya proferido blasfemia alguna, ni que haya promovido insoportables escándalos en las iglesias de Alemania, ni que sea un criminal demoníaco. Confieso mi simpatía hacia algunas doctrinas anabaptistas, aunque creo que están equivocados en muchas de sus ideas, y me presto a celebrar un debate público con Juan Calvino a partir de la lógica de las Sagradas Escrituras y con los argumentos de la razón. Probablemente, como todo ser humano, he cometido algunos errores, pido perdón por ello y admito que deba ser corregido, si así se juzga necesario, pero siempre me he comportado conforme a la razón, y juro ante Dios que nunca he hecho daño a nadie. —Servet habló con absoluta serenidad, en tanto su acusador De la Fontaine se mostraba muy nervioso.

—Ya que aceptáis alguna de las acusaciones, considero que deberéis permanecer en prisión. Y una vez oído vuestro alegato, dictamino que se admitan treinta y ocho de las cuarenta acusaciones, y que se remita vuestro caso al tribunal de justicia del Consejo Menor para que se inicie allí el correspondiente proceso. Y en cuanto a vos, Nicolás de la Fontaine, deberéis permanecer al menos un día más en prisión, hasta que el Pequeño Consejo ratifique iniciar el proceso, si procede hacerlo. Eso es todo.

—¡Un día más! Yo no he hecho nada, quiero irme a mi casa.

—Es la ley. El acusador debe permanecer encerrado con el acusado hasta que el tribunal admita la acusación y decida si está fundamentada. Ésta es la manera en que la ciudad de Ginebra garantiza que las acusaciones que se presenten contra los ciudadanos tengan alguna base. En caso contrario, cualquiera podría acusar impunemente a un enemigo por el mero hecho de serlo.

Nicolás se resignó.

El lugarteniente miró a Servet.

—Tengo algo más que decir. Al ingresar en prisión me han requisado doscientos treinta escudos de oro, una cadena de veinte escudos de peso, seis anillos de oro y ochenta monedas de plata. Solicito un recibo por todo ello —dijo Servet.

—Lo expedirá el señor Grasset —sentenció Tissot.

El jefe de la policía, acostumbrado a tratar con todo tipo de delincuentes, intuyó que aquél era un hombre bueno incapaz de hacer daño a nadie, pero supuso que si se comprobaba que sus doctrinas eran heréticas, lo conducirían irremediablemente a la hoguera.

Ginebra, 15 de agosto de 1553

El proceso contra Miguel Servet fue remitido al tribunal del Pequeño Consejo, que se constituyó, a instancias de Calvino, en sesión permanente para dirimir este caso con la mayor diligencia posible.

La ciudad de Ginebra, teóricamente incluida dentro del Imperio alemán pero constituida de hecho como una ciudad-estado independiente, se gobernaba según una constitución que otorgaba el máximo poder al Consejo Mayor, integrado por doscientos ciudadanos elegidos de entre todos los varones mayores de edad, con plenos derechos e inscritos en el padrón de vecinos de la ciudad. De ahí emanaba el Consejo Menor o Pequeño Consejo, que estaba integrado por veinte personas. Doce de ellas eran los llamados «ancianos», elegidos por el Consejo Mayor, cuatro consejeros más seleccionados de entre los juristas de la ciudad y el resto pastores de la Iglesia calvinista. La función de este consistorio, en cuya composición se dirimía buena parte de los asuntos cotidianos del gobierno de la ciudad, era imponer el código de costumbres, velar por el comportamiento moral de los ciudadanos y actuar como tribunal principal en los casos más relevantes.

Calvino era consciente de que la situación requería de una resolución rápida y contundente. Los libertinos seguían ganando posiciones en el gobierno de Ginebra y cada día eran más los que reclamaban una mayor libertad de acción e incluso que se permitiera la libertad absoluta de cultos y creencias en la ciudad.

La captura de Servet en Ginebra se había convertido en un problema mayor que su huida de Vienne. La Inquisición católica ya lo había condenado y quemado en efígie, y ahora le tocaba el turno a los protestantes. Calvino no podía ofrecer muestras de debilidad; si permitía que aquel hereje quedara libre, todo su prestigio y toda su autoridad se vendrían abajo, los libertinos acapararían definitivamente el gobierno de la ciudad y acabarían para siempre con el modelo de práctica religiosa que él había

dictado, e incluso estaría en peligro todo el movimiento de la Reforma, y con ello se volvería a los tiempos pasados en los que la Iglesia de Roma imponía sus criterios a sangre y fuego, y volvería la corrupción de los eclesiásticos, la compra de cargos religiosos y los abusos de la jerarquía eclesiástica.

No. Él, Juan Calvino, el hombre elegido por Dios para acabar con más de mil años de mal gobierno de la Iglesia, el designado para devolver al cristianismo su rostro más limpio y la pureza primitiva de los apóstoles y de los primeros cristianos, no podía consentir que un hereje como Servet lo echara todo abajo. La muerte de aquel hombre era una condición necesaria, imprescindible, para el triunfo de la Reforma y para transmitir que se trataba de un movimiento lleno de firmeza, sin opción de retroceder. Todo cuanto con tanto esfuerzo, e incluso con su propia sangre, habían logrado Lutero, Martín Bucer, Ecolampadio, Zwinglio o Bullinger, los grandes maestros de la Reforma del cristianismo, los que habían luchado por transformar la viciada y corrupta Iglesia de Roma en la renovada Iglesia de Cristo, no podía venirse abajo a causa de las ideas de un alocado insensato como aquel médico de Vienne. No, no lo consentiría, al menos mientras le quedase un hálito de vida y la mínima fuerza para impedirlo. Servet tenía que morir.

En aquella sesión estaban presentes diecisiete de los veinte miembros del Pequeño Consejo.

Interrogado por el tribunal, el acusado declaró llamarse Miguel Servet, médico de profesión y natural de la localidad de Villanueva, en el reino de Aragón.

Servet se ratificó en sus declaraciones del día anterior. Confesó ser autor de un libro sobre la Trinidad y de la obra *Restitución del cristianismo*, negó haber blasfemado, respondió una a una a las treinta y ocho cuestiones planteadas por el tribunal, y se declaró inocente de todos aquellos crímenes que se le imputaban.

—Oídos los cargos presentados por don Nicolás de la Fontaine, ciudadano de Ginebra, contra Miguel Servet, alias Miguel de Villanueva, ciudadano de Vienne, en el reino de Francia, este tribunal resuelve aceptar a trámite las citadas treinta y ocho acusaciones presentadas por dicho Nicolás de la Fontaine, estimando en derecho que el denunciado ha incurrido en los graves delitos que se le imputan —proclamó el presidente del tribunal.

»Por ello, ordenamos que Miguel Servet sea conducido a prisión todo el tiempo que dure el proceso y el juicio que ahora abrimos contra él por hereje y blasfemo, y que si no respondiera la verdad a las preguntas que se le formulen pague por ello sesenta monedas de plata. A la vez, sentenciamos que el acusador Nicolás de la Fontaine, tal cual dictan nuestras leyes, recobre de inmediato la libertad, pero le ordenamos que esté disponible mientras dure este proceso para cuanto de él demande el tribunal y que deposite en la caja del consejo la cantidad de sesenta monedas de plata como fianza.

»Así mismo ordenamos requisar todos los bienes del tal Miguel Servet, que según hemos podido cotejar se elevan a noventa y siete escudos de oro, una cadena de oro del peso de veinte escudos y seis anillos también de oro.

—¡Son doscientos treinta escudos y ochenta monedas de plata! —intervino Servet.

—Dichos bienes los tiene en su poder un criado del obispado de Ginebra, al cual se le reclamarán de inmediato —continuó el secretario del tribunal.

—¡Me habéis robado! ¡Yo tenía doscientos treinta escudos!

—Un médico designado por el Consistorio de Ancianos examinará al reo.

—¡No! —exclamó Servet.

—Corre el rumor de que sois judío. Un examen médico lo testificará.

—No soy judío —proclamó Servet.

—Eso lo dictaminará el cirujano.

—¡Doscientos treinta, son doscientos treinta escudos! —Siguió porfiando Servet ante la indiferencia del tribunal.

Nicolás de la Fontaine quedó libre de inmediato; su fianza fue depositada por Antonio Calvino, hermano del reformador.

Aquella misma tarde un médico acudió a la celda que ocupaba Miguel Servet.

—Don Miguel, permitidme que me presente: mi nombre es Juan de la Villa. El Pequeño Consejo me ha comisionado para que os examine... bueno, imagino que ya sabéis que debo certificar... si estáis circuncidado..., si sois judío...

—No lo estoy —respondió Servet con firmeza.

—No dudo de vuestra palabra, señor. He sabido de la extraordinaria labor que ejercisteis como médico en Vienne y de cómo establecisteis un turno obligatorio para todos los médicos de la cofradía de San Lucas para que asistieran gratuitamente a quien no pudiera pagar los servicios médicos, y os admiro por ello, pero tengo la obligación de comprobarlo personalmente. Lo siento, señor.

De la Villa era un hombre sencillo que cumplía bien con su trabajo de médico en Ginebra. Alto, fornido, algo inseguro, de abundante pelo y barba negra, sus ojos oscuros y profundos denotaban bondad, pero cierta debilidad de ánimo a la vez.

—¿Habéis leído a Pico de la Mirándola? —le preguntó Servet.

—No.

—Deberíais hacerlo. Hace ya más de cincuenta años escribió un libro titulado *Confesiones filosóficas, cabalísticas y teológicas*; en esa obra incluyó un prólogo, «Discurso sobre la dignidad del hombre», en el cual aboga por una sociedad en la que exista el derecho a disentir, la convivencia en paz de distintas creencias y el valor de la variedad de opiniones y de ideas. Y también dice que Dios ha dado al hombre la libertad y el poder para autotransformarse.

—Pero sí he leído vuestro libro *Restitución del cristianismo*.

—Creía que lo habían prohibido en Ginebra —supuso Servet.

—Don Juan Calvino lo ha condenado porque dice que es una obra inspirada por el diablo, pero pese a ello circulan por la ciudad decenas de ejemplares. En la cofradía de médicos tenemos uno. Ese ejemplar es el que yo he podido leer.

—¿Y os parece que yo escribo al dictado del demonio? —le preguntó Servet.

—Si os confieso lo que pienso, también yo puedo ser sujeto de herejía.

—Todo el que no esté de acuerdo con Calvino tarde o temprano será acusado de hereje.

—Me interesó mucho vuestra idea de la circulación de la sangre. Si las cosas suceden en nuestro corazón y en nuestros pulmones como vos las planteáis, se trata de un descubrimiento extraordinario.

—Os puedo asegurar que así es.

—Pero Galeno sostiene que la sangre sale del hígado y que llega al corazón por la vena cava, y que es en el corazón donde se oxigena. ¿Desautorizáis al que todos reconocemos como padre de la medicina?

—Sí, y lo he demostrado en ese libro. Hace años, cuando yo era un estudiante de medicina en París, diseccioné numerosos cadáveres de criminales con Hans Günther, el mejor cirujano que he conocido. Y os puedo asegurar que la sangre roja se produce en los pulmones al combinarse el aire aspirado con la sangre sutil elaborada que el ventrículo derecho del corazón transmite al izquierdo, y no en el hígado. Pero esa transmisión no se produce a través del tabique del corazón, sino de la siguiente manera: la sangre sutil es impulsada desde el ventrículo derecho del corazón hasta los pulmones; allí se mezcla con el aire y se vuelve roja, y por la arteria pulmonar pasa a las venas pulmonares; en la vena pulmonar se mezcla con el aire que se ha aspirado, y por la espiración se limpia de las impurezas; esa mezcla ya está preparada para convertirse en el espíritu vital, y es atraída por la diástole del corazón desde el ventrículo izquierdo; así fluye la sangre purificándose en cada giro desde el corazón hasta los pulmones; luego, el espíritu vital disuelto en la sangre se transmite desde el ventrículo izquierdo hasta todas las arterias del cuerpo, incluso los capilares más pequeños del cerebro.

Servet continuó durante un buen rato explicando su descubrimiento a su colega.

—¡Dios Santo!, todo cuanto decís supone un gran avance en nuestros conocimientos. Podremos curar todo tipo de dolencias, prevenir enfermedades, acabar con algunas epidemias —exclamó entusiasmado Juan de la Villa.

—Pero no olvidéis que es Dios quien está en el origen de todo. Dios insufló el alma en las entrañas de Adán al inspirarle su aliento divino con un soplo de aire, y sigue haciéndolo en cada uno de sus descendientes. Así, el alma se encuentra en la conjunción de la sangre y la respiración, pues en el aire flota la sustancia divina, el

aliento vital. La sangre es la vida. Leed la Biblia, el Génesis, el Levítico, el Deuteronomio, el libro de los Salmos incluso; en todas esas escrituras queda claro que el espíritu de Dios está en la sangre, y gracias a la sangre el alma se extiende por todo el cuerpo, y así es como el hombre asume su condición divina.

—¿Cómo llegasteis a estas conclusiones?

—Mediante la intuición y el estudio. Yo soy médico, pero estudié teología, y he entendido al fin que sólo mediante el conocimiento de Dios se puede llegar al conocimiento del hombre. Así lo quiso el Creador.

Servet le explicó cómo había llegado a estas deducciones tras diseccionar numerosos cadáveres, y observar con detenimiento corazones, hígados, cerebros, cerebelos y otras muchas vísceras.

—Pero el interior de los cuerpos es algo horrible; ¿cómo puede ser obra de Dios algo tan horroroso? —le preguntó De la Villa.

—¿No habéis leído a Dante? En *La divina comedia* nos enseña cómo de lo feo puede surgir lo hermoso. ¿Acaso no nacen las mariposas de los gusanos?

—Eso que decís parece sacado de los *Textos herméticos*. ¿Los conocéis?

—Sí, los he estudiado. En ellos se asienta buena parte de la sabiduría del mundo antiguo que la Iglesia romana ha perseguido durante siglos.

—¿Y la medicina árabe?, dicen que se basa en el conocimiento que aprendieron de los antiguos.

—Avicena, el más grande de los médicos árabes, sostiene en su *Canon* que el *septum*, o el alma si queréis, es impermeable, pero os aseguro que no es así. Yo lo he descubierto, aunque me han dicho que un médico llamado Ibn al-Nafis, un musulmán de Egipto, ya llegó a una conclusión similar hace trescientos años. Sé que un manuscrito de su libro se guarda en la biblioteca del Dux de Venecia, pero no he podido comprobarlo; espero hacerlo algún día. ¿Me creéis?

—Ya os he dicho que admiro vuestra obra, señor, pero también tengo un trabajo que cumplir. Estoy encantado escuchando vuestros descubrimientos médicos pero yo estoy aquí para comprobar una denuncia.

—No estoy circuncidado; no soy judío.

—Os creo, pero debo comprobarlo por mí mismo, señor. Sólo os molestaré un momento.

—De acuerdo, pero os pido que os limitéis a esa comprobación —asintió Servet al considerar que no le quedaba otro remedio que ceder al examen.

—Así lo haré.

Servet se bajó las calzas y descubrió su miembro viril.

—Decíais la verdad: no estáis circuncidado. Pero...

—Sí, me falta un testículo. Lo perdí en un accidente en mi infancia. Estuve a punto de morir por ello.

—Tuvisteis suerte; casi nadie sobrevive a un caso así.

—Me curó un buen médico; aquel hombre sabía bien lo que hacía. —Servet se subió las calzas.

—Ha sido un honor compartir estos momentos con vos, don Miguel. ¡Oh!, perdón, me refería a..., bueno ya sabéis. —El médico estaba atorado.

—Os he entendido.

—Quedo a vuestra disposición.

—En ese caso, permitidme una pregunta, don Juan.

—Os escucho.

—¿Controla Juan Calvino el gobierno de Ginebra?

Juan de la Villa miró hacia la puerta para comprobar que estaban solos y bajó la voz.

—Sus partidarios son minoría en el Consejo Mayor; los calvinistas apenas suman entre setenta y ochenta de sus doscientos miembros. Pero el resto no están unidos; entre ellos predominan los libertinos, que son unos noventa, que no suman la mayoría absoluta. De modo que son necesarias permanentes alianzas y pactos para gobernar la ciudad. Por el contrario, en el Pequeño Consejo, que consta de veinte miembros, casi la mitad son calvinistas. Y donde sí tiene mayoría es en el Consistorio de Ancianos; de sus veinticinco componentes, quince al menos siguen ciegamente los dictados de Juan Calvino.

—En esas circunstancias, tendré más problemas de los que imaginaba.

—No desesperéis. Corre el rumor de que los libertinos han tomado vuestro caso como si se tratara de su propia causa, y van a proponer al Pequeño Consejo que os absuelva o que transfiera la decisión al Consejo Mayor. Confiad en Dios.

—Nunca he dejado de hacerlo, aunque no me ha dado demasiadas muestras para seguir en ello.

—Certificaré que no estáis circuncidado y que, por tanto, no sois judío. Tal vez eso os ayude en vuestro proceso. Los judíos no son perseguidos en Ginebra, pero no le gustan a ningún cristiano.

—Os lo agradezco.

—Quedad con Dios, don Miguel.

—Id con él, don Juan.

Ginebra, 17 de agosto de 1553

La mañana anterior Miguel Servet había respondido a una nueva sesión de interrogatorio en el Pequeño Consejo, a la que asistió el juez Berthelier, a quien los libertinos habían encomendado que mediara en lo posible en favor del reo.

En el banco de la acusación se sentaba Nicolás de la Fontaine, a quien acompañaban Germán Colladon, que actuaba como abogado de Nicolás, aunque bajo las instrucciones directas de Calvino.

Pero la sesión duró muy poco, pues los jueces decidieron suspenderla al presentar De la Fontaine varios libros de Melanchthon y de Ecolampadio en los que se refutaban las tesis de Servet. El tribunal accedió a que el acusado los consultara antes de responder a nuevas preguntas y aplazaron la sesión hasta el mediodía siguiente.

El carcelero abrió la puerta de la celda. Servet estaba sentado en el camastro de paja. Entre sus pies había un plato de barro en el que le habían servido un paupérrimo potaje de verduras como desayuno.

—Tienes visita, hereje —dijo el carcelero.

Servet alzó los ojos, se levantó despacio y lo vio, perfilado bajo el umbral.

Calvino tenía el semblante serio. Con un gesto le indicó al carcelero que los dejara solos. Tras cerrarse la puerta se oyó el paso del cerrojo.

—Ayer, mi colaborador Germán Colladon se presentó ante el tribunal para ratificar la acusación que os hizo De la Fontaine. Once de los cargos presentados contra vos han sido ratificados —habló Calvino sin siquiera saludar antes a Servet.

—¿Once cargos, decís? ¿Qué ha sido del resto? Creí que el tribunal había admitido hasta treinta y ocho.

—Al parecer gozáis de un importante apoyo entre los jueces. Contáis con la ayuda de Filiberto Berthelier, uno de los cabecillas del partido de mis enemigos en Ginebra. Es un hombre que goza de bastante predicamento entre ciertos grupos de ciudadanos que no creen en la moral y en la ética de la Reforma. Ese individuo se ha autoproclamado como defensor de las libertades públicas y se presenta como un magistrado íntegro y de severo carácter, pero es un libertino carente de moral que pretende que esta ciudad regrese a los tiempos del caos y el desgobierno. Ayer, tras vuestro interrogatorio, se enfrentó a Colladon en un áspero debate, y no pasaron de la undécima acusación. Pero os aseguro que el tribunal acabará aceptando todas.

—Espero que los argumentos de ese tal Colladon tengan una mayor consistencia teológica que la que demostró vuestro cocinero.

—Yo mismo los he instruido.

—Imagino que lo habréis hecho mejor con Colladon que con el cocinero.

—No ha sido necesario insistir demasiado; vuestro libro *Restitución del cristianismo* supone una autoinculpación más que suficiente.

—¿Sabéis que le envié el manuscrito original al impresor Marrinus y que no quiso editarlo si vos no le otorgabais vuestra conformidad al texto? —le preguntó Servet.

—No, nunca me dijo nada de eso.

—Pues así fue.

—Y claro, vos os negasteis.

—Por supuesto. Sabía que nunca aprobaríais la edición de mi libro.

—Y por eso me enviasteis un ejemplar.

—Me interesaba vuestra opinión, que no vuestro consejo.

—A mediodía nos veremos en el tribunal; pienso asistir a la sesión de hoy.

—Acudid preparado. —Servet hablaba con absoluta mesura y con total seguridad. Calvino golpeó dos veces la puerta, que se abrió de inmediato.

—¡Ah!, una última cuestión. —Calvino se giró hacia Servet, que se había sentado de nuevo—. ¿Por qué habiendo podido escapar, habéis venido a Ginebra?

—¿No lo recordáis? Todavía tenemos un debate pendiente.

—Todavía me pregunto por qué no acudisteis a aquella cita en París.

Servet no contestó, y se limitó a encogerse de hombros.

Calvino salió de la celda. Como esperaba, su plan para atraer a Servet a sus dominios había tenido éxito.

El presidente del tribunal declaró abierta la sesión del juicio de la ciudad de Ginebra contra Miguel Servet, alias Miguel de Villanueva, por herejía y blasfemia. Por primera vez, reunidos en una sala junto al claustro de la catedral de San Pedro, estaban presentes los veinte miembros que integraban el Pequeño Consejo.

El primero en ser llamado a declarar, a petición propia, fue Germán Colladon, que actuaba en nombre y como letrado del acusador Nicolás de la Fontaine.

—Señores magistrados —Colladon empleó su tono de voz más solemne, señalando a Servet—, este hombre ha sido acusado de la más grave de las herejías y de la más horrenda de las blasfemias. Se trata de un hereje contumaz e irreducible en sus gravísimos errores. Hace ya varios años que vive sumido en la herejía, como puedo demostrar con estos documentos. —El abogado mostró ante el tribunal sendos escritos—. Se trata de una misiva del ilustre reformador Juan Häusgen, a quien todos conocisteis en vida como Ecolampadio, quien acogió en su casa a este hombre y al que trató como un hijo para luego ser traicionado y despreciado; en esta misiva denuncia las desviaciones doctrinales del acusado. Y en estos dos pasajes del libro *Lugares comunes* de Melanchthon, otro de los grandes impulsores de la Reforma, también se condenan sus teorías diabólicas.

—¿Qué tenéis que decir ante esas pruebas? —demandó el fiscal encargado de la acusación, cargo que había recaído en Claudio Rigot, también procurador de la ciudad.

—Comparezco ante este tribunal con la petición de ser absuelto de los cargos que se me han imputado. Sé que pende sobre mí una grave acusación que puede llevarme a la muerte, pero apelo a la historia: ni los apóstoles ni los primeros emperadores cristianos solían condenar a muerte a los reos de herejía; a veces, bastaba con el

castigo de excomunión o de destierro. Yo no he cometido ningún crimen. Lo único que he hecho ha sido debatir con otros teólogos sobre cuestiones de fe. Soy un extranjero en esta tierra y desconozco las costumbres que aquí se siguen y los procedimientos legales que se aplican, de manera que solicito la asistencia de un abogado que me defienda. Por otra parte, reconozco la valía personal de esos dos teólogos reformadores que el delegado del señor Calvino —así se refirió a Colladon— ha citado, pero la desaprobación que ambos hicieron sobre mis teorías no deja de ser la opinión de dos hombres. Ninguna autoridad de Alemania me ha condenado por ello —respondió Servet con tranquilidad y medidas pausas.

—Pero sí en Vienne. En esa ciudad del Delfinado os condenaron por hereje y os quemaron en efígie hace un par de meses.

—Comprenderéis que no fue por mi gusto el que mi efígie ardiera en esa ciudad.

Ante esas palabras de Servet, estallaron algunas carcajadas en la sala.

Calvino, que estaba sentado entre el escaso público asistente, no cesaba de enviar señales e indicaciones al fiscal Rigot y a Colladon.

El fiscal basó su acusación en que Servet había llevado una vida inmoral y repleta de delitos, y que sus doctrinas y sus escritos eran contrarios al cristianismo, que favorecían la expansión de otras religiones y que tesis como las suyas ya habían sido condenadas en otras ocasiones. Lo acusó además de presentarse en Ginebra con el único propósito de sembrar el desorden en la ciudad.

Servet se defendió con prudencia.

—Jamás hice mal a ser humano alguno, no he cometido un solo acto inmoral en toda mi vida, y en la ciudad de Vienne podréis encontrar decenas de testigos que ratificarán cuanto os digo.

Colladon miró a los jueces y se intranquilizó. Las respuestas de Servet eran contundentes y estaban causando una excelente impresión en ellos. Berthelier sonreía, pues aquel juicio podría constituir un importante revés para Calvino.

Ante una fulminante mirada del enviado del reformador, el fiscal supo que tenía que contrarrestar de inmediato las palabras de Servet.

—Cuanto ha alegado el acusado no se asienta en prueba documental alguna ni puede demostrarse con hechos. Con ello, queda de manifiesto que Miguel Servet es uno de los más astutos y pérfidos herejes, que ha mentido y que pretende confundir a este tribunal con sus patrañas retóricas. Incluso propone que se declaren nulas las leyes que condenan la herejía. Ha llegado a pedir la defensa de un abogado. Bien, ¿desde cuándo un reo con semejante acusación sobre su cabeza ha tenido derecho a un abogado?; ¿desde cuándo quien desautoriza la Biblia, la verdadera palabra de Dios, ha de ser tratado con la condescendencia de los inocentes?

—¿Y qué me decís de estos comentarios? —Colladon se levantó del lugar que ocupaba en el banco de la acusación y esgrimió un ejemplar de la Biblia editada por

Pagnini y anotada por Servet. Nadie del tribunal se atrevió a censurar su acción—. En ellos decís que las profecías del profeta Isaías no se refieren a Cristo, sino al rey persa Ciro.

—Esa edición jamás fue condenada por la Inquisición, pese a que sus oficiales la examinaron al detalle. Además, con ello me refería a la historia —dijo Servet.

—¿A la historia? Entonces, ¿cómo explicáis estas palabras vuestras, si se trata de Ciro y no de Cristo?: «Él soportó nuestro dolor y se afligió por nuestros pecados.» ¿Un pagano haría eso por todos los hombres?

—La Biblia es la única guía del buen creyente.

—¡Vaya! Ahora sí recurrís a la autoridad de las Sagradas Escrituras. ¿Supongo que también habéis olvidado vuestra manifiesta afición por las ciencias ocultas? ¿Negáis que en París impartisteis clases de astrología, una disciplina demoníaca condenada por todas las iglesias?

—Es cierto que me interesaron los astros. ¿Acaso habéis olvidado que fue una estrella la que guió a los magos hasta el lugar del nacimiento de Cristo? Y para ello leí libros de la ciencia hermética, libros que fueron editados con el patrocinio de nobles familias, como la de los Médici, que propiciaron la publicación del *Corpus hermeticum*, o libros como los del filósofo Plotino, que recoge la tradición científica de la gran biblioteca de Alejandría, u obras como las del afamado Miguel Pselo, el más notable de los sabios bizantinos; y también conozco las profecías de las sibilas, los himnos pitagóricos, los oráculos caldeos y los salmos órficos. Y confieso que todas esas lecturas me acercaron a Platón, pero no olvidé el método lógico que aprendí en los textos de Aristóteles reunidos en el *Órgano*. Así fue como logré establecer el necesario equilibrio entre la razón y la fe.

—¿Llamáis razón a practicar la adivinación, una más de las supersticiones paganas?

—Me interesó la adivinación, sí, lo confieso, y leí *El libro de las suertes*, que se editó hace más de veinte años en Venecia y que condenó la Inquisición romana. ¿Acaso pretendéis condenarme por eso? Vos, un esbirro de Juan Calvino. Él es uno de los más destacados reformadores. Al igual que sus colegas Lutero, Zwinglio, Ecolampadio, Melanchthon o Bucer, Calvino ha criticado a la Iglesia de Roma, ha rechazado algunos sacramentos, ha denunciado la exageración de sus manifestaciones artísticas y rituales, ha cuestionado la jerarquía sacerdotal de los católicos, ha negado la existencia del purgatorio y la transustanciación en la eucaristía, se ha opuesto a la infalibilidad del papa, ha olvidado el celibato de los sacerdotes y ha despreciado el culto popular a la Virgen y a los santos. Y ha hecho todo esto alegando que esas prácticas constituían la antítesis de la verdadera y original fe en Cristo. ¿También es un hereje por ello? Yo estoy dispuesto a debatir de teología con Juan Calvino, no con uno de sus perros.

—No sigáis por ese camino. Aquí no se juzga la Reforma, sino vuestra herejía —precisó Colladon.

—El acusado tiene pleno derecho a defenderse haciendo uso de cuantos argumentos estime oportunos para ello; es la ley de Ginebra —intervino el juez Filiberto Berthelier, que llevaba un puñal al cinto, signo de su autoridad.

—Demando a todos los miembros de este tribunal que se comporten con la ecuanimidad exigida a su cargo —replicó Colladon, manifiestamente molesto con Berthelier—. Y pido a los jueces de este caso que añadan a los documentos del proceso este ejemplar del libro de Juan Calvino *Instituciones del cristianismo*. En él se podrá comprobar la culpabilidad del acusado, quien anotó con su propia mano una serie de comentarios inspirados por el demonio. El mismo Juan Calvino le envió este libro para que en él aprendiera la verdadera fe y corrigiera sus errores, pero se lo devolvió con sus anotaciones heréticas. He aquí la irrefutable prueba de su contumacia. Y además, en virtud de la autoridad que le ha concedido la Iglesia reformada de Ginebra, Juan Calvino me ha manifestado que él proclama la excomunión del llamado Miguel Servet.

El interrogatorio continuó durante un par de horas más con diversas intervenciones sobre la Santísima Trinidad, la naturaleza de Jesucristo, los errores que se contenían en los libros de Servet, sobre detalles de su fuga de la cárcel de Vienne, sobre el número de ejemplares impresos de *Restitución del cristianismo* (Servet declaró que fueron impresas mil copias cuando en realidad se imprimieron ochocientas), la distribución en librerías y su viaje desde Vienne hasta Ginebra.

Los jueces deliberaron un buen rato, y su presidente concluyó:

—Este tribunal, con el voto disidente del juez Filiberto Berthelier, cuyas alegaciones se añaden al proceso, concluye que existen pruebas suficientes para estimar que el procesado Miguel Servet puede incurrir en la culpabilidad de herejía y blasfemia. En consecuencia, levantamos la fianza de las sesenta monedas de plata que Antonio Calvino depositó en nombre de su acusador, Nicolás de la Fontaine, como garantía, ratificamos la puesta en libertad del tal De la Fontaine y encargamos la continuación de la acusación en este juicio al procurador general, el ilustre Claudio Rigot, que actuará como fiscal de la ciudad de Ginebra a lo largo del juicio.

Capítulo V

Ginebra, 21 de agosto de 1553

Aquel lunes, poco antes de presentarse ante el tribunal para una nueva sesión del juicio, Servet se enteró por el médico Juan de la Villa, que lo visitaba cada dos o tres días, que Calvino había lanzado contra él un durísimo ataque en su homilía del domingo anterior en la iglesia de San Pedro.

—Os acusa de ser el más pérfido y peligroso de los herejes. Ayer os dedicó casi todo el tiempo de su sermón dominical, lo que no suele ser habitual, ya que aprovecha esas ocasiones para arengar a sus fieles y comentar los más diversos temas. Considera que el tribunal debe condenaros a muerte, pero ha dicho que, como cristiano que es, desea que sufráis lo menos posible sobre el cadalso.

—Un alma caritativa, ese Calvino. Así es como gana adeptos, supongo — comentó Servet.

—Pero también suma enemigos. Os aseguro que muchos ciudadanos lo odian hasta el extremo de que lo han convertido en el destinatario de las más crueles burlas. Juan Calvino apenas puede salir a la calle sin que se cruce con alguna persona que lo increpe y lo insulte del modo más sarcástico. ¿Queréis escuchar algunas de las cosas que sobre él se comentan en las tabernas de Ginebra?

—Vos diréis...

—El sábado, en la plaza del mercado, un comerciante de paños de la zona alta dijo que prefería oír a tres perros ladrando que escuchar uno solo de los sermones de Calvino. Otro, al verlo pasar ayer mismo camino de la iglesia, lo señaló con su dedo y gritó: «¿Sabéis, ciudadanos de Ginebra, que en el infierno sólo habitan dos demonios, y por ahí anda uno?» Y no cesan de compararlo e incluso identificarlo con los peores criminales de la historia. Los niños lo insultan llamándole Caín, y hay quien le ha puesto el nombre de Calvino al más sarnoso de sus perros.

—Pero pese a lo que decís que le ocurre, sigue ejerciendo una notable influencia sobre el gobierno de esta ciudad, y sobre sus tribunales. Estos días he podido comprobar que algunos jueces lo temen y que Rigot, como fiscal encargado de este proceso, sigue paso a paso su dictado en esta acusación contra mí.

—Hace cuatro años que Calvino pugna por recuperar el poder que perdió cuando los libertinos se hicieron con el control del Consejo Mayor, pero es cierto que sigue gozando de muchos apoyos. Los libertinos pretenden mantener su modo de vida y disfrutar de sus riquezas, y no admiten que Calvino los censure por ello. Y, además, no quieren que Ginebra siga acogiendo a cuantos reformadores religiosos resultan

expulsados de sus países de origen por su radicalismo religioso, como ha ocurrido con algunos escoceses, franceses y alemanes. Esta ciudad se ha convertido en el refugio de cuantos son perseguidos por la Inquisición romana, y los libertinos temen que esta cuestión acabe por desencadenar una intervención directa del emperador que liquide nuestras libertades y nuestra autonomía.

—¿Quiénes están contra Calvino? —demandó Servet.

—Su cabecilla es Pedro Ameaux, miembro del Pequeño Consejo, un tipo brillante y muy capaz, tal vez el principal jefe del partido libertino y el mayor enemigo de Calvino... bueno, después de vos, claro; y además están el juez Berthelier, Francisco Favre, Amadeo Perrin, que está casado con una hija de Favre, y Sebastián Castellio, un tipo demasiado pagado de sí mismo. Éstos son los que configuran el elenco más granado de los libertinos.

—¿Y qué papel desempeña el juez Filiberto Berthelier en todo ese asunto?

—Imagino que ya lo conocéis. Es uno de los miembros más activos de los libertinos y Calvino lo odia porque lo ha desafiado en varias ocasiones. Incluso se enfrentó con uno de los pastores más fieles a Calvino y lo golpeó hasta tal punto que fue excomulgado por la Iglesia reformada de Ginebra. Odia a Calvino porque sufrió su persecución en otro tiempo.

—¿Y en cuanto a Claudio Rigot, el procurador general? Actúa como fiscal en este caso.

—Hasta ahora se había mantenido al margen de las disputas entre libertinos y calvinistas, pero me temo que al fin se ha decantado por estos últimos —dijo De la Villa—. Pero ahora hablemos de vos. ¿Os encontráis bien?

—Todo lo bien que se puede sentir un acusado de herejía y blasfemia encerrado en esta húmeda prisión.

—Lo siento; he dicho una tontería.

—Agradezco vuestra preocupación.

—Tomad, es queso. Os ayudará a sobrellevar la prisión. Sé que la comida que aquí os ofrecen es escasa.

—Muy escasa —ratificó Servet—. Pero yo he sido siempre muy frugal en mi alimentación.

—Comedlo o perderéis vuestras fuerzas.

—Os arriesgáis mucho por mí. ¿Por qué hacéis esto?

—Si os soy sincero, yo tampoco tengo demasiada simpatía por Calvino.

Poco antes del comienzo de la nueva sesión del juicio contra Servet, Juan Calvino y el fiscal Rigot conversaban en una de las alas del claustro de San Pedro, al otro lado de la entrada a la sala donde se celebraba la nueva sesión.

—Debemos vencer en este juicio; nos va mucho en ello. Ese hereje está

mostrándose muy hábil en sus respuestas y se está ganando a los jueces, alentados además por el perverso Berthelier. Tan es así que algunos de ellos ponen en duda todo cuanto yo digo. Se encuentran al borde de la locura y son capaces de negar que estamos a mediodía, aunque el sol luzca en todo lo alto del cielo y su luz caiga sobre sus cabezas, simplemente por llevarme la contraria. Por fortuna, aún controlamos el Consistorio de Ancianos, y ahí hemos de dar la principal batalla. Si Miguel Servet resultara absuelto, perderíamos todo, todo.

—Descuidad. Estamos trabajando para obtener la mayoría de votos en el tribunal.

—Pero Berthelier sigue gozando de notable prestigio entre sus colegas, y pudiera ser que convenciera a alguno de ellos e inclinara su voto a favor de la absolución de Servet.

—Las pruebas contra ese tipo son contundentes —asentó el fiscal Rigot, que ya se había decantado hacia el bando calvinista.

—Debemos conseguir todavía más. Hoy mismo escribiré una carta a nuestros partidarios en Frankfurt para que recojan todos los ejemplares que puedan de *Restitución del cristianismo*. Sé que se distribuyeron al menos cien ejemplares en la pasada feria del libro de esa ciudad. Y haremos lo mismo con todos los que podamos recuperar en cualquier parte.

—¿Y qué pretendéis hacer con esos libros?

—Arderán en la hoguera... junto con su autor.

La sesión del juicio comenzó a mediodía. El claustro de San Pedro estaba iluminado por una luz brillantísima, emitida por un sol enorme y amarillo en medio de un cielo azul que parecía más propio de las tierras del sur que del verano suizo.

El fiscal Rigot, convenientemente aleccionado por Calvino, mostró una carta firmada por Baltasar Arnoullet y fechada el pasado 14 de julio.

—¿Conocéis a Baltasar Arnoullet, impresor en Vienne?

—Sí. Hace un año al menos que lo conozco —respondió Servet.

—¿Y es cierto que estuvo preso con vos en la cárcel de Vienne cuando os acusaron como autor de *Restitución del cristianismo* y a él como impresor de dicha obra?

—Así es, pero desconozco qué ha sido de él, no lo he vuelto a ver desde entonces.

—Bien, pues en esta carta Arnoullet le confiesa a un amigo que vos le engañasteis con la edición de ese libro, y concluye que lo mejor que puede hacerse con todos los ejemplares impresos es destruirlos.

Luego, el fiscal le pidió a Servet que explicara las diferencias que él veía entre Dios Padre y Jesucristo.

El médico hereje se levantó despacio y comenzó un largo alegato en su defensa. Su discurso fue pronunciado en francés, pero de vez en cuando introducía expresiones en latín, en griego y en hebreo, o citas en alemán de prestigiosos

reformadores. Para sostener sus postulados se basó en la filosofía de Valla, en el materialismo de Tertuliano, en el nominalismo de Guillermo de Occam e incluso en la cábala de los sabios judíos, para acabar señalando que la teología es la búsqueda constante de la verdad y que lo que él hacía era precisamente eso.

Acabada la intervención de Servet, los jueces indecisos se inclinaron de su parte, ante el nerviosismo de Calvino, que no se perdía un solo detalle del juicio. Algunos de ellos no le habían perdonado al reformador que criticara el modo de vida de los ciudadanos ricos de Ginebra, pues ellos mismos se encontraban entre ese grupo de potentados.

Antes de acabar la sesión, y sin permitir que Servet replicara, Calvino afirmó ante el tribunal que la doctrina del acusado era una verdadera locura, y el fiscal Rigot añadió que el carácter del reo era subversivo y sus ideas muy peligrosas para el buen gobierno de la ciudad de Ginebra, a la vez que pedía a los magistrados del Pequeño Consejo que solicitaran de los magistrados de Vienne todos los datos posibles sobre las actividades ilícitas y heréticas que había practicado Servet en esa ciudad. Se acordó enviar una carta urgente con dicha solicitud.

Pero también se le ordenó al carcelero que entregara a Servet unas hojas de papel, pluma y tinta, por si quería hacer alguna petición por escrito.

Ginebra, 23 de agosto de 1553

Juan Calvino se mostraba muy alterado. Acababa de leer la copia de una carta que Servet había dirigido a los magistrados de Ginebra, que le había entregado Germán Colladon.

—¿Cuándo ha escrito esto ese hereje? —demandó el reformador.

—Ayer mismo. El tribunal le permitió disponer de papel, pluma y tinta, y la escribió de su puño y letra en la prisión. Esta misma mañana hemos conseguido esta copia.

En la carta, Servet solicitaba de los magistrados de Ginebra su libre absolución; reclamaba sus derechos a estudiar las Sagradas Escrituras y denunciaba que se le persiguiera por ello; declaraba que jamás había participado en conspiración alguna para alterar el buen gobierno de esa ciudad, de lo que tan injustamente se le había acusado, y que nunca había tenido la menor intención de ofender a nadie; recordaba sus debates con Ecolampadio o Bucer, entre otros, y reprobaba las ideas de los anabaptistas por sediciosas; y, por fin, insistía en que se le permitiera disponer de un procurador o abogado, alegando que con ello la República de Ginebra se ensalzaría mucho más.

—Imagino que el tribunal ha rechazado todas esas peticiones —supuso Calvino.

—Así es. Lo ha hecho esta misma mañana, muy temprano, aunque el juez Berthelier ha vuelto a defender al hereje con vehemencia.

—Habrá que ocuparse de Berthelier; ese hombre se ha convertido en un permanente incordio.

—Acabará quedándose solo en la defensa de Servet.

—No estéis tan seguro, Germán. Servet tiene admiradores secretos en muchas ciudades a las que han llegado sus perversas ideas y sus libros. Por lo que sé, cuenta con muchos seguidores en Basilea y en Frankfurt, además de algunos seguidores en las universidades de París y de Bolonia.

—Cuando arda en la hoguera, todo eso se acabará. En la sesión de hoy se demostrarán las maldades de ese hombre, y cuantos aún lo defienden abrirán los ojos al fin —apostilló Colladon.

—No estéis tan seguro —asentó Calvino—. La Reforma está en grave peligro. Hace un mes que María Tudor, la hija de Enrique VIII y Catalina de Aragón, se ha convertido en reina de Inglaterra en sustitución de su sobrina Juana, que apenas reinó diez días tras la muerte de Eduardo VI, el débil retoño de Ana Bolena. María es una fervorosa católica, como su madre española. Sus primeras medidas de gobierno han consistido en liberar a los católicos presos en las cárceles de Londres, perseguir a los reformadores ingleses y proclamar que Inglaterra retornará a la obediencia a la Iglesia de Roma. Dicen que incluso planea una gran alianza con España, donde pronto gobernará su sobrino el príncipe Felipe, con el que, al parecer, piensa casarse. La unión dinástica entre la católica España y una Inglaterra católica de nuevo, un emperador católico en Alemania y un rey católico en Francia supondría un golpe definitivo para el triunfo de la Reforma, que habría llegado a su fin. Bueno, tal vez quedáramos nosotros, Zúrich, Basilea y algunas otras ciudades suizas y alemanas, pero en ese escenario, ¿cuánto tiempo seríamos capaces de resistir el acoso de los papistas?

La sala anexa al claustro de la catedral de San Pedro, donde se celebraba el juicio contra Servet, estaba repleta de gente aquella mañana de miércoles, aunque sólo asistieron doce de los veinte miembros del Pequeño Consejo. La tarde anterior el fiscal Rigot había entregado un pliego con todos los asuntos sobre los que se demandaba la respuesta del acusado.

Entre el público se encontraba Calvino, que aquella misma mañana había improvisado un discurso contra Servet en una de las plazas de la ciudad, de camino hacia el tribunal.

Tras diez días en prisión, el semblante de Miguel Servet parecía firme y no acusaba todavía las secuelas que suele acarrear la privación de libertad.

Claudio Rigot, fiscal del caso, no estaba presente ese día, de modo que fue su

lugarteniente quien lo sustituyó en la acusación.

Comenzó leyendo una copia de la carta que el día anterior la señoría de Ginebra había enviado al tribunal de Vienne del Delfinado informándole de que en Ginebra se estaba juzgando a Miguel Servet, alias Miguel de Villanueva, del cual sabían que se había fugado de la cárcel de la Inquisición de Vienne, y solicitaban cuanta información tuvieran para añadir a las pruebas contra el acusado. Después, el lugarteniente leyó la solicitud presentada por el tribunal en la cual demandaba que se le interrogara sobre diversos temas, a fin de comprobar si sus ideas eran heréticas.

Miguel ratificó que era natural del reino de Aragón, que se apellidaba Servet, alias Revés, dijo también, y que su padre había sido notario en la localidad de Villanueva, en la región de los Monegros.

Preguntado por si era judío o si había tenido trato con judíos, lo negó rotundamente, y afirmó que toda su familia procedía de cristianos viejos, y que un médico nombrado por el Pequeño Consejo ya lo había examinado y certificado que no estaba circuncidado, como lo están todos los judíos. Repasó su vida, sus viajes, las ciudades en las que había vivido, los grandes personajes a los que había conocido, los estudios que había realizado, sus trabajos como médico y relató los libros que había escrito, justificando su edición con referencias a las Sagradas Escrituras.

—Nuestro Señor, según se cita en el Evangelio de san Mateo, nos ordenó no ocultar lo que nos ha sido revelado, y mostrarlo a los demás —afirmó Servet con contundencia al final de su alegato defensivo.

—Este tribunal —continuó el lugarteniente— demanda del acusado, Miguel Servet, alias Miguel de Villanueva, que conteste a las siguientes preguntas. Las enunciaré una a una y el acusado podrá responderlas en los términos que considere oportunos, pero advierto que no se tolerará impertinencia alguna por parte del reo. ¿Os comprometéis a ello?

—Me comprometo —asintió Servet.

El lugarteniente del fiscal tomó el pliego de papel que la tarde anterior se había entregado al tribunal y comenzó con la nueva tanda de preguntas.

—El acusado es un hombre maduro y ha gozado de una buena posición en estos años. Sabemos que no ha profesado orden religiosa alguna, entonces ¿por qué no se ha casado, como corresponde a un hombre de su condición?

Aquella pregunta cogió por sorpresa a Servet.

—No he tenido oportunidad de hacerlo, todavía. En mis primeros años fui ayudante de don Juan de Quintana, secretario de su majestad el emperador. Viajábamos mucho y no dispuse del tiempo necesario para conocer a una mujer. Luego recorrí Francia y Alemania, sin que surgiera la oportunidad de casarme. Por fin, cuando viví por algún tiempo en Charlieu, una pequeña ciudad cerca de Lyon, sí pude hacerlo. Allí tuve una novia, pero interrumpimos nuestra relación antes de llegar

al matrimonio.

—¿A causa de qué? —demandó el fiscal.

Servet tuvo que confesar que a causa de la falta de un testículo provocado por un accidente en su infancia, y la hernia en el otro que había generado en él una sensación de impotencia sexual.

Aquella respuesta pareció convencer a varios de los magistrados.

Pero el sustituto del fiscal volvió a la carga.

—¿No será que vuestra vida ha sido disoluta? ¿Acaso no vivíais en Vienne amancebado con un joven criado?

—En absoluto. Siempre me he comportado conforme a las reglas de la moral y la decencia. Y si insinuáis que he cometido con mi antiguo criado el pecado contra natura, os equivocáis.

—¿Jamás habéis tenido necesidad de gozar de una mujer?

—La castidad es una virtud. Cristo fue célibe y murió casto. No he tenido relaciones con mujeres casadas o solteras, y jamás he pisado un burdel. Yo elegí libremente ser célibe. Y en esto sí que os confieso que no me comporto como la mayoría de los hombres.

Esta respuesta de Servet provocó risas entre algunos asistentes al juicio, aunque otros se molestaron por ello.

—Habéis dicho en alguna ocasión que habéis leído el Corán, el libro de la secta mahomética; ¿por qué os ha interesado esa obra inspirada por el Maligno?

—Conozco ese libro por una traducción latina. Y no creo que sea un pecado leer aquellos libros que están equivocados. El pecado no está en la lectura. Sí, confieso que he leído ese libro, pero lo hice para poder desmontar los errores que contiene.

—Pero convendréis al menos en que ese libro está lleno de blasfemias.

—Así es.

—¿Habéis estado preso en alguna otra prisión, además de en la de Vienne?

—Tuve un problema con la justicia en Charlieu, pero se aclaró todo enseguida.

—¿Qué os ocurrió?

—Unos sicarios de un médico que me envidiaba me atacaron una noche cuando iba a curar a un enfermo y tuve que defenderme con mi espada. Eso fue todo. Sólo he sido encerrado en la cárcel de Vienne, ciudad que durante doce años fue la mía, y considero que aquella situación fue injusta, como lo es ésta.

—Habéis sido juzgado y condenado a muerte por el tribunal de la Inquisición de Vienne. Una efigie que os representaba ardió hace dos meses en una plaza de esa ciudad. Lograsteis huir de Vienne, pero no entiendo por qué vinisteis aquí. ¿Sabíais que Guillermo Guérout, el maestro impresor que trabajó con vos en la imprenta de Baltasar Arnoullet, se encuentra refugiado en Ginebra? ¿Os habéis entrevistado con él?

—No; no lo he visto, aunque sí me dijeron que se había instalado en esta ciudad. Yo pretendía ir a Italia, para trabajar como médico en el reino de Nápoles, ya que allí viven muchos compatriotas míos.

—Mentís. Le dijisteis al mesonero de la posada de La Rosa que pretendíais llegar a Zúrich para ejercer allí la medicina.

—Estaba acorralado y confuso; y le mentí para que no me siguieran la pista los inquisidores católicos.

—¡Sois un maldito hereje! —El lugarteniente comenzó a perder la compostura ante la serenidad que mostraba Servet en cada respuesta.

—Yo he vivido siempre como un fiel cristiano, procurando alcanzar la verdad a través del estudio de las Sagradas Escrituras. En mis libros no he pretendido otra cosa que buscar la verdad y dignificar la figura del hombre como ser creado por Dios.

—En ese caso, ¿por qué abjuráis del bautismo de los niños? —El acusador se saltó aquí el orden de preguntas establecido por el fiscal.

—Si leéis con detenimiento las Sagradas Escrituras, como yo he hecho durante buena parte de mi vida, os daréis cuenta de que el bautismo de los niños pequeños es obra de brujería, una invención demoníaca de la Iglesia de Roma.

—En esa cuestión pensáis como un anabaptista.

—No —asentó Servet—. Yo reniego del bautismo de los niños porque creo que debe ser un acto de madurez. Cristo fue bautizado por san Juan cuando ya era un hombre pleno; recordad que tenía treinta años de edad cuando se sumergió en las aguas del Jordán. En cualquier caso, si me demostráis que en esto estoy equivocado, prometo mudar de opinión y aceptar vuestras propuestas. Pero, entre tanto, seguiré pensando que los niños no deberían ser bautizados.

—Y en cuanto a la Trinidad, ¿qué tenéis que decir? ¿No es cierto que habéis negado su existencia, tal cual sostienen los más grandes herejes, los pérfidos judíos y la secta de los mahometanos?

—Yo jamás he negado la existencia de la Trinidad. Sólo he sostenido que entre las Tres Personas no hay distinción real, sino formal, y me he basado para ello en los escritos de ilustres padres de la Iglesia como san Policarpo, san Ignacio y otros venerables sabios apostólicos.

—¡Tergiversáis las palabras de esos santos padres!

—En absoluto. El problema radica en que las Sagradas Escrituras han sido mal interpretadas, cuando no completamente alteradas. La pureza del cristianismo primitivo fue corrompida cuando la Iglesia se hizo con el poder temporal e impuso el dogma de la Trinidad. Desde entonces, Roma ha perseguido con toda saña a todos los que consideraba antitrinitarios: a los gnósticos, que defendían la dualidad divina; a los monarquianistas, que aseguraban que en Dios había una sola persona; a los adopcionistas seguidores de Pablo de Samosata, que decían que Cristo fue un hombre

nacido de la Virgen María por obra del Espíritu Santo y que Dios padre lo adoptó como hijo y le concedió el poder divino; a los moralistas o patripasianos, que aseguraron que Dios es uno y que se hizo hombre en Cristo; a los arrianos, que afirmaron que si Cristo fue engendrado por Dios no sería eterno, luego no es Dios; a los macedonianos, que concluyeron que el Espíritu Santo no era sino un ser creado por Dios; a los nestorianos, que predicaban que en Cristo había dos personas: el Verbo y el hombre, y que el hijo de María no era por tanto Dios, sino el portador del Hijo de Dios; o a los monofisitas, que postularon que en Cristo hubo una sola naturaleza y una sola persona. Como podéis comprobar, con las Sagradas Escrituras en la mano os puedo demostrar que Cristo era humano, hijo natural, no eterno, de Dios.

—¡Eso es herejía! —clamó indignado el lugarteniente fiscal.

—Cristo se convirtió en un ser divino por obra del Espíritu Santo, que es Dios mismo. ¿Dónde estaba Cristo antes de ser engendrado por el Espíritu? Dios es uno, no trino, y gracias a ese concepto de Dios algún día podrán unirse las tres grandes religiones del Libro, y musulmanes y judíos dejarán de acusar a los cristianos de trinitarios y paganos.

—¡Herejía y blasfemia! —clamó Calvino irguiéndose desde su asiento entre el público.

—De eso mismo es de lo que me acusaría un católico romano —dijo Servet—. ¿Acaso lo sois vos, señor Calvino? Me sorprende que sigáis de un modo tan fiel los postulados de los trinitarios, de los que persiguen a todos los que no creen en ese dogma. Yo he utilizado la medicina y la teología para desmontar la mentira que nos han enseñado y que asegura que el Espíritu Santo es una persona distinta a la del Padre.

La respuesta de Servet dejó inerte a Calvino, y muy ofendido al ser calificado de trinitario ortodoxo. Aquella afrenta no se la perdonaría jamás.

—Sois un hombre sin dios —se apresuró a decir el lugarteniente del fiscal.

—No, señor fiscal. Dios es mi guía, y os ruego que no me acuséis de ateo porque yo no acuso de politeísmo a quienes creen en la Trinidad que nos ha impuesto la Iglesia romana. Los verdaderos ateos son los que disfrazan a Dios de algo que no es.

—Habláis de libros que quizá los jueces del tribunal no han leído, como los de san Ignacio o san Policarpo; propongo al tribunal que se compren esos libros y se cotejen con los que ha escrito el acusado —propuso el lugarteniente.

—Así se hará, pero este tribunal cargará los costes de los libros al reo, que deberá pagarlos de su propio peculio —concedió el presidente del tribunal.

—En ese caso, solicito que se me facilite más papel, tinta y plumas, a mi cuenta, por supuesto —dijo Servet.

El tribunal asintió.

Entre el público presente en la sala, la sensación que se mascaba era que Servet estaba ganando el juicio y que sus respuestas moderadas y precisas estaban decantando a algunos jueces indecisos a su favor.

Calvino, que se estaba dando cuenta de ello, se acercó hasta el estrado que ocupaba el lugarteniente del fiscal y le dijo al oído:

—Cortad ya esta mascarada o Servet acabará convenciendo de su inocencia a todos los miembros del consejo. Hay que decantar al tribunal para que lo condene a muerte, y enseguida.

—No disponemos de los votos suficientes para ello. Si ahora se produjera una votación, Servet saldría absuelto —bisbisó el acusador—. ¿Qué podemos hacer?

Calvino se encontraba muy nervioso ante la posibilidad de que Servet quedase libre.

—No tenemos otra que retirar a nuestros hombres del Pequeño Consejo. Si no se alcanza el quórum necesario, no se podrá votar y no podrá adoptarse ninguna decisión, y así ganaremos tiempo para que Servet continúe en prisión hasta que dispongamos de la mayoría suficiente para condenarlo a muerte —propuso Calvino.

—De acuerdo, así lo haremos —ratificó el lugarteniente del fiscal.

Calvino transmitió a sus hombres la consigna de abandonar la sesión del consejo, y les ordenó que no volvieran a formar parte de él, al menos en las votaciones, hasta que no dispusieran de la mayoría absoluta y pudieran ganar una votación. Los calvinistas salieron de aquella sesión tras recibir esas instrucciones.

Filiberto Berthelier se dio cuenta enseguida de la maniobra de Calvino, pero no pudo evitarla. Cuando iba a proponer que se votara la puesta en libertad de Miguel Servet ya no había quórum para realizar la votación preceptiva entre los miembros del Pequeño Consejo, y tuvo que renunciar a presentar la propuesta.

Calvino se retiró de la sala escoltado por Germán Colladon y Nicolás de la Fontaine. No había alcanzado su propósito, pero había logrado ganar un tiempo precioso.

Aquella misma tarde, el fiscal formalizó la acusación contra Servet, que presentó ante la curia de justicia al día siguiente. En su escrito señalaba que el reo no había respondido con claridad a las preguntas de la acusación, que no hacía sino contradecirse, mentir y burlarse del tribunal, y que injuriaba a la Iglesia de Cristo. Lo colocaba entre los herejes más perniciosos que jamás habían existido, lo consideraba un peligroso agitador del orden establecido por Dios y pedía la pena de muerte como castigo. En ese mismo escrito se denegaba una vez más a Servet la asistencia de un procurador y abogado que lo defendiera en el juicio.

Vienne, 25 de agosto de 1553

La noticia del apresamiento de Miguel Servet se conoció en Vienne cuando hasta allí llegó una carta del Consejo de Ginebra informando sobre la captura del fugitivo y solicitando información sobre sus actividades en esa ciudad del Ródano. De inmediato, el secretario Villars, auditor del cardenal Francisco de Tournon, informó sobre la situación del hereje que había sido quemado en efigie dos meses atrás y del que no habían vuelto a tener ninguna noticia desde que escapara de prisión aquella madrugada de abril.

Entre tanto, el arzobispo Pedro Palmier, que mantenía intactos sus sentimientos de amistad hacia Servet, convocó en su palacio una reunión a la que asistieron Luis Arzellier, vicario de la diócesis, y Antonio de la Court, vicebaile de Vienne.

—Amigos, como ya sabéis el que fuera mi médico personal, Miguel de Villanueva, también conocido como Miguel Servet, ha sido apresado hace unos días en la ciudad de Ginebra. En estos momentos un tribunal lo está juzgando por los mismos cargos por los que fue condenado y quemado en efigie hace unas semanas aquí mismo. El pastor protestante Juan Calvino es quien encabeza la acusación.

—En ese caso, monseñor, don Miguel está perdido —intervino el vicario Arzellier.

—El Concejo de Vienne solicitará esta misma mañana la extradición de don Miguel, pero me temo que será en vano. Calvino no soltará a su presa —informó el vicebaile.

—Eso creo yo, señores. Ese protestante ha perdido el control del gobierno de Ginebra y desea recuperarlo para proseguir con sus reformas, y don Miguel se ha convertido en su gran baza para lograr sus propósitos —dijo el arzobispo.

—Eso significa que lo condenarán a muerte —supuso De la Court.

—No lo dudéis, don Antonio; en cuanto Calvino disponga de los votos necesarios en el tribunal, así será —asentó Arzellier.

Antonio de la Court recordó entonces la ayuda que le había prestado a Servet para huir de la prisión de Vienne y cómo le seguía agradeciendo a aquel médico que hubiera salvado la vida de su hijita.

—Don Miguel no debería acabar quemado en la hoguera de una ciudad protestante; realizó muchas buenas obras mientras trabajó como médico en esa ciudad —dijo De la Court.

—Olvidáis que un tribunal de la Santa Inquisición ya lo condenó aquí por herejía y blasfemia —recordó el vicario, que ignoraba la decisiva intervención de su arzobispo y del vicebaile en la huida de Servet.

—Ese juicio no fue justo. El cardenal Tournon manipuló al tribunal, formado por tres incompetentes inútiles, para ganar una baza en su camino hacia el papado —dijo Antonio de la Court.

—Los libros de ese médico contienen doctrinas contrarias a la fe cristiana, y en

ellos se descalifica a los papas y a todas las jerarquías eclesiásticas de la Iglesia. Y, precisamente, en eso consiste la herejía. —El vicario miró a su arzobispo como demandando su conformidad.

—Es probable que así sea, pero no olvidéis, don Luis, que mientras vivió entre nosotros don Miguel se comportó siempre como un buen cristiano y que consiguió muchos beneficios para esta comunidad —terció el arzobispo Palmier.

—Pero fue condenado por un tribunal de la Santa Inquisición —replicó el vicario, que comenzó a sospechar sobre la relación de sus dos interlocutores con Servet.

—Dejemos este asunto y vayamos a lo que ahora importa. ¿Existe alguna posibilidad de que las autoridades de Ginebra envíen a don Miguel de regreso a Vienne? —le preguntó el arzobispo al vicebaile.

—Creo que ninguna, monseñor. La captura de don Miguel ha constituido un relevante triunfo para los protestantes, y ahora lo exhiben como un trofeo. No pueden dejarlo libre porque entonces serían acusados de colaborar con las ideas de los herejes más contumaces y todos sus planteamientos reformadores quedarían en entredicho; pero tampoco pueden devolverlo a Vienne porque eso supondría reconocer la autoridad de un tribunal que obedece a los dictados de Roma, que ellos rechazan. Por eso, creo que lo condenarán y lo ejecutarán allí mismo —explicó De la Court.

—¿Sería posible organizar un plan de rescate? —preguntó de nuevo Palmier.

—No lo creo, monseñor. Una acción tan arriesgada sólo podría realizarse mediante un ataque directo a Ginebra, y para eso haría falta un gran ejército. Y en ese caso, y aunque esa ciudad suiza dispone en la práctica de una completa autonomía, el emperador Carlos la considera parte de su imperio y entendería, y con razón, que Francia ha atacado uno de sus dominios, lo que supondría la inmediata declaración de guerra entre ambas naciones.

—Me refería a una acción más discreta. Ya me entendéis...

—Varios hombres bien entrenados, aun a riesgo de sus vidas, podrían ejecutar un golpe de mano atrevido y audaz, pero sería muy complicado, y no creo que haya nadie dispuesto a jugarse la vida para rescatar a un hombre ya condenado a muerte —dijo De la Court.

—Pero, señores, ¿os habéis vuelto locos? Y perdonad esta expresión, monseñor. ¡Se trata de un hereje! —intervino el vicario.

—Era sólo una hipótesis, don Luis, sólo una hipótesis —lo tranquilizó el arzobispo—. A la Iglesia le hubiera gustado cerrar este caso por ella misma, y no dejarlo en manos de los protestantes.

En realidad, lo que estaba pensando el arzobispo Palmier era liberar a Servet con la excusa de que se cumpliera la sentencia en Vienne, pero con la idea de que antes de devolverlo al tribunal de la Inquisición lo dejaría escapar de nuevo. Aunque el vicebaile lo había convencido de que semejante operación era absolutamente

inviabile.

Esa misma mañana, el tribunal de la Inquisición y las autoridades de la ciudad de Vienne se pusieron de acuerdo para enviar un mensaje urgente a los magistrados de Ginebra solicitando que les fuera entregado el reo Miguel Servet, ya que sobre él se había dictado una sentencia de culpabilidad por hereje y blasfemo y había una orden de captura tras su huida de prisión, aunque sabían que aquella petición sería en vano.

Ginebra, 31 de agosto de 1553

El Pequeño Consejo ya había estudiado el acta formal de acusación de Servet remitida por el fiscal, en la cual se daba por cierto que este hombre había caído en la herejía y en la blasfemia y que había escrito palabras injuriosas contra la fe y contra muy buenos cristianos.

Hacía tres días que Servet había sido sometido a un nuevo interrogatorio, ya con el acta formal de acusación aceptada por el tribunal. Además de insistir en cuestiones doctrinales bien conocidas, se le preguntó otra vez por su relación con los editores Baltasar Arnoullet y Guillermo Guérout. El médico explicó que ninguno de los dos sabía nada sobre el contenido del libro que estaban editando, *Restitución del cristianismo*, pues el mismo Servet destruía las planchas tal cual se iban imprimiendo.

También se le preguntó por la carencia de uno de sus testículos, y respondió que sufrió un accidente a la edad de cinco años a causa del cual lo perdió y que más tarde enfermó de hernia en el otro, lo que le había imposibilitado para procrear. Y negó haber tenido cualquier tentación lasciva en su vida ni ninguna relación contra natura.

Aquella mañana de jueves el médico Juan de la Villa había acudido a la celda que ocupaba Servet con la excusa de examinar su estado de salud. En realidad, lo que pretendía era informarle sobre los últimos acontecimientos de la ciudad.

Tras saludarse, el médico De la Villa le comentó las novedades.

—Ayer llegó al Consejo de Ginebra un mensaje de las autoridades de Vienne. El tribunal de la Inquisición y las autoridades de esa ciudad solicitan formalmente vuestra extradición. Con la carta de petición, venía adjunta una copia de la sentencia por la que se os condenó a muerte en la hoguera.

—¿Y qué aducen para ello? —demandó Servet.

—Alegan que tienen jurisdicción sobre vos, ya que sois un preso fugitivo que ha cometido varios crímenes en su territorio, por los que habéis sido condenado en ausencia, y que por ello es en Vienne donde debéis recibir el correspondiente castigo. ¡Ah!, y también piden que queden eximidos de solicitar las pruebas que el tribunal del Pequeño Consejo les solicitó para completar los datos sobre vuestra acusación

aquí en Ginebra.

—¿Sabéis qué va a decidir el tribunal sobre esa solicitud de los de Vienne?

—No creo que accedan, pero lo decidirán esta misma mañana, con vos presente. Dentro de un rato vendrán a buscaros. El Pequeño Consejo ya ha sido convocado para dirimir esta demanda.

—Los jueces partidarios de Calvino se retiraron de la última sesión del juicio antes de proceder a una votación. Su táctica consiste en evitar que exista quórum para que no se pueda votar en mi contra hasta que no tengan asegurada la mayoría —dijo Servet.

—Sí, lo sé. Toda la ciudad lo sabe, señor, pero en este punto concreto están de acuerdo los calvinistas y los libertinos: nadie desea que seáis extraditado. Los calvinistas pretenden encabezar el proceso contra vos y erigirse ellos como los protagonistas de vuestra condena, para demostrar que son fuertes y que todavía ejercen alguna influencia en el gobierno de Ginebra; y los libertinos han adoptado vuestra causa como propia y quieren que quedéis libre para demostrar así que en esta ciudad es posible una vida nueva donde se respeten las libertades y los derechos de todos los hombres, como ellos proponen. Y si me permitís un consejo, señor...

—Sois mi único amigo en Ginebra, don Juan, adelante, os escucho —dijo Servet.

—Creo que debéis luchar por conseguir que el Pequeño Consejo se inhiba en vuestro proceso. Calvino y sus seguidores han perdido mucho terreno en los últimos meses, y siguen retrocediendo. Si conseguís que vuestro caso se dirima al fin ante el Consejo Mayor, habréis ganado. En el Consejo de los Doscientos la mayoría está integrada por miembros de las familias más ricas de la ciudad, los que han sufrido las mayores descalificaciones por parte de Calvino. Son ellos quienes abominan con mayor inquina de este personaje que no cesa de atacar y criticar el modo de vida de los patricios, de sus riquezas y del lujo del que se rodean. Si vuestro caso se traslada allí, habréis ganado.

—Os lo agradezco, don Juan.

—Ya sabéis que os aprecio, pero...

—¿Pero?

—Si, por desgracia, os condenaran... yo, yo...

—Decidme.

—Tendré que negar cualquier relación de amistad con vos, y declarar, si me lo demandan, que me limité a aplicar mis servicios profesionales como médico. ¿Lo entendéis, verdad?

—No tenéis que darme explicaciones sobre vuestro comportamiento; en ningún caso os perjudicaría. Os habéis portado conmigo como un buen amigo y sé valorar todo cuanto eso significa. No os preocupéis, no haré nada que os pueda poner en peligro. Y ahora marchaos, o el carcelero sospechará por vuestra larga visita.

Cuando se quedó solo, Miguel sintió miedo. No solía arrepentirse de su decisiones, pues su altanería era tanta que no creía equivocarse, pero en la soledad de aquella celda lamentó haber tomado el camino de Ginebra tras aquella pesadilla en la que soñó con Calvino en la posada de Annecy. Y se imaginó instalado en la ciudad Nápoles, libre y seguro, o refugiado en el pueblecito de su criado, entre las agrestes colinas de Auvernia, sin más preocupación que dejar pasar los días al abrigo del sol del mediodía. Pero ya era tarde para lamentarse, ahora debía preparar su defensa y aguardar a que la razón, que creía de su lado, se impusiera y quedara al fin libre de toda acusación.

Como le había informado don Juan de la Villa, poco tiempo después unos oficiales del tribunal se presentaron en su celda y le ordenaron que los acompañara.

La mayoría de los veinte miembros del Pequeño Consejo estaban reunidos en sesión urgente para dirimir la petición de las autoridades de Vienne sobre el caso de la extradición de Servet. Pedro Ameaux, Francisco Favre, Sebastián Castellio y Amadeo Perrin, los cuatro cabecillas del partido libertino, se habían puesto de acuerdo para impedir a toda costa la extradición de Servet. Sabían que los calvinistas tampoco la iban a admitir.

Fue Filiberto Berthelier quien, como juez, abrió la sesión.

—En este consejo se ha recibido una carta de las autoridades de la ciudad de Vienne sobre el Ródano, en el reino de Francia, a través de la cual se solicita la entrega del ciudadano Miguel Servet, alias Miguel de Villanueva, por haber sido juzgado y condenado por gravísimos crímenes cometidos en su jurisdicción. Es potestad de este consejo admitir o rechazar dicha petición. Miguel Servet —prosiguió Berthelier dirigiéndose al acusado—, ¿tenéis algo que alegar sobre esa cuestión?

El médico aragonés contó el número de consejeros asistentes: eran quince. Había quórum. Luego se levantó de su silla.

—¿Qué alternativas tengo? —preguntó.

—Sólo dos: o aceptáis ser enviado a Vienne o permanecéis aquí en Ginebra y os enfrentáis a los cargos que se os imputan en el juicio que se ha incoado contra vos. La decisión depende de este tribunal, pero hemos decidido escuchar vuestra opinión. ¿Qué preferís?

Tras unos instantes en silencio, Servet dio dos pasos hacia delante y se arrodilló ante el tribunal.

—Señores: en el nombre de Dios y de Su Hijo Jesucristo os ruego que no me enviéis de vuelta a Vienne. Hace unos meses fui juzgado de manera injusta en esa ciudad y, en ausencia, fui condenado y mi efigie quemada en una plaza. Si me devolvéis a Vienne, me espera la hoguera y una muerte cierta.

—¿Cómo lograsteis escapar de Vienne? —le preguntó Berthelier.

—Fue fácil. Le pedí al carcelero la llave de los retretes, aproveché un descuido, lo maniaté y me fui. —Servet mintió para no delatar a sus amigos que le habían facilitado la fuga de la cárcel de Vienne.

—¿Así de sencillo?

—Sí.

—Haced pasad al carcelero —ordenó Berthelier ante la sorpresa de Servet.

El carcelero que había custodiado a Servet en la prisión del convento de dominicos de Vienne apareció de pronto. Había llegado a Ginebra dos días antes como portador de la carta en la que las autoridades de Vienne demandaban la devolución del acusado.

—¿Conocéis a este hombre? —le preguntó el fiscal a Servet.

—Sí. Fue mi carcelero en Vienne.

—¿Es así como ocurrió la fuga? —le preguntó ahora el fiscal al carcelero, que había escuchado la declaración de Servet tras una cortina.

—Sí señor, así fue —respondió.

—¿Por qué tantas facilidades?

—Me ordenaron que lo dejara circular por la prisión sin estrecheces, y yo cumplí lo que se me ordenó, pero en un descuido me redujo y escapó —se limitó a contestar el carcelero.

El fiscal se dio por satisfecho.

—Bien, os repito una pregunta: ¿queréis regresar a Vienne? —demandó el fiscal a Servet.

—Lo que deseo —Servet comenzó a sollozar— es quedarme aquí, en Ginebra, donde sé que me espera un juicio justo. Os lo suplico. —Las lágrimas inundaban sus ojos—. No me deportéis, juzgadme aquí y haced conmigo lo que queráis, pero no me enviéis a Vienne, no lo hagáis. Os lo suplico, os lo suplico, os lo suplico...

Y Servet, entre sollozos, se arrojó al suelo, completamente tumbado boca abajo y con los brazos extendidos al frente.

Se hizo un silencio denso y largo. La figura del acusado tirada en el suelo conmovió a algunos de los asistentes, pero el fiscal se mantuvo impertérrito.

—Escuchadas las palabras del reo, y si nadie tiene nada más que decir, pasaremos a la votación sobre la petición de extradición de Miguel Servet solicitada por las autoridades de Vienne —dijo Berthelier.

En esta ocasión Calvino había dado orden a los suyos de permanecer en la sala del Pequeño Consejo y votar en contra de la extradición. Si, al fin, Servet tenía que ser quemado como hereje, deberían hacerlo los reformadores de Ginebra, para dejar bien claro a toda la cristiandad que ellos eran tan garantes de la pureza de la fe cristiana y de los dogmas sagrados, o más incluso, que los propios católicos.

El resultado de la votación fue unánime. Ni un solo consejero se mostró partidario

de conceder la extradición de Servet.

—El secretario del Pequeño Consejo redactará un escrito comunicando a las autoridades de Vienne que su propuesta ha sido rechazada. Si os parece, señores, propongo que esta negativa se redacte en los términos más respetuosos y que se haga saber a las autoridades de Vienne que este consejo sabrá aplicar la justicia —zanjó Berthelier—. Y ordeno al acusado que se levante y se comporte con la dignidad debida ante este tribunal. El juicio proseguirá mañana a mediodía.

Capítulo VI

Ginebra, 1 de septiembre de 1553

Al comenzar una nueva sesión del juicio, con la asistencia de sólo once consejeros, el juez Filiberto Berthelier realizó una sorprendente propuesta.

—Señores, solicito a este consejo que levante la excomuni3n que Juan Calvino promulg3 para Miguel Servet, dado que todav3a no ha sido dictada sentencia alguna sobre su caso.

Calvino, que estaba presente, lanz3 hacia Berthelier una mirada fulminante, pero, aunque sab3a que el juez ten3a raz3n, pidi3 la palabra para defender su posici3n.

—Señores consejeros: si hace unos d3as dict3 la excomuni3n del acusado, lo hice porque sus doctrinas atentan gravemente contra la fe cristiana, de la cual la Iglesia reformada de Ginebra me ha hecho garante. Este individuo —Calvino se3al3 a Servet con su dedo amenazador— ha negado la Trinidad y la validez del bautismo de los ni3os, atacando as3 dos de los pilares fundamentales de nuestra religi3n. Para ello asegura basarse en la libertad de conciencia. Yo niego esa libertad. No existe poder leg3timo alguno fuera de Dios. Es Dios quien elige a unos hombres para servirlo y quien rechaza a otros. Los elegidos por Dios se reconocen por su fe, por su amor hacia el Se3or y por su participaci3n en los sacramentos. Este hombre —Calvino insisti3 amenazando con su dedo— ha sido rechazado por Dios y nosotros, los elegidos, debemos rechazarlo tambi3n. La bondad originaria que Dios nos concedi3 al crear al primer hombre qued3 corrompida por el pecado de Ad3n; el bautismo y los dem3s sacramentos nos han redimido, pero Miguel Servet ha perseverado en la herej3a y en el pecado, por eso debe ser apartado de la Iglesia de los justos.

Servet estaba seguro de que en conocimientos y capacidad dial3ctica era muy superior a Calvino, y que no tendr3a demasiadas dificultades en derrotarlo en un encuentro en igualdad de condiciones, pero no supo comprender que Calvino era un iluminado absolutamente convencido de que estaba en posesi3n de la verdad, de toda la verdad, de la 3nica verdad. Y a ese tipo de contrincantes es muy dif3cil derrotarlos, y resulta imposible convencerlos.

Adem3s, Calvino y sus seguidores estaban utilizando todos los resortes posibles para desacreditar a Servet en todos los t3rminos. Utilizando los contactos que el comerciante Guillermo de Trie manten3a en Lyon y en Vienne, consiguieron que el lugarteniente de la regi3n francesa del Delfinado remitiera una carta al Peque3o Consejo en la cual solicitaba que se interrogara a Miguel Servet sobre los deudores que ten3a en Francia.

El fiscal Rigot mostró la carta a los asistentes a esa sesión del tribunal.

—El señor Maugiron, lugarteniente del Delfinado, nos acaba de comunicar mediante este escrito que el fisco real ha dado orden de que se incauten todos los bienes que el acusado posea en el reino de Francia. En esta misma misiva nos pide que le preguntemos sobre las deudas que algunos ciudadanos de Vienne puedan tener con el reo, a fin de que sean los agentes del rey quienes las cobren. Os transmito la pregunta, acusado.

—Nada tengo que responder por lo que se refiere a ese asunto; si alguien me debe algo en Vienne será a causa de mis servicios médicos. En ese caso, con haber cumplido con mi obligación me doy por bien pagado y renuncio a cobrar una sola moneda —se limitó a decir Servet.

Entre el público, que cada sesión llenaba la sala anexa al claustro de San Pedro, donde celebraba sus sesiones el tribunal del Pequeño Consejo, se levantó un murmullo de aprobación ante las últimas palabras de Servet, que con cada declaración despertaba mayor simpatía hacia su persona y más adeptos para la exoneración de sus cargos.

Entonces intervino el juez Berthelier.

—Señores consejeros: esta ciudad ha dado muestras más que suficientes de su sentido de la tolerancia y la magnanimidad. Los ginebrinos hemos obrado siempre, bueno, casi siempre —añadió en una clara desautorización dirigida a Calvino— con sensatez y sentido común. Por ello, solicito que el acusado sea visitado en prisión por los ministros de la Iglesia de Ginebra, incluido el propio Juan Calvino, y que de una manera sensata y amable procuren convencerlo de sus errores, y que una vez que el reo los acepte y pida perdón por ello, este consejo le devuelva la libertad.

—¡No! —gritó Servet—. No quiero que esos misioneros de la nada me visiten en mi prisión. No tengo que renegar de nada, no quiero convertirme en otra cosa que lo que soy: un médico que utiliza la teología para conocer mejor a los hombres a través del libre pensamiento. No quiero ser aleccionado por Juan Calvino ni por ninguno de sus acólitos, a los que no reconozco autoridad alguna.

Berthelier apretó los dientes. Había querido ayudar a Servet, pero el médico, cada vez más convencido de que podía conseguir su absolución por sus propios medios, rechazó la estrategia del juez, a pesar de que era la que más podía favorecerlo.

Calvino, que veía cómo la acusación iba perdiendo fuerza ante cada respuesta de Servet, se dirigió a Germán Colladon, que estaba sentado a su lado.

—Necesitamos toda la ayuda posible o este hombre acabará convenciendo al tribunal de que es un santo y lo dejarán libre. Tenemos que reaccionar con contundencia.

—¿Y qué podemos hacer? Ese hereje habla con toda convicción.

—Voy a encargarme personalmente de este asunto.

—Pero, señor, si lo hacéis nuestros adversarios lo entenderán como una disputa política por el gobierno de la ciudad.

—De eso se trata.

—Pero aprovecharán esa circunstancia para intentar acabar con vos —dijo D'Arnold, que también se encontraba a su lado.

—Correré ese riesgo. Voy a presentarme como el acusador de Servet, y os relevaré en el puesto —le dijo Calvino a Colladon.

—Como digáis.

Calvino se levantó y pidió la palabra.

—Señores miembros del Pequeño Consejo: yo, Juan Calvino, habitante en Ginebra, me presento en estos momentos como nuevo acusador de Miguel Servet. Entiendo que esta ciudad quiera ser complaciente con el acusado. Desde luego, sus palabras parecen destiladas de un alma caritativa y de un corazón puro. Pero nada más lejos de la realidad. El acusado ya ha sido condenado por sus numerosas herejías por un tribunal. Es cierto que se trataba de un tribunal de la Iglesia de Roma, cuya autoridad hemos rechazado Lutero, Bucer, Melanchthon y yo mismo. Pero por esa misma razón, estimo que este hombre es culpable y debe ser condenado. Habla el juez Berthelier de ser complaciente y magnánimo, pero yo os digo que si obramos de este modo y dejamos libre al acusado, estaremos mostrando nuestra debilidad ante la Iglesia de Roma, y sus partidarios nos acusarán de condescender ante la herejía y de dejación de nuestro mayor compromiso: la defensa de la verdadera fe y de la religión cristiana.

»No, señores consejeros, no se trata de que la Iglesia de Ginebra condene a este hereje —Calvino señaló amenazante a Servet como solía hacerlo siempre que se refería a él en su presencia—, sino de hacer justicia. Y para que no sea la Iglesia de Ginebra en solitario quien sentencie que este hombre es culpable, solicito que este tribunal dirija una consulta a las iglesias hermanas reformadas, y pida a los pastores de los consejos de los cantones de Berna, Zúrich, Basilea y Schaffhausen que emitan sendos informes sobre qué opinan de las doctrinas de Miguel Servet expuestas en esa obra diabólica titulada *Restitución del cristianismo*. Si el acusado sostiene que cuanto expone en ese libro no es herético, estará de acuerdo con que así se proceda, supongo.

Servet asintió con un gesto afirmativo de su cabeza.

—¿Acaso cree el pastor Calvino que este consejo carece de la preparación y el criterio suficientes para dirimir este caso por sí mismo, y que necesita acudir a informes externos? —preguntó el juez Berthelier, que quiso así evitar que la propuesta del reformador se tomase en consideración, sabedor de que los dirigentes de esas iglesias no harían otra cosa que seguir los dictados de Calvino.

—En absoluto, señor. Sólo me remito a la costumbre. Hace dos años, con motivo del proceso abierto contra Jerónimo Bolsec, se recurrió a este mismo método. Y, si no

recuerdo mal, vos estuvisteis de acuerdo y entonces os pareció el medio más correcto de actuación. Si sois coherente, como siempre alardeáis, aceptaréis que ahora se obre de la misma manera.

En realidad, en el proceso contra Jerónimo Bolsec, un anticalvinista que se había opuesto abiertamente a la teoría de la predestinación defendida por Calvino, el reformador había defendido que se le aplicara la pena de muerte. Pero Bolsec apeló y logró que la pena aplicada en su caso fuera el destierro de por vida.

Calvino acababa de dar un golpe de efecto contundente. Filiberto Berthelier calló porque en el caso contra Bolsec él había sido el principal partidario de solicitar informes de otras iglesias reformadas.

Debatida la propuesta, los miembros del Pequeño Consejo determinaron por unanimidad encargar esos informes a las iglesias hermanas de Berna, Basilea, Zúrich y Schaffhausen, y a la vez decidieron que fuera el propio Juan Calvino quien realizara el trabajo previo y el encargado de preparar la encuesta y de seleccionar aquellas ideas del libro de Servet que pudieran considerarse heréticas; esa selección sería la que se remitiría a las iglesias hermanas para que elaboraran sus informes. A Calvino se le concedieron quince días para hacer ese trabajo, y se decidió suspender el juicio entre tanto.

El juez Berthelier estaba muy enfadado. Nada más acabar la sesión del Pequeño Consejo reunió en su casa a los dirigentes libertinos. Allí estaban Pedro Ameaux, principal enemigo de Calvino, Sebastián Castellio, Francisco Favre y Amadeo Perrin.

—¡Terco insensato! —exclamó Berthelier—. Ese hombre está empeñado en rechazar cuantas ayudas le estamos ofreciendo. Hoy teníamos derrotados a los calvinistas y la mayoría de los consejeros y jueces estaba de nuestro lado, y llega ese orgulloso engreído y desarbola nuestra táctica porque está convencido de que él solo podrá demostrar su inocencia.

—Hasta ahora no lo ha hecho mal. Se ha ganado la simpatía de varios consejeros y en la ciudad son muchos los que comentan que la razón está de su lado —intervino Ameaux.

—Pero su altanería acabará jugando en su contra. Los consejeros han estimado su valor y su decisión al defenderse de las acusaciones que se le imputan, pero si sigue comportándose de un modo tan soberbio y altivo, perderá adeptos. Deberíamos hablar con él y pedirle que se muestre mucho más humilde, más sencillo, que evite esas actitudes de superioridad con las que a veces, en realidad casi siempre, se expresa —dijo Francisco Favre.

—Estoy de acuerdo —intervino Amadeo Perrin—. La humildad es la mejor de las virtudes de todo creyente, y Servet hace gala de una altivez impropia de un buen cristiano.

—¿Os parece, señores, que hablemos con él? —demandó Berthelier.

—Sí. Debemos coordinar su defensa y que ese hombre sepa que queremos ayudarlo —dijo Ameaux.

—Debes ser tú, Filiberto, quien se entrevistó con él —propuso Castellio.

—No. Filiberto forma parte del tribunal. Si se entrevistara con Servet y esa cita llegara a conocimiento de Calvino, podría ser utilizado en nuestra contra —dijo Perrin.

—En ese caso, ¿quién de nosotros hablará con Servet? —preguntó Favre.

—El médico Juan de la Villa —asentó Perrin.

—¿Es de los nuestros? —demandó Ameaux.

—No pertenece al partido de los libertinos, si es a eso a lo que te refieres, pero sé bien que está de acuerdo con nuestras ideas. Lo conozco porque es el médico personal de mi familia. Y además tiene acceso a la celda de Servet, pues es el encargado de su salud mientras dure su estancia en la prisión.

—¿Te encargas tú, entonces? —le preguntó Berthelier a Perrin.

—Sí. Hablaré con Juan de la Villa y le pediré que sea nuestro intermediario con Servet. ¿Estáis todos de acuerdo?

Los dirigentes libertinos asintieron.

Ginebra, 5 de septiembre de 1553

En los primeros días de septiembre las calles de Ginebra fueron un hervidero de rumores y un espacio de disensiones. Los calvinistas y los libertinos se enzarzaron en un enconado enfrentamiento en el que Servet constituía el principal motivo de sus disputas.

Calvino se había encerrado en su casa, rodeado de sus principales colaboradores, para preparar los textos que debían ser remitidos a las cuatro iglesias reformadas, pero aún tuvo tiempo para dictar la exclusión de la Sagrada Cena, la principal ceremonia religiosa de la Iglesia de Ginebra, de Filiberto Berthelier, de Pedro Ameaux y del resto de los principales miembros del partido de los libertinos, a los que en uno de sus sermones calificó de impíos, proclamando su excomunión por defender las posiciones de un manifiesto e irreducible hereje como Servet.

Además, Calvino seguía avanzando en la selección de los textos que consideraba heréticos del libro *Restitución del cristianismo*.

—Fijaos —le dijo a D'Arnold, su principal colaborador en este trabajo—: aquí, Servet asegura que Dios se manifiesta en el mundo por la plenitud de sustancia en el cuerpo y el espíritu de Jesucristo. Y dice que Dios es todo cuanto se ve y cuanto no se ve. Defiende la resurrección de los muertos, todos a la edad de treinta años, alegando

que los hombres estamos hechos de la misma sustancia que la del Creador, y que nuestro espíritu es el espíritu de Dios y, por tanto, incorruptible. ¿No es esto una manifiesta declaración de panteísmo?

—Así lo creo, señor —asintió D'Arnold.

—Y para ello cita textos de Maimónides e Ibn Hezra, unos filósofos judíos, y de paganos como Filón, Yámblico, Porfirio, Proclo y Plotino. Y se recrea en los textos de Hermes Trimegisto, que constituyen la esencia prístina del mismo paganismo. Y mirad, mirad, aquí —Calvino señaló una página de *Restitución*— acepta las tesis de Platón: «Desde la eternidad estaban en Dios las imágenes y representaciones de todas las cosas... Dios las veía todas en sí mismo, en su luz, antes de que fueran creadas, de la misma manera en que nosotros antes de construir un edificio concebimos en nuestra mente la idea del edificio.» —Calvino leyó unos párrafos del libro de Servet—. Y aquí insiste en la herejía: «Dios pensó desde la eternidad la forma de Cristo, convirtiéndola en manantial de vida, y más tarde la plasmó en la Creación y la Encarnación.» Para Servet, Cristo fue creado por el Padre. ¿Cabe mayor herejía?

—Un Cristo creado, y no eterno. Sí, ésa es la mayor de las herejías.

—No, lo peor aún está por venir. En este párrafo —Calvino pasó unas cuantas páginas—, en el libro quinto, donde trata del Espíritu Santo, Servet se ratifica en todo cuanto ya escribió en uno de sus libros anteriores, que tituló *De Trinitatis erroribus*. Se editó hace más de veinte años en una pequeña imprenta de la localidad de Hagenau, en la región de Alsacia. La Inquisición española dictó orden de busca contra él por esta obra, pero no consiguió detenerlo. Este hereje dice que el Espíritu Santo no es otra cosa que la manifestación de la esencia divina.

—Y no podemos obviar que Servet rechaza todo tipo de culto; ni siquiera admite la celebración del día del Señor porque alega que «todos los días lo son del Señor». Si por ese hereje fuera, todos los templos, la casa de Dios, deberían ser destruidos. Rechaza cualquier jerarquía eclesiástica, e incluso la civil. Dice que todo cristiano es a la vez monarca y sacerdote. —D'Arnold estaba excitado y no cesaba de alterarse ante cada párrafo que leía de la obra de Servet.

Calvino se frotó las manos.

—Si damos los pasos adecuados, Servet será pronto pasto de las llamas.

Ese mismo día, Juan de la Villa, a quien Amadeo Perrin le había pedido que intentara convencer a Servet para que aceptara la táctica de los libertinos y olvidara su orgullo en pro de su defensa, visitó a Servet en la prisión.

Tras casi un mes encerrado, sometido a intensos y prolongados interrogatorios y alimentado con escasa comida, las huellas del cansancio empezaban a dibujarse en el rostro del aragonés. Estaba demacrado y su piel tenía la palidez de la cera fundida, con enormes ojeras de color azulado bajo unos ojos que habían perdido todo brillo; su

aspecto era enfermizo, con los cabellos sucios, de aspecto quebradizo, agrupados en pequeños mechones grasientos de un gris cenizoso.

—¿Cómo os encontráis? —le preguntó De la Villa.

—Harto de esta situación.

—Tengo algo muy importante que comunicaros.

De la Villa le indicó a Servet que se alejara de la puerta por si alguien podía estar haciendo oído tras ella. Los dos médicos se sentaron en el camastro y hablaron con el tono de voz más bajo que pudieron.

—Vos diréis.

—Ayer recibí la visita de Amadeo Perrin, a cuya familia vengo asistiendo como médico desde hace veinte años. Es un destacado miembro del partido libertino y enemigo acérrimo de Juan Calvino; acaba de ser excomulgado por ello.

—¿Tanta influencia tiene Calvino en esta ciudad? ¿No había perdido la batalla por el gobierno de la misma?

—En el Consejo Mayor no tiene mayoría, y legalmente carece de autoridad alguna. Ese hombre ni siquiera posee la ciudadanía de Ginebra; se trata de un extranjero con residencia legal, carece de derecho a voto y ni siquiera puede portar armas. Pero disfruta, eso sí, de cierto respeto por su nivel moral y espiritual, y sigue siendo la cabeza de la Iglesia reformada de Ginebra.

—Pero dispone de notables apoyos entre los consejeros de la ciudad.

—Así es, pero vos contáis con la simpatía de los libertinos, que son firmes partidarios de vuestra absolución y que están procurando por ella. Pero a la vez, os piden a mi través que colaboréis con ellos. El juez Berthelier ha intentado prestaros ayuda, pero dice que vos no la admitís y que cada vez que os mostráis con tanta suficiencia ante el tribunal, vuestra causa pierde adeptos. Debéis comportaros con más humildad y presentaros ante el tribunal con mayor sencillez si aspiráis a conseguir la libertad.

—No quiero mi libertad a cualquier precio.

—Sed sensato, don Miguel. Ahora lo que importa es que obtengáis la absolución del tribunal. Dejad la defensa de vuestras ideas para más adelante.

—No puedo renunciar a ellas.

—Vuestros mentores no os piden que renunciéis a nada, simplemente que colaboréis en vuestra propia defensa. Ya lo habéis hecho en otras ocasiones al negar que erais autor de vuestras obras.

—Eso fue un error; jamás debí negar ser el autor de cuanto he escrito.

—Perdonad que os diga esto, don Miguel, pero creo que lo que estáis haciendo se parece mucho a un suicidio. Y me extraña en vos, porque considero que amáis la vida por encima de todas las cosas.

—La vida no es nada sin la libertad de conciencia y de pensamiento.

—Y nadie ni nada os va a impedir que vuestra mente sea libre; sólo os demandan prudencia y mesura, y que colaboréis con su táctica.

—Durante todo este tiempo, desde el momento mismo de la creación de Adán, los hombres hemos sido esclavos. Pero Dios nos dio la vida y la luz, y lo hizo así para que fuéramos libres. Dios nos otorgó su luz, la luz del mundo, la que nos transfiere la energía vital. La luz lo es todo, y sin ella la vida sería imposible. Si renuncio a mi libertad, renuncio a la luz y, por tanto, renuncio a la vida. Y si renuncio a la vida, renuncio a Dios.

De la Villa se dio cuenta de que era inútil gastar más energía en intentar hacer entrar en razón a aquel terco aragonés, cuyo discurso comenzaba a ser un tanto difuso.

—Vuestra ropa se encuentra en muy mal estado. Solicitaré que os proporcionen una nueva, a costa del dinero que se os confiscó, claro. —Juan de la Villa cambió de tema.

—Hace días que pedí ropa nueva, pero no me la conceden. Esta que uso comienza a estar demasiado sucia y pronto no será sino un montón de jirones. Tampoco me cambian la paja del colchón donde duermo. Las pulgas y los chinches se están dando un festín con mi cuerpo.

Al oír estas palabras, Juan de la Villa se levantó instintivamente del camastro y se sacudió las calzas.

—Intentaré que esto se solucione, pero debéis poner cuanto sea necesario de vuestra parte, y dejad a un lado vuestra terquedad, os lo ruego.

—¿Tozudez? Hay quien dice que los nacidos en Aragón somos tozudos y tercicos como mulas, pero yo creo que lo que hacemos es mantener con firmeza y tenacidad nuestras creencias. Así lo defendió un ilustre aragonés, Benedicto XIII, el llamado Papa Luna, a quien la Iglesia romana lo considera antipapa, a pesar de que estaba investido con toda legitimidad. Pese a tener a toda la cristiandad en contra, él jamás renunció a la dignidad pontificia que en justicia le había sido otorgada, y murió sintiéndose el papa legítimo de la Iglesia romana.

—Ya veis, a causa de su tozudez, o pese a su tenacidad si lo preferís así, ese hombre no consiguió nada.

—Pero estoy seguro de que murió en paz consigo mismo y satisfecho por haberse mantenido firme hasta el fin.

Ginebra, 15 de septiembre de 1553

Mientras libertinos y calvinistas seguían disputando abiertamente en calles y plazas de Ginebra en defensa de sus respectivas alternativas, con el asunto de Servet como

centro de sus discusiones, Calvino ultimó el trabajo que los jueces le habían solicitado en su condición de nuevo acusador principal.

La mañana del viernes 15 de septiembre Calvino presentó ante el Pequeño Consejo los treinta y ocho párrafos elegidos de *Restitución del cristianismo* que el tribunal había admitido como susceptibles de herejía y que deberían examinar los miembros más ilustres de las cuatro iglesias reformadas seleccionadas por los jueces.

Calvino, una vez iniciada la sesión del consejo, tomó la palabra.

—Son muchas más, pero para atenernos a lo dispuesto por este consejo, los ministros de la Iglesia reformada de Ginebra hemos seleccionado treinta y ocho proposiciones extractadas de la obra de Miguel Servet, que emanan herejía por todos sus poros. Nos hemos basado sobre todo en sus errores sobre la Trinidad, en sus blasfemias sobre la sustancia de Dios, en sus opiniones impías sobre el Espíritu Santo, en sus irreverencias sobre la filiación de Cristo, y en sus insensateces sobre la encarnación de los ángeles, el bautismo de los niños y la regeneración de la carne. Todo ello en manifiesto desacuerdo con la palabra de Dios expresada en las Sagradas Escrituras y con la fe en Cristo que todos profesamos.

El reformador no hizo ningún otro comentario.

El presidente del Pequeño Consejo recogió los folios escritos por Calvino y leyó el título del informe en latín: «Breve refutación de los errores e impiedades de Miguel Servet, redactado por Juan Calvino, ministro de la Iglesia de Ginebra, dirigida a su magnífico Senado, según ordenan las leyes.» Y se los entregó a Servet.

—¿Tiene algo que alegar el acusado? —le preguntó.

—Necesitaría tiempo para ello —dijo Servet.

—No disponemos de ese tiempo. ¿Tiene algo que alegar el acusado?, repito

Servet comenzó entonces a hablar y fue desmontando una a una las treinta y ocho acusaciones de Calvino, citando de nuevo de memoria textos de diversos padres de la Iglesia. Sin atender a las recomendaciones que Juan de la Villa, que estaba presente en una discreta posición en la sala, le había hecho unos días antes en prisión, Servet arremetía tras cada respuesta contra Calvino y lo hacía con altanería. Al principio fueron diatribas livianas, pero conforme se fue calentando, Servet lanzó duros insultos y tremendas injurias contra el reformador de Ginebra.

Su alegato final fue tremendo.

—Os suplico con toda humildad que abreviéis todas estas dilaciones y que proclaméis la exención de todos los delitos que se me atribuyen. Juan Calvino pretende que me pudra en la cárcel, y si continúo en estas condiciones lo va a lograr. Las pulgas y los chinches me están comiendo vivo, ved mis ropas sucias, desgastadas y roídas hasta lo indecoroso. Os he presentado un requerimiento de libertad conforme a las leyes de Dios, y Calvino responde alegando la aplicación de leyes dictadas hace mil años por el emperador Justiniano, acusándome de penas en las que ni él mismo

cree y sin citar una sola referencia concreta de las Sagradas Escrituras que apoye su denuncia.

»Hace ya un mes que permanezco en prisión, encerrado como un criminal, sin que haya cometido delito alguno, procesado en contra de las propias leyes de Ginebra, y sumido en la miseria y en la suciedad. Me habéis negado vestidos adecuados e incluso la asistencia de un letrado defensor, en tanto a él le habéis permitido disfrutar de todo tipo de privilegios y de asesores. Por ello, solicito que mi caso salga de la jurisdicción del Pequeño Consejo y se traslade para ser juzgado por el Consejo de los Doscientos. A su autoridad y a su sentido de la justicia apelo, a la vez que solicito, convirtiéndome de acusado en acusador, que le sea aplicada la ley del talión, de la que él mismo se muestra a veces tan partidario, a Juan Calvino y a cuantos con él han colaborado en esta farsa.

»Y acabo, señores, denunciando que Juan Calvino, que se presenta como ministro de la Iglesia de Ginebra, no es sino un penoso remedo de Simón el Mago, aquel que pretendió comprar la capacidad de hacer milagros que Cristo otorgó a sus apóstoles, y lo tildo de sicofanta por emitir calumnias falsas en mi contra, de impostor por atribuirse una autoridad y una altura moral de la que carece, de pérfido por traicionar los principios cristianos que dice defender, de nebuloso por ocultar sus verdaderas intenciones, de rata ridícula por corroer la verdadera esencia de la fe en Cristo y de ladrón de espíritus por utilizar sus arteras añagazas para robar las almas de los incautos que a él se acercan. Y así lo haré constar por escrito en notas al margen de estos folios acusatorios que no contienen sino maledicencias y mentiras.

»Este juicio es injusto, pero, a pesar de ello, debo declarar solemnemente que no temo a la muerte, si es que ésta llegara pronto, y me ratifico en todo cuanto he dicho y escrito.

Servet estaba fuera de sí, como si hubiera perdido el sentido común que hasta entonces había demostrado a lo largo de las sesiones del juicio.

El presidente del tribunal, tras consultar con algunos miembros, decidió que si el debate sobre este asunto se dirimía de manera oral y cara a cara entre Juan Calvino y Miguel Servet, el juicio se alargaría en exceso y que algunos asuntos eran demasiado enrevesados; en consecuencia, decidió que acusador y acusado dirimieran sus diferencias por escrito, y que se adjuntaran copias de esas alegaciones a las cartas a enviar a las cuatro iglesias seleccionadas.

—El acusado puede revisar esos folios y realizar cuantas alegaciones estime oportunas, y puede hacerlo por escrito —le dijo a Servet el presidente del tribunal.

Filiberto Berthelier apretó las mandíbulas y Juan de la Villa se restregó el rostro con las manos y pensó que ese colega al que tanto admiraba estaba empeñado en cavar su propia tumba. Ambos sabían que con aquella intervención, que además la iba a ratificar por escrito, Servet había perdido toda la ventaja con la que había

partido en el juicio.

Y así fue. Aquella misma tarde, Servet, crecido y confiado porque los partidarios de Calvino habían sufrido una derrota política en la sesión del Consejo Mayor por la mañana, remitió la copia con las treinta y ocho acusaciones de Calvino llena de anotaciones entre líneas y enmiendas al margen. Comenzaba su escrito con la frase «Yo os suplico», y declaraba que sus condiciones en la cárcel eran penosas, pero que no había sufrido ningún tormento físico. Pedía que su caso fuera visto y juzgado en el Consejo de los Doscientos. Y, además, le envió una carta al reformador en la que se ratificaba en todo cuanto le había recriminado en la sesión anterior, tildándolo de ignorante y de desconocer los mínimos rudimentos de la filosofía.

De vuelta a prisión, un sastre esperaba a Servet. El tribunal había autorizado que se le hiciera ropa nueva, eso sí, a su costa.

Ginebra, 16 de septiembre de 1553

El Pequeño Consejo ordenó que se escribieran cuatro copias con las treinta y ocho acusaciones puntuales que Calvino había preparado contra Servet para ser enviadas a las cuatro iglesias hermanas reformadas, tal cual se había aprobado. También se ordenó que se hicieran sendas copias de las alegaciones presentadas por Servet y que se adjuntaran a los textos preparados por Calvino.

—Ese condenado demonio —el juez Berthelier se refería a Calvino— debe de estar ahora muy contento. Por primera vez desde que comenzamos este desdichado juicio tiene motivos para creer que puede salirse con la suya y condenar a Servet.

—Tenéis razón. Por un momento creí que los miembros del Pequeño Consejo estaban dispuestos a absolver al médico aragonés, pero su inmoderada actitud en las últimas dos sesiones ha provocado un cambio de opinión en varios consejeros respecto a la culpabilidad del reo —dijo Juan de la Villa.

Los dos defensores de Servet sabían que los informes de las cuatro iglesias reformadas irían en contra de sus intereses.

—Calvino no quiere más sorpresas. Acabo de enterarme de que ayer mismo, en cuanto se supo la resolución, envió otras tantas cartas personales a los responsables de las cuatro iglesias dándoles precisas instrucciones para condenar irremediablemente a Servet. Los ministros reformadores de esas cuatro ciudades son sus amigos y comparten sus posiciones doctrinales. Les ha informado de que van a recibir los escritos oficiales remitidos desde Ginebra solicitando su opinión sobre los libros de Servet, pero ya les adelanta que deben ser implacables y que desmonten con toda dureza sus escritos, especialmente los contenidos en *Restitución del cristianismo*.

Berthelier y De la Villa almorzaban en una posada a orillas del lago Lemán, donde solían reunirse los dirigentes libertinos para debatir su estrategia política.

—¿Y habéis podido saber el contenido de esas cartas? —demandó De la Villa.

—Sí. Tenemos infiltrado un agente entre los partidarios de Calvino, que nos informa puntualmente. Por eso sabemos que ha tenido sumo cuidado en utilizar los términos adecuados en la carta remitida a cada uno de los cuatro dirigentes de las cuatro iglesias.

—Pero si fue ayer mismo cuando se decidió hacer esos envíos; ¿cómo ha tenido tiempo...?

—Sin duda porque ya estaba todo preparado de antemano. Nos han engañado.

—¿Entonces...?

—En cada una de las cuatro cartas, redactadas hace al menos tres días, Juan Calvino ha tenido sumo cuidado en utilizar los términos más adecuados para convencer a cada uno de sus cuatro amigos reformadores —explicó Berthelier—. La iglesia de Zúrich está encabezada por Enrique Bullinger, un ferviente admirador de Calvino. El reformador de Ginebra le ha precisado todo cuanto tiene que responder, sabedor de que Bullinger hará exactamente lo que se le indique.

»A Sulzer, el pastor de la iglesia de Basilea, le dice que Miguel Servet lleva veinte años infestando a la cristiandad con sus doctrinas heréticas. Le recuerda que Martín Bucer, el reformador de Estrasburgo fallecido hace dos años, amigo de ambos y a quien tilda de «hombre de Dios», horrorizado por lo que había leído en alguno de los libros de Servet, manifestó que ese hombre «merecía que lo hicieran pedazos». Añade además que cada libro del hereje ahora preso en Ginebra no es sino veneno que ha caído impunemente sobre los buenos cristianos y que en su última obra impresa en Vienne se contiene agrandada toda la ponzoña de sus anteriores libros. Le explica con detalle cómo se está desarrollando el proceso, desde la huida de Servet de Vienne hasta su captura en Ginebra, y los pasos seguidos hasta ahora en el juicio.

—Tenéis razón, Filiberto, nos la ha jugado, y bien.

—A Sulzer —continuó Berthelier desgranando el contenido de las cartas secretas de Calvino— le comenta que ha intentado cortar de raíz el mal que surge de Servet y que está empeñado en que sea castigado. Se lamenta de que algunos jueces de Ginebra todavía dudan de la culpabilidad del que llama «el mayor hereje del mundo» y le dice que teme que pueda quedar libre si sus doctrinas no son rechazadas unánimemente por los pastores de las iglesias consultadas. Considera que Servet merece la pena de muerte por sus numerosos errores, de los cuales jamás ha mostrado señales de arrepentimiento, y que no puede quedar inmune por todo el daño que ha causado a los cristianos. En un ejercicio de sutil sarcasmo, Calvino acaba su carta a Sulzer lamentando que la Inquisición católica está conduciendo a la hoguera a hermanos reformadores en algunas ciudades de Francia, sobre todo en Lyon.

»Las cartas enviadas a los pastores de las iglesias reformadas de Berna y de Schaffhausen están escritas en términos semejantes. Pero, además, Calvino ha dirigido una quinta carta a la Iglesia reformada de Neufchâtel, regida por Guillermo Farel, su más leal colaborador, con quien compartió exilio cuando ambos fueron expulsados de Ginebra y tuvieron que refugiarse en Estrasburgo, donde fueron acogidos por Bucer. No ha sido necesario darle demasiadas explicaciones, pues Farel ha asistido a un par de reuniones sobre este caso y se ven con frecuencia, pero Calvino insiste en que Servet merece la muerte en justicia, entre otras cosas porque lo acusa de afirmar que incluso en el diablo reside la sustancia divina, aunque se muestra partidario de acabar con el hereje sin aplicar demasiada crueldad.

—Vaya, una muestra de su caridad cristiana, al parecer... —ironizó Juan de la Villa.

El 21 de septiembre, cinco días después de que Calvino remitiera sus indicaciones secretas a los pastores reformadores, salieron las cuatro cartas oficiales desde Ginebra. En ellas se hacía saber que Miguel Servet estaba preso por haber escrito obras contra las Sagradas Escrituras en las que se contenían materias contrarias a la ley de Dios. Se incluían los artículos que los jueces habían considerado heréticos y las alegaciones de Servet y les solicitaban a los ministros de las cuatro iglesias hermanas su opinión.

Servet confiaba en que alguno de ellos le diera la razón, o al menos no se alineara incondicionalmente con las acusaciones de Calvino. Creía que sus alegaciones estaban suficientemente documentadas y razonadas. En su ingenuidad, todavía consideraba que mediante la razón podría convencer a los pastores reformadores de que sus posiciones doctrinales no constituían ningún peligro para nadie, y que eran producto de la reflexión y el estudio.

Calvino recibió la respuesta de Guillermo Farel enseguida. El pastor de Neufchâtel atribuía a la providencia divina el hecho de que un hereje como Servet hubiera sido detenido precisamente en Ginebra. Continuaba diciendo que los jueces deberían condenarlo sin remisión, pues en caso contrario se convertirían en colaboradores de sus blasfemias y despreciarían la verdadera doctrina de Cristo. Al final de su escrito, Farel adulaba la caridad y clemencia de Calvino por desear una ejecución exenta de crueldad y consideraba que sólo debería aplicarse cierta misericordia en caso de que Servet se arrepintiera de su doctrina y que lo hiciera públicamente. Toda la carta de Farel estaba escrita con un acerado cinismo.

Ginebra, 22 de septiembre de 1553

Aquella noche, la primera del otoño, apenas pudo dormir. La tarde anterior Miguel

Servet había sido informado de que las cuatro cartas habían sido remitidas a las cuatro iglesias reformadas y de que los miembros del Pequeño Consejo habían decidido posponer el juicio hasta que llegaran los informes solicitados.

En la soledad de la celda, Servet se consumía. No le dejaban leer, habían restringido las visitas del médico Juan de la Villa a un único día a la semana y siempre en presencia de un guardia, pues Calvino había sospechado que ese médico se había convertido en el informador del hereje, y sólo le permitían disponer de un tintero, una pluma y unos pocos folios de papel.

Desesperado, cogió uno de aquellos pliegos y escribió:

«A los señores jueces del Pequeño Consejo de la ciudad de Ginebra:

»Hace ya más de un mes que estoy encerrado en esta prisión, a pesar de que se carece de una sola prueba en mi contra. No estoy detenido por haber cometido crimen alguno, sino por la voluntad caprichosa de Juan Calvino, que me ha acusado falsamente por haber escrito que las almas eran mortales y que Jesucristo sólo había tomado parte del cuerpo de María la Virgen. Todo cuanto ese hombre me atribuye es una enorme mentira. Jamás he dicho o escrito que el alma sea mortal, porque de ser así no habría esperanza de salvación. Yo nunca he afirmado semejante cosa, pues en ese caso yo mismo me hubiera condenado a muerte, ya que con ello negaría a Jesucristo, a las Sagradas Escrituras y aun al mismo Dios.

»Tan falsa acusación ha sido realizada por un hombre que no busca la justicia, sino mi perdición. Por ello, señores jueces de Ginebra, os pido que mi acusador, que ha obrado con falsedad y engaño, sea condenado a la pena del talión, y que, como ordenan las leyes de Ginebra, quede preso, como yo lo estoy, hasta que la causa contra mí iniciada quede resuelta, bien con mi muerte, si fuera culpable, bien con la suya por falsa acusación, bien por la pena que en su caso ese tribunal decida aplicar.

»Soy inocente, y tan seguro estoy de ello que, si no pudiera convencer al tribunal de mi inocencia y se decidiera mi muerte, estaré contento si así sucediera. Os pido, señores, justicia, justicia, justicia.

»Y acuso a Juan Calvino de la comisión de los siguientes delitos y engaños:

»En el pasado mes de marzo ordenó que Guillermo de Trie, ciudadano de Lyon refugiado en Ginebra, escribiera una carta a Antonio Arney, un primo suyo en Lyon, para instigarle a que a su vez el tal Antonio me denunciara ante el tribunal de la Inquisición. Demando de Juan Calvino que explique cuál era el contenido de esta carta y por qué ordenó su envío.

»Le demando que responda si con esa carta también envió a Lyon los primeros pliegos del libro Restitución del cristianismo.

»Le pregunto a Calvino si todo esto no fue remitido para que lo supieran los inquisidores de Lyon y por ello me persiguieran.»

Quince días más tarde de haber enviado esa carta, el mismo Guillermo de Trie, de nuevo por encargo de Juan Calvino, remitió veinte epístolas que Servet había escrito, y lo hizo para que la Inquisición ratificara su querrela. La carta continuaba:

«Demando de Juan Calvino si es conocedor de que, con motivo de dicha denuncia, mi efigie ha sido quemada en la ciudad de Vienne, y de que yo hubiera sido quemado vivo si no hubiera logrado escapar de la prisión y de que todas mis propiedades han sido confiscadas.

»Acuso a Juan Calvino, que se define a sí mismo como ministro del Evangelio, que se haya convertido en un acusador criminal, a pesar de que no es digno de un pastor del Señor perseguir a un hombre con tanta saña hasta lograr su condena a muerte.

»Por todo lo cual, señores jueces de Ginebra, considero que existen razones suficientes y constatadas para condenar a Juan Calvino. En primer lugar porque mi doctrina, como tal, no está

sujeta a la acción criminal que él propugna; en segundo lugar porque se ha erigido en falso denunciante; en tercer lugar porque pretende ocultar la verdad de Jesucristo con embustes y calumnias; y, al fin, porque, siguiendo el ejemplo de Simón el Mago, ha utilizado la simonía contra todos los doctores de la Iglesia, y por ello debe ser condenado y expulsado de esta ciudad. Reclamo además que las propiedades que el tal Juan Calvino posea me sean adjudicadas, pues así compensaré los bienes que él me ha hecho perder.»

Acabada la carta, la firmó, la dobló y la entregó a su carcelero para que a su vez la remitiera a los jueces del Pequeño Consejo. Luego se tumbó sobre el catre de paja y lloró amargamente su desventura.

Hasta entonces, Servet se había defendido con eficacia, pero conforme avanzaba el proceso fue perdiendo la compostura, le alcanzó el nerviosismo y comenzó a mostrarse insolente, altanero y amenazador. En algunas ocasiones parecía haber perdido la razón, de cuyo uso tantas veces alardeaba, y para demostrar que estaba seguro de sí mismo, no dudaba en desafiar a Calvino una y otra vez, y lo insultaba tildándolo de mentiroso, canalla y criminal.

Cuando Calvino supo del contenido de aquella carta y de las acusaciones que le imputaba Servet, frunció el ceño y apretó con rabia los puños. A pesar de que el reformador solía disimular sus estados de ánimo, no pudo evitar que su rostro manifestara un tremendo enfado.

Fue Claudio Rigot, el fiscal del caso y procurador general de Ginebra, quien se lo comunicó personalmente.

—Se trata de las palabras de un resentido —le dijo Calvino, muy enfadado, a Rigot tras escuchar su informe.

—Y a la vez las de un poseído. Ese hombre tiene los demonios metidos en el cuerpo; deberían aplicarle un exorcismo para arrancárselos de sus entrañas. La posesión demoníaca se está extendiendo por estas montañas; no hay aldea en la que no habiten dos o tres posesos y media docena de brujas. Habrá que exorcizarlos a todos.

—La hoguera es la única solución para esos herejes. Hay que cazarlos uno a uno, una a una, y prender fuego a sus cuerpos para que los demonios íncubos y súcubos que contienen dejen este mundo y regresen al de las tinieblas.

—Quizá también deberíamos acusarlo de posesión demoníaca —propuso Rigot—; los tribunales suelen condenar a la hoguera a la mayoría de los reos por esa causa.

—No. En ese caso se instruiría un nuevo proceso y perderíamos mucho tiempo. Esa carta de Servet y las acusaciones que en ella vierte contra mí pueden estar inspiradas por Amadeo Perrin o por el propio juez Berthelier, ya sabéis que son mis dos mayores enemigos y que nunca han dejado de tramar planes para deshacerse de mí. Siempre se han opuesto a mis reformas. Cuando establecí que los gobernantes deberían ser elegidos por sus méritos y no por razones de herencia al pertenecer a un grupo aristocrático, dijeron que yo era un entrometido advenedizo que pretendía alterar las tradiciones de Ginebra y que con ello no respetaba ni la jerarquía social ni la herencia familiar.

—Pues a mí, y dada mi experiencia con este tipo de delincuentes, me parece que se trata de una acción desesperada de un hombre que se siente perdido y sin horizonte alguno de obtener su libertad. En las primeras semanas del juicio tal vez albergara esperanzas de que los jueces lo absolverían, pero conforme han ido discurriendo los últimos días, creo que se ha dado cuenta de sus errores y del cambio de opinión de la mayoría de los miembros del Pequeño Consejo, que han rechazado una a una todas sus estrambóticas peticiones.

—No obstante, los libertinos intentarán dar la batalla hasta el fin, y en Servet han encontrado una nueva causa para luchar contra mí —insistió Calvino.

—Descuidad. Vos habéis hecho mucho por esta ciudad. Nos habéis enseñado que los gobernantes deben ser justos y que deben procurar por encima de todo el progreso de sus pueblos y la paz social; habéis conseguido que Ginebra sea una de las ciudades más prósperas; y habéis creado la universidad y fundado instituciones que ayudan a niños huérfanos y a ancianos sin recursos.

—Los pueblos olvidan pronto, amigo Rigot. Recordad que no hace mucho tuve que exiliarme de Ginebra.

—Pero os llamamos para que volvierais y pusierais orden de nuevo en esta ciudad, que se había convertido en un fiasco sin vuestra dirección y sin vuestro ejemplo.

—Pese a ello, no dispongo de una mayoría de adeptos en el Consejo de los Doscientos para poder gobernar Ginebra según las leyes de Dios, que son las que deben aplicarse para la buena administración de la república y de las que deben derivar todos los reglamentos humanos.

—Eso cambiará pronto, no lo dudéis. Entre tanto, ¿qué hacemos con el hereje?

—Esperar —asentó Calvino.

—¿Esperar?

—Sí. Esperar a que lleguen los informes de nuestras cuatro iglesias hermanas. Y ya os adelanto que los cuatro serán demoledores para los intereses de Servet y de cuantos lo apoyan aquí.

—¿Os habéis asegurado de ello?

—Por supuesto. Los pastores que rigen esas iglesias son amigos leales. Yo ya me encargué de aleccionarlos convenientemente antes incluso de que recibieran los expedientes del tribunal y las alegaciones con las que ha respondido Servet.

—¿Y confiáis en ellos? —demandó Rigot, que quería asegurarse bien de que ninguno de los cuatro informes sería favorable a Servet.

—Por supuesto. Las reformas que se han introducido en las iglesias de Basilea, Berna, Zúrich y Schaffhausen ha sido inspiradas por mí, y sus ministros me deben cuanto son. Todo está bien atado. Servet es carne de hoguera.

Ginebra, 1 de octubre de 1553

La última semana del mes de septiembre transcurrió lenta. Los días se estaban haciendo interminables para Miguel Servet, encerrado en la prisión, sin poder salir un solo momento, con el único contacto con el exterior del carcelero, que dos veces al día le entregaba una mísera ración de comida en un único plato y un jarrillo con agua pestilente; no había vuelto a comer nada tan repugnante desde que abandonara el colegio de Montaigu en París. Las visitas de Juan de la Villa, que habían quedado restringidas a una sola a la semana de apenas unos instantes y siempre bajo vigilancia, eran su único consuelo.

Además, la llegada del otoño había traído copiosas lluvias y primero la humedad y luego el frío sustituyeron bruscamente a las templadas jornadas de finales del estío. Las noches eran cada vez más largas y gélidas. Una sola manta sucia y llena de piojos era lo único que Servet podía utilizar para mitigar la inclemencia; sus andrajosas ropas eran ya poco más que un montón de harapos, pues no le habían proporcionado aún la nueva vestimenta prometida.

En la penumbra de la celda y carente de espejo alguno, Servet no podía ver su rostro, pero lo intuía ajado, consumido y triste. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad hasta tal punto que durante los breves instantes en que dos veces al día permanecía su carcelero en la celda para dejarle la pitanza y recoger el bacín con sus excrementos, le molestaba la tenue luz del candil hasta el extremo de tener que entornar los párpados.

Por el contrario, su nariz se había acostumbrado de tal manera a la pestilencia de aquella estancia que se había vuelto insensible a semejante hedor; al menos habían desaparecido las arcadas y los vómitos que sufrió por lo hediondo de la prisión en los primeros días. La falta de higiene le estaba provocando algunas úlceras en la piel, que intentaba curar gracias a sus conocimientos médicos, lavándose con la escasa agua que le servían con la comida y aliviándose con algunos ungüentos que le proporcionaba De la Villa.

Acuciado por el hambre y la sed, comido vivo por las pulgas y los chinches, aterido por la humedad y el frío que habían caído de repente sobre Ginebra, Servet había envejecido en un mes y medio el equivalente a cinco o seis años por lo que se refería a su aspecto físico.

Acababa de cumplir cuarenta y dos años, pero parecía un anciano: la extrema delgadez, los perfiles del rostro cada vez más angulados, los huesos de los pómulos marcados bajo la piel, el pelo orlado de mechones grises y con pequeñas calvas en las sienes y en los parietales, las manos huesudas y las uñas frágiles y quebradizas, la piel cubierta de roña y de pequeños edemas producidos por los mordiscos de los parásitos, los ojos enrojecidos, legañosos y casi desprovistos de pestañas, los labios

agrietados y resecos, las encías sangrantes y purpúreas, los pies hinchados, las ingles y las axilas llenas de pequeñas ulceraciones..., con el paso de los días el cuerpo de Servet semejaba un despojo humano.

Al contemplar semejante estado físico, Juan de la Villa solicitó del Pequeño Consejo que se le permitiera tratar al preso con algunas medicinas, pues hasta entonces sólo le habían permitido examinarlo sin posibilidad de hacerle cura alguna, y que se le proporcionaran más alimentos. La petición del médico fue denegada.

En el Pequeño Consejo alguien dijo que, además de los informes solicitados a las cuatro iglesias reformadas, tal vez sería oportuno demandar otros similares a algunas iglesias del Imperio alemán. Calvino se negó en redondo, alegando que todas las iglesias reformadas al este del río Rin profesaban una estricta obediencia luterana, y añadió que Lutero, aun teniendo el mérito de haber sido el primero de los reformadores al publicar las noventa y cinco tesis de Wittenberg, no se había comportado en el fondo sino como un católico ligeramente retocado. En realidad, a Juan Calvino lo que más le había molestado de Lutero era que hasta el momento de su muerte, siete años atrás, nunca admitiera que la fundada por Juan Calvino fuera una verdadera Iglesia, y que el fraile alemán considerara al reformador de Ginebra como un advenedizo que debido a su orgullo y a su consideración mesiánica había roto la unidad de la Reforma, provocando la dispersión de la misma y su debilidad frente a Roma con la única idea de convertirse en la cabeza de su propia Iglesia.

Algunos seguidores de Lutero definían a Juan Calvino como un peligroso fanático, capaz de aplicar una crueldad extrema sobre sus enemigos. El propio Calvino, que se consideraba a sí mismo un ser dotado por Dios con mayores conocimientos que el resto de los hombres y como el único elegido para explicar correctamente el mensaje divino contenido en la Biblia, proponía cumplirlo al pie de la letra, según su exclusiva interpretación, porque sostenía que sólo en la palabra de Dios radicaba la verdad, como había dejado escrito en su opúsculo *Cautividad babilónica de la Iglesia*.

Además, los príncipes alemanes que habían aceptado las reformas de Lutero rechazaban sin embargo a Calvino porque éste los repudiaba, y acusaba a los soberanos absolutistas (y todos ellos gobernaban de ese modo en cuanto podían hacerlo) de ejercer el poder sin ningún control; lo había escrito en su librito *A la nobleza cristiana de la nación alemana*. Amantes como eran de la guerra, de la que obtenían numerosos beneficios y sustanciosas ganancias, aquellos engreídos señores no podían consentir que el austero Calvino predicara que las guerras ofensivas eran injustas y malditas a los ojos de Dios, y que sólo se podía admitir la guerra cuando se declaraba en defensa propia.

Y la mayoría de los magnates, banqueros y hombres de negocios también recelaban de Calvino y de sus propuestas económicas. Acostumbrados a los lujos y

los excesos, que formaban parte esencial de su modo de vida y de sus señas de identidad como estamento privilegiado, los potentados del mundo no admitían que Calvino rechazara toda manifestación de lujo y de fortuna, añadiendo que la riqueza sobrante no debía invertirse en joyas, banquetes, palacios, cuadros y sedas, sino que debía repartirse entre los pobres. Incluso se atrevió a fijar en el cinco por ciento el interés máximo que los banqueros debían aplicar a sus préstamos, para así no asfixiar a los deudores y permitir el buen gobierno de las ciudades y la buena administración de sus mercados.

Ahora el tiempo acuciaba y había que destruir a Servet, completamente. Para ello, Calvino preparó una nueva acusación que lanzar sobre el reo: la de panteísmo.

—Dice Servet en su libro —se refería Calvino a *Restitución del cristianismo* al dirigirse a los miembros del Pequeño Consejo— que todas las cosas habitan en Dios, pero que se concentran en Jesucristo. ¿Acaso habéis oído alguna vez semejante insensatez? Las doctrinas de este hereje se sustentan en los gravísimos errores de los filósofos paganos, a los que sigue en sus escritos como perrillo faldero. Esta obra maldita —Calvino blandía ante los consejeros un ejemplar del último libro de Servet— se nutre de la doctrina de materialistas sin dios como Anaxágoras, Demócrito o Filón. Escribe este incorregible hereje que toda materia es susceptible de recibir la sustancia divina, que penetra en ella a través de la luz.

»Todo cuanto contiene este libro es herético y absurdo. Y todo en él está sujeto a una enorme confusión. Su pagano panteísmo es maldito a los ojos del Señor. Para Servet todo está impregnado de lo que él llama “la sustancia de Dios”: la carne, el alma, todo, según él, lo empapa esa extraña sustancia. Este infeliz cree que la tierra que pisa, el aire que respira, los alimentos que ingiere o los excrementos que defeca son el mismísimo Dios. Incluso me llegó a responder en una ocasión, cuando lo acusé por primera vez de panteísmo, que todo lo que nos rodea es de la misma sustancia que Dios. Yo le dije que en ese caso también lo sería el diablo. Y se ratificó en ello, sosteniendo que todo cuanto existe es una manifestación sustancial de Dios.

Tras su intervención en el Pequeño Consejo, muy similar a la que había predicado en su sermón el domingo anterior, Calvino se sentó satisfecho en su escaño.

El juez Berthelier, que asistió atento al discurso del reformador, no replicó, pero se dio cuenta de que las tornas estaban cambiando y que los libertinos estaban comenzando a perder la partida cuyo trofeo para el vencedor no era otro que la vida, o la muerte, de Miguel Servet.

Ginebra, 10 de octubre de 1553

Cada día más enfermo y más débil, más desesperado y más rendido, Miguel Servet

decidió escribir una tercera carta a las autoridades de Ginebra.

En la penumbra de su celda, con los ojos enrojecidos y llorosos, y aprovechando la escasa luz que a mediodía penetraba por una estrecha tronera, comenzó su escrito:

«Magníficos señores. Hace ya tres semanas que os he pedido audiencia, pero no queréis concedérmela. Os ruego, por el amor a Jesucristo, que no me neguéis lo que sí concederíais a un turco infiel. Os demando justicia y tengo que deciros cosas trascendentes. Me encuentro muy mal: el frío me paraliza, carezco de ropa de abrigo y estoy atormentado por enfermedades y miserias que me avergüenza siquiera mentar. Señores, no me hagáis justicia si ése es vuestro deseo, pero al menos compadeceos de este pobre hombre.»

Y acababa la carta firmando como *«Miguel Servet, en soledad, pero en la confianza de la segura protección de Cristo»*.

Tras escuchar el contenido de la carta de Servet, que el juez Filiberto Berthelier leyó con motivado énfasis ante el Pequeño Consejo, los miembros del consistorio mantuvieron un escandaloso silencio.

Berthelier dejó el folio sobre la mesa y exclamó:

—¿Es que ninguno de vosotros, honorables prohombres de la República de Ginebra, tiene nada que decir ante esta carta? —El silencio seguía siendo absoluto—. Es probable que algunas de las doctrinas de este hombre —Berthelier señaló la carta— no estén conformes con lo que dicen las Sagradas Escrituras, y que confunda la realidad con el producto de su imaginación, pero ¿creéis que un hombre como Servet debe ser condenado por ello? ¿Qué mal ha hecho, a quién ha maltratado, quién ha sufrido por su causa?

—¿Acaso tenéis vos las respuestas? —le demandó al fin uno de los jueces.

—Sí, yo las tengo: no ha hecho ningún daño, no ha maltratado a nadie y nadie ha sufrido por él.

—Ese hereje pretende destruir nuestra república —repuso el mismo juez.

—La ilustre República de Ginebra se ha dotado para su gobernanza de leyes extraordinarias que la han hecho libre y admirada en toda Europa. Si liberamos a Miguel Servet nos convertiremos en la esperanza de las nuevas naciones y en el espejo donde se miran los hombres libres del mundo. Pero si condenamos a ese hombre tan sólo por haber escrito y manifestado lo que piensa, sobre esta ciudad caerá una ignominia eterna que la convertirá en un lugar desdichado y todos nosotros seremos culpables de semejante injusticia.

—¡Exageráis, Berthelier! —gritó una voz.

—Miembros del Pequeño Consejo de Ginebra, ciudadanos honrados de esta noble ciudad a la que representamos, demos al mundo un valioso ejemplo de magnanimidad, justicia y liberalidad. Apostemos por la vida y salvemos la de ese pobre desgraciado, del que nada hay que temer.

El discurso del juez libertino sonó solemne y convincente en la sala del Pequeño

Consejo, pero la suerte estaba echada y Servet caminaba directo hacia una irremediable condena.

Los atribulados consejeros se limitaron a escuchar y a denegar las desesperadas peticiones de Servet, salvo la de proporcionarle una manta de abrigo, a lo que sí accedieron, aunque a pesar de ser aprobado nunca se cumplió porque nadie se preocupó de que así se hiciera.

Calvino supo, ahora sí, que estaba a punto de ganar la última y decisiva partida.

Capítulo VII

Ginebra, 19 de octubre de 1553

Uno a uno los informes de las iglesias hermanas reformadas de Suiza fueron llegando traídos por un mensajero especial enviado con ese propósito por el gobierno de Ginebra. Aquella mañana Calvino se presentó ante el Pequeño Consejo, convocado para hacer públicas las respuestas de los pastores de cada una de las cuatro iglesias consultadas.

El presidente del consejo le dio la palabra.

—Ya están aquí todos los informes. —Calvino mostró a los miembros del Pequeño Consejo los originales remitidos desde las iglesias de las ciudades encuestadas y las correspondientes traducciones—. Y ya las hemos traducido del original alemán al francés. Permitid que os desgrane qué piensan nuestros hermanos del hereje que ha mancillado los nombres de Dios, de Cristo y del Espíritu Santo, y que está dispuesto a llenar de indignidad y oprobio nuestra ciudad. —Desplegó el papel con el resumen en francés del informe de los pastores de la ciudad de Berna y leyó—: «Que el Señor os conceda la sabiduría y la prudencia necesarias para que libréis a vuestra Iglesia de esa peste que os asola y que se llama Miguel Servet.» —Luego tomó la carta de Zúrich—. «La Providencia acaba de ofreceros una extraordinaria oportunidad para que demostréis que sois diligentes en la persecución de la herejía que encarna Miguel Servet», y la Iglesia de Zúrich, en la que sirviera el gran Zwinglio, homenajando su memoria, añade: «Ninguna severidad será tan grande como la que requeriría la ofensa que ha infligido Miguel Servet. Recordamos a nuestro añorado maestro cuando dijo que el sujeto de las acciones es la propia comunidad, de modo que estimamos que ha de ser la comunidad de Ginebra la que juzgue y condene a ese pertinaz hereje.»

Calvino continuó, ahora con el informe de Basilea:

—«Estimamos oportuno y justo que Miguel Servet sea corregido de sus errores y que se ponga fin a los escándalos que sus libros están provocando, utilizando para ello los remedios que la sensatez os indique. Aunque en el caso de que ese hereje resultara incorregible, no dudéis en acudir al poder que Dios os ha otorgado, para que las falsas doctrinas del procesado no vuelvan jamás a inquietar a la Iglesia de Dios, ni pueda aumentar su larga lista de crímenes con otros nuevos.» Y añaden los doctos pastores de Basilea: «Si ese hereje de Servet persistiera en su locura una vez finalizada esta pesquisa, usad contra él toda la autoridad de la cual estáis investidos por Dios para remediar con toda la fuerza semejantes injurias contra Cristo y su

Iglesia.»

Calvino bebió un poco de agua y continuó leyendo:

—Y por fin, la respuesta de la Iglesia de Schaffhausen: «Los pastores de esta Iglesia reformada, hermana de la vuestra de Ginebra, no albergamos duda alguna de que, aplicando toda la prudencia precisa, evitaréis que las blasfemias que ha proferido Miguel Servet se extiendan como la gangrena por el cuerpo de la Iglesia cristiana. Con herejes convictos como ése, utilizar la razón para evidenciar sus pecados equivaldría a intentar convencer a un loco. Nuestra recomendación es que detengáis a ese blasfemo diabólico antes de que su doctrina herética acabe contagiando y pudriendo a todos los buenos cristianos.»

—¿Habéis terminado? —preguntó el presidente.

—Hasta aquí los informes que solicitamos a las cuatro iglesias hermanas. Pero hay todavía más testimonios contra los escritos de Servet. —Calvino mostró un puñado de cuartillas—. Se trata de copias de las cartas que yo he enviado solicitando su opinión sobre el caso de Servet a los más prestigiosos pastores de la Reforma. Van dirigidas a Beza, Melanchthon, Bucer, Farel y Bullinger, ministros piadosos y justos, los auténticos padres de la nueva Iglesia de Cristo, hombres intachables y honrados que sabrán opinar con buen criterio sobre cuanto aquí se decida.

—Las respuestas de los consejos de los pastores y ministros del culto de las cuatro iglesias reformadas encuestadas son inequívocas —asentó el presidente.

—Así es, señoría; las cuatro califican las doctrinas de Miguel Servet como heréticas y blasfemas y lo consideran culpable de todos los cargos imputados. Ante semejantes testimonios sólo cabe una resolución: la condena a muerte.

—Permitidme que discrepe —quien habló alzando su poderosa voz en medio de la reunión del Pequeño Consejo fue el juez Filiberto Berthelier, que no se iba a rendir con facilidad—. Si habéis escuchado con atención, habréis observado que las palabras que emplean los pastores de esas iglesias están llenas de cautela. Es cierto que todas ellas afirman que las doctrinas de Servet son heréticas, pero ninguna solicita explícitamente la pena de muerte para Servet. Hablan de librar a la Iglesia de este hombre, de cercenar sus doctrinas, de condenarlo por hereje, de usar contra él toda la autoridad, o de detenerlo, pero nadie propone ejecutarlo. Por ello, creo que el destierro sería suficiente castigo, si es que merece alguno.

—Os equivocáis, como de costumbre —dijo Calvino—. Las cuatro iglesias consultadas han considerado a Servet culpable de herejía y de blasfemia por sus escritos y sus obras, y nos piden, nos imploran incluso, que utilicemos todos los medios, todos, para que la Iglesia de Cristo quede liberada de las intrigas de este perverso pecador, e incluso nos aconsejan que no nos prestemos a perder nuestra reputación por albergar y dar cobijo en nuestra ciudad a un hereje tan grande como el acusado. Si no piden explícitamente su muerte, es, sin duda, por una deferencia hacia

la autonomía de este consistorio, para no interferir en la decisión de este tribunal y por la prudencia necesaria que rige la cortesía en casos como éste. Pero no hay ninguna duda, nadie debe albergar la menor vacilación de que los excelentes ministros de esas iglesias aceptarán, y de buen grado, la ejecución de Servet. Es el castigo que merece y el que este tribunal debe imponer en justicia.

—¿Qué proponéis? —le preguntó el presidente a Calvino.

—Debemos ser muy estrictos. Si Servet no es condenado a muerte, su ejemplo fertilizará la disidencia y surgirán nuevos brotes heréticos, y nuestra ciudad dará una muestra de debilidad que no podemos ofrecer de ninguna manera. Nuestra fuerza está en nuestra determinación para arrancar de raíz la herejía que alberga el corazón de ese hombre.

Tras la intervención de Calvino, el juez Berthelier contempló a los miembros del Pequeño Consejo y apreció que la mayoría asentía ante las palabras del reformador. Parecía claro que los libertinos habían perdido aquella batalla y que los calvinistas estaban a punto de salirse con la suya y lograr la condena a muerte de Miguel Servet.

Los debates sobre el contenido y la intencionalidad de las cartas de las iglesias reformadas se extendieron a lo largo de cuatro días en interminables sesiones en las que todo el mundo quería opinar sobre la conveniencia de aplicar la pena capital en este caso.

Los libertinos perdían terreno día a día pero realizaron un último esfuerzo e intentaron convencer a los consejeros indecisos de que sería suficiente una condena al destierro, a una región lo más alejada posible de Ginebra de la que Servet no pudiera regresar nunca más, o incluso una larga reclusión en prisión, que no costaría nada a la ciudad de Ginebra, pues sería sufragada con el dinero que se le había incautado al reo tras su detención aquel pasado domingo de agosto. Alegaban una y otra vez, releendo con minuciosidad cada uno de sus párrafos, que ninguno de los informes de las cuatro iglesias citaba la palabra «muerte» al referirse al castigo a imponer a Servet. Pero Calvino insistía con machacona reiteración en que la interpretación de los informes no dejaba duda alguna y que la muerte era el castigo justo para el acusado, dada la gravedad y contumacia de los delitos cometidos.

Ginebra, 23 de octubre de 1553

La solemne sesión del juicio, una vez analizados y ampliamente debatidos los informes de las cuatro iglesias, se fijó para el miércoles 23 de octubre.

El médico Juan de la Villa visitó a Servet aquella misma mañana, pero apenas pudo decirle otra cosa que ofrecerle ánimo y consuelo para la decisiva sesión que iba a celebrarse ese día. En cuanto se marchó, el carcelero entró en la celda con un

barreño y una gran jarra con agua.

—Aseaos bien. Hoy compareceréis ante el tribunal. Por lo que he oído, los días de vuestra estancia en esta prisión concluirán en breve.

Servet lo miró sin sentimiento alguno.

—Estos harapos que visto son indignos. Hace días que me prometieron un vestido adecuado, pero nadie me lo ha traído. ¿Puedo disponer de alguna ropa decente? —le preguntó Servet.

—Sí; ahora os traeré un jubón, una chaqueta y unas calzas que ayer me entregó el sastre que os visitó hace unos días para que os vistáis adecuadamente. Ese condenado sastre sabe bien cómo ganarse un puñado de monedas sin trabajar. Dice el muy truhán que las prendas que os ha dejado son nuevas, y como tales las habrá cobrado de vuestro propio dinero, pero yo creo que pertenecieron a un reo de vuestra talla que fue ejecutado hace unos días. Se ha limitado a limpiarlas un poco y a coser algunos respuntes; si lo sabré yo...

—¿Un ejecutado, decís; fue por hereje?

—No. Violó a una joven en un callejón cerca del mercado. Lo colgaron suspendido por los pulgares en el cadalso, le cortaron los cojones y luego dejaron que se desangrara hasta morir. Fue todo un espectáculo. Había más de mil personas presenciándolo en la explanada exterior de la puerta de Lyon. Ese cabrón malnacido chilló y se desangró como un cerdo antes de expiar y de que su alma se la llevara el diablo. Ahora estará ardiendo eternamente en el infierno. Ésa es la justicia que se aplica en esta ciudad a quienes no cumplen las leyes de Dios.

—Imagino que tendría un juicio justo.

—No lo dudéis; en esta ciudad, todo cuanto se dictamina es justo.

Miguel Servet se lavó la cara, el cuello, los brazos y el pecho, y todavía le quedó algo de agua para asear un poco sus partes íntimas y con el agua ya usada lavarse los pies. Luego se vistió con las ropas que le proporcionó el carcelero, que, a pesar de lo que le había asegurado el sastre cuando le tomó medida, le iban un poco grandes; y sí, parecían usadas.

Cuatro guardias lo escoltaron desde su celda en la prisión hasta la sala junto a la iglesia de San Pedro. El día era gris y el cielo estaba cubierto de nubes plomizas, pero no llovía; el aire del otoño, húmedo y fresco, lo reconfortó y le provocó una sensación de bienestar tras varios días sin salir de su celda. Mientras caminaba en el centro de la formación de la escolta, con las manos esposadas con grilletes de hierro y atadas a la cintura, y sujeto por una gruesa cuerda por uno de los guardias, observaba a los ginebrinos, gentes afanosas y serias, que a su vez lo contemplaban unos con desdén y la mayoría con indiferencia; algunos lo señalaban con el dedo y murmuraban sobre los delitos que había cometido, y debatían sobre la maldad de las herejías abominables que había escrito en sus libros; pero otros sostenían que era un

buen hombre y que no había hecho daño a nadie, que su único delito era opinar de ciertos temas reservados a los sabios teólogos, de manera diferente a como lo hacía la mayoría de ellos.

En la sala que el Pequeño Consejo utilizaba para las vistas todo estaba preparado para la sesión final de aquel juicio. Por la mañana varias mujeres la habían escobado, habían baldeado el suelo de losas de piedra con agua limpia, lo habían fregado con trapos y habían perfumado el ambiente con esencia de flores y hierbas.

Miguel Servet fue uno de los primeros en entrar, siempre custodiado por los cuatro guardias de la ciudad. Uno de ellos, tras indicarle que se sentara en un pequeño taburete de madera, le liberó las muñecas de los grilletes que las oprimían.

Instantes después la sala se llenó de curiosos dispuestos a no perderse aquel acontecimiento. Algunos mercaderes habían llegado incluso a cerrar sus tiendas para asistir al juicio; todo el mundo quería presenciar lo que iba a acontecer aquel día en Ginebra, pues no sólo estaba en juego la vida de un hombre, sino el destino de toda una ciudad y probablemente de la propia cristiandad. O al menos eso decían los agitadores que siempre aparecían en situaciones como ésta y que tendían a exagerar cuanto sucedía.

Cuando la sala se llenó hasta los topes (no pocas personas tuvieron que acomodarse en las alas del claustro de San Pedro), entraron los veinte miembros que configuraban el Pequeño Consejo, entre ellos el juez Berthelier, con cara de circunstancias que reflejaba con claridad que sus denodados intentos por convencer a una mayoría de consejeros habían fracasado. Entre el público se encontraban los principales cabecillas del partido de los libertinos, dispuestos a apoyar a Servet hasta que fuera posible. Todo el mundo, a una contundente indicación del jefe de los alguaciles, se levantó de sus asientos.

Tras ellos entró Calvino acompañado por media docena de sus más cercanos colaboradores, un privilegio reservado únicamente al reformador, que actuaba como acusador privado.

El presidente del tribunal indicó a todos que se sentaran y que mantuvieran silencio y orden en el proceso de las deliberaciones.

Enseguida se otorgó el uso de la palabra a Juan Calvino, que vestía, como de costumbre, de negro riguroso, con la única señal de lujo de la piel de armiño que orlaba el cuello de su abrigo.

El reformador era consciente de que había ganado terreno en el Pequeño Consejo, pero tenía que evitar por todos los medios que en el último momento se decidiera trasladar la decisión de este caso al Consejo de los Doscientos, donde los libertinos disfrutaban de una destacada mayoría. Por ello comenzó su discurso dilatando sobre nociones generales acerca de los nuevos tiempos y las nuevas ideas.

—Señores miembros del Pequeño Consejo de Ginebra: corren nuevos tiempos en

la Europa cristiana. Hace ya algunos años que en Francia se habla de una nueva palabra: el humanismo. Pero los cristianos sabemos bien qué significa este concepto. Yo fui humanista antes de ser teólogo, y por ello sé que Dios convirtió al hombre en la medida de todas las cosas, una criatura privilegiada para ejecutar Sus designios en este mundo, merced a la razón y a la gracia divina insuflada en nuestras almas. Desde el comienzo de los tiempos, los hombres hemos estado destinados a la condena o a la salvación, y algunos hemos recibido de Dios un más amplio esclarecimiento que otros, porque fue Dios mismo quien nos eligió para ser pastores y guías de su pueblo.

»Erasmus de Rotterdam, tan certero en tantas cosas cuando criticaba los abusos de los clérigos y sus costumbres inmorales, pese a que se mantuvo fiel a la Iglesia de Roma hasta su muerte, se equivocó cuando afirmó que la predestinación no existía, y también erró cuando escribió en su libro *Discusión del libre albedrío* que la libertad, lo que él llamó el libre albedrío, era facultad del hombre, en contra de lo que nos enseñó Lutero en su obra *Sobre el albedrío esclavo*. Pero yo también niego esa facultad al hombre. La caída de Adán corrompió a todo el género humano, que se convirtió en esclavo del pecado. Yo niego al hombre la capacidad para moldear su propia existencia, porque, en ese caso, ¿dónde quedaría el poder absoluto de Dios? Yo os digo que todo cuanto ha ocurrido, ocurre y ocurrirá en este mundo ha sucedido, sucede y sucederá conforme a la voluntad de Dios, porque Dios ha establecido desde el primer momento de la creación un plan para toda la eternidad. Es la fe en Dios la que hace al hombre justo y libre y la que lo salva, pero esa fe es un don que Dios mismo otorga a los hombres. Las obras no importan, sólo la fe.

»Y hete aquí que tenemos entre nosotros a un hombre, a ese hombre —Calvino señaló a Servet como acostumbraba a hacerlo cada vez que lo tenía enfrente, extendiendo su brazo derecho con el dedo índice apuntando al acusado—, que carece de fe alguna en Dios. Y ha querido Nuestro Señor que cayera en nuestras manos tras muchos años de difundir con total impunidad en libros diabólicos sus perversas doctrinas heréticas. El mal, señores consejeros, cohabita entre nosotros y nos acecha constantemente, y el Maligno sabe bien cómo lograr que algunos hombres incautos y desprevenidos caigan en el pecado abominable y corrompan al resto de los humanos. Y para ello, el demonio utiliza a seres abyectos y pervertidos como Miguel Servet, a quien estamos juzgando por sus desviaciones satánicas.

»Las doctrinas de Servet rezuman herejía por todas partes. En contra de lo que nos enseñan las Sagradas Escrituras, Servet ha escrito que la Santísima Trinidad es la Biblia del demonio y la ha comparado con un monstruo de tres cabezas, y ha escrito que en Dios hay una sola persona, que se manifiesta con tres identidades distintas. ¡Cabe mayor herejía! Nuestro deber nos exige extirpar ese mal, y acabar con la podredumbre antes de que se extienda como la gangrena.

Acabada su primera intervención, Calvino se sentó en el sitial reservado al

acusador; parecía muy satisfecho. La mayoría de los miembros del Pequeño Consejo asentían con la cabeza tras escuchar sus palabras. Calvino sabía que los jueces se habían decantado al fin de su lado, y estaba seguro de que el veredicto de culpabilidad de Servet sería inapelable.

—¿Qué tiene que alegar el reo ante esta primera acusación? —le preguntó el presidente del tribunal.

Servet se puso en pie, se estiró la ropa que había pertenecido a un ejecutado y procuró hablar con serenidad.

—Ilustres señores: nuestro conocimiento de este mundo se basa en la percepción. Y podemos percibir que los objetos son únicos. Recuerdo ahora un libro de Melanchthon, *Lugares comunes* se titulaba, que hablaba de la teoría del libre examen; entonces me causó una buena impresión, pero luego lo he criticado en varias de mis obras. Fue en algunas de esas lecturas donde descubrí que había otro modo de ver, entender y explicar el mundo, de acercarse a su conocimiento de manera diferente a la que me habían enseñado los clérigos católicos. Y así fue como descubrí que el dogma de la Trinidad ha sido el gran obstáculo que ha impedido la evangelización de los judíos y de los musulmanes, porque, pese a todo, ellos también creen en nuestro mismo Dios, aunque lo hacen con visiones erradas. Por ello llamé agnósticos a Melanchthon, a Lutero y al propio Calvino, por la contradicción en la que incurren cuando amenazan con la más dolorosa muerte en este mundo y la condena eterna en el otro a los que no sigan sus doctrinas. Ellos, precisamente, que han acusado al papa de ser el Anticristo, que han identificado a Roma con la nueva Babilonia y han denunciado a la Iglesia católica por estar corrompida, actúan de la misma manera que los jerarcas católicos.

Servet hizo una pausa. Recorrió con su mirada a todos los presentes, tomó aire y continuó:

—Yo he llegado a la conclusión de que Dios es uno solo y la Trinidad, tal cual la explican católicos y reformadores, implicaría la existencia de tres dioses, cuando en realidad no es sino las tres maneras distintas que el único Dios tiene para manifestarse. Probablemente este error provenga de una mala traducción del original griego en que fueron escritos los Evangelios. Allí se dice que Cristo es *homousios*, que significa «de la misma naturaleza», pero en realidad lo que se decía en griego era *homoousios*, es decir, «de parecida naturaleza». Los obispos reunidos en el concilio de Nicea lo interpretaron mal, quizá por su propia conveniencia, y desde entonces se arrastra este terrible error. Leed el Apocalipsis de san Juan, en él se encuentra la revelación, la llave que abre la puerta del conocimiento. De la profecía que allí se contiene, se deduce sin duda que Roma es la verdadera bestia del fin del mundo; Roma se asienta sobre siete colinas, las siete cabezas de la bestia del Apocalipsis. Seis es el número del hombre, creado el sexto día, y 666 el de la bestia. El papa fue

colocado por Satanás al frente de la Iglesia romana en ese concilio de Nicea, que tuvo lugar en el año 325. Ese fin del mundo que anuncia el Apocalipsis está muy cerca. Tendrá lugar en el valle de Josafat, al este de Jerusalén, entre esta ciudad y el lago de fuego y azufre de Sodoma. Yo he hecho mis cálculos y he comprobado que el final de los tiempos acontecerá mil doscientos sesenta años después de ese concilio, en nuestro año 1585. Para ello utilicé el Libro de Daniel y el propio Apocalipsis de san Juan. La cuarta bestia del Libro de Daniel es Roma, y su cuerno la Iglesia católica.

El público guardaba un silencio expectante.

—El Hijo es hombre y es Dios, pero, aunque es divino por privilegio del Padre, no es eterno porque es humano y a la vez Hijo de Dios. La Iglesia de Roma dice que la fe es necesaria para entender el misterio de la Trinidad; yo digo que la Trinidad no está en la Biblia y que, por tanto, las Sagradas Escrituras no la definen. Me diréis que en su evangelio san Mateo nos enseña que el bautizo se ejecuta «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» y que san Pablo, en su Segunda carta a los corintios, habla de la Trinidad. Eso ya lo expliqué y refuté suficientemente en dos de mis obras, en *Sobre los errores de la Trinidad* y en *Dos diálogos sobre la Trinidad*. Me diréis también que ambas fueron condenadas y retiradas de las librerías. Y es cierto, pero fueron eliminadas por la Inquisición romana, esa misma institución de la que abomináis los reformadores y a la que consideráis un engendro del demonio. Vos, Juan Calvino, pretendéis darme lecciones de teología. ¿Acaso habéis olvidado que un católico como Pedro Caroli os acusó de ser un hereje arriano hace ya algunos años?

Calvino se removió en su asiento al escuchar aquellas palabras.

—Los hombres no podemos ver ni tocar a Dios, pero el Todopoderoso tiene un representante en la Tierra por cuyo medio lo conocemos: es Cristo. Si Cristo permite alcanzar esa experiencia con el Ser Divino, debe ser Él mismo divino en todos sus aspectos. En Cristo, si excluimos su deidad, ni hay forma ni hay hombre. No hay nada en Cristo que sea físico, animal, sino que es todo cuerpo espiritual. La sangre de Cristo es Dios, la carne de Cristo es Dios y el alma de Cristo es Dios. Cristo es hombre, Cristo es Hijo de Dios y Cristo es Dios sustancialmente, pues ha sido engendrado de la misma sustancia que Dios. Si Cristo es idéntico con Dios y comparte su espíritu, no hay lugar a tres personas en una Trinidad. —Servet citó casi de memoria párrafos enteros de su libro *Restitución del cristianismo*—. No acepto las dos naturalezas de Cristo; Cristo no era Dios por naturaleza sino por gracia; el Espíritu Santo es la energía de Dios y la manifestación de su fuerza. Por todo ello, no tengo duda alguna de que cuantos creen en el dogma de la Trinidad o son ateos o son tritistas. ¿Con cuál de los dos grupos os identificáis vos, señor Calvino?

Tras semejante diatriba y ante el murmullo de los asistentes, que no entendían nada de lo que estaba perorando aquel reo, Servet se sentó con toda parsimonia. Filiberto Berthelier cruzó varias miradas con sus compañeros del partido libertino y

dio el caso por perdido; todos ellos querían ayudar al médico aragonés, pero parecía evidente que ese tozudo insensato estaba empeñado en condenarse él solo.

Calvino, satisfecho ante lo que consideró como una más que evidente aceptación de la herejía por parte de Servet, tomó de nuevo la palabra.

—Acabamos de escuchar un discurso realmente esperpéntico. Este hombre ha mentado, en su infinita locura, el fin del mundo, autoproclamándose profeta apocalíptico. Bien, quiero recordar a este tribunal que Cristo dijo bien claro que debemos estar preparados porque nadie sabe ni el día ni la hora del Juicio Final. Y os recuerdo también que cuando el emperador Carlos saqueó Roma, algunos agoreros ya anunciaron que aquello significaba el comienzo del reinado del Anticristo y el principio del fin del mundo. Han pasado casi veinte años y no hay rastro de que ese fin esté cerca.

La mayoría de los presentes asintieron ante las palabras del acusador.

—Y por lo que se refiere a su doctrina sobre la Trinidad, reformadores ilustres como Melanchthon, a quien Servet ha calificado como hombre sin fe e hijo de Satanás, Ecolampadio, e incluso el propio Erasmo, que ni siquiera quiso recibir al acusado porque le repugnaban sus constantes impertinencias, rechazaron por heréticas tan alocadas ideas sobre la Trinidad. Con la opinión de esas autoridades es suficiente para declararlas heréticas.

»La herejía es el peor de los pecados, y mucho más terrible que la muerte. Ésta destruye el cuerpo, pero el alma, si permanece en la gracia de Dios, se salva; la herejía condena al alma del hereje a perderse sin remisión alguna para toda la eternidad.

»Pero, además, Miguel Servet está sentado aquí acusado de blasfemia. Y no dudéis ni por un instante que es un osado blasfemo y que merece el castigo como tal. Los católicos ya quemaron su efigie en la ciudad de Vienne hace unos meses; uno de los delitos por los que resultó condenado fue precisamente el de blasfemia, por insultar a doctores de la Iglesia como san Ambrosio, san Agustín, san Juan Crisóstomo o san Atanasio. Ellos escribieron que Cristo es Dios, pero Servet los insultó a todos; y con ello insultó al mismo Dios. ¡Eso sí es blasfemia!

—¿Blasfemia decís? —Servet se incorporó con energía interrumpiendo a Calvino—. Yo he escrito que Dios es un abismo sin fondo, que es la esencia y la forma de todas las cosas, que los hombres existimos y nos movemos en Dios, que es la carne y la luz, que está presente en todo y que es el Supremo Creador. ¿Es eso blasfemia? Y en cuanto a esos santos que acabáis de citar, acaso siguiendo a Lutero, del cual sois un mal discípulo, ¿no habéis dicho que negáis la capacidad de intervención de los santos entre los hombres y Dios? En mi opinión, vos sí sois el blasfemo.

—La verdad y la revelación están en la palabra de Dios contenida en la Biblia —sentenció Calvino.

—Y vos os erigís como su único intérprete, por supuesto. ¿Os ha designado Dios para ello? Y si fuera así, ¿cuándo y cómo lo ha hecho? ¿Os consideráis el elegido, acaso un nuevo mesías? ¿No es ésa, precisamente, la mayor de las blasfemias?

—Todos los hombres son iguales ante Dios por el bautismo.

—Menos vos, al parecer. Criticáis al papa de Roma, rechazáis su superioridad y, en cambio, vos os arrogáis sus mismos privilegios, su misma capacidad para dilucidar entre el bien y el mal.

—¿Qué decís, insensato? Yo he renegado del poder absoluto que ejercen algunos reyes, hasta el punto de que he escrito que «la monarquía es el mayor mal que existe y que es necesario organizar la vida en comunidad». ¿Cómo tenéis la desfachatez de acusarme de intentar detentar el poder de Dios? —Calvino se mostraba indignado, o al menos lo aparentaba.

—Sois un hipócrita al que corroe la envidia.

—¡No consentiré que este juicio se convierta en una reyerta de taberna! Si el acusado no se modera y no cesa en sus insultos, me veré obligado a expulsarlo de esta sala y el juicio continuará sin él —intervino el presidente del tribunal.

Juan Calvino había llevado a Servet al terreno que le interesaba. El reformador no era magistrado, ni siquiera era ciudadano de Ginebra, y, además, no tenía la mayoría en el Consejo Mayor, aunque sí la había logrado en el Pequeño Consejo. Había perdido el poder en el concejo hacía cuatro años, pero los pastores de su Iglesia visitaban cada temporada una a una todas las casas de la ciudad, controlaban los precios en los mercados, destruían las bebidas fraudulentas, regulaban las tasas de interés en los préstamos y fijaban los horarios y las jornadas de trabajo de los artesanos, los médicos y los boticarios.

La mayoría de los ginebrinos lo consideraba un hombre dotado de una profunda sensibilidad, de carácter compasivo y que daba muestras de caridad hacia quienes lo necesitaban. Era un trabajador incansable, que no cesaba de escribir cartas, preparar sermones y redactar epístolas y pastorales. Y siempre se mostraba dispuesto a ayudar al prójimo y a sacrificarse en beneficio de la comunidad. Vivía con suma modestia, era austero en la comida y en el vestido y no se le conocía vicio alguno.

Calvino quería la muerte de Servet y lo consideraba un hereje contumaz e incorregible, pero lo hacía porque estaba convencido de que sus doctrinas resultaban perniciosas para la idea de comunidad cristiana que el reformador quería instaurar en Ginebra.

El presidente del tribunal, tras recriminar a Servet los insultos hacia Calvino, instó al fiscal Rigot para que fuera él quien continuara con la acusación. Durante una breve recesión del juicio algunos miembros del Pequeño Consejo le habían manifestado que Calvino estaba adquiriendo demasiado protagonismo en aquel proceso.

Rigot tomó entonces la palabra para acusar a Servet de querer convertir la eucaristía en un banquete pagano.

Servet, algo más calmado, se defendió indicando que para él la cena, que era como llamaba a la eucaristía, debía ir precedida de una confesión mutua de los pecados entre los fieles, y que la cena tenía que ser un momento de unión entre los cristianos. Alegó que en la eucaristía católica sólo el sacerdote participaba de la comunión con Dios, y él quería que participara en ella toda la comunidad de creyentes. Y sostuvo que no consideraba necesaria la mediación de un sacerdote para obtener el perdón de los pecados, pues bastaba con el arrepentimiento sincero y de corazón ante Dios.

Se entró entonces en un prolijo debate sobre cómo debía ser el pan para la eucaristía, si ácimo o con levadura (Servet defendía el uso del pan fermentado, pues el ácimo tenía resonancias judías, dijo), si el vino se podía sustituir por sidra o cerveza, o si se podían incluir en la cena otros alimentos como carne, pescado o huevos. Ante las confusas explicaciones de Servet, que algunos de los presentes consideraron un verdadero galimatías, el fiscal lo acusó de querer convertir la eucaristía en un banquete de posada, y añadió que Cristo había dejado bien claro que en la eucaristía se consagraba su cuerpo en forma de pan y su sangre en la de vino. En ese punto, Servet se perdió en largas explicaciones sobre la eucaristía (él siempre la llamaba la cena), dijo que sólo admitía como sacramentos la cena y el bautismo, aunque rechazó el de los niños por considerarlo inspirado por el diablo, y criticó a los luteranos, a los que calificó como «los empanadores» por pretender comer la carne de Cristo metida en el pan, a los calvinistas por sus teorías sobre la predestinación, y a los católicos por defender que el pan y el vino se mudaban en la carne y la sangre de Cristo en la ceremonia de la eucaristía; indicó que en la eucaristía se producía la consustanciación y no la transustanciación, para acabar hablando de la presencia de Dios y de Cristo en todas las cosas, y no sólo en la eucaristía, lo que provocó nuevas acusaciones de panteísmo hacia el médico aragonés.

Al acabar la sesión de la mañana, y mientras los guardias se llevaban de nuevo a prisión a Miguel Servet, Calvino se limitó a comentar a sus allegados:

—Este hombre ha firmado hoy su propia sentencia de muerte.

El juicio se reanudó a primera hora de la tarde.

El fiscal leyó las cartas remitidas por los ministros de las cuatro iglesias reformadas, que ya conocía el Pequeño Consejo, y además añadió una carta de Melanchthon dirigida a Calvino en la cual el prestigioso reformador señalaba que había leído los libros de Servet, cuyas opiniones tildaba de diabólicas blasfemias. Le decía además que estaba de acuerdo con las críticas a esos libros e indicaba que aquel hombre debía ser castigado.

A continuación Claudio Rigot se entretuvo en demostrar, citando algunas de sus obras, que Miguel Servet seguía los pasos de autores paganos difusores de prácticas mágicas como Zoroastro, Orfeo, Tales de Mileto, Empédocles y Pitágoras, y de textos cargados de brujería como el *Corpus hermeticum* de Hermes Trimegisto, los *Oráculos caldeos* y los libros más oscuros de Platón y de Cicerón.

Servet se defendió alegando que en sus libros también empleaba citas de Tertuliano, san Irineo o de las Sagradas Escrituras, y que conocía bien la *Summa Teologica* de santo Tomás de Aquino y las obras de Erasmo de Rotterdam.

A petición del fiscal fue llamado a declarar Baltasar Arnoullet, el que fuera impresor en Vienne de *Restitución del cristianismo*, el libro de Servet que había desencadenado todo aquel proceso.

El impresor entró en la sala y se sentó en una sillita sin mirar siquiera a Servet, que se mostró muy sorprendido, pues sabía que Guillermo Guérout, el maestro impresor huido de Vienne, sí estaba en Ginebra, pero desconocía que también se encontrara allí Arnoullet. El impresor había viajado a Ginebra hacía unas semanas. Pese a haber quedado libre de toda culpa en el proceso de Vienne, la Inquisición no había dejado de molestarlo.

A las preguntas del fiscal, y para asombro de todos, Miguel Servet declaró que apenas conocía a Arnoullet. Era mentira, por supuesto. El aragonés pretendía que su amigo editor no fuera inculcado por la edición de aquella obra considerada maldita y herética por católicos y protestantes, como le había ocurrido en Vienne, donde fue procesado aunque pudo librarse gracias a la intermediación del arzobispo Pedro Palmier.

Baltasar Arnoullet quedó libre, pero decidió, como unos meses antes su cuñado Guillermo Guérout, refugiarse en Ginebra, donde contaba con el apoyo de los libertinos, aunque no dejaba de ser un extranjero que había dejado algunas cuentas pendientes con la justicia francesa.

Preguntado a su vez, el impresor declaró que él se había limitado a editar un libro que le había presentado Servet, y que incluso desconocía en ese momento su contenido porque no sabía latín y alegó, además, que los pliegos se habían impreso uno a uno, y siempre bajo la exclusiva supervisión del autor.

El juez Berthelier mostró entonces una carta de Juan Frelon, librero y distribuidor de las obras de Servet, en la cual se limitaba a afirmar que Miguel había traducido obras de santo Tomás de Aquino, que había escrito tratados de gramática, y que había sido el editor del Corán, el libro sagrado de los musulmanes, y de un *lexicon* hebreo, dado que conocía esa lengua.

El presidente del tribunal, acabada la intervención de todos los testigos y presentadas todas las pruebas, demandó del acusador y del acusado una última intervención, si la consideraban necesaria.

Calvino solicitó la palabra para un postrer alegato.

—Yo he sido el principal acusador de este hombre, sí, pero no lo he hecho por ningún resentimiento hacia él, sino porque creo que es culpable de herejía y de blasfemia, como se ha demostrado suficientemente a lo largo de este proceso. Esta curia deberá dictar sentencia en breve, y estoy convencido de que lo hará con toda justicia y aplicando las normas por las cuales nos gobernamos. Este juicio se ha desarrollado conforme a nuestras leyes y se han adoptado todas las garantías jurídicas que señalan nuestras ordenanzas. Y ni siquiera ha sido necesario recurrir a los tormentos físicos para obtener una declaración de culpabilidad del reo; él mismo, por su propia voluntad y sin que mediara coacción alguna, ha refrendado en varias ocasiones y de manera reiterada sus abominables delitos, como todos hemos podido escuchar. Esta ciudad debe mostrarse modélica a la hora de aplicar la ley e impartir justicia. Miles de ojos, millones tal vez, de toda la cristiandad están observando con suma atención cuanto aquí vayamos a hacer. Si absolvemos y liberamos a este hombre, las consecuencias que caerán sobre nuestra ciudad serán devastadoras: se producirá una degradación espiritual sin precedentes, triunfarán el caos y la anarquía, desaparecerá la moral y se conculcará el orden social. Es decir, habrá triunfado el Señor de las tinieblas sobre el Señor de la luz.

»¿Acaso es eso lo que queremos? ¿Dejaremos que este hereje confeso se salga con la suya y siga publicando impunemente libros que corrompen a nuestra juventud, que repugnan a nuestra fe y que insultan a nuestras más firmes creencias? ¿Permitiréis que las doctrinas de este blasfemo empapen a nuestros jóvenes y los conduzcan a la perdición eterna? ¿Consentiréis que este hombre se burle de todos nosotros y que convierta a esta ciudad y a sus nobles instituciones en el hazmerreír del mundo cristiano? ¿Propiciaréis que la Iglesia de Roma nos acuse de ser benevolentes, e incluso de alentar la difusión de ideas que carcomen la esencia del cristianismo? ¿O haremos justicia?

»Señores consejeros de la República de Ginebra: Sólo existe una verdad religiosa, y el buen cristiano debe defenderla, con su vida si fuera necesario, o acudiendo al uso de la fuerza, como hizo Cristo en el templo de Jerusalén cuando arrojó de allí a los malos mercaderes utilizando la violencia que consideró necesaria y justificada en ese momento.

»Vuestra, señores consejeros, es la decisión.

Acabada su perorata, Calvino se sentó. Parecía evidente que el triunfo estaba de su lado, pero el rictus de rostro no era el de un hombre a punto de lograr una victoria.

El presidente del tribunal le concedió a Servet un último turno de palabra.

—Señores miembros del Pequeño Consejo, ilustres magistrados de esta honorable República: Mi condena, si se produce, será un tremendo error, porque no sólo condenaréis a un hombre, sino que conmigo enviaréis al cadalso a la libertad de

conciencia. Todo cuanto ha ocurrido a lo largo de mi proceso ante este tribunal ha sido contrario a la ley de Dios y al Evangelio. Si finalmente soy condenado, lo seré por razones ajenas a la verdad. Si muero por mis ideas, no me importará, al fin y al cabo, el alma es inmortal, y sólo se adormila cuando se separa del cuerpo en espera de la resurrección final. Podréis matar mi cuerpo y convertir mi carne y mis huesos en ceniza, pero jamás podréis hacerlo con mi alma.

»El hombre es la más perfecta de las criaturas de Dios, porque emana de su misma sustancia. Y la sustancia de la divinidad de Cristo irradiará en nosotros para transformarnos y glorificarnos. En eso confío y por eso encomiendo mi espíritu a Dios. Sé que la justicia divina corregirá los errores de la injusticia de los hombres.

»Pero ahora, yo sólo pido que le deis a cada uno lo que le pertenece.

Acabada la sesión, los consejeros se quedaron en la sala debatiendo en pequeños grupos. Ninguno de ellos se atrevía a pronunciar la palabra «muerte», pero la mayoría estaba de acuerdo en que ése tenía que ser el castigo contra Servet. Aunque entre ellos, había quienes todavía mantenían que sería mejor aplicarle el destierro o la reclusión en la cárcel. Nadie quería resultar manchado por su sangre.

Capítulo VIII

Ginebra, 24 de octubre de 1553

La ciudad de Ginebra era un hervidero de rumores, citas, conversaciones y contubernios. Acabado el juicio, el debate sobre qué debía hacerse con Servet era aquellos días el único tema de conversación de los ginebrinos. La mayoría, aun consciente de que Servet no había hecho daño alguno a nadie, se inclinaba por aplicarle un castigo ejemplar, para evitar con ello que los católicos acusaran a la ciudad de Ginebra de convertir sus instituciones en una guarida para herejes.

Los dos bandos principales en que estaba dividida la ciudad, el de los libertinos y el de los calvinistas, pugnaban desde hacía tiempo por alcanzar el dominio del concejo, y el caso de Servet se había convertido en un motivo más para el enfrentamiento.

Amadeo Perrin, síndico del Pequeño Consejo, Sebastián Castellio y el juez Filiberto Berthelier, principales cabecillas de los libertinos, habían fracasado en su intento de que el caso de Servet fuera llevado ante el Consejo de los Doscientos, donde sí disfrutaban de la mayoría, pero la habilidad de Calvino lo había impedido.

Aquella tarde se reunieron los principales dirigentes libertinos en casa de Amadeo Perrin; allí estaban el propio Perrin, su suegro Guillermo Favre, el juez Berthelier, Pedro Ameaux, Sebastián Castellio y el impresor Baltasar Arnoullet.

—Amigos, hemos fracasado. No hemos sabido jugar bien nuestras bazas, y además ese engreído y soberbio Servet se ha empeñado en suicidarse. —Era Guillermo Favre quien hablaba—. Derrotamos a Calvino hace cuatro años, pero ahora él va a resultar vencedor.

—Todavía no está perdido este caso; aún no se ha dictado sentencia —alegó Castellio.

—Lo está —terció Berthelier—. Calvino ha logrado convencer a los miembros del Pequeño Consejo de la culpabilidad de Servet, y la mayoría votará a favor de la condena a muerte de ese orgulloso y testarudo médico. Pero sobre todo ha conseguido que esta ciudad asuma que condenando a Servet se convierte en el ariete contra la herejía y contra los anticristianos, y que se muestra fuerte y segura de su autonomía. Calvino ha obrado con habilidad al presentar al reo no sólo como un hereje, sino, sobre todo, como el peor enemigo de Ginebra y la principal amenaza de destrucción para nuestro modelo de convivencia. Si hasta hace unos días lo veían como un hombre bueno, justo e inofensivo, Servet se muestra ahora a los ojos de los ginebrinos como un sedicioso que ha atacado violentamente a Ginebra a través de la

agresión a su Iglesia y a sus pastores, a los que ha insultado sin piedad. Lo que ahora va a decidir el Pequeño Consejo no es sólo la condena de una doctrina herética y de su mentor, sino lo que se presenta como el mayor ataque a las instituciones y al gobierno de la ciudad con el fin de minar sus fundamentos morales y éticos. La táctica de Calvino fue ésa desde el principio, y no supimos verla. Ahora, ya es demasiado tarde. Nos ha vencido.

—¿Y qué pretendes que hagamos, rendirnos sin más? —demandó Ameaux, que se había mantenido al margen.

—Tú eres miembro del Pequeño Consejo, y como tal conoces bien lo que allí se cuece. ¿Qué nos aconsejas? —le preguntó Favre.

—Algunos consejeros están convencidos de que Servet quiere minar el orden en nuestra ciudad. Poco podemos hacer ahora. El problema ya no es religioso, sino político. La gente demanda un castigo ejemplar y quiere que se derrame sangre para lavar las manchas de la herejía y de la blasfemia. ¿Y quién mejor que un extranjero para calmar esa sed de sangre? Además, su actitud ante el tribunal ha sido muy perjudicial. Hay quien sospecha sobre su presencia en Ginebra. ¿Por qué vino Servet a esta ciudad si aquí residía su mayor enemigo? ¿Por qué huyó de una manera tan fácil de la cárcel de Vienne? Los agentes de Calvino han difundido el rumor de que ese hombre es en verdad un agente infiltrado de los franceses para someter a su gobierno a la ciudad de Ginebra, y deducen que lo hizo porque tramaba una conspiración para hacerse con el poder —comentó Berthelier.

—Eso es absurdo. Ha sido Calvino quien ha conducido a Servet a la muerte, con la propia colaboración del acusado, es cierto, aunque ahora pretende que la gente de esta ciudad crea que se trataba de una conspiración. E incluso anda diciendo que hay que ser caritativo con los condenados. Ese César bufón —así definió Perrin a Juan Calvino— pretende aparecer ante los ginebrinos como un hombre piadoso y ejemplar, que no sólo salva del caos y de la conspiración a esta ciudad sino que además se muestra magnánimo con el acusado al solicitar para él una muerte no cruenta. Incluso nos ha hecho creer que se ha puesto enfermo... de pena.

—Servet ha sido considerado enemigo de Ginebra por los consejeros, y eso lo llevará irremediablemente a la muerte —asentó Ameaux—. De acuerdo con nuestras leyes, el tribunal no tiene otra opción que condenarlo.

Amadeo Perrin y Sebastián Castellio intentaron convencer a sus amigos para realizar un último esfuerzo en defensa del reo.

—No podemos rendirnos —dijo Castellio.

—Tú, Filiberto, has sido excomulgado por la Iglesia de Calvino, yo he sido perseguido, todos vosotros lo habéis sido y lo seguís siendo. ¿Qué pasará si Calvino triunfa de nuevo y toma las riendas del gobierno? ¿Adónde creéis que irán a parar nuestros huesos? —preguntó, sin obtener respuesta, Amadeo Perrin.

Los miembros del Pequeño Consejo celebraron varios encuentros en pequeños grupos los días 24 y 25 de octubre.

Amadeo Perrin y Sebastián Castellio trataron de convencer durante esos dos días a varios de los miembros del consejo para que el proceso se enviara al Consejo de los Doscientos para que se resolviera allí, pero fue en vano; los libertinos habían perdido aquella guerra.

Ginebra, 26 de octubre de 1553

Aquel jueves había amanecido lluvioso y el viento del norte rizaba las aguas del lago Lemán que rielaban como ondas de hilos de plata.

Servet desayunó un poco de queso reseco y una sopa de pan y verduras. Su médico Juan de la Villa, al que le habían permitido una última visita, le recordó que aquél era el día fijado para la gran decisión.

—Hoy resolverán vuestro destino —le dijo—. Y por lo que he oído, no parece muy favorable. Me gustaría ofreceros noticias más halagüeñas, pero siento tener que ser sincero.

—Estoy preparado para lo que me vaya a ocurrir —se limitó a comentar Servet.

No era así. El médico aragonés quería mostrar una inalterable firmeza, y dar la sensación de que no podrían torcer su ánimo, pero su espíritu hacía días que se había quebrado y su corazón sólo albergaba desesperanza y desasosiego.

—La ciudad de Ginebra se encuentra en una situación muy convulsa. Los ginebrinos desean la absoluta independencia del Imperio alemán y la plena autonomía de su Iglesia, y calvinistas y libertinos pugnan desde hace más de un decenio por hacerse con el poder de un modo definitivo. Ambos creen que la herejía pone en peligro sus intereses y consideran que debe ser erradicada sin piedad ni misericordia —le comentó Juan de la Villa.

—La Iglesia de Roma sigue anclada en el gran engaño fijado en el credo de Nicea, manteniendo toda esa sarta de mentiras sobre la Trinidad, la deidad de Cristo y la identidad del Espíritu Santo, y su única respuesta a los que cuestionan esas falsedades es la quema en la hoguera.

—Pero ahora estáis en manos de reformadores, no de católicos.

—¿Y qué diferencia existe entre ellos? Ambos se comportan con la misma saña ante los que disienten de sus dogmas.

—La Reforma surgió para corregir los errores seculares de la Iglesia de Roma y para devolver al cristianismo su limpieza original y el mensaje evangélico de Jesús —dijo De la Villa.

—Pero sus intenciones fundacionales se han torcido, y ahora ya no sirve para

nada, pues la mayoría de los reformadores ha caído en los mismos vicios que pretendía erradicar. Tanto para papistas como para reformadores, sólo existe una verdad religiosa, la suya, y ambos combaten, con la muerte del opositor si es preciso, cualquier disidencia. No existe lugar en este mundo para la libre conciencia. Los católicos ya quemaron mi efigie meses atrás, y ahora pretenden hacerlo con mi cuerpo los reformadores. ¿Qué los diferencia?

—Juan Calvino está pugnando para que vuestra muerte se produzca mediante decapitación con espada, que siempre es más honrosa y provoca menores sufrimientos. Incluso ha enviado varias notas a sus más fieles partidarios en las que les dice que influyan cuanto puedan para que la sentencia de muerte se ejecute mediante decapitación.

—No lo hace por misericordia, sino porque pretende que mi muerte no se produzca por el mismo procedimiento que utilizaron los papistas en efigie en Vienne. Calvino no desea que mi doble ejecución se lleve a cabo de la misma manera. No quiere que lo identifiquen con la Inquisición romana. Además, he sabido que cuando él revisó las leyes de Ginebra, insistió en que los culpables de herejía fueran ejecutados mediante la hoguera. Si ahora ha cambiado de opinión, es porque le conviene aparecer como un hombre caritativo a los ojos de sus fieles seguidores.

A la vez que conversaban Juan de la Villa y Miguel Servet, los miembros del Pequeño Consejo se reunían para emitir sentencia. Calvino permaneció recluido en su casa. Había alegado una enfermedad para no asistir a la sesión donde el tribunal iba a votar la culpabilidad de Servet y se había encerrado en ella en los últimos tres días. A los escasos colaboradores que permitía que lo visitaran les decía que su conciencia estaba tranquila y que Servet merecía la muerte, pero insistía en que era preferible hacerlo mediante decapitación, para evitar así sufrimientos innecesarios al reo, «como dicta la misericordia que debe ejercer todo buen cristiano», añadía.

El reformador se mostraba sereno. El que los principales pastores de las iglesias reformadas, hombres tan prestigiosos como Beza, Melanchthon, Bucer, Farel o Bullinger se mostraran conformes con la condena de Servet, y que le hubieran señalado en privado que no se oponían a la pena de muerte, lo reconfortaba y le hacía sentirse seguro de que se estaba obrando en justicia.

No obstante, Calvino no cesaba de justificarse, y para ello alegaba que no tenía la menor influencia en el consejo de la ciudad de Ginebra, y señalaba que los magistrados de la ciudad solían hacer lo contrario de lo que él proponía.

Los miembros del Pequeño Consejo apenas deliberaron una hora. El fiscal Claudio Rigot presentó su propuesta de pena de muerte mediante la quema en la hoguera. En una breve intervención se limitó a citar que la muerte de los herejes estaba contemplada en el libro del Levítico en el Antiguo Testamento, en el *Código* del emperador Justiniano de Bizancio, en la *Suma Teológica* de santo Tomás de

Aquino y en las propias leyes vigentes en la ciudad de Ginebra, que imponían la pena capital a quien negara un dogma fundamental del cristianismo como era el de la Trinidad.

Tras una rápida votación, el tribunal aprobó por unanimidad que Miguel Servet era culpable de todos los delitos que se le habían imputado, y sentenció que fuera condenado a ser quemado vivo en el plazo de tiempo más breve posible.

Sebastián Castellio, uno de los más activos miembros del partido libertino, tras la votación que condenaba a muerte a Servet, comentó a la salida del consejo, gritando hacia los magistrados:

—¡Podéis alegar que lo que pretendéis es erradicar la herejía, pero matar a un hombre no es acabar con una idea, es tan sólo matar a un hombre!

A mediodía la noticia se había extendido por toda la ciudad. Los magistrados libertinos, que habían intentado salvar a Servet durante todo el juicio, acabaron acatando la sentencia e incluso justificándola y votando a favor de la ejecución, pues el que la propuesta de Calvino de que la hoguera fuera sustituida por la espada resultara rechazada por el tribunal, lo presentaron como una derrota del reformador.

Ajeno a lo que acababa de ocurrir, Servet se despidió de Juan de la Villa.

Nada más salir de la prisión, un oficial del concejo le informó de la sentencia emitida contra Servet. Juan de la Villa sintió una terrible pulsión en su cabeza y le sobrevinieron unas irresistibles arcadas que le revolviéron el estómago. Se retiró a una calleja secundaria y vomitó al lado de un portal.

En cuanto se repuso de la noticia, tomó aire, y recuperó la calma y regresó a la prisión para intentar confortar a su amigo. Con la excusa de que había olvidado sus guantes en la celda les pidió a los carceleros que le dejaran entrar, pero se lo impidieron. Lo intentó, pero el jefe de la guardia le dijo que sólo tenía permiso para visitar al reo una vez a la semana, y ya había cumplido el turno.

Pedro Tissot encabezaba el grupo de guardias que mediada la tarde se presentó en la prisión con la orden firmada por el presidente del tribunal para trasladar a Servet a la sala de deliberaciones del Pequeño Consejo.

Escortado por los alguaciles, Servet atravesó el claustro de la iglesia de San Pedro y entró en la sala baja, donde ya se encontraban los miembros del Pequeño Consejo, todos ellos con rostros circunspectos y semblantes muy serios.

El presidente del tribunal se levantó con toda la solemnidad que fue capaz de expresar, carraspeó, tomó unos folios y leyó la resolución adoptada esa misma mañana:

—«Sentencia dictada por los magistrados del Pequeño Consejo de la ciudad de Ginebra, a requerimiento del síndico Claudio Rigot, que ha actuado como fiscal, y de los señores magistrados de las causas criminales de este tribunal, contra Miguel

Servet, natural de Villanueva, en el reino de Aragón, en las Españas.

»"El acusado es considerado culpable de herejía por haber escrito varios libros en los que niega la existencia de la Trinidad, a la que denomina monstruo de tres cabezas; el último fue impreso hace unos meses en Vienne del Delfinado. En dichos libros se muestra contrario a las Escrituras, al afirmar que Cristo fue creado de la misma sustancia que Dios, negando su eternidad y su naturaleza divina.

»"Es culpable por decir que el bautismo de los niños constituye un acto de brujería.

»"Es culpable de pervertir a los pobres ignorantes con sus falsas doctrinas en las que de manera escandalosa insulta a Dios, a Su Hijo Jesucristo y al Espíritu Santo.

»"Es culpable de escribir en su diabólica obra *Restitución del cristianismo* herejías y blasfemias con las cuales pretende convencer y seducir a los incautos de sus errores y de sus maldades para atraerlos a la senda de la perversión y el paganismo.

»"Dicho Miguel Servet ya fue condenado por los papistas y quemado en efigie en la ciudad de Vienne, al lado de cinco fardos de sus maléficas obras.

»"Por todo lo cual, nosotros, síndicos y jueces de las causas criminales de la ciudad de Ginebra, tras haber presenciado todo el proceso contra ti, Miguel Servet, y escuchado tus intervenciones y leídas todas tus alegaciones, juzgamos que has divulgado durante largo tiempo unas doctrinas falsas y heréticas, y que has pronunciado blasfemias que has escrito y difundido en libros, horadando los cimientos de la verdadera religión cristiana, procurando emponzoñar a los fieles, confundir sus almas y crear un cisma en la verdadera Iglesia de Dios.

»"Consideramos que tu comportamiento merece un castigo corporal, y que este tribunal debe promulgar una sentencia que haga justicia y erradique tanto mal como has sembrado.

»"En consecuencia, te condenamos a ser atado y conducido al término de Champel, donde, amarrado a una estaca, serás quemado junto al libro que escribiste, hasta quedar reducido a cenizas. Y que quedes convertido en ejemplo para escarmiento de quienes pretendan cometer tus mismos delitos.

»"Esta sentencia será ejecutada inmediatamente.»

Servet, aunque se había preparado para escuchar lo peor, se derrumbó. Pese a todo cuanto había oído, en el fondo de su corazón todavía albergaba una lucecita de esperanza y confiaba en que la sentencia fuera absolutoria o, en el peor de los casos que se limitara a enviarlo al destierro. Porque, por mucho que se intente superar la conmoción, nadie es capaz de mostrarse inmune ante el anuncio de su propia condena a muerte.

El aragonés se estremeció de pánico, tembló de pavor, gimió como un animal herido, se tapó el rostro con las manos, jadeó angustiado y convulso, se desencajaron

sus mandíbulas, babeó como un idiota, cayó de rodillas, se tiró de los cabellos y aulló como un lobo acosado y malherido. Con los ojos fijos en el suelo, se convulsionó como un poseso, se agitó desesperado, lanzó un aterrador alarido y comenzó a chillar preso de miedo, de ira y de rabia.

—¡Misericordia! ¡Misericordia! —exclamó una y otra vez en su materna lengua castellana—. ¡Degolladme, cortadme el cuello con el hacha, pero, por el amor de Dios, no me queméis! ¡Si he cometido algún delito lo he hecho por ignorancia que no por maldad! ¡Misericordia!

Sus bramidos fueron disminuyendo de intensidad hasta que se ahogaron lentamente en el metálico silencio que mantuvieron todos los presentes en la sala del Pequeño Consejo, en cuyo centro quedó arrumbado y desmadejado, como una marioneta rota, el cuerpo de Miguel Servet.

Ginebra, 27 de octubre de 1553

Pero cuando lo devolvieron a su celda, se calmó y recobró el dominio de sí mismo. Rehusó cenar un mísero plato de potaje y se puso a rezar, aunque estaba seguro de que Dios no lo escuchaba.

El carcelero abrió la puerta de la celda y le anunció que afuera esperaba Juan Calvino con dos de sus consejeros. Servet estaba en silencio; había pasado la noche orando y pidiendo a Dios misericordia. Servet no se sorprendió y le indicó al carcelero que lo hiciera pasar, pero sólo al reformador.

En la semipenumbra de la celda los dos enemigos cruzaron sus miradas. La de Servet no reflejaba odio, sino una mezcla de incredulidad y sorpresa, en tanto la de Calvino era fría y distante, como si en vez de estar en presencia de un condenado a muerte asistiera a la más cotidiana y habitual de las ceremonias. Ambos se sorprendieron por la actitud y los gestos del otro; ninguno de los dos esperaba de su ponente semejante comportamiento.

—La pena de muerte está dispuesta por Dios y justificada por su ley —le dijo Calvino de sopetón nada más entrar en la celda—. Nosotros, Sus ministros, lo único que hacemos es ejecutarla en Su nombre.

—Lo sé. Yo mismo la pedí para vos al tribunal, sin éxito, por cierto —le respondió Servet.

—¿Qué deseáis de mí? —le preguntó Calvino.

—Una sola cosa: que me perdonéis si en algo os he ofendido.

—Pongo a Dios por testigo de que no os guardo ningún rencor y de que no me ha guiado ninguna enemistad personal hacia vos. Si encabecé esta acusación, lo hice por erradicar vuestros errores heréticos. Yo siempre me dirigí a vos como demandan las

buenas prácticas, pero vos respondisteis con insultos e injurias hacia mi persona. Es a Dios a quien debéis pedir perdón, porque a Él es a quien habéis ofendido gravemente.

—¿Estáis seguro de ello?

—Por supuesto. Vos habéis tratado de razonar hasta el último de Sus misterios, pero Dios es inexplicable. Os habéis preguntado dónde está Dios, y os habéis respondido que Su Sustancia lo impregna todo. Os habéis preguntado que Quién es, y habéis colegido que es el único Ser eterno, olvidando a Jesucristo y al Espíritu Santo. Incluso os habéis atrevido a explicar cómo interviene Dios en este mundo. ¡Tozudo español! ¿Acaso jamás os retractaréis de vuestra herejía?

—¿Retractarme? ¿De qué? ¿De defender la libertad de conciencia y de expresar mis ideas conforme a mi sentido de la verdad? ¿De procurar el ecumenismo entre todos los hombres, todas las doctrinas y todas las creencias religiosas? ¿De luchar porque la tolerancia se imponga en este mundo de fanáticos irracionales como vos o como el papa? ¿De pensar libremente? ¿De buscar la verdad? ¿De todo eso pretendéis que me arrepienta?

—Quiero que os retractéis de vuestra rebeldía, de vuestra insolencia, de vuestro sentido crítico ante cualquier cosa, de que cuestionéis todos nuestros principios, de que mantengáis ese talante indómito, de vuestra soberbia intelectual, de vuestra ingenuidad, de vuestra osadía personal, de vuestra temeridad...

—Me pedís que renuncie a ser yo mismo, que deje a un lado todo cuanto me ha guiado en este mundo. Me pedís que renuncie a la libertad, al aire que respiro, al soplo que me da la vida...

—Por no hacerlo a tiempo, ahora vais a perderla.

—Si hiciera cuanto me pedís, moriría en vida. No, no me arrepiento de haber vivido como lo he hecho, no me arrepiento de la libertad de pensamiento en la que me he expresado, no me arrepiento de nada. Si por ello he de morir, adelante, lo prefiero así.

—Quiero que sepáis que he intentado que os ejecutaran mediante la espada; es mucho más rápido y ahorra sufrimiento, pero esos inútiles jueces del Pequeño Consejo han rechazado mi petición. Creen que así mantienen su poder al margen de mi influencia.

—Os lo agradezco; yo también he solicitado la decapitación, pero sí, se empeñan en que muera entre las brasas, como vos impusisteis en su día que fueran ejecutados los herejes —dijo Servet, a quien Calvino le seguía pareciendo un hombre pusilánime, incluso algo tímido, pero intolerante y dogmático.

—Lo hice para que constituyera un ejemplo y persuadiera a quien pretendiera seguir los pasos de la herejía.

—En ese caso, sed consecuente con ello y dejad que mi cuerpo arda en la hoguera.

Los dos hombres estaban de pie, uno frente a otro, con la celda apenas iluminada por la pequeña lámpara que había dejado el carcelero. Unos golpes sonaron en la puerta y el guardián entró.

—Señores, la guardia está esperando. Vuestra conversación debe acabar enseguida —les anunció el carcelero.

—Antes de marcharme quisiera preguntaros una última cosa —dijo Calvino—. ¿Fuisteis vos quien me enviasteis el libro?

—Sí. Le pedí al librero Juan Frellon que uno de sus agentes en la zona os hiciera llegar un ejemplar —respondió Servet.

—Siempre os pudo vuestra soberbia. Ése fue otro error de los muchos que habéis cometido.

—Hubiera llegado a vuestras manos de cualquier modo.

Juan Calvino se giró y dio tres pasos hacia la puerta. De pronto, se detuvo y se volvió hacia Servet.

—Todavía confío en que os retractéis al pie del cadalso. A mi llamada, Guillermo Farel ha acudido hoy mismo a Ginebra desde Neufchâtel; le he pedido que os reconforte en vuestro camino a la hoguera. Yo me quedaré en casa rezando; no deseo veros morir —le dijo.

Pero Miguel Servet ya no lo escuchó; sus pensamientos vagaban lejos, muy lejos.

Media hora más tarde un par de jóvenes, equipados con casacas con los colores y emblemas de Ginebra, entraron en la celda. Portaban un paquete del cual sacaron unos ropajes.

—Señor, debéis poneros estas ropas —le dijo uno de ellos.

Servet desplegó el hatillo; contenía un amplio y ridículo jubón largo de color amarillo, una cuerda de cáñamo y un sombrero también amarillo.

—El uniforme de los condenados, imagino —comentó Servet.

—Así es, señor. Debéis llevarlo en vuestra ejecución. Es la ley.

Servet se deshizo de su ropa y se vistió con el jubón amarillo. Imaginó que el sastre le colocaría su traje a algún otro acusado.

—Vamos —dijo a los dos jóvenes.

—El gorro también, señor —le indicaron.

—¿Y este cingulo de cáñamo?

—No es un cinturón; es la cuerda para amarraros. Debemos hacerlo. Tenéis que salir de aquí con las manos atadas. Es lo que nos han ordenado.

—¿Dónde será mi ejecución?

—En el llano de Champel, en la cima de una pequeña colina. Es un lugar alejado de la ciudad, como a una hora de camino hacia el sur, sobre un promontorio de un meandro del río L'Arve desde el que se divisa casi todo el lago Lemán.

La primera claridad del día comenzaba a rayar sobre el horizonte oriental. En la puerta de la prisión esperaba un pelotón de doce soldados, todos ellos armados con arcabuces o ballestas, presididos por un heraldo que portaba el estandarte del obispado de Ginebra.

A una orden del portaestandarte, la comitiva, con Servet en el centro, se puso en marcha camino de la casa del concejo. Conforme avanzaban por la calle y la luz matutina se iba imponiendo a las sombras, los curiosos comenzaban a salir de sus casas y se sumaban a aquel macabro desfile cuyo paso lo marcaba el redoble de dos timbales.

Al llegar ante la puerta de la casa del concejo, la comitiva se detuvo. Allí aguardaban los jueces, síndicos y consejeros de la ciudad. Todo el mundo echó en falta a Calvino, que se había recluso en su casa. El reformador, convencido de que había que defender las creencias a la fuerza, el mismo que se había declarado defensor de los pobres y protector de los fugitivos, tenía miedo. Allí estaba en su nombre Guillermo Farel, ya anciano, pastor de Neufchâtel y su más cercano colaborador.

Junto al pórtico de la casa del concejo se había instalado un catafalco de madera donde varios cirios ardían como si se tratara de una fiesta de Pascua, y unos bancos donde se sentaban los más ancianos miembros del Consejo de los Doscientos.

Sonó una corneta, se detuvo el sonido de los tambores y se hizo un espeso silencio.

El pregonero de la ciudad tomó la palabra, desplegó un papel y proclamó de nuevo la sentencia contra Servet.

—Por orden de justicia, el tribunal del Pequeño Consejo de la República de Ginebra condena al reo Miguel Servet, alias Revés, a ser quemado vivo en el llano de Champel, por causa de los numerosos delitos que ha cometido.

Sonó de nuevo la trompeta y redoblaron los tambores.

El médico aragonés se arrodilló ante los Doscientos.

—¡Pido perdón, señores, pido perdón humildemente y os suplico que me perdonéis la vida!

Entonces se adelantó Guillermo Farel, a quien acompañaba Nicolás de la Fontaine, el cocinero de Calvino y primer acusador de Servet, y con voz firme le dijo:

—Miguel Servet: habéis sido condenado a la hoguera por haber resultado culpable de herejía y blasfemia. En el nombre de Dios, yo os pido que os retractéis de cuantos errores habéis afirmado sobre la Santísima Trinidad y sobre el Hijo de Dios.

—Soy inocente; lleváis a la muerte a un hombre inocente. Imploro vuestra misericordia como cristianos —se limitó a decir Servet.

—Es inútil; terco cabezota... —bisbisó Farel.

Tras un buen rato de espera, se formó una estrambótica comitiva. Allí estaban los representantes de las corporaciones de oficios de Ginebra: los sastres, los zapateros, los panaderos, los carniceros, los curtidores, los herreros, los carpinteros... Cada gremio con su estandarte y sus emblemas, ordenados como si se tratara de una solemne procesión en la más notable de las fiestas.

Más atrás formaba la guardia de arcabuceros y ballesteros, custodiando a Servet, maniatado y con sus ridículos vestido y sombrero amarillos; y después los oficiales, síndicos, magistrados y consejeros de la ciudad, con sus togas y uniformes, los más notables a caballo armados con lanzas y espadas tras un caballero que portaba el pendón de la ciudad; cerraba la comitiva una banda de timbaleros y pífanos y por fin una cada vez mayor aglomeración de hombres y niños de toda condición, y muy pocas mujeres.

Desde el pórtico del edificio concejil se dirigieron hacia la puerta de San Antonio por la calle de Caldereros. Casi todas las puertas de las tiendas y talleres estaban cerradas, pero desde las ventanas, algunas adornadas con paños y banderolas, se asomaban muchas mujeres, cuyos maridos no habían permitido que bajaran a la calle. Nadie quería perderse aquel viernes la ejecución del que ya era conocido como «el mayor hereje de todos los tiempos».

Camino de la hoguera, toda su vida pasó por su cabeza como si hubiera transcurrido en un solo instante: su infancia en Villanueva, su etapa de formación, los años junto a Juan de Quintana, sus estudios en París, Toulouse y Montpellier, sus años como médico en Charlieu y Vienne, su huida a través de las montañas, sus últimos dos meses en la cárcel de Ginebra; algunos episodios le parecían un lejano sueño y otros se conservaban tan vivos en su memoria como si acabaran de suceder.

Durante la marcha, varios ministros de la Iglesia de Ginebra intentaban convencer a Servet para que se arrepintiera, renegara de sus libros y de sus doctrinas y acatará los dogmas cristianos. Le insistían una y otra vez para que depusiera su actitud a fin de salvar al menos su alma, ya que su cuerpo estaba condenado irremediabilmente a la muerte.

—¡Sólo el arrepentimiento os puede librar de la condena eterna en el infierno! —le decía uno.

—¡Arrepentíos, renunciad al demonio y tal vez el Buen Dios se apiade de vos y os permita entrar en su reino! —exclamaba otro.

—¡Entregad vuestra alma al Señor! —gritaba un tercero.

Pero Servet no respondía a ninguno de ellos. Caminaba entre los guardias, con la mirada perdida en el horizonte, rodeado de varios cientos de personas que formaban la fúnebre comitiva. Unas se mostraban curiosas, expectantes ante lo que iba a suceder poco después; otras cruzaban apuestas sobre cuánto tiempo tardaría en morir entre las llamas; varias se persignaban, rezaban oraciones y se lamentaban por el

suplicio que estaba pasando aquel hombre; las más caminaban en silencio a la espera de presenciar la muerte de un hereje.

Al coronar la suave cuesta por la que se accedía a lo más alto de la colina Champel, Guillermo Farel se acercó de nuevo a Servet, quien al contemplar la pira de leña y el palo al que iba a ser atado comenzó a exclamar:

—¡Dios mío!, ¡Dios mío!

—¿Por qué sólo está Dios en vuestras plegarias? —le preguntó el pastor de Neufchâtel.

Servet miró sombrío a Farel. El principal colaborador de Calvino estaba cansado; demasiada caminata para un anciano como él.

—¡Salva mi alma, Jesús! —exclamó Servet.

—Arrepentíos, confesad vuestros crímenes y Dios, en Su infinita misericordia, se apiadará de vos y os perdonará —insistió Guillermo Farel.

—No he cometido crimen alguno y no merezco la muerte. Sé que Dios se apiadará de mí, y también de mis asesinos. A Él encomiendo mi alma; al Dios único y verdadero, al que nos revelan las Sagradas Escrituras.

Era mediodía cuando la nutrida comitiva coronó la colina de Champel, en el campo denominado del Verdugo, donde se abría un amplio llano. Desde el altozano podía contemplarse la ribera del lago Lemán, sus idílicas orillas, las montañas recién nevadas del Jura a lo lejos, los campos y prados que verdeaban bajo un cielo gris plomizo y el serpenteante curso del Ródano surgiendo de las aguas del lago para iniciar su largo recorrido hasta el cálido mar al sur. El paisaje era hermoso. Servet lo contempló mientras caminaba hacia la muerte y recordó su tierra, aquellas estepas polvorientas assoladas por el calor del estío o congeladas por el hielo del invierno, y el constante cierzo del noroeste que arrastraba polvo o tormentas. ¿Habría alguien en su pueblo natal que todavía lo recordase? ¿Quedaría memoria de él cuando ardiera en la pira y sus cenizas y las de sus libros resultaran esparcidas al viento?

En lo más alto de la colina amesetada alguien había clavado firmemente en el suelo una gruesa estaca de la altura de dos hombres. A su alrededor se agrupaban varios haces de leña, algunos tan verdes que todavía conservaban algunas hojas que el otoño no había logrado marchitar.

Guillermo Farel se dirigió a Servet por última vez.

—¿Queréis expresar una última voluntad? ¿Tenéis esposa, hijos, alguna otra familia? ¿Deseáis hacerles llegar vuestras últimas palabras? Si es así, yo me encargaré de que se cumpla vuestro postrer deseo, es mi deber como cristiano; y que Dios se apiade de vos.

Servet estaba agotado. Llevaba veinticuatro horas sin dormir, apenas había comido o bebido y la caminata maniatado había acentuado su fatiga, ya muy grande tras tantos días en prisión y tras tantas penurias y estrecheces como había soportado

en los últimos dos meses y medio.

—No —fue lo único que dijo Servet mirando con desdén a Farel.

—Arrepentíos. Si lo hacéis, pediré al verdugo que os estrangule antes de quemaros, y no sufriréis una terrible agonía.

—No —reiteró Servet.

—En ese caso, vos mismo habéis sellado vuestro destino. —El pastor calvinista se giró entonces hacia la multitud—. Satanás está al acecho permanente de nuestras almas. Fijaos en este desgraciado: era un hombre letrado, incluso de notable inteligencia, la cual le fue dotada por Dios. Podía haber hecho grandes obras, pero eligió sumirse en el error y dejarse atrapar por el demonio. Aprended de su experiencia y manteneos, pues, muy atentos, porque os puede suceder lo mismo en cualquier momento. El Maligno siempre está al acecho de vuestras almas y cuando consigue atraparlas no las suelta jamás.

—Cristo sólo fue un hombre; Él sufrió su propio martirio; que Él me ayude a soportar el mío —musitó Servet.

Dos guardias se acercaron hacia el condenado y entonces éste se lanzó al suelo, hundiéndose en él su rostro. Los guardias lo incorporaron, pero el médico aragonés se puso de rodillas y gritó con toda desesperación y ante el asombro de los asistentes:

—¡Rogad a Dios por mí!

El verdugo, un hombre grande como un buey, lo cogió por los brazos y lo izó en volandas.

Ayudado por dos guardias lo llevó casi a rastras hasta la picota y lo amarró al poste con una cuerda y una cadena de hierro, para que cuando también ardieran esas cuerdas no pudiera soltarse, si todavía se mantenía vivo. Varios oficiales se acercaron cargados con varios fajos de libros; contenían todos los ejemplares que se habían podido requisar de las obras de Miguel Servet. Ayudándose de cuerdas, colgaron algunos fardos de libros de su cintura y el resto lo depositaron a sus pies.

Farel se acercó a la pira, levantó un ejemplar de *Restitución del cristianismo*, lo mostró a la vista de todos los asistentes a la ejecución y lo arrimó junto a Servet.

El verdugo sacó de uno de sus bolsillos un trapo y un cordel. Era habitual, cuando el reo resultaba condenado a ser quemado vivo, colocarle el trapo dentro de la boca para que no pudiera gritar blasfemias ni maldiciones mientras ardía, pero Servet se negó a que le taparan la boca. Farel le indicó que no lo hiciera.

—Chillará como un poseo y nos maldecirá a todos —comentó el ejecutor.

—No lo hará; su orgullo es mayor que su miedo —sentenció Farel.

—Como dispongáis. —El verdugo se encogió de hombros.

Uno a uno los guardias que lo custodiaban se fueron apartando hasta colocarse a una distancia de unos diez pasos del círculo de haces de leña, en cuyo interior sólo quedó Miguel Servet. Entonces el verdugo se acercó de nuevo hacia él. En sus manos

llevaba una corona de paja y ramas embadurnada en azufre, trementina y alquitrán, que Nicolás de la Fontaine le acababa de entregar. Con la parsimonia que sólo los verdugos saben utilizar en cada una de sus acciones, le quitó el gorro amarillo y le colocó la corona de paja sobre la cabeza.

Se retiró unos instantes pero regresó enseguida, ahora con una tea encendida en su mano derecha. Entre los haces de leña se habían colocado unos montones de hojarasca para que prendieran con mayor facilidad. El verdugo aplicó la llama en varios puntos del círculo de leña y enseguida comenzó a prender la pira, de la que ascendía un denso humo blanquecino.

Varios miembros del partido de los libertinos se habían mantenido en un segundo plano en la comitiva. Entre ellos, Sebastián Castellio y Amadeo Perrin contemplaban la ejecución a lomos de sus caballos. Al observar la humareda blanquecina que desprendían los primeros haces de leña, Castellio exclamó:

—¡Los perros de Calvino han aprendido muy bien las enseñanzas de su amo!

—Han colocado los libros de Servet en la pira —comentó Perrin.

—Sí; a Calvino le gusta que sean los autores de las obras que él rechaza quienes quemen los ejemplares de sus libros con sus propias manos. A eso los obligaba cuando se hizo con el poder en esta ciudad —dijo Castellio.

—¡Grandísimos hijos de puta! —clamó de pronto Perrin—. Han levantado la pira con leña verde, recién cortada, y la colocaron ayer para que el rocío de esta mañana la humedeciera todavía más. Mirad qué despacio arde. Pretenden que la agonía de ese hombre se prolongue un buen rato para que sufra mucho más. —En ese momento se levantó un fuerte viento del oeste que alejó las llamas del cuerpo de Servet, pero no el calor que desprendían—. Si no cambia el viento, el suplicio de ese hombre durará horas. Se soará lentamente, en medio de una cruel tortura.

—¿Qué podemos hacer? —se preguntó Castellio.

—Nada. La sentencia a muerte es firme e inapelable; si ponemos en marcha cualquier movimiento para impedir su cumplimiento, correremos la misma suerte que ese desgraciado —dijo Perrin.

—No me refiero a liberarlo, sino a acelerar su muerte para mitigar su sufrimiento. Eso es propio de buenos cristianos.

La leña verde y húmeda tardaba en prender; un fuerte viento surgió del norte y apagó las llamas. El verdugo tuvo que volver a encenderlas, avivándolas con hojas secas.

En el centro de la pira Miguel Servet comenzó a sentir el calor a sus pies y el humo en sus pulmones. Sintió cómo la muerte se acercaba inexorable y gritó:

—¡Pobre de mí!

Su rostro reflejaba el pánico que sentía y el miedo que embargaba sus entrañas.

—No podemos dejar que ese hombre sufra de ese modo; tenemos que hacer algo

—comentó Castellio.

—Los guardias impedirán cualquier acción —dijo Perrin—. Tienen orden del tribunal para detener a cualquiera que se acerque a la pira. No podemos interferir en la ejecución.

Los haces de leña verde y húmeda ardían muy despacio, el suplicio de Servet se prolongaba y sus gritos eran cada vez más aterradores.

—Me robasteis doscientas treinta coronas de oro, mis joyas y mi collar. ¿Acaso no era suficiente dinero como para comprar leña seca para mi ejecución?

La multitud que presenciaba aquella muerte permanecía en silencio ante los desgarradores gritos de Servet. El condenado hereje se agitaba en el poste, atado con la cadena de hierro, entre las llamas y el humo.

—¡No podemos consentir esta infamia! —exclamó Castellio, que saltó de su caballo y entregó las riendas a Perrin.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—Acelerar la muerte de ese hombre.

Castellio se acercó a la pira y al llegar al círculo de guardias dos de ellos le cerraron el paso amenazándolo con sus ballestas. El caudillo de los libertinos los miró fijamente. De sus ojos emanaba una serena muestra de autoridad y los guardias dudaron un instante, y luego se apartaron.

Servet seguía chillando:

—¡Dejad que muera rápido! ¡Evitad esta lenta agonía! ¡Acabad ya con esto! ¡Os lo suplico, en nombre de Dios, os lo suplico!

Castellio miró a su alrededor y vio un haz de leña seca; lo cogió y lo arrojó con fuerza al lado de Servet. En ese momento decenas de personas se acercaron hacia la pira; los guardias se inquietaron e hicieron ademán de interponerse entre la gente y la hoguera, pero su jefe, el lugarteniente Pedro Tissot, les hizo una señal y los guardias cedieron y se abrieron a un lado. Cada una de aquellas personas, conmovidas por el sufrimiento de Servet y por sus gritos de dolor y de ira, cogieron la leña más seca que encontraron y la arrojaron al centro de la pira, para que las llamas prendieran en ella y acabaran cuanto antes con la vida del médico hereje.

—¡Vamos, vamos —les indicó Castellio—, arrojad leña seca junto a ese desdichado!

La acumulación de haces de leña seca junto a Servet aceleró la combustión. Las llamas se hicieron más grandes y alcanzaron de lleno al condenado, que comenzó a arder junto a sus libros.

—¡Dios eterno, recibe mi alma! ¡Jesucristo, Hijo de Dios eterno, compadécete de mí! ¡Compasión, compasión!

Aquellas fueron las últimas palabras de Servet que pudieron entenderse de entre las llamas, que acabaron por ahogar sus lacerantes alaridos de dolor.

—¡Engreído cabezota! Hasta el último momento de su vida ha tenido que ensalzar su herejía; ahora seguirá ardiendo eternamente en las llamas del infierno — dijo Guillermo Farel.

—¿Por qué decís eso? —le preguntó Amadeo Perrin, que en ese instante pasaba a su lado y pudo escuchar el comentario del calvinista.

—Ya lo habéis oído. Para ese hereje del demonio sólo Dios es eterno, pero no Su Hijo Jesucristo. Y así lo ha sostenido hasta su muerte. Ese hereje tozudo se hubiera salvado si en el tribunal que lo juzgó hubiera admitido que Jesús era el Hijo eterno de Dios, y no el Hijo del eterno Dios. Pero no, tuvo que mantener su postura hasta el fin, el muy estúpido.

—Sólo han matado a un hombre; las ideas no se pueden quemar —comentó Castellio.

Farel se arrodilló y comenzó a rezar una plegaria mientras el cuerpo de Miguel Servet ardía como una tea en medio de la hoguera.

Olía a carne quemada y no pocos tuvieron que taparse las narices o buscar hierbas aromáticas para mitigar el hedor; algunos vomitaron.

Pasó más de una hora en la que sólo se escuchó el crepitar de la leña verde al arder y el sonido de algunas ráfagas de viento silbando entre las ramas de los árboles.

Mientras duraron las llamas, nadie se movió de la colina de Champel.

El fuego rojo y amarillo dio paso a un humo denso y blanquecino que ascendía hacia el cielo como una etérea columna espirada.

Sólo entonces decenas de ginebrinos comenzaron a retirarse de regreso a la ciudad.

La multitud se fue disgregando; algunos comenzaron a rezar, otros se lamentaron, los más caminaron arrastrando los pies, como almas en pena.

Transcurrió otra media hora y el humo dio paso a las brasas.

Del cuerpo y de los libros de Miguel Servet sólo quedaron cenizas grises y negras.

Dos horas después, apenas se contaba medio centenar de personas cerca de los rescoldos de la hoguera.

Y el viento siguió soplando.

Y las brasas se apagaron.

Y las cenizas se perdieron en el aire.

Nota del autor

Miguel Servet vivió en una época extraordinaria pero contradictoria. Los grandes avances científicos, los sorprendentes descubrimientos geográficos y los brillantes logros en matemáticas, medicina y astronomía parecían indicar que el ser humano era capaz de cualquier cosa. En la primera mitad del siglo XVI no sólo se había dado la vuelta al mundo, sino que se habían creado obras de arte asombrosas como las de Leonardo da Vinci o Miguel Ángel Buonarrotti.

Pero ésa también fue una época en la que proliferaron el gusto por el ocultismo y las ciencias herméticas, la magia negra y el culto satánico, las guerras de conquista y de religión, y la persecución y la muerte de miles de personas acusadas de brujería o de herejía.

Los conflictos religiosos y los enfrentamientos políticos asolaron Europa. En 1555 se acordó un tratado y se firmó la Paz de Westfalia, en la que por primera vez se reconocían mutuamente protestantes y católicos, pero en 1563 se cerraron las sesiones del Concilio de Trento, en el que la Iglesia católica cercenó cualquier posibilidad de acercamiento con los cristianos separados, a los que tildó de protestantes. Y la Inquisición católica y los reformadores protestantes siguieron persiguiendo y condenando a disidentes, cazando brujas y quemando herejes.

Considerado hereje y blasfemo por los católicos y por los protestantes, Servet fue condenado a muerte por ambos. No había hecho daño a nadie; se había limitado a considerar al hombre —al ser humano— como la medida de todas las cosas, la criatura privilegiada para realizar los designios de Dios merced a la razón y a la gracia divina.

Apasionado de las novedades científicas y del debate intelectual, firme defensor de la libertad de conciencia, de la libertad de expresión, de la libertad de pensamiento, partidario del radicalismo intelectual, pionero de la tolerancia y buscador de la verdad, Miguel Servet consiguió que sus revolucionarias ideas prendieran en el corazón de algunos seres humanos.

Fue un hombre rebelde, soberbio, orgulloso, vanidoso, crítico, insolente, indómito, ingenuo, osado y temerario; y semejante caudal de libertad personal y de independencia intelectual no podía ser consentido en una Europa dominada por la intransigencia, el odio, el miedo y la represión.

Miguel Servet se fugó de la cárcel de Vienne la madrugada del 7 de abril de 1553 y reapareció el domingo 13 de agosto de ese mismo año en la ciudad de Ginebra. Nada se sabe de él entre esas dos fechas. Qué hizo, dónde estuvo escondido, con quién habló durante esos cuatro meses o por qué se presentó en la ciudad donde vivía su

máximo enemigo siguen siendo episodios misteriosos en la vida del médico hereje. Por tanto, he tenido que imaginar todos los acontecimientos que le suceden en la novela durante esas diecisiete semanas de la primavera y el verano de 1553.

Las fechas y datos de los interrogatorios se corresponden con las actas de los dos procesos a que fue sometido Servet, el primero en Vienne por los católicos y el segundo en Ginebra por los calvinistas, pero he preferido acortar y adaptar las largas, prolijas y reiterativas sesiones, así como los densos debates teológicos que en ellas se celebraron, para dotar de mayor agilidad al relato. También he incluido en alguna ocasión a Juan Calvino entre los asistentes a los interrogatorios. No es probable que estuviera presente en todos ellos, desde luego, pero sus colaboradores lo mantenían perfecta y puntualmente informado de cada paso del proceso.

El juicio y la ejecución de Miguel Servet se produjeron tal cual se narra en la novela y en ellos participaron todos los personajes citados. Sólo los tres jueces de Vienne y el médico Juan de la Villa son personajes inventados. En el caso del médico de Ginebra lo he hecho para poder bucear en el alma y en las confesiones de Servet en la prisión, usándolo a modo de confidente y como recurso literario para entender el estado de ánimo que debió de padecer en sus últimos días.

La ejecución de Miguel Servet en Ginebra desencadenó las protestas de numerosos intelectuales, sobre todo en Italia. Abrumado por las críticas, el Consejo de Ginebra desestimó los cargos que quedaban pendientes contra Servet, pero ya era tarde, demasiado tarde. Sebastián Castellio, uno de los cabecillas de los libertinos en Ginebra, tras escuchar un sermón de Juan Calvino, lo criticó por justificar la ejecución de Servet. Castellio declaró, como se cita en la novela, que «Matar a un hombre no es acabar con una doctrina, es matar a un hombre».

Los principales líderes reformadores aprobaron, sin excepción, la condena a muerte de Miguel Servet. Melanchthon llegó a declarar que la muerte de Servet constituía «un ejemplo piadoso que merecía ser recordado para la posteridad» y que al ejecutarlo se había obrado en justicia y con razón.

Juan Calvino, principal instigador de todo el proceso (a pesar de que algunos han pretendido exculparlo), jamás se arrepintió de lo que había hecho, y los católicos, que también condenaron al aragonés a morir y lo quemaron en efigie, no dudaron en acusar hipócritamente a Calvino de crueldad. El reformador de Ginebra fue objeto de durísimos ataques, y él mismo comentó que «hasta los perros me ladran por todas partes». Calvino publicó en 1554 un libro titulado *Declaración de la fe ortodoxa*, en el que justificaba su acción contra Servet y en el que defendía el dogma de la Trinidad. En esa obra arremetía contra Servet y aceptaba la pena de muerte para los herejes, e incluso proponía aplicarla en el nombre de Dios: «Uno debe olvidarse de la humanidad entera cuando la gloria de Dios está en juego», escribió.

La figura del aragonés Miguel Servet ha sido muy reconocida en diversos ámbitos académicos, aunque su vida y su obra, pese a tantos trabajos dedicados por tan excelentes especialistas en diversas disciplinas, siguen siendo casi desconocidas por la mayoría de la gente, que apenas sabe otra cosa de él que descubrió el sistema de circulación pulmonar de la sangre.

En España y en otros países de Europa le han erigido estatuas y han dedicado a su nombre calles, plazas y hospitales. El 1 de noviembre de 1903 el ayuntamiento de Ginebra rechazó la ubicación de una estatua de Miguel Servet en la ciudad, pero los ginebrinos, por suscripción popular, erigieron un monumento a su memoria en el alto de Champel, un modesto monolito que se ubicó en un lugar discreto. La localidad francesa de Annemasse, a ocho kilómetros de Ginebra, levantó una estatua de bronce con Servet sedente; una copia de esa estatua preside el acceso al hospital Miguel Servet en la ciudad de Zaragoza. Una de las cuatro estatuas centrales en piedra de la fachada del Paraninfo de la Universidad de Zaragoza también representa a Miguel Servet. Por fin, el ayuntamiento de Ginebra decidió en 2011, con motivo del quinto centenario de su nacimiento, colocar una estatua de Servet en bronce, copia de la de Annemasse, en la colina de Champel, donde fue ejecutado.

La misma Europa que contempló inane el asesinato de Servet ardió en llamas en los siglos siguientes. Algunas de las sangrientas contiendas que asolaron este continente fueron llamadas «guerras de religión», y con tan peregrina excusa se han matado, y se siguen matando, a millones de personas en todo el mundo. Todavía a finales del siglo xx, bosnios musulmanes, croatas católicos y serbios ortodoxos se asesinaron en pleno corazón de Europa, en una guerra criminal y genocida, en la que también se adujo la religión como causa para perpetrar la barbarie. Y también se quemaron libros, muchos libros, como los que ardieron en el incendio de la gran biblioteca de Sarajevo en agosto de 1992.

Cuatro siglos y medio después de la muerte de Servet, algunos europeos no habían aprendido nada del extraordinario mensaje del médico aragonés.

Y creo que seguimos sumidos, al menos en ese sentido, en una peligrosa ignorancia.

En la novela he castellanizado casi todos los nombres propios (Miguel, Juan, Esteban, Claudio, etcétera.), aunque en origen sus propietarios respondieran a versiones según los diferentes países y lenguas de referencia (Michel, Johan, Étienne, Claude, etc.). Y he hecho lo mismo con los topónimos, salvo con los que carecen de versión en español. La excepción ha sido la ciudad de Vienne del Delfinado, en la actual Francia, en la que he mantenido su grafía francesa para no confundirla con la Viena austriaca.

Para la redacción de esta novela he utilizado materiales bibliográficos y archivísticos muy diversos, incluidas todas las obras conservadas de Miguel Servet.

Afortunadamente, y pese a los intentos por acabar con ellas, la mayoría de las obras de Servet se salvaron de la quema y han llegado hasta la actualidad en diversas ediciones, a veces casi de manera milagrosa. Por ejemplo, de los ochocientos (o tal vez mil) ejemplares que se editaron en Vienne a comienzos de 1553 de *Restitución del cristianismo* sólo se han conservado tres.

Las que escribió son las siguientes:

Ihesus, Christus, filius Dei (Jesús el Cristo, hijo de Dios), manuscrito inédito, h. 1530 (no he podido consultarlo).

De Trinitatibus erroribus (Sobre los errores de la Trinidad), imprenta de Johann Setzer (Secerius), 119 pp., Hagenau, 1531, y Estrasburgo, 1531.

Dialogum de Trinitate (Diálogos sobre la Trinidad), imprenta de Johann Setzer (Secerius), 48 pp., Hagenau, 1532, y Estrasburgo, 1532 (2.^a ed. Vienne, 1542).

In Leonardum Fuchsium Apologia (Apología contra Fuchs), 8 pp., Lyon, 1536.

Syruporum univiersia ratio (Tratado universal de los jarabes), imprenta de Simonis Colinaei, 70 pp., París, 1537.

Disceptatio pro Astrologia (Discurso en defensa de la Astrología), 8 pp., París, 1538.

Christianisimi Restitutio (Restitución del cristianismo), imprenta de Baltasar Arnoullet, 576 pp., Vienne, 1553.

Además fue el editor y comentarista de las siguientes obras:

Geografía de Ptolomeo, imprenta de Trechsel, 298 pp., 50 mapas, Lyon, 1535 (reedición Vienne, 1541).

Biblia de Sante Pagnini, imprenta de Hugonem à Porta, 7 vols., Lyon, 1542 (reedición Vienne, 1545).

Algunos investigadores le atribuyen la traducción del latín al castellano de la *Summa Theologica* de Tomás de Aquino, y las ediciones de un *Tratado de gramática*, del *Lexicón hebreo* y de *El Corán*, aunque no parece seguro que así fuera.

Se dispone de una excelente edición de sus obras completas, editadas en seis volúmenes, uno de ellos doble, por el Gobierno de Aragón y otras instituciones aragonesas en la colección Larumbe. Ha sido dirigida por Ángel Alcalá, tal vez el más preclaro servetista. Los volúmenes editados por el profesor Alcalá, en Zaragoza, incluyendo los textos originales en latín y su correspondiente traducción al español actual, son los siguientes:

I. *Vida, muerte y obra. La lucha por la libertad de conciencia. Documentos*, 2003.

II.1. *Primeros escritos teológicos 1: Cinco libros de declaración sobre Jesús el Cristo hijo de Dios. De errores acerca de la Trinidad. Cuatro capítulos sobre la Justicia*, 2004. II. 2. *Primeros escritos teológicos 2*, 2004.

III. *Escritos científicos: Geografía de Ptolomeo. Apología contra Fusch. Tratado universal de los jarabes. Discurso en pro de la Astrología*, 2005. IV. *Servet frente a Calvino, a Roma y al Luteranismo: Treinta cartas a Calvino. Setenta signos del Anticristo. Apología contra Melanchthon*, 2005.

V. *Restitución del cristianismo, I*, 2006.

VI. *Restitución del cristianismo, II*, 2006.

El proceso de Ginebra contra Miguel Servet se conserva en dos legajos bastante deteriorados en el Archivo del Estado de Ginebra, vols. B1 y B2. Puede consultarse en las siguientes ediciones:

CAVARD, P., *Le procès de Michel Servet à Vienne*, Vienne, 1953.

RILLIET, Albert, *Relation du procès criminel intenté en 1553 contre Michel Servet*, Ginebra, 1844.

La bibliografía sobre Servet, su vida, su tiempo y su obra es realmente ingente. En su pueblo natal, Villanueva de Sijena, en la comarca aragonesa de Monegros, se fundó hace tiempo el Instituto de Estudios Sijenenses «Miguel Servet», que propicia publicaciones, cursos y simposios en torno a su figura y su obra. El Instituto de Educación Secundaria «Miguel Servet», de Zaragoza, edita desde 2004 la revista *Estudios sobre Miguel Servet*, cuyo número VI se ha publicado en 2013.

El lector que quiera conocerlo con mayor profundidad puede empezar por las siguientes referencias:

ALCALÁ GALVE, Ángel, *Miguel Servet*, Zaragoza, 2003.

ARRIBAS SALABERRI, Julio P., *En torno a Miguel Servet*, Villanueva de Sijena, 1975.

BACHES OPI, S. (ed.), *Miguel Servet. Luz entre tinieblas*, Villanueva de Sijena, 2006.

BAINTON, Roland H., *Servet, el hereje perseguido*, Madrid, 1973.

BARÓN FERNÁNDEZ, José, *Miguel Servet, su vida y su obra*, Madrid, 1970.

BERMUDO DEL PINO, Rafael, *Estudio sobre teología y filosofía en la obra de Miguel Servet*, Zaragoza, 2011.

BETÉS PALOMO, Luis, *Anotaciones al pensamiento teológico de Miguel Servet*, Villanueva de Sijena, 1975.

BULLÓN, E., *Miguel Servet y la geografía del Renacimiento*, Madrid, 1945.

FERNÁNDEZ, Miguel, *Miguel Servet. Historia de una ejecución*, Madrid, 2001.

FRIEDMAN, J., *Michael Servetus. A case study in total heresy*, Ginebra, 1978.

FULTON, J. F., *Michael Servetus, humanist and martyr*, Nueva York, 1953.

GOLDSTONE, Lawrence y GOLDSTONE, Nancy, *Out of Flames: The Remarkable Story of Michael Servetus and One of the Rarest Books in the World*, Nueva York, 2002.

HILLAR, Marian y ALLE, Claire S., *Michael Servetus: Intellectual Giant, Humanist and Martyr*, Lexington, 2002.

MORENO MORENO, Daniel, *Miguel Servet teólogo iluminado. ¿Ortodoxia o herejía?*, Zaragoza, 2011.

NAYA, Juan y HILLAR, Marian, *Michael Servetus, Heartfelt*, Nueva York, 2011.

SOLSONA, Fernando, *Miguel Servet. Cumbre del Renacimiento*, Zaragoza, 2012.

La ficción tampoco se ha olvidado del «mayor hereje del mundo».

Entre otros muchos, su vida se ha puesto en imágenes en el documental *La vida de Miguel Servet. Una road-movie teológica desde el corazón del siglo XVI*, dirigido

por Oliver Ekert.

Televisión Española produjo en 1986 la serie, en 8 capítulos de 50 minutos cada uno, *Miguel Servet: La sangre y la ceniza*, dirigida por José María Forqué, a partir de una idea de Alfonso Sastre, con guión de Hermógenes Sainz, Alfonso Sastre y José María Forqué.

El cine ha producido una película: *Passion et mort de Michel Servet*, dirigida por Claude Goretta en 1975.

Radio Nacional de España puso en antena el guión radiofónico de Encarnación Ferré Chiné, *Miguel Servet. Destino entre la sangre y el fuego*, Madrid, 1980.

Y Ángel Alcalá ha escrito un guión, *Servet y el leño verde*, Zaragoza, 2003.

Existen además varias obras teatrales, entre ellas:

ECHEGARAY, José, La muerte en los labios, en Teatro escogido, Madrid, 1964.

GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, F. J., Pasión y muerte de Miguel Servet, Madrid, 2003.

LÓPEZ ARISTEGUI, J. y GONZÁLEZ ZABALA, G., Miguel Servet (Tragedia en tres actos), Madrid, 1915, inspirada en la novela de Pompeyo Gener, Pasión y muerte de Miguel Servet, París, 1909.

SASTRE, Alfonso, Flores rojas para Miguel Servet, Barcelona, 1967.

Agradezco la atinadas sugerencias de Purificación Plaza, mi eficaz editora en Planeta, y las recomendaciones de José Calvo Poyato, catedrático, especialista en Historia Moderna y magnífico novelista, quien leyó el manuscrito original y me proporcionó excelentes consejos que han mejorado el resultado final. A él, por la amistad y la admiración que le profeso, está dedicada esta novela.

Personajes históricos en la novela

- Ameaux, Pedro:** miembro del Pequeño Consejo de Ginebra, enemigo de Calvino.
- Arnoullet, Baltasar:** editor de Servet en Vienne.
- Arney, Antonio:** ciudadano de Lyon, primo de Guillermo de Trie y acusador de Servet.
- Arzellier, Luis:** vicario de la diócesis de Vienne.
- Berthelier, Filiberto:** ciudadano y juez de Ginebra, miembro del partido libertino.
- Bertet:** ciudadano de Châtillon, amigo de Servet.
- Bolet, Esteban:** impresor, quemado en París en 1546.
- Bucer, Martín (1491-1551):** dominico, reformador en Estrasburgo.
- Bullinger, Enrique (1504-1575):** reformador, pastor en Zúrich como sucesor de Zwinglio.
- Bures, Ideleta de:** esposa de Juan Calvino, fallecida en 1549.
- Calvino, Antonio:** hermano de Juan Calvino.
- Calvino, Juan (1509-1564):** reformador, pastor y jurista en Ginebra.
- Caraffa, Juan Pedro:** cardenal y gran inquisidor de Roma; creó el Índice de libros prohibidos; papa con el nombre de Pablo IV (1555-1559).
- Carlos V, I de España (1500-1556):** emperador de Alemania y rey de las Españas.
- Castellio, Sebastián (1515-1563):** miembro del partido libertino de Ginebra.
- Champier, Sinforiano (1472-1539):** médico y astrólogo en París; amigo de Servet.
- Clemente VII (Julio de Médici, 1478-1534):** papa (1523-1534).
- Colladon, Germán:** mano derecha de Calvino en Ginebra.
- Conesa, Catalina:** madre de Miguel Servet.
- Copérnico, Nicolás (1473-1543):** astrónomo, impulsor de la teoría heliocéntrica.
- Court, Antonio de la:** vicebaile de Vienne.
- D'Arnold:** calvinista de Ginebra.
- Ecolampadio (Juan Häusgen, 1482-1531):** pastor reformador de la Iglesia de Basilea.
- Eduardo VI:** rey de Inglaterra (1547-1553).
- Enrique II:** rey de Francia (1547-1559).
- Enrique VIII:** rey de Inglaterra (1509-1547).
- Erasmus de Rotterdam (1466-1536):** humanista católico.
- Farel, Guillermo (1489-1565):** pastor reformador en Neufchâtel; amigo de Calvino.
- Favre, Francisco:** ciudadano de Ginebra; miembro del partido libertino.
- Filatello, Jorge:** traductor al italiano de Servet.
- Fontaine, Nicolás de la:** cocinero y secretario de Calvino; acusador de Servet en Ginebra.
- Francisco I (1494-1547):** rey de Francia (1515-1547).
- Frellon, Juan:** impresor en Lyon y librero en Frankfurt.
- Guérout, Guillermo:** poeta y maestro impresor en Vienne; hugonote.
- Günther, Juan:** maestro de anatomía de Servet en París en 1536.

Julio III (Juan María Ciocchi del Monte, 1487-1555): papa (1549-1555).

Knox, Juan (1514-1572): calvinista escocés refugiado en Ginebra.

Lizet, Pedro: juez y presidente del Parlamento de París en 1538.

Loyola, Ignacio de (1491-1556): fundador de la Compañía de Jesús en 1540.

Lutero, Martín (1483-1546): fraile agustino; iniciador de la Reforma en 1517.

María I (1516-1558): reina de Inglaterra (1553-1558).

Marillac, M. de: defensor de Servet en París en 1538.

Marrinus: editor en Basilea.

Maugiron, M. de: lugarteniente del rey de Francia en el Delfinado.

Melanchthon, Felipe (1497-1560): reformador; profesor en Wittenberg.

Merrin, Pedro: editor en Lyon.

Moro, Tomás (1478-1535): canciller de Inglaterra; ejecutado en 1535.

Ory, Mateo: dominico; inquisidor en Lyon.

Pablo III (Alejandro Farnesio, 1468-1549): papa (1534-1549).

Palmier, Pedro: arzobispo de Vienne (1528-1554), amigo de Servet.

Perrin, Amadeo: miembro del partido libertino en Ginebra.

Perrin, Benito: criado de Servet.

Quintana, Juan de (?-1534): franciscano; preceptor de Servet; confesor de Carlos V.

Rigot, Claudio: procurador general de Ginebra en 1553; fiscal del caso contra Servet.

Servet, Miguel (1511-1553): médico y teólogo; quemado en Ginebra por hereje en 1553.

Serveto, Antón: padre de Miguel Servet.

Soleimán el Magnífico: sultán otomano (1520-1566).

Tissot, Pedro: lugarteniente de policía de Ginebra.

Tournon, Francisco de (1489-1562): arzobispo de Bourges; cardenal de la Iglesia católica.

Trie, Guillermo de: comerciante en Ginebra; amigo de Calvino y primo de Antonio Arney.

Vesalio, Andrés (1514-1564): condiscípulo de Servet en París en 1536.

Villanueva, Miguel de: véase Servet, Miguel.

Villars: auditor del cardenal Francisco de Tournon; ciudadano de Roussillon.

Wishart, Jorge (1513-1546): calvinista escocés.

Zwinglio, Huldrych (1484-1532): reformador en Zúrich; muerto en batalla en 1532.

Cronología (1511-1553)

1511, 29 de septiembre: Miguel Servet (MS) nace en Villanueva de Sijena, reino de Aragón; hijo del notario Antón Serveto y de Catalina Conesa.

1521: estudia en la escuela monacal del convento de Montearagón y quizá en Zaragoza.

1524: estudia en Lérida y en Barcelona, donde se encuentra con Juan de Quintana.

1525: entra al servicio de Juan de Quintana; estudia griego y hebreo.

1526: asiste en Granada a la controversia de los moriscos con Juan de Quintana.

1527: asiste en Valladolid a una conferencia sobre la ortodoxia de Erasmo de Rotterdam.

1528: estudia en Toulouse derecho y leyes; estudia la Biblia y se decanta por la teología.

1529, junio: viaja a Italia con Juan de Quintana.

1530, 24 de febrero: asiste a la coronación imperial de Carlos V en Bolonia.

25 de abril: abandona el cortejo de Carlos V y se traslada a Basilea.

Mayo: acogido durante diez meses por el hebraísta reformador Ecolampadio.

1531: en Estrasburgo, con los reformadores W. Capito y Martín Bucer.

Verano: publica *De Trinitatibus erroribus*, en Hagenau (Alsacia).

Juan, hermano de MS, intenta localizarlo para que vuelva a España; se traslada a Toulouse.

1532: publica *Dialogum de Trinitate* (se imprimen mil ejemplares); la Inquisición registra las librerías de Zaragoza en busca de obras de MS.

Junio: El Concejo de Toulouse pide capturar a una lista de cuarenta rebeldes que encabeza MS.

24 de julio: se enemista con todos los reformadores en la Dieta de Ratisbona; se instala en París y se cambia el nombre por el de Michael Villanovanus.

1533: culmina estudios del Trivium y el Quadrivium en la Facultad de Artes de París; estudia matemáticas y medicina con el galenista Juan Günther von Andernach.

1534: se encuentra con Calvino, en París; se retan a un debate pero MS no se presenta; da clases de matemáticas en París.

1535: se instala en Lyon como editor; edita la Geografía de Ptolomeo, en la imprenta de Trechsel.

1536: regresa a París; edita *In Leonardum Fuchsium Apologia*.

1537, 25 de marzo: edita *Syruporum universia ratio* en la imprenta de Simonis Colinaei.

1538, 13 de febrero: estudia un eclipse de Marte por la Luna en París; edita *Disceptatio pro Astrologia*; da clases de astrología; tiene problemas al mezclar la astrología y la medicina; es juzgado en la Universidad de París; el dominico Sante Pagnini lo nombra su heredero y le lega su traducción de la Biblia; edita la Biblia, corrigiendo la traducción de La Vulgata de san Jerónimo.

1539: se instala en Charlieu; tiene una novia con la que no se casa por creerse impotente.

1540: se matricula en la Universidad de Montpellier y se doctora en medicina.

1541: se instala en Vienne; es nombrado médico personal del arzobispo Pedro Palmier.

1542: publica la 2.^a edición de la Geografía de Ptolomeo en Vienne.

1545: publica la 2.^a edición en 7 volúmenes de la Biblia de Pagnini.

1546: Calvino envía su obra *Instituciones* a MS, que se la devuelve con anotaciones.

1547: continúa la correspondencia con Calvino, al menos treinta cartas.

1548: inicia el proceso de naturalización como francés.

1549: culmina la naturalización como francés y se hace ciudadano de Vienne.

1550: elegido prior de la cofradía de San Lucas de Vienne, patrón de los médicos.

1552, 9 de abril: Marrinus, editor de Basilea, devuelve a MS la Restitución del cristianismo.

Octubre: cesa como prior de la cofradía de médicos de San Lucas de Vienne.

Diciembre: comienza la impresión en Vienne de la Restitución del cristianismo.

1553, 3 de enero: corrige las últimas pruebas de Restitución.

Principios de enero: se envían varios fardos de ejemplares de Restitución a Lyon y Frankfurt.

Mediados de febrero: Juan Calvino recibe un ejemplar de Restitución en Ginebra.

26 de febrero: Trie alerta a su primo Arney, de Lyon, sobre la posible herejía de Restitución.

Principios de marzo: Arney advierte a Mateo Ory, inquisidor de Lyon, la herejía de MS; Ory solicita a Arney que le pida a su primo Trie pruebas de la autoría de Restitución; Trie consulta con Calvino y envía a Vienne las cartas de acusación a MS; los jueces de Vienne reclaman a Trie pruebas.

Mediados de marzo: Trie aporta las pruebas de la autoría de MS de Restitución.

15 de marzo: el arzobispo de Vienne interviene pidiendo justicia en el caso de MS.

16 de marzo: se registran los aposentos de MS en Vienne; es llamado a declarar.

26 de marzo: carta de MS al inquisidor de Vienne.

31 de marzo: carta de Trie a Arney revelando que MSV es Miguel Servet.

Principios de abril: el inquisidor Ory reúne a los jueces de Vienne para juzgar a MS.

4 de abril: reunión del cardenal de Tournon, Ory y el arzobispo Palmier en Vienne.

5 de abril: interrogatorio a MS en Vienne.

6 de abril: nuevo interrogatorio.

7 de abril: escapa de la cárcel de Vienne.

7 de abril a 12 de agosto: vaga sin rumbo conocido.

17 de junio: se quema en Vienne la efigie de MS por sentencia de la corte eclesiástica.

12 de agosto, sábado: llega a Ginebra.

13 de agosto, domingo: acude a escuchar un sermón de Calvino; es detenido.

14 de agosto: Nicolás de la Fontaine se presenta como acusador de MS.

15 de agosto: se presenta la demanda formal de acusación contra MS; primer interrogatorio.

16 de agosto: segundo interrogatorio.

17 de agosto: tercer interrogatorio. Primer encuentro de Calvino con MS en el tribunal.

21 de agosto: cuarto interrogatorio.

22 de agosto: primera carta de MS a las autoridades de Ginebra; se pide información a Vienne.

23 de agosto: quinto interrogatorio.

24 de agosto: el fiscal presenta la acusación formal contra MS.

26 de agosto: Vienne demanda la extradición de MS.

28 de agosto: sexto interrogatorio.

31 de agosto: séptimo interrogatorio; llega a Ginebra la petición de extradición desde Vienne.

1 de septiembre: octavo interrogatorio; Ginebra deniega la extradición de MS a Vienne.

15 de septiembre: segunda carta; se presentan los 38 artículos contra MS.

18 de septiembre: tercera carta.

19 de septiembre: se acuerda solicitar informes sobre MS a las cuatro iglesias reformadas.

22 de septiembre: cuarta carta.

10 de octubre: quinta carta.

19 de octubre: llegan a Ginebra las respuestas de las cuatro iglesias reformadas.

23 de octubre: noveno interrogatorio.

26 de octubre: se aprueba la sentencia de muerte para MS.

27 de octubre: ejecución de MS en la hoguera en Ginebra, recién cumplidos los cuarenta y dos años.